COMEDIA.

EL SABIO EN SU RETIRO, Y VILLANO EN SU RINCON, JUAN LABRADOR.

DE DON JUAN DE MATOS FRAGOSO.

PERSONAS.

El Rey Don Alfonso.
Don Gutierre.
Alvar Nuñez.
Martin, gracioso.
Beatriz.
Constanza, Labradora.
Juan Labrador, viejo.
Montano, su hijo.
Bruno.
Gil.
Anton.
Jacinta, y Música.

JORNADA PRIMERA.

Calle, y salen Beatriz, y Jacinta, Labradoras, en hábito de Damas, y detrás Don Gutierre, y Martin, siguiendolas.

Beat. CON qué estilo tan galan
tantas joyas me compró!
Jac. Habla baxo, porque yo
sospecho, Beatriz, que ván
siguiendo nuestras pisadas.
Beat. Eso me ha dado temor.
Jac. Vuelve mui aprisa Amor
por las prendas empeñadas.
Beat. Lo que galante me ha dado,
de opinion he de perder,
si ahora llega à saber
la calidad de mi estado:
mas podrélo remediar
con darle una prenda yo.
Jac. Que valga mas, eso no.
Mart. Bien puedes, señor, llegar.
Gut. Dirán, que grosero soi.
Mart. No pierdas la coyuntura.
Gut. No he visto igual hermosura
desde que en Sevilla estoi!
A mucha descortesía,
hermosa dama, tendreis,
y temo, que me culpeis
la poca advertencia mia,
en que me atreví à ofreceros
otra vez mi voluntad;
mas no me culpeis, culpad
esos divinos luceros,
que imán es del yerro mio,
que está en adoraros firme,
para poder resistirme
no me han dexado alvedrío.
Beat. Cortesano Caballero,
que primoroso, y galante

sabeis dorar , como amante,
los yerros de lisongero,
agradecida al alhago
de tan generosa accion,
con la misma obligacion
en que me dexais , os pago;
pues quien logra la victoria
de liberal , tan sin susto
aunque no avasalle el gusto,
ha de empeñar la memoria.
Yo os ruego , que no intenteis
seguirme , que en el lugar
donde hoi me visteis llegar,
muchas veces me vereis.
Y para satisfaccion
de que engaño no he de hacer
à que confieso deber
tan noble demonstracion,
esta sortija tomad.
Gut. Por dulce prision la acepto,
y no seguiros prometo,
sino con la voluntad;
solo una palabra os quiero
suplicar , que me escucheis.
Jac. Hidalgo , no me diréis
quién es este Caballero,
porque el estilo no yerre
quando le vuelva à encontrar?
que es su valor singular.
Mart. Sabed , que este es Don Gutierre
Alfonso , hombre de valor.
Jac. Qué es mas?
Mart. Es , por justa lei,
de la Cámara del Rei
el mas valído señor:
mas para ser sin agravio
en Sevilla conocido,
le bastaba el ser valído
del Rei Don Alfonso el Sabio.
La privanza no le altera
la afabilidad que veis,
mas pues no le conoceis,
debeis de ser forastera.
Jac. Es , que en cerradas prisiones
vivimos como en destierro.
Mart. Diga usted , y en ese encierro
hai vara larga , ò rejones?
Jac. Qué estilo tan de Lacayo!
aqui para entre los dos,
es de Huete? *Mart.* Vive Dios,
que me la pegó al soslayo.
Gut. Quiero , con vuestra licencia,
saber la calle , y no mas.
Beat. El Noble no hace jamás
à la que quiere violencia;
y asi , quedaros podeis,
supuesto que es cosa llana,
que aqui me vereis mañana.
Gut. Basta que vos lo mandeis:
yo no pasaré de aqui,
satisfecho que os veré.
Beat. Pues yo de aqui pasaré,
si vos me obligais asi.
Gut. Digo , que vais en buen hora.
Beat. Obligada voi de vos.
Gut. Id con Dios.
Beat. Quedad con Dios. *Vanse las dos.*
Mart. Qué tenemos? *Gut.* Que es señora
de gran calidad sin duda.
Mart. Lindamente te ha engañado.
Gut. Yo me doi por bien pagado.
Mart. No hayas tú miedo , que acuda
donde dice , puntual.
Gut. Prenda ha dexado bastante,
pues me dió en este diamante
una estrella. *Mart.* Ese es cristal:
socarrona lapidaria,
debe de usar de esa flor.
Gut. No ví hermosura mayor!
Mart. Será alguna estrafalaria.
Gut. Antes, Martin , imagino,
que corrido me dexó,
pues es mas lo que me dió.
Mart. Tú dás en un desatino,
fingiendo estár mejorado,
porque no te llamen necio.
Gut. Para mí no tiene precio,
Martin, un término honrado.
Mart. Término honrado es tomar
mas de trescientos escudos
de joyas de oro? *Gut.* A los mudos
harás , porfiando , hablar.
Mart. Tengo razon , pues ignoras
los embustes , y quimeras
de mugeres callegeras,
que andan pescando à estas horas.

Una sale con rigor,
que no se ha de destapar,
y es, que es fea, y quiere usar
del recato por primor.
Está fiada en el pico,
dos melindres, y un enfado,
y algo de enojo rasgado,
que encubre nariz, y hocico.
Pesca con solo un anzuelo
pececillos camarones,
guantes, tocas, y listones
del boquirrubio mozuelo.
Y viendo que por la posta
la siguen en conclusion,
qué hace? muestra el mascaron,
y se vá libre, y sin costas.
Otra viene mui fiada
en la cara bien compuesta,
descubierta à la respuesta,
y à quanto pide tapada.
Dice, que tiene marido
zeloso, y que es menester,
para que la puedan vér,
recato muy conocido.
Pesca medias, chocolate,
y algun dige moderado;
por dár à entender estrado,
aplica al escaparate.
Y andando como peonza,
dice, que vive à diez altos,
en calle de treinta tratos,
y escapa como una onza.
Otra sale mui deidad,
con que à una enferma vá à vér,
y la enferma viene à ser
ella, ò su necesidad.
Y despues hace una pella
de cosas que vá à llevar
à la enferma, suele dár
con la palabra doncella.
Y si el pobre con enfado
muestra enojo, mui falsita
le responde: Quita, quita,
lleve usted lo que me ha dado.
Y viendo el empeño duro
en que se halla el inocente,
por regalos de presente,
se clava en furor futuro.
Y exâminados los modos
de su recato, y la fé,
se sabe despues, que es de
Cimbios, Lombardos, y Godos.
No pára aqui la emboscada:
otras hai, que andan al vuelo,
no ponen cebo, ni anzuelo,
ni ván reparando en nada;
porque son red barredera
de los altos, y los baxos.
Estas pescan renacuajos,
mariscan toda ribera,
porque toman avellanas,
duraznos, melocotones,
huevos, sardinas, melones,
besugos, peras, manzanas,
y quando destas crueles
zarandajas han cogido,
vienen à darse à partido
de rabanos, y pasteles.

Gut. No es aquella celestial
hermosura, à quien mi pecho
se rinde, de las comunes
mugeres, que en el aseo,
discrecion, donaire, y gracia,
un no sé qué de respeto
causaba, que el alma absorta
en tan divino portento,
quedó presa, publicando
la dicha del cautiverio.
Ay Martin! yo estoi sin vida.

Mart. Si te inclinaste tan presto,
cómo no vás en su alcance?

Gut. Por no parecer grosero
en la porfia, y tambien
porque no me echase menos
el Rei, que suele à estas horas
vestirse, y fuera defecto
en mi atencion el faltar
à la obligacion que tengo.

Mart. A Palacio hemos llegado,
y si no me engaño, creo,
que aquellas mismas tapadas,
que de tí se despidieron,
ván por alli presurosas
atravesando el terrero.

Gut. Pues ha dispuesto la suerte
aqueste segundo encuentro,

por tu vida que las sigas.
Mart. Voi trás ellas, porque entiendo
que esas aves de rapiña
te quieren dár pan de perro. *vase.*
Gut. Con eso sabré quién es
la que arrastró mis afectos
tan de improviso, que dudo
en tan venturoso empleo,
si fue primero el mirarla,
ò fue el rendirme primero;
pero el Rei sale: aqui importa, *ap.*
amor, que disimulemos.
Sale el Rey con acompañamiento.
Música. »O qué de veras me matan
»tus burladores ojuelos!
»mui graves son para niños,
»mui libres son para negros.
»O qué esquivo tu semblante
»se mejora en lo travieso,
»pues cada vez que se muda,
»es mas parecido al Cielo!
Rey. No prosigan mas: no he dicho,
que nunca amorosos versos
me canten, de afectos vanos,
que es gastar sin fruto el tiempo?
Faltan heroicos asuntos,
en que pueda el noble ingenio
discurrir aprovechando?
Lo demás es vano empleo,
que la Música ajustada
de la historia à los sucesos,
regalando los oídos,
deleite el entendimiento.
Ay divina Labradora, *ap.*
qué mal con mi industria intento
disimular mi cuidado,
pues desde que te ví, creo,
que quanto respiro es ansia,
quanto imagino, es tormento,
sin que pueda declararme!
que el decirlo, y padecerlo,
es dos veces ser humano,
y asi es mejor el silencio:
que el que es deidad en la tierra,
y goza los privilegios
de soberano Monarca,
ha de dár à entender cuerdo,
que está libre de pasiones,
que no es bien, que en ningun tiempo
se vea defecto en quien
ha de castigar defectos.
Música. »En llama transforma el aire
»para su venganza el Griego,
»y en un caballo introduxo
»en Troya el mayor incendio.
Rey. Hyperbole del Poeta
fue el decir, que en el arresto
del Paladion Troyano,
se introduxo en Troya el fuego.
Alabo el docto artificio,
mas lo apocrifo condeno,
no necesita la historia
de episodios lisongeros,
ni de eloqüentes matices;
claro, puro, y verdadero
ha de ser el Coronista,
que los adornos superfluos,
ofuscando la noticia,
hacen sospechoso el cuento.
Los retóricos colores
se permiten al ingenio,
que con altas fantasías
procura aplausos discretos.
Pintan la verdad desnuda
los Antiguos, suponiendo,
que asi queda mas hermosa
à los Anales del tiempo.
Por eso yo, persuadido
de un curioso, y justo zelo,
la Historia de España escribo
solamente con intento
de dexar acreditada
empresa de tanto peso,
pues solo es digno de un Rei
el escribir los sucesos
de lo que pasa en un siglo,
pues independiente dellos,
ni dará alabanza al malo,
ni quitará fama al bueno.
Gut. Por esos, y otros estudios,
à vuestra Magestad dieron
nombre de Sabio los doctos.
Rey. Ese nombre no merezco,
pues siempre fue limitado
el humano entendimiento;
y respecto de lo mucho,

que hai que saber en los tiempos,
es siempre mas lo que ignora,
que lo que sabe el discreto.
Bien es verdad, que aplicado
desde mis años primeros
à diversidad de estudios,
fui capáz de comprehenderlos,
tanto, que à los veinte y dos
años compuse un Compendio
de toda la Astrología,
à que intitulé yo mesmo
Tablas Alfonsinas, por
vanagloria del ingenio,
pues de los nobles estudios
es solo el aplauso el premio.
Aunque atareado à las letras,
no por eso yo me tengo
por mas Sabio, pues al paso
que voi los profundos senos
de las ciencias penetrando,
me parece que sé menos,
pues veo lo que me falta
por saber, de lo que infiero,
que el que presume de sabio,
es solamente el mas necio.
Menos sé que todos, pues *ap.*
tan mal mis pasiones venzo.
Cantad, proseguid. De qué,
de qué me sirve el Imperio,
si no basta à defenderme
de mi valor el silencio?

Música. „Yá en cenizas desatado
„se vé el artesón sobervio,
„y de las Torres mas altas
„es acreedor el incendio.

Rey. Y de mi pasion tirana
se aumenta el oculto fuego:
no canteis mas: Alvar Nuñez,
avisad à los Monteros,
que salgo à caza mañana
à aquese Lugar ameno,
que llaman Vega-Florida,
por vér (ay de mí!) si puedo,
menos cazador, que amante,
saber quién es aquel bello
prodigio, que entre sus flores
se hospedó para veneno
de mis sentidos: Gutierre,
conmigo esta tarde quiero,
que vais al monte. *Gut.* Gran dicha,
señor, es iros sirviendo.
Rey. Confuso entre dos mitades,
de amante, y Rei me contemplo:
si callo, es mortal mi pena;
y si me declaro, veo,
que emprendo una accion indigna
de mi decoro, y respeto,
y entre temor, y esperanza
golfos de dudas navego. *vase.*
Sale Martin. Albricias, señor.
Gut. Qué dices, Martin?
Mart. Que sabido tengo
quién es la Dama tapada.
Gut. Las albricias te prometo.
Mart. Juzgo que te has de quedar
elado, si te lo cuento.
Gut. Acabad, y no me dilates
la noticia. *Mart.* Fui siguiendo
esta muger hasta el fin
del Lugar, siempre à lo lexos,
porque no echase de vér
de mi cautela el intento,
que el que exâmina curioso,
ofende como grosero.
Llegó la tal al Meson,
entró en él, y à un aposento
se fue derecha: Yo entonces,
fingiendo que à un forastero
buscaba, me entré al descuido,
miro al aposento, y veo,
desnudarse la tal Dama,
y transformarse al momento
en trage de Labradora;
quedé admirado, y suspenso,
pues me pareció mas bella
en aquel rústico aséo.
Bien como suele la rosa
ostentar mas noble imperio
en su nativa esmeralda,
que no en el ramilletero.
Sacó un mozo luego un carro,
alfombrado, y bien compuesto,
y ella poniendo delante
del rostro un sutil pañuelo,
en él subió tan airosa
à sentarse, que sospecho,

que

que su hermosura cifraba
aquel florido bosquexo
de Amáltéa, quando al campo
el Abril restituyendo,
lascivo esquadron de flores
vá por el aire esparciendo.
Iba un villanejo à pie,
y preguntéle resuelto
quién era? y me respondió:
Para qué quiere saberlo?
No echa de vér, que es la hija
de Juan Labrador mi dueño?
Es un pasmo, dixe: y dónde
vive? Replicó el mozuelo:
En Vega-Florida vive,
aqueste cercano Pueblo
del bosque en que caza el Rei,
y como un Alcón ligero,
esta Circe encantadora
se desvaneció en el viento,
dexandonos convertidos
en mono yo, y tú en podenco.
Gut. Jesus, y qué disparate!
Ahora bien, Martin, supuesto
que el Rei mañana vá à caza
à Vega-Florida, tengo
de saber con qué motivo
aqueste imposible bello,
en trage de Cortesana,
vino à burlar mis deseos,
vino à rendir mi alvedrío,
vino à matarme tan presto,
que aún para soñado es mucho,
y para verdad no es menos. *Vanse.*

Selva, y sale Juan Labrador de villano viejo, Tirso, Bruno, y Anton, Labradores.

Juan. Salí acá, engolillados,
alto à trabajar, que el dia
empieza à romper. *Tirs.* Por qué,
señor, preguntar quería,
nos llamas engolillados?
Juan. Pues no es acaso el enigma:
Mirad, suele el Cortesano,
por desprecio monterillas
llamar à los Labradores,
y porque el modo repita,
yo tambien engolillados
os llamo por ignominia.
Ant. Muesamo ha dicho mui bien,
doile à la Corte dos higas.
Juan. Ea, pues, alto al trabajo,
tú, Anton, al campo camina,
y para arar los repechos,
que están juntos à la Ermita,
llevad diez pares de bueyes,
y otros de mulas: aprisa
à la labor. *Ant.* Como es barro
lo mas de aquella campiña,
otra mula llevaré.
Juan. Lleva quatro, y quantas pidas,
pues tantas me ha dado el Cielo,
por su Bondad infinita,
que ignoro el número dellas:
quién mi fortuna no envidia?
Tú, Bruno, vete à la cuesta
donde Constanza vendimia.
Ant. Mas importan tus ganados,
que la Corte de Sevilla.
Juan. Y de unas ubas doradas,
que se vengan à la vista,
bordadas del puro aljofar,
que las yela, y las matiza,
llena quatro, ò cinco cestas,
que lleves à las vecinas,
y la mejor al Doctor:
que aunque nunca en mi familia
ha curado enfermedad,
gracias à Dios, cada dia
le regalo anticipado,
porqué no me haga visitas,
ni le dé ningun cuidado
la salud que Dios me envia.
Bruno. Voi, señor, antes que el Sol
comience à esparcir sus iras. *vase.*
Juan. Tú, Tirso, avisa à Montano,
y à Beatriz mi hija avisa,
que acudan à sus taréas,
que aunque son prendas queridas
del alma, y no han menester
el trabajo, todavía,
para exemplar de los otros,
el que en Lugar corto habita,
ha de usar prudentemente
del ocio como fatiga.
Tirs. Voi à lo que me mandas:
primero iré à la cocina. *vase.*

Juan.

Juan. Gracias os doi, gran Monarca
del Cielo, por tantas dichas
como me habeis dado, pues
quanto distingue la vista
por todo aqueste Orizonte,
desde esa Sierra vecina
hasta aquel profundo Valle,
poblado de altas olivas,
me reconoce por dueño
y de suerte la campiña
cubren todos mis ganados,
que quando à beber se arriman,
el mas caudaloso arroyo
para pasar à otra orilla,
le agotan, con que la aprueba
de su misma sed fabrican.
Es del matizado enjambre
de mis colmenas floridas
tanta la miel abundante,
que en ruecas de oro al Sol hilan,
que rebosando en los bordos
por el corcho se destila
hasta el suelo, donde encuentra
tal vez la leche vertida
del tarro, que al Pastor sobra,
ò la hartura desperdicia,
con que plato dulce aqui
tienen tambien las hormigas.
De azules ubas colmados
mis lagares, fertilizan
las cubas, y las tinajas;
y aunque son casi infinitas,
y cada Octubre se añaden
otras tantas, de mis viñas
es tanto el opimo fruto,
que siempre por la vendimia
vengo à tener una extrema
necesidad de vasijas.
Amontonado en las heras
tengo el trigo algunos dias
mientras se ensanchan los troxes,
ù otros silos se fabrican,
con que es depósito el campo
del oro de mis espigas,
hasta que por el Otoño
lo restituyo à sus minas.
Mas no es esta la mayor
fortuna, que me acredita
de venturoso, sino
el contento, y la alegría
con que vivo en este estado,
porque de todas las dichas,
no es mejor la que se tiene,
sino la que mas se estima.
En este Lugar nací
entre castaños, y encinas,
y jamás he visto al Rei,
ni à la Corte de Sevilla,
con estár de aqui dos leguas,
que en sesenta años de vida,
parecerá que es capricho
de extravagante porfia,
pues no es sino natural,
que es tanta la antipatía
con que miro al Cortesano,
de ceremonias fingidas
vestido siempre el semblante,
que juzgo no trocaria
por sus levantadas Torres
aquesta humilde Alquería.
Con mis Zagales aqui
vivo honrado, y sin codicia
de honores vanos. O quánto
yerra aquel, que solicita
encumbrarse à las Estrellas
para dár mayor caida!
Exemplo el gigante Roble
me ofrece, quando à las iras
del embravecido Noto
rindió su sobervia altiva;
pero la caña, que humilde
estubo en su estado fixa,
burlando de sus violencias,
no peligra en la ruína.

Sale Beatriz, y Montano.

Mont. Aqui está, los dos lleguemos.
Beat. Padre, y Señor? *Juan.* Beatriz mia?
hijo Montano, qué es esto?
Mont. Pedirte, señor, queria
un favor solo. *Beat.* Lo mismo
de tí mi amor solicita.
Mont. Pero no te has de enojar.
Juan. Prendas del alma queridas,
alivio de mi vejéz,
qué cosa habrá, que me pida
vuestra humildad, que no haga?

Quan-

Quanto los ojos registran
es vuestro, y para vosotros
lo adquirieron mis fatigas.
Mont. Pues, señor, porque te alegres
alguna vez, por tu vida
que salgas à vér al Rei,
que hoi dicen, que à nuestra Villa
viene à cazar, ya el Pueblo
à recibirle camina
fuera del Lugar. *Beat.* Disponte
à hincarle la rodilla,
pues que nos mantiene en paz,
tanta rustiquéz olvida.
Mont. Ponte el vestido de fiesta,
y mui galán::: *Juan.* No prosigas:
qué es vér el Rei? Estais locos?
Lo que nunca hice en mi vida,
tampoco he de hacerlo ahora;
yo he dado en esta porfia:
servirle, y no verle quiero,
y no es en mí grosería,
sino atencion, y respeto:
que el Sol, Monarca del dia,
alumbrandonos à todos,
ciega à aquel que le registra,
dando à entender, que se ofende
del que su luz averigua.
Al Rei no he de vér la cara,
porque ya en la postrer linea
de mis años, fuera ocioso
lograr su vista sin vista.
Daráme, porque le vea,
Encomienda, ò roxa Insignia?
Yo puedo servirle mas,
que de desprecio, y de risa?
Amarle, y obedecerle
me toca con lealtad fina,
como à Deidad Soberana,
pero à verle no me obliga.
No quiero vér Reales pompas,
que yo tambien si se mira,
como Sabio en mi Retiro,
soi Rei de aquesta Alquería.
Mis Ciudades son los riscos;
los Campos son mis Provincias,
de quien es Cetro el arado,
que asido à la mano mia,
vá con igualdad formando
los surcos, cuyas campiñas,
bien gobernadas del brazo,
que su aspereza cultiva,
allanando la que sube,
subiendo la que se humilla,
fértiles ricos tributos
me ofrecen agradecidas.
Las alfombras, y brocados
el Mayo me los matiza;
mis doseles son los troncos,
y no de flores texidas,
sino de frutas sabrosas:
mirad quál será mas rica,
allá una sombra, que adorna,
ò aqui una verdad, que obliga?
O dichosa à todas horas
amada soledad mia!
solo tu silencio adoro,
solo tu quietud me alivia.
De qué puede aprovecharme
vér la Magestad altiva,
faustos, Coronas, y Cetros,
si al fin no hai segura dicha,
y en una mortaja páran
del mundo las alegrías? *Vase.*
Beat. Dexemosle con su tema:
qué opinion tan exquisita!
Mont. Quando otros, por vér al Rei,
largas jornadas caminan,
él se retira, y esconde.
Jac. Qué necia filosofia!
Beat. A qué racional no alegra
vér la presencia, y la vista
del Príncipe soberano?
Jac. No ví tan dura porfia.
Mont. Diferente condicion,
Beatriz hermana, es la mia,
pues muero por vér la Corte,
y aquesta rústica vida
me cansa, y solo me agradan
cortesanas bizarrías,
adornos, plumas, y galas,
que lo demás es mentira.
Beat. Tienes razon, porque yo,
siempre que dexo la Villa,
y à la Corte voi, no hai gala,
por mas vistosa, y mas rica,
que no estrene mi cuidado:

tú, Montano, ahora mira
cómo puede estar gustosa
en una Aldea pagiza,
quien todos sus pensamientos
tiene en la Corte: Ay, Jacinta!
Gutierre Alfonso es mi norte,
en él mi ventura estriva.

Mont. Mui bien podia mi padre,
con la riqueza infinita,
que le ha dado el Cielo, darte
por esposo, Beatriz mia,
un gran Caballero, pues
darte con él bien podia
cien mil ducados de dote.

Beat. En su condicion es risa
pensar que ha de darme estado,
que no sea à la medida
de su humilde nacimiento;
pero la eleccion es mia.
Yo voi à la Iglesia, hermano,
porque oí decir, que oiria
Misa en ella el Rei. *Mont.* Si allá
vieres à Constanza, dila
mis finezas. *Beat.* Para qué?
si viene, puedes decirla
tu amor, que un amante firme,
mejor su pasion explica.

Mont. Dices bien, à Dios.

Beat. A Dios.

Jacint. Señora, vamos aprisa,
que el qué las joyas te dió
por alli pasa. *Beat.* Hoi, Jacinta,
del amor que le he cobrado
mucho me temo à mí misma.

Vanse, y sale Constanza.

Mont. En hora buena, Constanza,
tu hermosura peregrina
salga à dar rayos al Sol,
que ya avaro me decia,
mormurando entre las hojas
de esa floresta sombría:
Campos, que viene Constanza,
flores, que amanece el dia.

Const. Para otra ocasion, Montano,
dexa las lisonjas tibias,
que ohora vamos à ver
al Rei, que viene à esta Villa.
Tú eres rico, yo soi pobre,
y si mi hermosura estimas,
ò subeme à tu riqueza,
ò à mi pobreza te humilla.
Tú ahora con el amor
consulta mis tiranias,
pues no he de oír tus finezas,
sin que el Cura las bendiga. *vase.*

Mont. Escucha, detente, aguarda:
de sus hebras de oro asida
me lleva el alma; mas quién
logró sin pension las dichas? *vase.*

Salen el Rei, Don Gutierre, Alvar Nuñez, y Martin.

Rey. Con la ocasion de la caza *à parte.*
he venido à aquesta Aldea,
por si otra vez llego à ver
aquella Serrana bella,
à quien me inclinan los Astros,
con tan oculta violencia,
que ignoro, si en mis sentidos
es esta importuna idea
afecto de pasion noble,
ò influxo de mis estrellas:
Famoso Templo, Alvar Nuñez!

Alvar. Señor, para ser Aldea,
es el portico admirable.

Gutier. Un hombre rico hai en ella,
que de Ornamentos, y Altares
la enriqueció de manera,
que iguala à las de la Corte.

Rey. Antes de entrar en la Iglesia
la curiosidad me llama
à ver una estraña piedra,
losa, ò sepulcro entallado
de tan desusadas letras,
que la atencion prende. *Gutier.* Alguna
memoria será de aquellas,
que los Antiguos ponian
en las sepulturas.

Salen por un lado Beatriz, y Jacinta junto al paño.

Jacint. Llega,
Beatriz, sin temor. *Beat.* Jacinta,
el verle me desalienta,
que sin duda es gran señor;
murió mi esperanza necia.

Jacint. Mucho mas iguala Amor.

Beat. Cómo quieres tú, que sea

posible, que un Caballero,
por esposa à úna hija quiera
de Juan Labrador? *Jacint.* Señora,
no fueras tú la primera,
que al dosél, desde la albarca
llegáras.

Salen por otro lado al paño Gil, Anton, Tirso, y Bruno.

Tirso. Gil, no nos sienta.
Gil. Pisa quedito. *Brun.* Yá estamos
viendo su perliquitencia.
Tirs. Oyes, tambien tiene barbas
como yo. *Gutier.* Pues vuestra Alteza
tiene el semblante risueño,
sin duda su inscripcion muestra
le entretuvo. *Rey.* Es la mas rara
inscripcion, y la mas nueva,
que ví en mi vida, y merecen
ser de diamante sus letras:
estraño epitafio! leedle.
Gutier. Dice de aquesta manera:
Yace aqui Juan Labrador,
que nunca sirvió à señor,
ni vió la Corte, ni al Rei,
y venerando su lei,
ni temió, ni dió temor,
ni tuvo necesidad,
ni estuvo herido, ni preso
ni en sesenta años de edad
vió en su casa mal suceso,
envidia, ni enfermedad.
Alvar. Epitafio peregrino!
Rey. No habrá en el mundo quien pueda
dexar tan rara memoria.
Gutier. No pone año de la fecha,
ni quando murió. *Rey.* Es verdad:
Yo me holgára que viviera,
para conocer á un hombre
tan singular. *Gutier.* Cosa es esa
facil de saber, señor:
Mancebo, el de la montera,
llegaos aqui no temais.

Llega temblando.

Tirs. Qué manda su Reverencia,
digo, su Paternidad,
su Jamestad, ó Insolencia,
su Merced, ó Señoria?
De los pies á la cabeza
alguna le ha de acertar.
Gutier. Mirad que os habla su Alteza.
Rey. Cómo os llamais? *Tirs.* Señor, Tirso.
Rey. Sois Pastor? *Tirs.* Y de unas fieras,
que es desvergüenza nombrarlas,
y vergüenza el no comerlas.
Rey. Decidme, quién es aqui
Juan Labrador? *Tirs.* So un bestia,
no quitando lo presente,
y no sabré dar respuesta:
à Beatriz se lo perscude.
Rey. Quién es Beatriz? *Tirs.* Es aquella
Serrana, que se recata,
del Pueblo la mas discreta.
Gutier. Serrana hermosa, llegad,
que os llama el Rei: mas no es esta, *ap.*
Cielos, la que adoro? *Rey.* Amor, *ap.*
qué es lo que ven mis potencias?
Este es el bello motivo,
que me conduce à esta Aldea.
Beat. A vuestras plantas, señor,
está Beatriz. *Rey.* De la tierra
alzad, bella Labradora,
que se quexará la esfera
del Sol, de este injusto aplauso,
viendo à mis pies sus estrellas.
Amor, qué absoluto imperio *à parte.*
es el tuyo? O quién pudiera
pasar la voz à los ojos!
Beat. Qué es lo que manda su Alteza?
Rey. El despejo es Cortesano?
Quién es en aquesta Aldea
Juan Labrador?
Beat. Es mi padre.
Rey. Luego vive?
Beat. Y con tan buena
salud, que puede apostar
à duracion con las peñas,
pues siendo de sesenta años,
edad en que el hombre peina
caducas canas, jamás
tuvo un dolor de cabeza.
Rey. Pues cómo en su sepultura
tiene yá puesta la piedra?
Beat. Porque dice, que es un loco
el que fabrica vivienda
para cien años de vida;
y como ha de ser la huesa

su

su habitacion muchos siglos,
la edifica antes que muera.
Rey. Y es rico Juan Labrador?
Beat. Señor, mucha es su riqueza,
cincuenta pares de mulas,
y ochenta de bueyes pueblan
la campiña en sus arados;
y en la rustica tarea
cien hombres tiene ocupados.
Rey. Qué viste?
Beat. Una parda jerga.
Rey. En qué come?
Beat. En tosco barro.
Rey. Por qué causa?
Beat. Es, que se precia
de ser humilde, y no gusta
de vanidades superfluas.
Rey. Es avariento?
Beat. Antes gasta
mucha parte de su hacienda
con los pobres, y para ellos
ciertas heredades siembra,
cuyo fruto igual con todos
le reparte en la cosecha.
Rey. Hombre estraño! y por qué causa
Filósofo se desdeña
de ver à su Rei? *Beat.* El dice,
que le ama, y le respeta
como humilde, y buen vasallo,
y que le dará su hacienda,
pero que no quiere verle;
y es gran señor, de manera
este capricho en que ha dado,
que siempre que vuestra Alteza
por aqui pasa, se esconde.
Rey. Dichoso él, que se contenta
con su estado, sin que aspire
à mas fortuna, que aquella
en qué nació; pero el modo
de despreciar mi grandeza,
no quererme ver, envidio;
y à no ser Rei, solo fuera
Juan Labrador: Y qué estado
dar à sus hijos intenta
con tanta riqueza? *Beat.* Dice,
que aunque darme bien pudiera
cien mil ducados de dote,
que no quiere que yo sea
mas de lo que soi; y asi,
con otro igual suyo piensa
en esta Aldea casarme,
que él no busca mas nobleza,
que aquella que Dios le ha dado,
y de ser lo que es se precia.
Rey. No será asi, porque yo *à parte.*
primero, Serrana bella,
al tósigo de mis ansias
moriré, que verte agena:
y qué decís vos? *Beat.* Yo tengo
tan alta, señor, la idea,
que no hai fortuna encumbrada,
que humilde no me parezca,
solo me agrada la Corte,
y su hermosa diferencia.
Rey. Quieres venir à la Corte?
Beat. Quando se case su Alteza
con la Infanta de Aragon,
cuya boda España espera,
entonces me llevará
para Dama de la Reina,
porque para menos juzgo,
que no saldré de mi tierra.
Mart. Parece qué habla contigo,
no es la villana mui lerda.
Rey. A no ser vuestra hermosura
de inferior fortuna, fuera
mui facil. *Gutier.* El Rei la mira.
Mart. Como es Sabio, con prudencia
las Leyes de la Partida
quiere acabarlas con ella.
Sale un Criado. Yá está todo prevenido,
bien puede entrar vuestra Alteza.
Rey. Yo buscaré otra ocasion *à parte.*
para mejor poder verla,
sin nota de mi respeto.
Gutier. Toda la atencion me lleva. *ap.*
Rey. Vamos: qué os ha parecido,
Don Gutierre, la sobervia
del Filósofo Villano?
Gutier. Blasona con accion necia,
que à señor nunca ha servido,
ni ha querido ver la Regia
Magestad: dos vanidades
à su humildad bien opuestas.
Rey. Que por no verme se esconde,
y servir à otro condena!

confieso que me he picado;
yo dispondré de manera,
que sirva à señor, y que
hoi Juan Labrador me vea. *vanse.*
Vill. Viva Alfonso, viva. *vanse.*
Beat. Viva,
pues viene à honrar nuestra Aldea.
Gutier. Serrana hermosa, en quien puso
luces el Sol, y Amor flechas,
escuchame dos palabras.
Beat. Sí haré, como mas no sean.
Gutier. La primera es, que en la Corte
ví vuestra rara belleza:
y la segunda, que al punto
os rendí el alma en ofrenda.
Beat. No soi la que vos pensais,
que hai muchas que se parezcan.
Gutier. Ne puede engañarse el alma,
que es oculta providencia,
que reconozca la herida
del delinqüente la ofensa.
Beat. Cómo quieres que à la Corte
me vaya à ser Vandolera,
teniendo segura yo
à quien matar en mi Aldea?
Gutier. Es, que son aquellos triunfos
de mejor naturaleza,
y la que es deidad humana,
con pocos no se contenta.
Beat. Mirad, que estais engañado.
Gutier. Ved, que es aquesto evidencia:
podeis negar, que esa mano,
en cambio de mis finezas,
me dió, para ser dichoso,
en un diamante esta estrella?
Con qué motivo escondeis
la mano, y tirais la piedra?
Beat. Es, que la distancia que hai
entre los dos, desalienta
mi inclinacion. *Gutier.* De dos voces,
alta, y baxa, el arte ordena
una conforme armonía:
luego el amor bien pudiera
unir de dos voluntades
una música perfecta,
que en su punto con el alma
conformase la pequeña?
Beat. Asi es verdad.
Gutier. Pues de qué
os recelais? *Beat.* No quisiera,
que por faltar à la prima,
destemplase la tercera.
Gutier. Mucho mas puede el amor.
Beat. Un olmo tiene esta Aldea,
adonde de noche, al són
del pandero, y la vihuela,
se juntan las Labradoras:
si disfrazado à la fiesta
venís, los dos hablarémos.
Gutier. Valdréme de esa cautela.
Beat. Y ahora, porque nos miran,
me voi con vuestra licencia,
por no dar ahora::: *Gutier.* En tus ojos
Beatriz, el alma me llevas.
Beat. Por esta os doi la memoria.
Gutier. Luego os quedaréis sin ella?
Beat. Es, que mi fé tiene muchas,
y unas van, y otras se quedan;
y vos qué haréis? *Gutier.* Suspirar
mientras duráre esta ausencia.
Beat. Quién lo acredita?
Gutier. Mi amor.
Beat. Cómo lo sabré?
Gutier. En la prueba.
Beat. Quál será el testigo?
Gutier. El tiempo.
Beat. Solamente esa respuesta
esperaba; à Dios. *Gutier.* à Dios:
qué mal se templa una pena! *à part.*
Beat. Lo que un rendimiento obliga! *ap.*
Gutier. Qué poco debo à mi estrella! *ap.*
Beat. Asi no fueras tan noble! *à parte.*
Gutier. Asi desigual no fueras! *à parte.*

JORNADA SEGUNDA.

Sale Jacinta, y Beatriz de Labradoras.
Beat. Solo está el olmo, Jacinta.
Jacint. Todavia para el baile
no se han juntado en su sitio
las mozas, y los zagales:
mui temprano hemos venido.
Beat. No es mucho me anticipase,
por ver si Gutierre Alfonso
estaba yá aqui, pues sabes,
que dispusimos los dos,

que

que viniese en otro trage
disfrazado, para verme.
Jacint. Solo de esa suerte es facil
que os veais, sin que lo note
la malicia, y villanage.
Salen vestidos de Labradores Don Gutierre, y Martin.
Mart. En lo intrincado del bosque
atado el caballo à un sauce
dexé, señor. *Gutier.* No es posible,
que asi nos conozca nadie:
este es el olmo, Martin,
donde vienen à juntarse
los Mancebos del Lugar
à hacer sus fiestas, y bailes,
y adonde; pero qué miro!
Mart. Si no es ella, que me maten.
Jacint. El es sin duda. *Beat.* El recelo
no es mucho que me acobarde.
Gutier. Gallarda hermosa Aldeana,
que con armas desiguales,
para este aplazado sitio
ayer me desafiastes,
no direis que no he cumplido
con el duelo como amante,
pues deponiendo el adorno
cortesano, en este trage
rustico el amor me puso,
para no embozar verdades.
Yá, Beatriz, soi Labrador,
y para mí no era ultrage,
si como siembro suspiros,
cogiera seguridades.
Beat. Mucho mas me obligaria
vuestra fineza en el lance,
si como trueca el vestido,
las intenciones trocase.
Gutier. No es el agua de esta fuente,
que borda el florido margen,
tan pura como la mia.
Beat. Tanto me quereis? *Gutier.* No vale
todo el Imperio del mundo,
ni quanto el Cielo reparte,
para mí, lo que esos ojos,
esa gracia, ese donaire,
con que estos campos florecen,
dulce alimento suave
del alma. *Beat.* Alimento dices?
luego podrás sustentarte
solo con verme? *Gutier.* Es verdad.
Beat. De qué suerte?
Gutier. No lo estrañes,
pues nuevos Sabios afirman,
que junto donde el Sol nace
una selva hai tan amena,
que viven sus naturales
del olfato de las flores,
que en aquellos campos nacen.
Si puede el olfato dar
alimento, no te espante,
si estos viven de un sentido,
que viva yo de mirarte.
Beat. Con esas sofisterias
venís mui falso à burlarme:
mas porque no me trateis
con aquel comun ultrage
de falsa, tirana, aleve,
esquiva, ingrata, inconstante,
que son de los que se quexan
las ceremonias vulgares,
digo, que yo lo agradezco;
pero habeis de perdonarme,
que no he de corresponderos
por mas que os mostreis amante.
Gutier. Pues cómo se compadece
agradecer con desaires?
Beat. Muchas veces la razon
al gusto no le persuade,
y deudas de la memoria
tal vez las niega el semblante.
Gutier. Quien dice agradecimiento,
dice favor. *Beat.* Es constante;
pero los mios serán
con muchas condicionales.
Gutier. Y quáles son? *Beat.* Yá sabeis,
que es Juan Labrador mi padre,
que aunque no es de sangre noble,
es tan limpio su linage,
que en la esfera de hombre llano
tiene todos los quilates,
para que en él se dibuxe
de la nobleza el esmalte,
como el preparado lienzo
del metal rudo, à quien hace
capáz para los relieves,
de la materia lo habil:

y que yo, siendo hija suya,
he de llevar adelante
esta vanidad humilde,
que de mí no está distante
lo noble, mas que en la dicha,
pues quanto dispensa el aire
del cortesano exercicio
primores, y habilidades,
que allí en la Corte las Damas
de mas espíritu saben,
todo lo aprendí, y no soi
Labradora en el lenguage,
sino en el tiempo, que finjo
lo rustico por desaire.
Y sobre aquesta riqueza,
que puede otro lustre darme,
pues de la virtud, y el oro
en noble compuesto se hace;
y quando mi pensamiento
Aguila al Sol se encumbrase,
dando glorioso motivo
à las memorias del jaspe,
no fuera error, pues que vemos,
que sobre el olmo gigante
hace nido el paxarillo,
sin que el frondoso omenage
de sus hojas le desdeñe,
antes del tirano ultrage
del Cazador le defiende:
similitud Real, imagen
de atributo generoso,
que honrar al humilde sabe.
Pero para qué me canso,
Caballero, en declararme
con vos, si es un imposible
lo que emprende mi dictamen?
Id con Dios, porque yá es tiempo
de que se comience el baile,
y no será bien que os vean
en este sitio. *Gutier.* Escuchadme:
qué imposible puede haber,
que mi fineza no allane?
Beat. El mayor.
Gutier. Quál es? *Beat.* Diréis
que es locura. *Gutier.* En vos no cabe:
decidlo. *Beat.* Pues entendido
tened, por ultimo lance,
que si no os casais conmigo,
quanto intentais es en valde.
Gutier. Si solo en eso consiste
el favorecerme, y darme
lugar en vuestra memoria,
porque mi fineza pase
al logro felíz que espero,
será una firma bastante
de mi mano? *Beat.* Los papeles
no veis que los lleva el aire?
Gutier. Pues cómo quereis que sea?
Beat. Decidlo ahora no es facil:
mas porque en secreto hablemos
los dos esta noche:::
Sale Mont. Qué haces, hermana?
Beat. A estos mancebos dos
decia, como mi padre,
para su labor, yá tiene
ogaño gente bastante,
y que mas no ha menester.
Mart. Señor, si mientras durase
la vendimia, usted quisiere
añadir mas dos jornales,
le servirémos, y sepa,
que es mi compañero un grande
vendimiador de majuelos.
Mont. Y vos? *Mart.* Los vuelvo vinagre.
Mont. Pues de qué servís? *Mart.* Yo soi
baquero. *Beat.* Que me atajase *apart.*
decirle el modo con que
podia esta noche hablarme!
Gutier. Si en mí repara, hai gran riesgo.
Mart. Pues yo haré por deslumbrarle,
y siendo baquero, tengo
modo de ordeñar notable
à las bacas mas feroces.
Mont. De qué manera? *Mart.* Es mui facil.
Tengo una piel de becerro,
y cubriendome el semblante
con ella, me pongo en quatro
pies, pues que piensa la madre,
que soi su hijo, y se llega
mui mansa el pezon à darme:
Aprieto entonces la mano,
y lleno de leche un zaque,
y la voi dando papilla
mientras me mira, y me lame.
Mont. Cómo os llamais? *Mart.* Alcarraza.
Mont. Y esotro Zagal? *Mart.* Juan Fraile.

Gu-

Gutier. Y ambos de Sierra Morena,
adonde, por cierto lance
de amor, que tuve con otro
Pastor, fue fuerza ausentarme.
Mont. Vos teneis gentil presencia.
Mart. Y no dá ventaja à nadie
en correr, saltar, y hacer
estrañas habilidades.
Mont. Bien se echa de ver: los dos
hablad mañana à mi padre,
que podrá ser que os reciba.
Los dos. Pues à Dios.
Mont. No os vais, que es tarde?
y puesto que à este Lugar
à tan buen tiempo llegasteis,
favoreced nuestra Aldea
con ver, y asistir al baile.
Mart. Y si nos coge la noche,
habrá pajar? *Jacint.* Hoi reparte
el Alcalde cena à todos,
por ser fiesta, que el Pueblo hace
cada año por este dia.
Mart. Como haya cena, habrá catre,
porque en llenando el xergon,
no hai cuerpo que no descanse:
qué grita es esta? *Jacint.* Yá todos
vienen al olmo à juntarse.

Salen los Labradores, y Labradoras cantando, y bailando.

Music. „Viva la flor del amor,
„viva la flor,
„viva la flor del valle, viva la flor,
„viva la flor del Alcalde,
„que à todos frutos reparte:
„viva la flor, viva la flor,
„viva la flor del Amor.
Beat. Cada qual tome su asiento
para entretener la tarde.
Mont. Aqui, Constanza divina,
puede tu beldad sentarse,
pues dicen, que el corazon
se inclina mas à esta parte.
Const. Aqui junto de tu hermana
estaré de mejor aire.
Beat. Esta es la primera vez,
Constanza hermosa, que el baile
te ha merecido apacible.
De quándo acá tan afable
se permite tu hermosura
à los festejos vulgares?
Const. No es mucho, Beatriz, amiga,
que este suceso en mí estrañes,
porque como mi Retiro
es natural, y no es Arte,
juzgarás, que es ligereza
venir al olmo esta tarde;
pues no es sino obedecer
à Juan Labrador tu padre,
que como en Vega-Florida
tiene el dominio que sabes,
me mandó, que aqui viniese,
y que él tambien vendrá al baile,
como galán, à servirme;
dueño es de las voluntades
en blandura, y cortesia.
Beat. Grande novedad se me hace,
que mi padre al olmo venga.
Mont. Ea, salgan los Zagales
à bailar, y cada uno
haga sus habilidades.
Mart. Prestenme unas castañuelas,
que quiero bailar: tocadme
el Villano. *Tirs.* Norabuena,
los Musicos se lo canten.
Music. „El Villano, que no quiere
„con su Dama ser galante,
„tunda linda caiga en él,
„que le muela, ó que le ablande.
„Al Villano, qué le importa
„ser veloz de carcañales,
„si al dán, dán, siempre está docil,
„y al dén, dén, nunca está facil?
„Quando en su casa el Villano
„trás, trás, à la puerta llama,
„en viniendo sin tin, tin,
„un to, to, dá, que le ladre.
Mont. Salga ahora el compañero.
Gutier. Si haré; pero habeis de darme
licencia, para que yo
à una Dama à bailar sáque.
Mont. Ese es voluntario estilo,
sacad la que os agradáre.
Gutier. Tocad la gallarda: à vos
os elijo. *Beat.* Que me place.
Music. Pastores del monte,
„baxad à estos valles,

„por-

»porque el Dios de Apolo
»yá quiere ausentarse.
Gutier. Con qué industria, Beatriz mia,
podré aquesta noche hablarte?
Beat. Estad con cuidado, que
yo os lo diré en romance.
Music. El Planeta hermoso,
»que à dar vida nace,
»si despierta en flores,
»yá muere en cristales.
Beat. Advertid, que hablo con vos
quando un pañuelo sacáre.
Tirs. El forastero, y Beatriz
lo han hecho de mui buen aire:
sientese, y salga Constanza
con Montano. *Const.* Será en valde
persuadirme, porque yo
nunca he bailado. *Tod.* Pues cante.
Const. Norabuena: si es estilo
que cada qual haga alarde
de su habilidad, yo quiero
obedecer: ea, dadme
el instrumento. *Brun.* Allá vá
de mano en mano. *Gutier.* Inconstante
fortuna, à mi amor turbada, *à part.*
sed una vez favorable.
Canta Const. »Coronaba el Sol su frente
»con los desdenes de Dafne,
»que un noble rigor obliga
»mas que un favor, si es mudable.
»De lo esquivo de su planta
»se formó un verde plumage,
»porque sea un pie de nieve
»heroico Laurél de Marte:
»Huya velóz, y esquiva Dafne,
»pues de olvido su memoria nace.
Beat. Mas noble entretenimiento
es el hablar, cese el baile
por ahora, y cada uno
algunos versos relate.
Tirs. Yo diré unas seguidillas.
Const. Yo una glosa mui notable.
Jacint. Yo una cancion à una tuerta.
Anton. Yo à un givado un vejamen.
Gil. Yó à un cojo unos pies quebrados.
Beat. Yo repetiré un romance.
Tirs. Empiece Beatriz. *Beat.* Yá empiezo;
es de una Comedia un lance.
A cierta Aldeana hermosa
festejaba un Cortesano,
él era un Sol de la Corte,
ella del monte un milagro.
Intentó lograr su afecto
el amante enamorado,
remitiendo à una promesa
todo el desempeño hidalgo.
Mas ella, que su honor precia
mas, que el Imperio mas alto,
porque teme una caída,
quiere que la dé la mano.
De firmas, ni de palabras
no asegura su honor casto,
que quien en papeles fia,
se suele quedar en blanco.
Vencido de su hermosura
vino à verla disfrazado,
y à las puertas de su Aldea,
estando los dos hablando,
en preguntas, y respuestas,
(que como Amor es letrado,
suele acotar agudezas
para convencer ingratos)
quando, porque yá baxaban
del Monte los Aldeanos,
le dixo la Labradora:
Saca el pañuelo.
Caballero, con vos hablo:
yá veis, que de muchos ojos
no está seguro el recato,
si antes que os vais à la Corte
quereis hablarme, ácia el campo
cae una puerta, que cubren
unos laureles copados,
por ella entraréis seguro,
y guiando el lento paso
à un cenador, que guarnecen
de una mata espesos ramos,
entre ellos podeis oculto
esperar solo; y quando
en la mitad de su curso
la noche dé su tocado,
para enseñar las estrellas
desarrugue el negro manto,
baxaré à veros: Aquí
habia unos versos largos,
en que pintaba el Poeta

de

de Amor los triunfos, y lauros,
de que no me acuerdo ahora;
otro refiera otro tanto.
Gutier. Con esto Beatriz me avisa *ap.*
del modo prudente, y sabio
con que he de verla esta noche;
mi suerte se ha mejorado.
Tirs. Yo quiero decir mis copras;
pero alli viene muesamo.
Sale Juan Labrador, y levantanse todos.
Juan. Buenas tardes, Caballeros,
Dios guarde al cónclave honrado:
habrá lugar para todos?
Const. Quien le ha ganado entre tantos
seguro tiene el de todos.
Juan. Nada perderá tu agrado
en darmele junto à tí,
Constanza hermosa. *Const.* Si el lado
de mi humildad te merezco,
yo vengo à ser la que gano. *Sientase.*
Juan. Ea, prosigase el juego,
todos volved à sentaos,
que en mi mocedad me acuerdo,
que en el Lugar donde estamos
era yo toda la envidia
de los mancebos gallardos,
vencía à todos corriendo,
ganaba à todos tirando;
mas (ò caduca memoria!)
qué aprisa al arbol lozano
marchitó sus verdes hojas
el Otoño de los años!
Tirs. Llas mozas con llos mancebos
comience à casar muesamo,
y no se le acuerde ahora
lo de los nidos de antaño,
y à mí me case el primero.
Juan. Sabed, si me haceis Vicario,
que he de casar mui de veras,
pues jamás, por ningun caso,
en mi vida hablé de burlas,
ni jugué nunca de manos,
dos cosas que ha de tener
el hombre prudente, y sabio.
Esto supuesto, y que yá
es tiempo de dar estado
à mis hijos, yo quisiera,
Constanza, que este muchacho
Príncipe del Mundo fuera,
para honrarle con tu mano.
Yo no reparo en hacienda,
pues tanta el Cielo me ha dado,
sin merecerle ninguna,
que colmado estoi de quanto
puede discurrir la idéa.
Lo que busco, y lo que amo
para mi hijo, es muger
virtuosa, y si en tí hallo
discrecion con hermosura,
honestidad, y recato,
no solicíto otro dote,
pues juzgo, que dando en cambio
por la virtud mi riqueza,
que he comprado mui varato.
Y asi, Constanza, dotarte
quiero en treinta mil ducados,
de lo mejor de mi hacienda,
no en alhajas, ni brocados,
sino en tierras solamente,
que es del político trato
el tesoro mas seguro,
pues vemos que los Palacios
perecen con la ruina:
enferma el pobre ganado;
el oro mas escondido
suele hurtar la injusta mano,
todo en duracion peligra,
pero nunca falta el campo:
esto quiero, y esto gusto,
que se haga mañana, vamos. *Levant.*
Mont. Postrado à tus pies me tienes.
Const. Hechura soi de tu mano.
Mont. Albricias, corazon mio, *ap.*
pues ya mi amor se ha logrado.
Jacint. Por qué, señor, à Beatriz
no casas tambien?
Juan. No hallo
en el Lugar casamiento.
Jacint. Pues dasela à un Cortesano.
Juan. Cortesano? no en mis dias,
para que lo que he juntado,
y lo que adquirí sufriendo,
él lo desperdicie holgando:
en esto de casamientos
la igualdad es la que alabo:
à mí no me desvanece
la riqueza, Juan me llamo:
Yo solo quiero, que tenga

el que fuere su velado,
tres cosas, hombre de bien,
sangre limpia, y paño pardo.
Todos, y Música. »Muchos años viva
»Constanza, y Montano,
»y su padre, y todo
»viva muchos años.
Gut. Que me degüellen si hubiere
en el mundo hombre tan raro,
que la nobleza desprecie;
vive Dios! Calla, y mis pasos
sigue, Martin; y pues yá
la noche rinde su manto,
yo haré, que de mí se acuerde
el Filósofo Villano. *vanse.*

Salen el Rey, y Alvar Nuñez.

Alvar. Que te haya puesto en cuidado
gran Señor, un Labrador!
Rey. Su entereza, y necio error,
Alvar Nuñez, me ha picado,
y asi con este vestido,
cubierto el adorno Real,
vengo à ver este sayal
de la Magestad debido.
Y aunque sé que la censura
de muchos me ha de culpar,
alguna vez se ha de dar
al Cetro una travesura.
Hacen à un Rey mas glorioso
los sucesos exquisitos,
porque tambien los escritos
se ilustran con lo curioso.
Quántos hai, que por saber
de Mundo, el Trono dexaron?
Y quántos hai, que olvidaron
sus Patrias por querer ver?
Yo gusto, que ese mi error
se cuente por maravilla,
y que un Rei desde Sevilla
fue à ver à Juan Labrador.
Alvar. Pues, señor, no era mejor,
que él à tí te fuese à ver?
Rey. Eso era usar del poder,
y no lograr el primor.
Que con tal descanso viva
en su Retiro un Villano!
Que à su señor soberano
ver para siempre se priva!
Que tanto capricho tenga
un hombre particular!
Que pase por su Lugar,
y que à mirarme no venga!
Que le haya dado la suerte
un estado tan dichoso,
quando à mí el Cetro penoso
en afán se me convierte!
Que le sirvan sus criados,
y que obedezcan su lei,
y que se imagine Rei
de su tierra, y sus ganados!
Que à la Púrpura Real
no rinda veneracion,
y que huelle la ambicion
desde su pardo sayal!
Que se me esconda en su casa,
quando paso por su puerta!
Pues vive el Cielo, que, abierta,
ha de saber, que el Rei pasa.
Y que es locura, en rigor,
oponerse al Cetro Augusto,
para que vea, que es justo
ver, y servir al Señor.
Y que en aquel mismo sér,
en que uno mas sobresale,
eche de ver, que no vale
la maña contra el poder.
Alvar. Otra mejor aventura
pensé que aquí te traía.
Rey. Y Quál es? *Alvar.* Yo juzgaría,
que de Beatriz la hermosura.
Rey. Un Angel me ha parecido,
Alvar Nuñez, mas no fuera
quien solo aquí me traxera,
si no me hubiera movido
este curioso primor
de mi extravagante idéa,
y es, que à su pesar me vea
este necio Labrador.
Alvar. Y à dónde mandas que aguarde
la gente que te acompaña?
Rey Al pié de aquella montaña,
hasta que el Sol haga alarde
de sus luces, pues aquí
esta noche he de quedar.
Alvar. Dentro estamos del Lugar,
y la casa veo allí
del Villano. *Rey.* Pues à Dios.
Alvar. A Dios, gran Señor.

Rey.

Rey. Advierte,
que aquesto ha de ser de suerte,
que no salga de los dos:
ha de casa.
Dentro Tirso. Quién vocea?
Rey. Vive aquí Juan Labrador?
Tirso. Por tí preguntan, señor.
Saliendo fuera Juan Labrador.
Juan. Quién quieres que ahora sea?
ten cuenta con el portal,
no se lleve alguna cosa,
que anda mucha gente ociosa,
y que vive de hacer mal.
Rey. No soi de esos que pensais,
que aunque parezco estrangero,
soi un noble Caballero
de Sevilla. *Juan.* Y qué mandais?
Rey. Perdíme en esa montaña,
sé que sois rico, y sois noble,
até mi caballo à un Roble
por la obscuridad estraña,
y à la Aldéa vengo à pié,
donde el Cura me ha informado.
Juan. El Cura no os ha engañado,
cena, y posada os daré.
no como allá en vuestra casa,
con platos, y vanidad,
mas con nuestra voluntad,
al modo que acá se pasa:
cómo os llamais?
Rey. Yo me llamo
Don Enrique de Guevara,
gran Caballero en Castilla.
Juan. Gran Caballero? Mal haya
quien por su lengua perdiere:
mas porque no caiga en falta,
sois merced, ó señoría?
Rey. Vos, con darme aqui posada
merced me haceis, y esa quiero.
Juan. Mirad vos lo que os agrada,
que os trataré, si gustais,
de Santidad como al Papa;
porque si es aire una voz,
y con ella se agasaja,
el ser del aire avariento,
no sé que sirva de nada.
Rey. Mas parece Cortesano,
que Labrador. *Juan.* Como el agua
soi claro: sentaos ahora
mientras la cena nos sacan,
y escusemos cumplimientos.
Gil, Tirso, Anton.
Sale Tirso. Qué nos mandas?
Juan. Dí, que prevengan la cena,
y dí à mis hijos que salgan:
que tomeis asiento os ruego.
Rey. Vos os sentad. *Juan.* Escusada
es aquesa ceremonia,
por no decir ignorancia,
mandarme sentar à mí:
vos estais en mi posada,
os toca el obedecerme,
sin que repliqueis palabra;
sentaos vos, porque yo solo
puedo mandar en mi casa.
Rey. Yo estimo, como es razon,
una atencion tan hidalga.
Sientanse.
Juan. Hidalga, no, Caballero;
pero atenta, aunque villana.
Rey. En verdad, que si en la Corte
os veo, os doi la palabra
de pagar el hospedage.
Juan. Yo en la Corte? linda chanza
gastais. *Rey.* Pues no puede ser?
Juan Si allá me aguardais la paga,
no os pienso ver en mi vida.
Rey. Por qué la Corte os enfada?
Juan. Porque desde que nací
me estoi en esta montaña,
sin haber visto otro mundo,
y aunque me hicieran Monarca,
no saliera de mi choza.
Dos camas tengo, una en casa,
y otra en la Iglesia, estas son
mis dos alegres moradas:
una viviendo me abriga,
otra en muriendo me aguarda,
que de la cama al sepulcro
hai mui pequeña distancia.
Rey. Segun eso, en vuestra vida
habreis visto al Rey la cara?
Juan. Verdad es que no le he visto:
mas nadie con mas ventaja
venera su Real grandeza,
y sus leyes soberanas.
Rey. Pues dicen, que muchas veces
à este Lugar viene à caza.

Juan. Todas esas, escondido
por no verle, en mi intrincada
montaña emboscarme suelo.
Rey. Por no verle? Y por qué causa?
Juan. Es, que aqui de Rey tambien
un no sé qué me acompaña,
que no envidio su grandeza,
pues sospecho, que es mas alta
la fortuna que aqui gozo;
que el que tiene menos carga,
fue siempre el mas venturoso,
y aqui sin pensiones tantas,
me sobra el tiempo, y à él
el tiempo siempre le falta.
Rey. Ahora con mas razon, *ap.*
Villano, envidia me causas
con tu advertencia, la mia
por tu fortuna trocára:
qué vida es la que teneis
aquí? que à mí me cansára.
Juan. Yo me levanto al Aurora,
el dia que me dá gana,
y à Misa voi lo primero,
dando una limosna larga
al Cura, con que aquel dia
los pobres del Lugar pasan.
Rezo alli mis devociones,
y dando vuelta à mi casa,
almuerzo dos torreznillos,
y enmedio un pichon, que al ambar
aventaje el olor puro,
que despide su fragrancia;
trato de mi grangería
hasta las doce, en que acaba
mi familia sus haciendas,
y la mesa coronada
de mis hijos, me combida
à comer. *Rey.* Quietud estraña! *ap.*
y qué comeis?
Juan. Lo primero,
para que se abran las ganas,
pica la curiosidad
de una, y otra fruta varia,
que os prometo, que en mis huertas
es tan grande la abundancia,
que lo que se desperdicia
es mas que lo que se gasta.
Luego viene algun pabillo
asado, que de migajas
se crió en ese corral,
y con otras zarandajas,
se hace un honrado principio.
Tras aquesto una olla sacan
podrida, que os aseguro,
que no la come Monarca,
por muchas cosas que la echen,
mejor. *Rey.* Pues qué circunstancia
tiene mas que la del Rey?
Juan. Que se come con mas gana.
Rey. En eso teneis razon:
qué vida tan sosegada! *ap.*
qué haceis despues? *Juan.* Siempre crio
de limosna un niño en casa,
que con sus gracias me alegra,
que es mas natural la gracia
de un rapáz, que de un truhan,
que las maneja estudiadas:
doile escuela, y quando es grande,
le doi con que á estudiar vaya,
ò siga su inclinacion
al estado que le llama.
Rey. Y despues que cae la siesta,
qué haceis?
Juan. Quando el Sol se aplaca,
tomo una yegua, que al viento
en ligereza aventaja,
dos perros, y una escopeta,
y dando vuelta à mis hazas,
viñas, huertas, y heredades,
corro, y mato en su campaña
un par de liebres, y alguna
vez la perdíz, ò la garza.
Otras veces à un arroyo
me baxo con una caña,
y traigo famosos peces:
vuelvome à la noche à casa,
ceno mui poco, y me acuesto,
dando al Cielo muchas gracias.
Rey. Vos gozais una fortuna
la mas dichosa de quantas
tiene el mundo.
Juan. Asi es verdad,
no hai vida mas sosegada.
Rey. Qualquiera os puede envidiar:
mas solo os hallo una falta,
que os condena lo discreto.
Juan. Y quál es? *Rey.* La repugnancia
que haceis de no ver al Rei,

quan-

quando en las fieras se halla
aquella veneracion,
que deben à su Monarca.
Juan. Nadie como yo le adora,
ni con veneracion tanta
besa sus pies, y sus manos.
Estos hijos, y esta casa
es suya, yo lo confieso,
mas no he de verle la cara.
Rey. Si necesario tuviese,
prestareisle alguna plata?
Juan. Quanto tengo, y quanto valgo
pusiera luego à sus plantas;
pruebe el Rey mi voluntad,
y verá mi lealtad rara,
porque à nuestro Rei debemos,
por razon justificada,
quanto tenemos, pues él
nos mantiene en paz, y guarda.
Rey. Pues por qué dais en no verle?
Juan. Qué sé yo, nadie se escapa
de tener un defectillo,
yo he dado en aquesta humana
flaqueza; pero decidme,
habeis venido à mi casa
por huesped, ò consejero?
Rey. Digolo, porque me holgára,
que Noble os hiciera el Rey.
Juan. No merezco honra tan alta:
no he menester mas nobleza
que lo que soi, que si pára
todo en siete pies de tierra,
no quiero honor que se acaba.
Rey. Del mas Sabio en su Retiro *ap.*
quién no envidia su constancia?
Sacan la mesa, y salen los Villanos con platos tapados.
Tirso. La mesa tienes aqui.
Juan. A ella os llegad, hidalgo.
Rey. Aqui me quiero sentar.
Juan. No estais bien en ese lado,
poneos à la cabecera. *Rey.* Eso no.
Juan. Haced lo que os mando,
que el dueño soi del cortijo,
y es mui justo en tales casos,
que por ruín que el huesped sea,
se le dé lugar mas alto.
Rey. Habrá quien aquesto crea? *ap.*
Juan. Tú, Tirso, mientras cenamos,
que echen sábanas aprisa
de Olanda. *Rey.* Felíz estado
es el de un Labrador rico! *ap.*
Juan. En la soledad descanso:
mientras cenamos, vosotros
à que canteis aguardamos.
Salen Beatriz, Constanza, y Jacinta.
Rey. Música tambien teneis?
Juan. La Música de Aldeanos.
Jacint. De qué os turbais, si están solos?
entrad con desembarazo.
Rey. Quién son aquestas señoras?
Juan. Labradoras son, hidalgo,
que no señoras; aquella
es mi hija, y la del lado
mañana ha de ser mi nuera.
Rey. Es cada una un milagro
de perfeccion, y hermosura,
el Sol no iguala sus rayos.
Juan. Cenad, que no es cortesía
alabar tan ponderado
lo que el dueño no ha de dar:
alabad bien lo guisado,
si está bueno, y no otra cosa.
Rey. Teneis razon, como, y callo:
vive Dios que en todo está: *ap.*
no ví tan raro Villano!
Const. Mucho se parece al Rey
este Mancebo gallardo,
Beatriz. *Beat.* De su talle, y rostro
no ví tan vivo retrato.
Jacint. Teneis razon, es verdad
que se le parece en algo;
pero aqueste es mas pequeño,
mas clín, y menos mostacho.
Beat. Claro está, que no es el Rey,
pero dale un aire. *Const.* Es llano.
Rey. Beber, amigo, quisiera.
Juan. Pedidlo, que los criados
no adivinan. *Beatr.* Será justo,
que à huesped tan Cortesano
le lleve de beber yo.
Rey. Solo es digna de esa mano
la copa de Ganimedes.
Beat. Dexaos estar. *Rey.* Es en vano,
si no soltais la salvilla.
Juan. Todo aqueso es escusado,
tomad la taza, y bebed.
Rey. Teneis razon, bebo, y callo.

Beat.

Beat. Cantaremos? *Juan.* Por qué no? cantad, y no templeis tanto.
Músic. »O soledad, adonde
»siempre el ocio es descanso,
»que en la comun taréa,
»es mas felíz el menos Cortesano.
»Aqui el Pastor alegre
»tras su pobre rebaño,
»con su suerte contento,
»burla de la fortuna los acasos.
Juan. Alzad la mesa que es tarde, y el huesped vendrá cansado, y querrá dormir. *Rey.* No os vais, hablad conmigo otro rato.
Juan. Siempre à estas horas me acuesto, Caballero, y es cansaros, que aunque el Rey me lo mandára, no faltára à mi descanso. Si os acostais tarde, hablad con la familia, y criados, que acá se usa esta llaneza: el sueño me está llamando, con Dios os quedad, que yo os despertaré temprano. *vase.*
Rey. Lindas ceremonias gasta el viejo; bueno he quedado. *ap.*
Vanse todos, y detiene el Rey à Beatriz.
Beat. Retiremonos tambien, y dexemosle en su quarto.
Rey. Un poco aguardad, señora.
Beat. Qué mandais?
Rey. Yo estoi turbado: *ap.* quién dirá que una pasion embarace al soberano poder de un Rei? Yo queria deciros, como he mirado atento vuestra hermosura, y que en ella un lunar hallo, que os señala gran fortuna.
Beat. Adivinais? sois Gitano?
Rey. Estudié la Astrología, y en vos estoi registrando todos los siete Planetas: dadme, Beatriz, esa mano.
Beat. La mano? *Rey.* La mano os pido para mirar los acasos del signo que teneis, que Marte os está señalando, que habeis de vencer à un Rei.
Beat. No es mucho, si es Rei de gallos.
Rey. No os burleis, que vuestro imperio pasa mas allá de humano, dexadme que mire::: *Beat.* Yo lo doi, señor, por bien mirado.
Rey. Es, que por ella hacer quiero un juicio, para obligaros.
Beat. Hacerle para obligarme, fuera juicio temerario.
Rey. Pues por qué?
Beat. Porque está lexos el Cielo, *Rey.* Nunca sus Astros tan cerca estuvieron. *Beat.* Cómo?
Rey. No sois un Cielo abreviado? no es la Luna vuestra frente? no son vuestros ojos claros el mismo Sol? *Beat.* Esperad, que vá el discurso mui largo, y si me haceis Sol, ya veis que el Sol nunca está parado: perdonad, que otro emisferio está aguardando mis rayos.
Rey. Oid, esperad, teneos.
Beat. Soltad, soltad, y no osado estragueis con lo grosero los visos de Cortesano: asi paga el hospedage un Caballero? *Rey.* Enojaros no quisiera, Beatriz bella, sabed, que el Rei me ha mandado, que de su parte os dixera su amor, su fé, su cuidado, que os estima, que os adora, y solo para intimaros su noble afecto, os detuve.
Beat. Si eso es para disculparos, vil desempeño elegisteis, que el Rei, como soberano, nunca esos decretos fia à la violencia del brazo. El detenerme fue ofensa indigna de un pecho hidalgo, y en vez de aviso es ultrage, que nadie ruega mandando. Cómo quereis vos que crea que el Rei pudiese encargaros de su amor una memoria, si empezais por un agravio? Los avisos de los Reyes

no se han de dar como acaso,
que no ha de servir de injuria
el que sirvió para amparo. *vase.*
Rey. Beatriz, espera, detente:
Cielos, corrido he quedado!
mi amor no supe decirla,
que una pasion ciegue tanto!
Valgame Dios! qué haré? à dónde
estoi? Bien singular caso
es el que me ha sucedido.
Este sin duda es el quarto
donde he de pasar la noche,
puesto que en él me dexaron.
Toda está en silencio: quiero
en aquel pequeño espacio,
donde una cama diviso,
inclinarme un poco, en quanto
amanece: mas qué escucho!
pareceme, y no me engaño,
que detrás de estas cortinas
siento ruído, y oigo pasos;
sacaré la espada: Quién,
temerariamente osado,
se atreve::: *Sale Gutierr.* Tente, señor.
Rey. Quién eres, hombre, que tardo
en darte la muerte! *Gutier.* Escucha,
señor, que no estoi culpado:
Gutierre Alfonso soi. *Rey.* Cielos,
qué es esto que estoi mirando?
con qué motivo, ò cautela
veniste aqui disfrazado?
Gutier. Lo mismo, señor, tambien
en tu Real grandeza estraño,
como mayor imposible:
quién hubiera imaginado,
Augusto invencible Alfonso,
Rei del bruto coronado,
que aqui esta noche durmieras?
Rey. Aqueste Villano Sabio
me ha traído à conocerle
en hábito disfrazado,
para escuchar de su boca
los mas cuerdos desengaños.
Gutier. Pues à mi, señor, me traxo
una pasion, un encanto,
à que mi amor me sujeta.
Rey. Tú amor? *Gut.* El mas desusado
que cupo en humano pecho.
Rey. Quién es, Gutierre, el milagro,
que te ha rendido?
Gutier. Es Beatriz. *Rey.* Beatriz?
Gutier. Sí señor. *Rey.* Qué aguardo? *ap.*
de Juan Labrador la hija
adoras? *Gutier.* No he de negarlo:
su hermosura es el prodigio,
à quien amante idolatro.
Rei. Tú logras favores suyos?
Gutier. No señor, el que he logrado,
es haberme dicho ayer,
que viniese disfrazado
à verla por esa huerta;
con aviso suyo he entrado
al sitio que señaló;
pero como tú has llegado,
y anda la familia inquieta,
fue esconderme necesario,
y yo me he metido aqui,
por no hallar otro sagrado.
Rey. No sabes, que puse en ella
mi inclinacion?
Gutier. Qué he escuchado! *ap.*
hoi muero: Señor, qué dices?
Beatriz mereció tu agrado?
Rey. No lo sabes? *Gutier.* No lo sé,
que si hubiera imaginado
el mas leve pensamiento
de tu amor, por temerario
sepultára en el silencio
el mio, como bastardo,
porque fuese mi memoria
de su castigo teatro.
Rey. Aunque la quiero, hasta ahora
no ha sabido de mi labio
Beatriz mi amoroso incendio.
Gutier. Para mí basta el amago:
A vuestra Alteza, señor,
como á dueño soberano,
de mi adoracion le rindo
la empresa por holocausto
de mi lealtad, aunque muera
el corazon abrasado,
pues vencerse es mas valor,
quanto el respeto es mas alto.
Rey. Tú por mi causa resistes
tu pasion? *Gutier.* Entre mis labios
morirá el aliento leve,
aun antes de respirado:
logra dichoso tu empleo,

y muera mi afecto al rayo
de mi intencion.
Rey. Pues, Gutierre,
no ha de blasonar tu garvo,
que me ha vencido en vencerse.
Yo te ruego, yo te mando,
que en tu pretension prosigas,
que quien supo hacer bizarro
desprecio de su fineza,
por lograr primor tan alto,
bien merece en desempeño,
que le dexe asegurado
en su amor, para que sepas,
convencido, y obligado,
que si tú como leal sirves,
que yo como Rey te pago.
Gutier. Eso no, Señor, primero
es tu amor, que tu vasallo,
que si tú::: *Rey.* No me repliques:
enfrena, Gutierre, el labio,
no quiero que nadie sepa,
que ventaja me has llevado
en sujetar tus pasiones;
pero te advierto de paso,
que es Beatriz honrada, y que
yo de su honor soi amparo,
y que sin esta advertencia
no permitiera el aplauso
del amor, que amante sigues:
tú allá lo mira despacio,
que no aconseja delitos
el Rey Don Alonso el Sabio:
vén, Gutierre. *Gutier.* Ya te sigo.
Yo voi confuso, y turbado.

JORNADA TERCERA.

Salen Beatriz, y Jacinta.

Jacint. Qué tienes, Beatriz hermosa,
que en el hermoso esplendor
de tu hermosura, parece,
que miro turbado al Sol?
Dime, qué silencio es ese?
qué nueva transformacion
de sentidos, y semblante?
sin duda, que eso es amor,
pues de quando en quando escucho,
que el aliento de tu voz
tiene el aire de suspiro,
y el sonido de dolor:
es mal de ausencia, ò de zelos?
Beat. Jacinta, mucho mayor.
Jacint. Mucho mayor? *Beat.* Sí, Jacinta,
Jacint. Ay mal que iguale à estos dos?
Beat. Mui poco sabes de penas,
pues ignoras mi pasion.
Jacint. Por qué de mí la recatas,
sabiendo, que entre las dos
no hai secreto, que peligre,
que ha mucho tiempo, que yo
sé, que adoras à Gutierre,
pues le busca tu aficion?
Beat. No le busco como amante,
buscole como à deudor.
Jacint. Cómo deudor? No lo entiendo.
Beat. Tampoco me entiendo yo,
pues hasta de aquella queja,
que se permite à la voz
de la fiera, el bruto, el ave,
mi desdicha me privó,
y solo ha sido el silencio
testigo de mi dolor.
Jacint. Qué dolor puede caber,
señora, en tu corazon,
que no sea capáz de cura?
Beat. Jacinta, tienes razon,
que ofendiera à tu lealtad,
à no darte parte hoi
de mis sucesos, que el mal
comunicado es menor.
Ya sabes, que nuestra Aldea
muchos dias freqüentó
Don Gutierre Alfonso, à fin
de festejar mi rigor;
que tuvo principio en él
esta amorosa pasion
en el dia que en Sevilla
unas joyas me compró,
que correspondió cortés;
que disfrazado me vió
una, vez, y que otras muchas
en trage de cazador,
fino amante enamorado,
mi agrado solicitó,
que en las fiestas de la Aldea,
que mi padre celebró
à las bodas de Constanza,
hizo airosa obstentacion

del brio en la gentileza,
y del brazo en el rejon;
y que en fin, por su fineza
mereció mi inclinacion,
siendo aquestas soledades
terceras de nuestro amor.
Jacint. Todo esto lo sé mui bien.
Beat. Oye ahora lo que no
sabes, Jacinta, y verás
si es mi tristeza razon.
Una noche, à quien el Cielo
mas serenidad prestó,
al aire mayor silencio,
y menos sombra al horror,
salí à verle al propio sitio,
adonde siempre los dos,
siendo Juez en el respeto,
hablamonos del amor.
Y apenas aquel terreno
fue mi eloqüente farol,
que en medio de la tiniebla,
para cegarme alumbró.
Y apenas el campo ameno
de la florida estacion
ocupé, quando Gutierre,
imitando à un Ruiseñor,
que en un Sauce articulaba
dulces requiebros de amor,
rendido, humilde, alhagüeño
dió toda el alma à la voz,
todo el silencio al cariño,
y nada desto al temor:
Qué accion no publicó fino!
à qué afecto perdonó,
que de mi desdén no fuese
amorosa adulacion!
Y despues que con suspiros,
ansias, ternezas, y union
de finas idolatrías,
el rendimiento aparó,
palabra me dió de esposo,
con tierna demonstracion,
haciendo al Cielo testigo
de su promesa, à quien yo,
entre obligada, y confusa,
viendo que en su pretension
rogaba como grosero,
y amaba cómo señor,
de mi alvedrio, Jacinta,
le rendí la posesion.
No estrañes que asi tan claro
te diga mi ciego error,
que no enmiendan el delito
los rodeos de la voz.
Desde entonces (ay de mí,
aqui empieza mi dolor:
con qué pesar lo repito!)
veo que la estimacion
de mis finezas olvida,
y que todo aquel primor
de su cuidado, se ha buelto
en tibia desatencion,
y que dilata remiso
la palabra que me dió;
con que he quedado (ay de mí!)
como aquel que despertó
de un profundo sueño, y mira,
que fue su dicha ilusion;
y asi vivo, como vés,
entre esperanza, y rigor,
dudando de sus promesas,
que aunque asegurada estoi
en que hai un Rei en Castilla,
que bolverá por mi honor:
estar sin desconfianza
fuera necia presuncion,
por la desigualdad grande
que hai, Jacinta, entre los dos,
y es la tristeza que miras
efecto de este temor,
que en semejantes sucesos,
hasta ver la posesion,
no es mucho que triste viva
la muger que tiene honor.
Jacint. Beatriz, palabras, y plumas,
el aire se las llevó.
Beat. Asi es verdad, mas:::
Jacint. Tu padre
viene alli, ojo avizor.
Salen Juan Labrador, Montano, y Constanza.
Juan. Hija? *Mont.* Hermana?
Const. Beatriz mia? *Juan.* Tú triste?
Mont. Tú sin razon?
Const. Retirada de nosotros,
huyes la conversacion?
Juan. Qué melancolía puede
turbar tu hermosura?

Beat. Al són de esa fuente, divertia
los ojos en el color
de tanta vária belleza,
como el Abril dibujó.
Juan. Pues, Beatriz, aqui venimos
Constanza, Montano, y yo
à hacer menos tu tristeza,
y à proponerte el mejor
medio para tu alegria,
pues ya veo que en la flor
de tu edad, es menester
que descansemos los dos,
tú en estado venturoso
con igual marido, y yo
en el contento de verte
casada, que es lo que hoi
solo tengo en la memoria,
y hasta que salga mi amor
deste cuidado, no puedo
decir que dichoso soi:
yo, Beatriz, tengo tratado
tu casamiento. *Sale Tirso.* Señor,
un Caballero te busca
con grande resolucion.
Juan. Doblemos aqui la hoja
hasta despues. *Tirs.* El se entró.
Beat. Don Gutierre es, Cielos!
Sale Gutierre.
Gutier. Quién aqui es Juan Labrador?
finjo que no lo conozco. *ap.*
Juan. Qué notable confusion!
yo soi, à vuestro servicio.
Beat. Disimulemos, amor. *ap.*
Juan. Qué me mandais? *Gut.* De Sevilla
esta carta para vos
traigo del Rei, que Dios guarde.
Juan. Del Rei à Juan Labrador,
tanto favor? *Gut.* No os admire,
pues contiene otro mayor.
Juan. Quál es? *Gut.* Que él la escribe,
y os la vengo à traer yo,
que soi Don Gutierre Alfonso,
su Camarero Mayor.
Juan. Mil veces la mano os beso,
y al Rei los pies, por un dón,
de que me conozco indigno,
y con gran veneracion,
sobre mi cabeza pongo
sus rasgos: corrido estoi
de que mis rústicas manos
toquen tan alto blason:
muchacho, leeme esa carta,
pues tienes vista mejor.
Tirs. Valgame Dios! qué será?
si le pide algun lechon?
Mont. Dice asi *Gut.* Con el semblante
dice Beatriz su dolor;
con amorosa cautela
templaré su inclinacion,
mientras con otra me caso
de igual calidad, y honor,
que no hai palabra que obligue,
quando el cumplirla es error.
Lee. *Don Enrique de Guevara me ha dicho, que cenando con vos una noche, le dixisteis que me prestariades dinero, si tuviese necesidad: yo la tengo de cien mil ducados, hacedme servicio, pariente, que el Portador los traiga. Dios os guarde.*
EL REI.
Tirs. El Rei le llama pariente?
Jacint. Todos los ricos lo son,
porque en la vena del arca
conservan el mismo humor.
Juan. Yo cumpliré lo que he dicho,
que es muchísima razon,
que el hombre de bien se obligue
à hacer lo que prometió.
Toda mi hacienda, y mis hijos
son de mi Rei, y Señor,
porque el vasallo leal
para obedecer nació;
esperad aqui: Montano,
Constanza, venid los dos
conmigo. *Vanse los tres.*
Tirs. Yo iré tambien:
cien mil ducados? por Dios,
que el viejo es un Alexandro;
pero bien lo mereció
quien se mete à Caballero,
que le quiten el vellon. *Vase.*
Gutier. El Real ánimo de este hombre
me ha causado admiracion:
ahora me importa fingir *ap.*
con Beatriz, como deudor.
Beat. No me mira? *Jac.* No me mira;
hablale tú. *Beat.* Vive Dios,
que me arrancára primero

el alma, y el corazon,
que hacer accion tan indigna,
siendo la ofendida yo:
qué hace ahora? *Jac.* Mira al Cielo.
Beat. Qué dices? ha vil traidor!
Gutier. Qué de mala gana finge *ap.*
quien de una vez olvidó!
Beat. No se llega? *Jac.* No es de plaza.
Beat. Há Caballero, há señor
Don Gutierre. *Gut.* Beatriz mia,
mi bien, mi adorado Sol,
gracias le doi à mi suerte
de que en tu rostro cesó
lo divertido, y suspenso,
que por no estorvarte yo,
no te hablé. *Beat.* Valgame el Cielo,
qué cortesana atencion!
Gutier. No pueden en mí faltar
las que te debe mi amor.
Beat. Claro está, que el irse un hombre
dexando mi corazon
en los sustos de una ausencia,
faltar al noble primor
del cariño, ni sus fueros,
romper la jurisdiccion,
dar su memoria al olvido,
habiendo deudas de honor,
que son señales de fino.
Gutier. Tú tienes, Beatriz, razon;
pero te aseguro, que
la notable ocupacion,
que he tenido aquestos dias,
en la entrada, y prevencion,
que hace Sevilla à Violante,
que viene desde Aragon
à ser Reina de Castilla,
me tiene sin la atencion,
que merece tu hermosura,
dexa pasar el furor
desta ocupacion, que luego
será tuya mi aficion,
que en estas materias siempre
dar tiempo al tiempo es mejor.
Beat. Dar tiempo al tiempo? qué he oído!
esta es cautela, y traicion *ap.*
para burlar mis finezas:
he de apurar su intencion.
Gutier. Qué te suspendes? Acaso
desconfias de mi amor?
Beat. Bien creo de vuestro agrado,
señor Don Gutierre, que hoi
no dá lugar el cuidado
de que coroneis mi honor
de aquella felíz promesa,
que mi afecto os mereció:
mira, Jacinta, si viene
mi padre. *Jacint.* Viendolo estoi.
Beat. No os acuerdo la fineza,
palabra, ni adoracion,
que haciendo testigo al Cielo,
hicisteis de vuestro amor.
Gutier. Tente; y si eso no me acuerdas,
qué alegas en tu favor?
Beat. No mas que la confianza,
que hizo mi humildad de vos.
Gutier. Te enojas? Yo, Beatriz mia,
no niego la obligacion,
que te debo, que eso fuera
negar los rayos al Sol:
el dilatarlo no es culpa,
quando tan seguro estoi
de que he de ser dueño tuyo.
Beat. Pues para que viva yo
asegurada tambien,
pediros quiero un favor.
Gut. Dí, Beatriz. *Beat.* Que por alivio
de mi amorosa pasion,
me deis un papel firmado,
que asegure mi temor.
Gutier. Qué es lo que dices? No vés,
que el hombre de mas valor,
tal vez fiado en la prenda,
el desempeño olvidó?
Yo mañana seré tuyo,
dexa aquesa pretension
de firmas, ni de papeles.
Beat. Ha cauteloso traidor! *ap.*
con esto se ha declarado,
disimule mi atencion:
qué en fin, señor Don Gutierre,
esto negais à mi amor?
Una firma no os merezco?
Gutier. Es ociosa, quando yo
solo pretendo ser tuyo.
Beat. Ese es engaño, y traicion,
pues me dilatais la deuda.
Gut. Yo engañarte? *Beat.* Vive Dios:::
Gutier. Beatriz, de mí desconfias?

Beat. Sí, porque mui bien sé yo,
que no me dará una mano,
quien medio pliego negó.
Gutier. Mira que tu padre viene.
Beat. Yo restauraré mi honor.
Sale Juan Labrador.
Juan. Ya, señor, vais despachado,
dos criados ván con vos,
que llevan otro presente
de mysterio, y de primor:
decidle al Rei, que no crea
en Cortesanos, que yo
no lo decia por tanto;
mas supuesto que le doi
lo que me pide, que tenga
mui conocido desde hoi,
que ese Enrique de Guevara
es un chismoso hablador,
pues luego le fue à decir
lo que pasó entre los dos,
mas no me espanto, si es,
en fin, Guevara, y Ladron?
Id con Dios.
Gutier. Raro hombre es éste! *ap.*
Juan. Ved, que os aguardan.
Gutier. A Dios. *Vase.*
Juan. Bolvamos, Beatriz, ahora
à tu estado. *Beat.* Buena estoi,
zelosa, y desesperada, *ap.*
para escuchar un sermon!
Juan. Yo tengo para tu esposo
escogido un Labrador,
galan, cuerdo, y virtuoso,
que en este postrero dón
toda mi vida he fundado
la nobleza, y el valor:
no es rico, pero es discreto,
que es lo que busco, que yo
mas quiero hombre sin hacienda,
que no hacienda sin varon.
Esto supuesto:: *Beat.* No pases
mas adelante, señor,
porque yo no he de casarme
con Labrador. *Juan.* Por qué no?
B. Porque yo tengo alvedrío,
J. ú no tendrás razon
acerme violencia, quando
tencia es primor.
mor no obedecerme?
Beat. Es advertirte un error
en que ha dado tu entereza:
si la fortuna te dió
tanta riqueza, y poder,
y del oro el explendor
dá segundo sér al hombre,
quién con él no procuró
dar lustre à su nacimiento,
y encubrir con su valor
el tosco lunar, que imprime
la rústica ocupacion?
Todos procuran ser mas,
el bruto, el ave, y la flor
buscan aplauso en los campos:
la altanera garza al Sol
le bebe rayos, sedienta
de noble jurisdiccion:
al pobre arroyo, el caudal
le hace parecer señor,
quando poderoso al vàlle
le borda el florido airón.
Pues si esto vés, Señor, cómo,
con porfiado tesón,
quieres que parezca menos,
pudiendo hacerme mayor?
Dadme noble esposo. *Juan.* Tente,
Beatriz, que he menester yo,
como padre, aconsejarte,
y convencerte.
Sale Montano. Señor,
del Rei otro mensagero
te busca. *Juan.* Otro Embáxador
tenemos? bueno vá aquesto.
Beat. Qué será? *Juan.* Confuso estoi!
mas venga lo que quisiere.
Sale Alvar Nuñez.
Alvar. Quién duda, Juan Labrador,
que estrañaréis mi venida,
y que os hará admiracion
vér otra carta del Rei?
Juan. Conmigo tanto favor,
es preciso que lo estrañe
no mereciendolo yo:
leerlà quiero, dice asi:
Beat. Un disgusto me estorvó. *ap.*
Lee. *Hoi me he acordado, que Don Enrique de Guevara me dixo, que si fuese necesario me serviriais con vuestros hijos. Yo os mando, que luego al punto*

me los envieis con Alvar Nuñez, que importa à mi servicio. Dios os guarde.
EL REI.

Los hijos me pide el Rei?
qué escucho! Valgame Dios!
la hacienda no importa nada;
pero los hijos que son
pedazos del alma, quiere
quitarme! *Alvar.* No os dé temor,
que eso es quereros pagar
la noble demonstracion
de vuestra lealtad. *Mont.* Quién duda,
que es soberano favor?
Beat. Agradece su memoria.
Juan. Ya mi suerte declinó;
para vosotros, bien creo,
que no habrá dia mejor.
Este Enrique de Guevara,
quién le traxo à mi Rincon
para turbar mi sosiego?
Ay, hijos! la confusion
de la Corte apeteceis?
Mont. Esa queremos, señor.
Juan. Mirad, que en las soledades
se pasa, y vive mejor.
Beat. La sombra de un Rei tan grande
nuevo sér dará à los dos.
Alvar. Juan Labrador, lo que el Rei
manda, siempre fue razon,
y estraño, que sus decretos
hallen resistencia en vos,
quando os honra. *Juan.* Asi es verdad,
mas no me escusa el dolor:
no os admireis, que soi padre,
y al vér que me sacan hoi
las dos niñas de mis ojos,
se enternece el corazon.
Beat. Padre, no llores. *Mont.* No llores.
Jacint. Acaso vanse al Japon?
Beat. Cada dia vendré à verte.
Juan. Si ello es fuerza, andad con Dios.
Alvar. Venid, que un coche os espera.
Juan. Dadme licencia, señor
Alvar Nuñez, que à Montano
haga una breve oracion
de algunos avisos, que
la larga edad me enseñó.
Alvar. Antes me holgaré de oírlos.
Juan. Dadme, hijo mio, atencion.

A la Corte vás, Montano,
rico, y mozo, y será justo,
que con la honda en la mano
navegues mar tan profundo.
La primer plana del Arte,
en que prudente te industrio,
es la virtud, que ésta sola
es de todo riesgo escudo.
Mide el gasto con la hacienda,
no te empeñes con recurso,
de que al tiempo de la paga
se cumple tambien el juro.
Caudal se llama el talento,
y caudal la hacienda: juzgo,
que lo tiene solo aquel,
que lo tiene todo junto.
Es ruindad el ser escaso,
ser perdido, es riesgo sumo;
lo que gastas, te hace falta,
lo que guardas, te hace mucho.
Al fin, consiste el acierto
en saberle dar un punto,
de suerte, que te conserves
siempre ageno, y siempre tuyo.
Con agrado, y con sombrero
gana el aplauso del vulgo:
sé bien quisto, que esto solo
cuesta poco, y vale mucho.
Aunque no aplaudas à todos,
no murmures de ninguno,
que lo nota el que te escucha,
sin tenerte por mas que uno.
En lo que toca à mugeres,
ni te aconsejo, ni apuro,
con Constanza eres casado,
que harás lo mejor presumo.
Pero tampoco te quiero
con las demás tan sañudo,
que pase el chiste à desaire,
ni lo cortés à lo rudo.
Acompañarte procura
con hombres de honra, y de punto,
que aunque seas tú quien fueres
como los otros te juzgo.
Y tú, Beatriz, aunque pienses
que es distinto este discurso,
dél toma lo que tocáre
de tu decoro à lo justo.
Y con esto, andad con Dios,

que yo no quiero, ni busco,
para alivio de mis males,
mas que este Retiro inculto. *Vase.*
Beat. Tente, señor. *Mont.* Oye, aguarda.
Alvar. Bien hizo, yo os aseguro,
que hombre no ví tan discreto.
Jacint. En todo, el viejo está ducho.
Mont. De mi esposa à despedirme
iré, si gustais. *Alvar.* Es justo;
venid las dos. *Beat.* Ya os seguimos:
Fortuna, si de tu curso *ap.*
no enmiendo ahora el estrago,
no podré culpar tu influxo,
tú, Jacinta, me acompaña.
Jacint. Allá vamos todos juntos,
Beatriz, yo por mondonga,
y los demás por menudo. *Vanse.*

Sale el Rei, y Don Gutierre.

Gutier. A Vega-Florida apenas
llegué, señor, con tu aviso,
y à Juan Labrador le dí
tu carta, quando efectivo,
sin alterar el semblante,
ni mostrar de pena indicio,
en moneda de oro, y plata
dió el dinero mui cumplido,
diciendo, que él no negaba
aquello que una vez dixo.
Rey. Raro primor de Villano!
Gutier. Pero que estaba ofendido
del tal Guevara, porque
con estos chismes te vino,
y sobre esto te presenta
doce Acémilas, que es digno
presente de tu grandeza,
porque jamás se habrá visto
mejores brutos. *Rey.* Merece,
que le pague agradecido.
Gutierr. A parte me dió, señor,
tambien un cordero vivo,
que te traxese, el qual tiene
un collar con un cuchillo,
cuyo enigma no penetro.
Rey. De esta manera el Egypto
pintaba el noble vasallo,
figurado en el sencillo
cordero la lealtad dura,
dando à entender advertido,
que estaba siempre obediente
de su Príncipe al advitrio.
Y pues quiere declararme
con tan cortesano estilo
su lealtad, y su fineza,
con ser tan opuesto mio,
con no querer verme, alarde
hace de obediente, y fino.
Yo tambien de que me vea
fundo ahora mis designios,
que asi pretendo premiarle,
fingiendo que le castigo.
Y por el grande valor,
que en su pecho he conocido,
he de hacer una fineza
con él, que quede à los siglos
la memoria, y desengaño
con que su lealtad estimo.
Tambien le he enviado à pedir
à Juan Labrador sus hijos,
por probarle solamente.
Gutier. Tengo, señor, entendido,
que no te negará nada.
Rey. Mucho, Don Gutierre, admiro,
que se hospeden en un tronco
espíritus tan altivos:
Aunque no quiera, he de honrarle
por diferente camino,
pues el que no aspira al premio,
es solo del premio digno.
Tú has de bolver à la Aldea,
y traertele contigo,
con la autoridad que llevas
de que lo mando yo mismo.
Dirásle, que con él tengo
en un negocio preciso,
que tratar materias graves,
que importan à mi servicio.
Y despues que esté en Palacio,
de Cortesano vestido,
en un quarto aparte harás,
que sea Juan asistido
como mi propia persona,
y harás le enseñen el rico
adorno de mi grandeza,
por vér si trueca el motivo
de su condicion notable,
que verle quiero escondido,
y visitarle despues,
para que sepan, que ha habido

un Rey, que ha sabido hacer
por violencia beneficio:
no te tardes, que esta vez
vá de capricho à capricho.
Gutier. Voi, señor: en lo que intenta
temiendo estoi mi peligro. *Vase.*
Rey. Quién dirá, que en un sugeto
tan humilde, haya cabido
rasgos de atencion tan noble!
Qué bien dixo, quando dixo
Séneca, que el pecho humano
era el mas profundo abismo,
pues veo, ignorando el modo
de sus ocultos prodigios,
un raro aliento, hospedado
en las entrañas de un risco.
Sale Alvar Nuñez.
Alvar. Ya, señor, como mandaste,
à tu obediencia rendidos,
vienen à echarse à tus plantas
de Juan Labrador los hijos.
Rey. Y el viejo, cómo ha llevado
el quedar solo? *Alvar.* Ha sentido,
señor, con notable extremo
el decreto executivo,
y aunque yo le aseguré,
que era para honrarles, dixo,
que mas gustoso te diera
la hacienda que no los hijos.
Rey. Hombre estraño! Dí que lleguen.
Salen Beatriz, y Montano vestidos de Cortesanos.
Mont. A vuestras plantas, invicto
señor, llega la familia
de Juan Labrador, indigno
de tan supremos favores
Beat. Para que al heroico asilo
de vuestros rayos, seamos
capaces para serviros.
Rey. Alzad, que de vuestro padre
las lealtades, y servicios
han llamado mi memoria
juntamente al beneficio,
por cuyo motivo à entrambos
à la Corte os he traído
para honraros noblemente,
pues es lo que solicito.
Y aunque sé que haré disgusto
à Juan Labrador, consigo
el cumplir mi obligacion,
pues él tambien la ha cumplido.
Beat. De su condicion el modo
es, señor, tan exquisito,
que el ser mas condena, y quiere
à su humildad reducirnos:
y asi, las gracias mil veces
à Vuestra Alteza rendimos,
pues nos redime piadoso
del Argél de aquellos riscos.
Rey. Ya sé, Beatriz, que el Aldea
aborreceis. *Beat.* Es martirio
para mí el campo, à la Corte
me llama el afecto mio.
Rey. Pues cómo se compadece,
no habiendo en ella nacido?
No es el amor de la patria
natural à todos? *Beat.* Hizo
en mí la naturaleza
excepcion de sus prodigios.
De un arbol, tal vez no nacen,
señor, dos troncos distintos
en fortuna, y uno de ellos
no suele ser desperdicio
del fuego voráz, y el otro,
porque la suerte lo quiso,
no sucede, que à ser viene
estatua, ò bulto pulido,
à quien veneran los ojos?
de este modo me imagino.
Pues Vuestra Alteza, elegante
Escultor, al tronco indigno
dá nuevo sér con sus rayos,
en cuyo cincél confio
la enmienda de mis errores.
Rustico tronco he nacido,
en vos restaurar espero
los matices que he perdido,
que solo un Rei volver puede
lo que marchitó un delito.
Rey. Valgame el Cielo! en el modo
con que esta muger me ha dicho *ap.*
su sentimiento, en Gutierre
alguna culpa imagino.
Aqui importa la prudencia:
Beatriz, yo quedo advertido
del cargo, que à mi cuidado
hace vuestro atento aviso,
y yo miraré por vos. *Mont.* Yo,

señor, con haberos visto,
à vuestra sombra ya logro
toda la dicha à que aspiro.
Beat. No solo para alumbrar
nace el Sol, su propio oficio
es dar comun aliento
à lo animado, y florido.
Vos sois el Sol de la tierra,
y asi verás por escrito
el sér que à mí, señor, falta,
para que afable, y benigno
deis luz à la negra sombra,
deis vida al arbol marchito.
Dale un memorial que no lo vean.
Rey. Yo le miraré: Alvar Nuñez,
de vuestro cuidado fio
el hospedage de entrambos.
Alvar. Ya todo está prevenido.
Jacint. El Rei, señora, es el huesped,
que en nuestra casa tuvimos.
Beat. Ya lo veo, calla ahora.
Alv. Venid los dos.
Mont. Ya os seguimos.
Beat. Guarde el Cielo à Vuestra Alteza.
Mont. Vivais del Fenix los siglos. *vanse.*
Rey. Cerrado un papel me ha dado
Beatriz, segun lo que miro,
misterio contiene el caso:
si está su honor ofendido?
mas no hará, porque Gutierre
de mí una vez advertido,
como Noble, y Caballero,
cuya lealtad tanto estimo,
siempre atento guardaria
los Reales Decretos mios;
leerle quiero, dice asi:
Lee. »Con palabras de marido
»Don Gutierre Alonso, fue
»tirano de mi alvedrio,
»y burlada de su engaño
»solo desprecios consigo,
»por cuenta de tu justicia
»corre mi honor ofendido.
Qué es lo que veo? Gutierre
à profanar se ha atrevido
un honor, à quien atento
supe respetar yo mismo?
Cómo tirano procede,
quando galante la olvido,
y de mi primor compone
lo injusto de su delito?
Quándo la cédula impresa
con anticipado aviso,
forma de mi resistencia
para su culpa el motivo?
Pues no será asi, que el lance
es contra el respeto mio,
pues ofendiendo à Beatriz,
menospreció mi cariño.
Será su esposo primero;
y despues que haya cumplido
la obligacion, de mi enojo
ha de probar mi castigo.
Sale Gutierre.
Gutier. Ya, señor, como mandaste,
Juan Labrador, ha venido,
bien contra su voluntad,
obediente à tus avisos.
Pero dexando esto aparte,
señor, de un gran regocijo
el parabien quiero darte,
pues hoi tuve un cierto aviso
de como tu heroica esposa,
Sol de España esclarecido,
para hospedarse en tus brazos,
ya de Aragon ha partido.
Doña Leonor de Moncada,
que asiste à su Real servicio,
y con quien tengo tratado
mi casamiento: qué miro?
Asi la espalda me vuelve
Vuestra Alteza, quando fino
mi afecto, solicitaba
fueseis intercesor mio!
No me respondeis? qué es esto?
mis lealtades, y servicios
merecen de vuestro enojo
tan desusado desvío?
Por qué asi vuestro silencio
me castiga endurecido?
Si algun traidor, ò cobarde,
opuesto al credito altivo
de mi lealtad, y fineza,
os descompuso conmigo,
como alevoso, mil veces
digo, que miente atrevido;
y este azero:::
Rey. Bien está. *vase.*

Gu-

utier. Fortuna, qué es lo que he visto?
el Rei conmigo enojado,
y en solo un instante mismo
afable, y cruel! En vano
la oculta causa exâmino;
mas ay de lo que presumo:
si Beatriz; pero qué digo?
De mas noble empeño nace
su rigor, fuerte enemigo
debe ser quien tan presto
supo turbar su cariño. *vase.*

Salen al son de Musica Martin, Tirso, Alvar Nuñez, Juan Labrador vestido de gala, y acompañamiento.

Music. »Dos pobres pescadorcillos
»en dos mal seguros leños,
»fiaron sus esperanzas
»à las aguas, y à los vientos.

Alvar. Juan Labrador, qué os parecen
los Musicos? *Juan.* Que son diestros,
pero mejor me parecen
de mi exido los gilgueros.

Alvar. Bien os asienta el vestido,
que estais galan os confieso.

Juan. Yo reniego de la gala:
mirad, señor, que rebiento;
señores, esto es vestido,
ò es potro de dar tormento?
es golilla, ò pie de amigo
esto que me han puesto al cuello?

Mart. No es sino carlanca, insignia
de darte un famoso perro.

Juan. Eso, y mucho mas, Martin,
de los Cortesanos creo.

Alvar. Todos aquestos favores,
que os hace el Rei, son el premio
que vuestra lealtad merece.

Juan. Mas lealtad es mi dinero.

Alvar. Todo es lealtad.

Juan. Tal haced,
que el Rei me dexe al momento
bolver à mi Aldea, que
yo le prestaré otros ciento.

Alvar. No os agrada lo bizarro
de la Corte? *Juan.* Estoi violento,
no me entra lo Cortesano.

Mart. Quieres que te enseñe à serlo?

Juan. A ver?

Mart. Has de fingir mucho,
y usar à diestro, y siniestro
de mostrencas cortesías.

Juan. Y qué son, saber espero,
las cortesías mostrencas?

Mart. Las que no son de provecho,
no pagar, prometer mucho,
risa falsa à todos tiempos,
el no hacer por nadie nada,
negar la edad, y el dinero:
alabar à troche, y moche,
no dar, ni tomar consejos;
y con tener estudiado
de memoria un gran soneto,
y con dos capas de luto
para pésames, y entierros,
catate buen Cortesano,
aunque seas un jumento.

Juan. No lo podré hacer jamás,
pues todo aqueso aborrezco:
ay mi dichoso Retiro!
Mui grande pesar me ha hecho
el Rei, señor Alvar Nuñez;
à Juan Labrador de negro
manda vestir! Yo perdí
la honra, dentro de un Credo
juzgo, que con tanta gala
he de dar en Caballero.
Echan à perder el mundo
las galas, y los arréos;
un gabán de paño pardo
me dura tres años: creo,
que si no hubiera en la Corte
tanto Lacayo mancebo,
trasladados del arado
à mangas de terciopelo,
que hubiera mas Labradores,
y todo valiera menos.

Alv. Decís bien: vamos mirando
el Palacio. *Juan.* Yá le veo,
y es digno de un Rei tan grande.

Alv. Tomad mi lado derecho.

Juan. Norabuena, yá le tomo;
y qué tenemos con eso?
porque de qualquiera suerte
que los dos vamos, ò estemos,
siempre os quedais Alvar Nuñez,
y Juan Labrador me quedo.

Alv. No os admira la grandeza
de este Salón, y el portento

de esos quadros, y pinturas
que estais viendo?
Juan. No por cierto,
mucho mejor me parecen
las que en mi Aldegüela tengo.
Alv. Pinturas teneis mejores?
Juan. No, pero de mas provecho.
Alv. Serán de Apeles. *Juan.* Mirad,
las pinturas que poseo
son mui famosos tocinos,
y en el rigor del Invierno,
mandando asar los mejores,
me abrigan como alimento,
y traslado à los carrillos
todo el carmin de los lienzos,
que mas quiero honra en el rostro,
que no que adornen el yeso.
Mis antesalas se adornan
de yugos, y arados viejos,
todos despojos del brazo,
que por las paredes cuelgo
por triunfo de mis labranzas:
mirad ahora discreto
qual viene à ser de los dos
mas heroico lucimiento,
si adornarme de mis obras,
ò de primores agenos.
Alv. Juan, mui filósofo estais.
Juan. Andad, señor, que no quiero
mas que conciencia segura,
mi rincon, y mi sosiego,
que lo demás es delirio:
será el Palacio mi entierro,
si esto dura. *Dent.* Plaza, plaza.
Alv. Mirad que el Rei viene à veros.
Juan. Qué decís, señor? dexad
que me esconda. *Alv.* Juan, teneos.
Juan. Yo no puedo mas conmigo.
Alv. Dónde quereis esconderos?
Juan. Detrás de aquellos tapices:
ay mas desdichado viejo!
Alv. Estais en vos? *Juan.* Qué sé yo.
Alv. Quando os busca el Rei:::

Sale el Rei.

Rey. Qué es esto?
Alv. No mas que Juan Labrador,
hasta aqui tambien resuelto,
de Vuestra Alteza intentaba
esconderse. *Juan.* Estuve ciego.
Rey. Venid acá, por qué causa
mè aborreceis? qué secreto
influxo os mueve al dictamen
de no querer verme? tengo
de fiera el semblante?
Juan. Yo, señor, aborreceros?
antes con lealtad, y amor,
como à Príncipe os venero;
pero la verdad al Rei
se ha de decir: yo confieso,
que siempre tuve aprendido,
señor, que en llegando à veros
tendria mi vida fin:
bien ahora lo experimento,
pues ahora reconozco,
que sois aquel Caballero,
que cenó conmigo, y no
el Don Enrique, supuesto,
que desde entonces parece
que me ha castigado el Cielo
por haberos visto; pues
dexando el feliz sosiego
de mi rincon, me mandais,
que venga al Palacio vuestro,
adonde muriendo, viva
en tan áspero tormento.
Rey. Por esa misma razon
os hago el cargo, pues siendo
vos Labrador retirado,
y yo señor de mi Imperio,
deponiendo mi grandeza,
à vuestra casa fui à veros;
y mui esquivo conmigo,
faltando al urbano fuero
de hombre de bien, por no verme
diligencias habeis hecho:
Enojado.
es buena paga, es buen trato
de vos à mí? *Juan.* Deteneos,
gran señor, que ya conozco
mi error, aqui está mi cuello
para pagar obediente
el delito de grosero.
Rey. La rustiquéz os disculpa,
y asi el castigo suspendo,
porque es fuerza sufrir algo
à quien me presta dinero.
Juan. Yo no os he prestado nada,
reditos de lo que os debo

fue-

fueron aquellos escudos,
pues mi caudal todo es vuestro.
Rey. Yo os estoi agradecido.
Juan. Yo siempre os estoi debiendo.
Rey. Juan, sentaos. *Juan.* Aqueso no:
delante de su Rei mesmo
Juan Labrador no se sienta,
ni admite este vituperio,
que lo que es honra en los grandes,
es deshonra en los pequeños:
yo estoi mui bien, Vuestra Alteza
se siente. *Rey.* Sois un grosero:
vos en mi casa mandais?
Juan. Si en la mia ese desprecio
os hice, no os conocí:
démonos, señor, por buenos.
Rey. Yo estoi en mi casa, y quanto
os mandáre habeis de hacerlo.
Juan. Digo, que teneis razon,
callo, señor, y obedezco. *Sientanse.*
Rey. De aquella noche parece,
que os hallo el estilo mesmo.
Juan. De no haberos conocido
corrido estoi, y os prometo,
que es la vergüenza castigo
de mi ignorancia. *Rey.* Estaos quedo,
Juan Labrador, que conmigo
habeis de comer, que quiero
pagaros el hospedage.
Y reparad, que este exceso
no le hago aqui como Rei,
sino como un Caballero
particular, que por vos
derogo los privilegios
de la Magestad, pues gusto,
que hoi seais mi compañero,
porque en mi sentir, no es Rei
quien de su gusto no es dueño.
Juan. Por eso dicen, que el Sabio
domina en los Astros. *Rey.* Luego,
Alvar Nuñez, avisad
à Gutierre, que al cubierto
asista, sacad la mesa,
que ya prevenida tengo,
y traed à mi presencia,
porque vean el festejo,
de Juan Labrador los hijos.
Alv. Voy, Señor, à obedeceros. *vase.*
Rey. No es de platos materiales
el combite que os ofrezco,
sino de cuerdos avisos,
manjar del entendimiento.
Y aunque esto pudiera ser
con menos prevencion, quiero,
que para vos sea aviso,
y para todos exemplo.
Juan. Sabio Monarca os aclaman,
de vos nunca esperé menos.
Por una parte van saliendo al són de Musica Montano, Beatriz, y Jacinta; y por otra Don Gutierre, Alvar Nuñez, y toda la Compañia, y descubrese una mesa mui aderezada, y en tres fuentes de plata habrá las insignias siguientes: Un Cetro, una Corona, y un Espejo.
Music. »Llegad à ver, vasallos,
»como al mayor lucero,
»la Reina de las aves, que exâmina
»de su lealtad el noble pensamiento.
Gutier. Con Juan Labrador sentado
el Rei? Notable mysterio
encierra esta novedad!
Mont. El Rei con mi padre, Cielos,
sentado à la mesa! *Beat.* Alguna
desdicha, ò ventura espero.
Juan. Qué es esto, invicto señor?
Rey. Tres platos son, que ha dispuesto
mi advertencia à tu cuidado,
porque te mires en ellos.
Este primero contiene
de mi autoridad el Cetro,
que es la insignia, que le dán
al Rei, para que à su imperio
quede obediente el vasallo.
Juan. Siempre yo estuve sujeto.
Rey. Este Espejo es el segundo,
porque es el Rei el espejo
en que se mira el que es Noble,
y con el menor aliento
se empaña su cristal puro,
que aun los mentales desprecios
son sacrílegos vapores,
que manchan al buril terso
de la lealtad; y quien vive
sin esta advertencia, creo,
que su proprio sér infama;
que por esta causa al Cetro
pintaron con muchos ojos,

y no hai rincon tan pequeño
adonde no alcance el Sol:
Rei es el Sol. *Juan.* Al Sol tiemblo.
Rey. No temas, Juan Labrador,
que la espada que estás viendo
desnuda en esotro plato,
es para avisarte cuerdo,
que con el Rei no has de usar
de los filos del ingenio,
enviando un cordero vivo,
porque al Rei concedió el Cielo
una virtud superior,
oculta, que los plebeyos
sus secretos no penetran,
y el enseñarle es gran yerro,
pues sabe mas, que el vasallo
el Rei quando sabe menos.
Juan. Cifra fue de mi lealtad;
mas si castigo merezco,
quita al cordero el cuchillo,
y trasladale à mi cuello.
Rey. Para quien tu honor ofende
es solo aqueste instrumento.
Juan. Pues quién ofendió mi honor?
Rey. Quien loco, barbaro, y ciego
menospreció mis avisos,
para mirar su escarmiento:
Gutierre Alfonso la ha dado
palabra de casamiento
à Beatriz.
Juan. Qué es lo que escucho!
Rey. Y en fé de este privilegio
logró su amor cauteloso,
y negando el cumplimiento
à su promesa, Beatriz
hoi me empeñó justiciero,
y por esto, y otras causas,
que reservo à mi silencio,
mando que sea su esposo.
Ea, llegad, dadla luego
la mano. *Gutier.* Señor, repare
Vuestra Alteza:::
Rey. Qué es aquesto?
vos replicais? *Gutier.* No señor,
à ser su esposo me ofrezco.
Esa es mi mano. *Rey.* Despues
dareis à un cuchillo el cuello.
Beat. Señor, postrada à tus plantas:::
Juan. Yo à tus pies humilde puesto,
que à Gutierre le perdones
la vida, señor, te ruego:
solo esto, señor, te pido.
Rey. Yo la vida le concedo;
y porque desigualdades
no estrañe en el casamiento,
hago Nobles à tus hijos,
dandoles por privilegios
de su Nobleza el Escudo
de mis Armas, añadiendo
para el dote de Beatriz
tres Villas, en que te vuelvo
del dinero que me diste,
doblado el número en premio.
Y en castigo de que tú
en sesenta años de tiempo
ver à tu Rei no has querido,
à mi servicio asistiendo,
en Palacio has de quedarte,
que me has de ver, por lo menos,
lo que tuvieres de vida.
Juan. Con tal dicha estoi contento.
Gut. Llega, Beatriz, à mis brazos.
Beat. Nueva vida cobro en ellos.
Alv. Y aqui el Sabio en su Retiro
dá fin, perdonad sus yerros.

F I N.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, junto à la de Barrio-Nuevo: y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias y Comedias nuevas, Sainetes, Entremeses y Tonadillas, por docenas à precios equitativos.
Año de 1792.

EL HOMBRE DE LA SELVA NEGRA,

COMEDIA EN TRES ACTOS, TRADUCIDA DEL FRANCES.

ACTORES.

RODOLFO, Elector del Palatinado.
EL CONDE GERALDO, antiguo Ministro del Elector.
JULIO, hijo del Conde Geraldo.
ZIMERAF, vagamundo.
HERMAN, Ministro actual del Elector.
FRANTZ, labrador en la aldea de Rheinstald.
RAGOTZI, alcaide del Castillo de Rheinstald.
CELANIRA, hija del Elector.
BEATRIZ, madre de Frantz.
PEDRO, hijo de Frantz.
FRITZEN, confidente del Conde Herman.
UN GEFE DE BOHEMIOS.
PAGE DEL ELECTOR.
GUARDIAS DEL ELECTOR.
BOHEMIOS DE LOS DOS SEXOS.
ALDEANOS DE LOS DOS SEXOS.

La escena se representa en el Palatinado en el año de 1600.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el patio de una granja: en el fondo hay un cercado con una gran puerta que dá al campo; de la otra parte del cercado se vé un camino tortuoso abierto en la peña y adornado de árboles, que conduce al bosque: en el lado opuesto hay otra senda que guia al castillo situado en la cima del monte. Sobre la parte anterior de la escena, á la derecha, está la casa con una ventana á la altura de un hombre, y á la izquierda de dicha casa la puerta del jardin.

ESCENA I.

BEATRIZ *leyendo sentada al pie de un árbol;*

PEDRO *saliendo al teatro.*

Ped. Abuela, abuelita, abuelita mia? No oye! está mas sorda que una tapia... Válgame Dios... *(se arrima á ella y la dice al oido.)* Papá la está á usted esperando para almorzar, entiende usted abuela?

Beat. El qué? una novela? no acostumbro yo leer novelas.

Ped. Sí... eso es, una novela! ya empieza á desvariar.

Beat. Esos libros son muy dañosos, hijo mio.

Ped. Dale! Yo no le hablo á usted de eso.

Beat. Oh! sí, esta lectura es mas agradable.

Ped. Esto es para condenarse... parece que lo hace adrede... la sangre tengo abrasada... mire usted que quietecita se está todavía; cuándo acabará? pero quisiera yo saber cómo lo hace para leer; porque es claro que no debe oirse á sí misma una sorda.

Fran. Perico. *(desde dentro.)*

Ped. Anda! ya me está llamando mi padre... Abuela, abuela.

Beat. Vamos, qué me quieres? á qué viene gritar tanto?

Ped. Toma! Se queja de que grito demasiado y no oye lo que la digo.

Fran. Perico. *(desde dentro.)*

Ped. Ya voy, ya voy; es tan vivo de genio mi padre que se vá á enfadar; qué he de hacer?

ESCENA II.

LOS MISMOS Y FRANTZ.

Fran. Acabarás pronto? qué haces aquí? no oyes que te llamo?

Ped. Pero papá, yo no tengo la culpa. Grito con toda mi fuerza, y mi abuela no me quiere oir. Es estraño: regularmente no está tan sorda... Tiene algunos dias...

Fran. Por qué no tomas la trompetilla?

Ped. Ah! es verdad; ya no me acordaba.

Fran. Aqui la tengo, tómala.

Ped. Démela usted, va usted á ver qué bonitamente se lo canto al oido... es muy gracioso esto... cuánta simetría para una conversacion!

Fran. Quieres hacerme el favor de despacharte?

Ped. Ya voy, padre, ya voy. *(arrima la trompetilla á la oreja de Beatriz.)* Abuela, venga usted á almorzar; que ya hace dos horas que la mesa está puesta... Puf!

Beat. Y por qué no me lo decias?

Ped. Vaya! no se lo he dicho!

Fran. Buenos dias, madre... *(se sientan.)*

Beat. Ah! buenos dias, Frantz: siento haberte hecho esperar; pero yo no lo sabia; ese tonto no me ha avisado. Vamos, vamos, que despues del desayuno quiero marcharme al instante á mi casa.

Fran. Tan pronto, madre?

Beat. Hé?

Pedro con la trompetilla. Papá pregunta por qué se vá usted tan pronto?

Beat. Es preciso, amigo; tengo mis razones para ello. Sí, mis razones. *(Frantz hace un ademan de sorpresa.)* Te admiras? Aunque no soy rica, sin embargo me gusta socorrer á los que son mas pobres que yo: tengo ciertos infelices á quienes doy diariamente una pequeña provision. En todo el dia de ayer no me han visto, y si les faltase hoy, creerian que los he abandonado; esto aumentaria sus penas, lo que me seria muy sensible: porque bien lo sabes, Frantz, el que hace esperar al pobre que le necesita, no es digno de agradecimiento.

Fran. Qué buena señora! *(oyénse varios cañonazos, cuyo humo se vé salir por entre las torres del castillo.)* Hola! se oyen cañonazos en el castillo de Rheinstald.

Ped. Qué querrá decir eso?

Fran. Gran novedad debe ser.

Ped. No tardaremos mucho en saberlo; papá, alli veo al señor Ragotzi que se encamina hácia aqui.

Beat. No vienes, Frantz?

Fran. Perdone usted, madre, soy con usted en el momento.

Ped. Tampoco ha oido los cañonazos.

Beat. Yo me entro; allá te esperaré.

Beatriz entra en la casa: Ragotzi, que mientras el diálogo anterior habrá bajado la montaña, entra en la escena.

ESCENA III.

FRANTZ, RAGOTZI, PEDRO.

Ped Señor Ragotzi, buenos dias; vaya, díganos usted qué hay de nuevo en el castillo.

Fran. Callarás, hablador?

Rag. Buenos dias, amigo Frantz.

Fran. Buenos se los dé Dios al valiente Ragotzi.

Rag. Amigo, gran novedad! el Elector mi señor, llega hoy al castillo de Rheinstald.

Fran El Elector?

Rag. Sí; S. A. viene á cazar y me ha enviado sus órdenes; su hija, la hermosa Celanira, que como tú sabes, habita el castillo de Rheinstald hace un mes, ha hecho preparar una funcion para celebrar tan plausible dia.

Ped. Bien se puede alegrar... qué enfado para una señorita como esa vivir asi sola en un castillo!... Y en verdad que se murmura en el lugar sobre eso...

Fran. Está bien, calla: no te se pregunta nada.

Ped. No te se pregunta nada, no te se pre-

gunta nada... Vaya! mire usted como me trata.

Vase á sentar en un banco al lado de la casa, y se divierte con la trompetilla de Beatriz.

Fran. De ese modo tendremos una gran funcion en el castillo.

Rag. En el castillo no; el punto de reunion para la caza es esta granja.

Fran. Aquí?

Rag. Aqui mismo. La Princesa me ha encargado que te lo prevenga, y ella misma quiere venir.

Fran. Es menester hacer los preparativos... Vamos, Perico, corriendo... Cómo haré para recibir á S. A?

Ped. (sin escucharle) Es muy singular que mi abuela oiga todo lo que se le dice con esto. Como que tengo dificultad en creerlo.

Fran. Es menester avisar á los aldeanos, adornar la granja, arreglar el jardin; que todo esto muestre que... Perico... Tardarán mucho?

Rag. Pienso que sí.

Ped. Si yo pudiera hablarme un poco al oido... *(siempre aparte.)*

Fran. Con qué cachaza está ese necio. Te moverás al fin para hacer lo que te digo?

Ped. Aqui me tiene usted, padre; *(levantándose muy lentamente)* es que estoy mirando... Es muy gracioso ésto... Señor Ragotzi, me hace usted el favor de decirme dos palabras al oido con este embudo?

Fran. Qué paciencia es menester!

Ped. Quisiera saber qué efecto hace esto en el oido; señor Ragotzi, por el amor de Dios...

Rag. Muy bien... acércate.

Ped. Qué bonito debe ser!.. Eh! ya escucho. *(se acerca á Ragotzi.)*

Rag. Eres un tonto, Perico. *(gritando con toda su fuerza.)*

Ped. Ay, ay, ay! que me ha vuelto sordo, que me ha quebrado el tímpano... qué bruto.

Rag. Habrá tonto semejante! *(riéndose.)*

Fran. Me alegro; te está bien empleado. Ahora escucha, es menester que avises á todos los mozos del lugar, y los traigas aqui para festejar á S. A. el Elector.

Ped. Es posible que S. A. venga á casa? ay cómo me alegro; voy corriendo á avisarlos á todos... Pero antes me permitirá usted almorzar.

Fran. Sí; pero acaba pronto: avisa á mi madre, y trae algo á Ragotzi, que sin duda querrá echar un trago.

Ped. Y tambien dos. Voy á buscarlo. *(entra en la casa.)*

ESCENA IV.

RAGOTZI Y FRANTZ.

Fran. Me alegro infinito que S. A. venga á Rheinstald; ese viage me procurará el placer de abrazar á mi querido Julio.

Rag. Tu hijo?... no hay duda que acompañará al duque. Sabes que S. A. le quiere mucho?

Fran. Y quién no le querrá? Julio tiene tan buenas prendas, tantas virtudes...

Rag. Oh! en eso no hay duda: él es el jóven mas perfecto del mundo. Buen corazon, mucho juicio, y sobre todo valiente como un César... En un dia de batalla es cuando hay que verle: voto á brios que se porta como... Sin embargo, de algun tiempo á esta parte noto en él una gran mudanza. No lo has reparado tú? Mira hablando entre nosotros, me parece que está enamorado...

Fran. Enamorado! Y de quién?

Rag. Y es correspondido.

Fran. Y de quién, te digo?

Rag. De quién? adivina.

Fran. Qué sé yo.

Rag. De la hermosa Celanira.

Fran. con espanto. De la hija del Elector!

Rag. De la misma. Desde que Julio entró en la guardia del Elector; y sobre todo desde que habiendo salvado la vida de ese príncipe, se ha hecho acreedor á su reconocimiento, ha tenido proporcion de visitar á Celanira, y no ha podido verla sin quedar prendado de ella.

Fran. Será posible! Estás cierto de lo que dices?

Rag. Yo lo he visto.

Fran. Infeliz Julio.

Rag. Ten confianza, Frantz; el príncipe sabe bien apreciar el talento para no hacer infeliz á tan interesante joven.

Fran. Cuántas desgracias le aguardan! Ragotzi, puedo fiarme de tí? Julio no es hijo mio.

Rag. Ya yo lo sospechaba: notaba en él demasiado talento para que tú fueses su padre. Pero vamos, de quién es hijo?

Fran. De un hombre proscrito por el duque, é infamado por él...

Rag. Qué dices?

Fran. La verdad. Conociste al conde Geraldo?

Rag. Quién? aquel hombre de bien, ministro del duque, que fue acusado de traicion, condenado á muerte, que pudo al fin escaparse, y de quien no se ha oido hablar hace mas de veinte años?

Fran. Le conociste tú?

Rag. Bastante para compadecerle, de no haber podido confundir á sus acusadores.

Fran. Pues bien; Julio es hijo suyo.

Rag. Julio su hijo!

Fran. El fue mi amo; yo le debia todo. Cuando fue proscrito me confió su hijo, y desapareció, sin que jamás se haya sabido su paradero.

Rag. Julio hijo del conde Geraldo!... Tanto mejor, voto á brios: y no le has revelado el secreto de su nacimiento?

Fran. Aun no.

Rag. Pues es menester hacerlo. Es menester que Julio defienda con el duque la causa de su padre; que haga conocer su inocencia. Pocos dias me quedan de vida; mas la mitad de ellos diera de buena gana por ver al honrado Geraldo triunfar de sus enemigos.

ESCENA V.

DICHOS Y PEDRO.

Ped. Papá, aquí tiene usted el almuerzo.

Fran. Está buy bièn. Vamos Ragotzi, toma un bocado.

Rag. Con mucho gusto: mas despachemos pronto, que me quedan aun muchas cosas que hacer.

Ped. Sin duda, papá, habrá usted notado que he tardado mucho tiempo.

(*comiendo una gran rebanada de pan.*)

Fran. Como siempre. Eres tan pesado en todo!

Ped. Mi abuela tiene la culpa por haberme detenido en disputas. Creerá usted que me ha estado sosteniendo que el hombre de la Selva Negra es hombre de bien?

Fran. Quién sabe!

Ped. Cómo se entiende! Un vagamundo, un tunante, que no hace mas que correr por el bosque, metiendo miedo á todo el género humano, con aquella barba tan negra y horrorosa, y aquella cara de renegado?

Fran. Qué ruido es ese?

Ped. Es una visita, papá. (*mirando adentro.*)

Fran. Quién será?

Ped. Es mi hermano Julio sobre un caballo muy guapo, y acompañado de otros tres señores.

Rag. Y quiénes son los que le acompañan?

Ped. Son tres personas, de las cuales hay dos que no conozco, y otra cuyo nombre ignoro.

Rag. Ese es tu hijo.

Ped. No sé decirles á ustedes quiénes son las dos que no conozco; pero la persona cuyo nombre ignoro, es aquel señor que acompaña siempre á S. A. y que es tan mal encarado.

Rag. Es el conde Herman.

Fran. El enemigo del conde Geraldo? Amigo Ragotzi, silencio acerca del secreto que te he confiado.

Rag. No te dé cuidado.

Ped. Ya está aquí el señor que viene con Julio, los demas se han quedado á cuidar de los caballos.

ESCENA VI.

DICHOS, JULIO Y HERMAN.

Jul. Padre mio. (*echándose en los bra-*

Fran. Querido Julio. *zos de Frantz.*)

Rag. Mi general, á las órdenes de V. E.

Jul. Buenos dias, valiente Ragotzi. Vos perdonad, señor conde.

Herm. Que mi presencia no altere el placer de veros: mi corazon se regocija en tan dulce espectáculo.

Rag. No os esperábamos tan pronto.

Jul. Precedemos al duque, y el señor conde trae órdenes de S. A.

Herm. Frantz, el duque llegará pronto. Aquí es donde quiere abrazar á su hija: que los habitantes de Rheinstald reunidos por vos se preparen á ofrecerle sus obsequios.

Ped. Ah! eso me toca á mí.

Herm. Vos, Ragotzi, haced poner la guarnicion sobre las armas. La Selva Negra, se

gun dicen, está infestada de vandidos y es preciso que S. A. lleve una escolta suficiente para ponerse á cubierto de sus atentados.

Rag. Contad, señor, con mi celo.

Herm. Vos, Julio, saldreis al encuentro de la princesa, y la conducireis aqui: tambien cuidareis de la ejecucion de las órdenes de S. A.: espero de vuestro celo que no omitireis nada de lo que pueda complacerla.

Jul. Voy á disponerlo todo, y creed que haré cuanto esté de mi parte para mostrarme digno de los beneficios que S. A. me ha dispensado.

Rag. A mas ver, amigo Frantz; voy al castillo á reunir mi tropa.

Ped. Aguarde usted, señor Ragotzi: voy corriendo á juntar todos los mozos y mozas del lugar, y... yá, yá, verá usted.

Jul. Adios querido padre, pronto nos volveremos á ver. *(Julio sube al castillo, Ragotzi y Pedro salen por el fondo.)*

Herm. Vos, Frantz, quedaos; tengo que hablaros.

ESCENA VII.

FRANTZ Y HERMAN.

Herm. Frantz estuvo en otro tiempo al servicio del conde Geraldo; puede sacarme de mi incertidumbre; es preciso preguntarle si... *(ap.)*

Fran. Qué me querrá? *(ap.)*

Herm. Estamos solos? Acercaos, Frantz, y respondedme con franqueza, habeis estado al servicio del conde Geraldo?

Fran. Veinte años, señor. Dónde irá esto á parar? *(ap.)*

Herm. En qué época le dejasteis?

Fran. Cuando sus infames calumniadores consiguieron perder á ese hombre respetable é hicieron proscribir su cabeza.

Herm. Sus infames calumniadores decís? Luego vos le creis inocente?

Fran. Respondo de ello con mi vida.

Herm. Sin embargo habia pruebas.

Fran. Sus enemigos las habian fraguado.

Herm. Sus enemigos?

Fran. Sin duda. Cuál es el hombre poderoso que no los tiene?

Herm. Mas qué motivo?...

Fran. Era hombre de bien. Los perversos le temian, y no pudiendo hacerle cómplice de sus crímenes, resolvieron su pérdida. Esta es la costumbre.

Herm. Queriéndole tanto me admiro que no le hayais acompañado cuando se espatrió.

Fran. Ya sabeis que tuvo que huir precipitadamente para evitar el suplicio que le preparaban; yo ignoraba, é ignoro aun el sitio de su residencia.

Herm. Pues qué nada habeis sabido de él despues de tanto tiempo?

Fran. Nada absolutamente.

Herm. Sin embargo, me han asegurado que está de vuelta, y no muy lejos de estos sitios.

Fran. Os han engañado; sus enemigos aun existen, y él no ignora que su muerte seria cierta si cayese en sus manos.

Herm. Basta: decidme, habeis oido hablar de un hombre, que hace un mes está en la Selva Negra, y cuyo feróz semblante y vestidos llenos de andrajos infunden espanto á todos los que le encuentran?

Fran. Sí señor; los habitantes de este pueblo y de los lugares comarcanos le llaman el hombre de la Selva Negra. Varias veces le han sorprendido á la entrada de esta aldea, y ha estado á pique de ser preso; mas siempre ha tenido la dicha de escaparse de manos de los que han ido en su alcance.

Herm. Está solo?

Fran. No hace mucho tiempo que le han visto acompañado de otro miserable como él; por lo demas, no hace daño á nadie; y aunque varios aldeanos han sido asaltados por él, solo ha exigido de ellos algunos alimentos para aplacar el hambre que le atormentaba.

Herm. Es un vandido: tres de mis criados han sido asesinados por él y sus cómplices; pero no tardarán mucho en recibir el castigo que sus delitos merecen. Mas decidme, Frantz, al tiempo de su proscripcion no tenia Geraldo un hijo aun muy niño?

Fran. Sí, señor conde.

Herm. Qué se ha hecho de él?

Fran. Lo ignoro.

Herm. Qué edad vendria á tener ahora?

Fran. Veintidos á veintitres años.

Herm. No es esa la edad de vuestro hijo?

Fran. Oh! no, señor conde; Pedro tiene ya mas de veinticinco años.

Herm. No es ese de quien yo os hablo, es de Julio.

Fran. Julio!... ah... sí, señor conde, esa vendrá á ser la edad de Julio. Pero el duque no puede tardar mucho... con vuestro permiso, señor conde, voy á preparar lo que es menester á su recibimiento. Perdonadme si os dejo; tengo muchas cosas que hacer.

Herm. Id en hora buena.

Fran. (*ap.*) Cuál será su intento? tiemblo por Julio. (*entra en la casa.*)

ESCENA VIII.

HERMAN Y FRITZEN *que entra un poco tarde en la escena.*

Herm. No me he engañado; todas mis conjeturas son verdaderas. La confusion de Frantz me ha revelado el secreto del nacimiento de Julio: es hijo de Geraldo, no hay duda, y tan aborrecible á mis ojos como lo era su padre... Ah! Fritzen, en qué estado está lo que te he encargado?

Fritz. Ya vuestras órdenes están ejecutadas.

Herm. Has hablado á los hombres que necesito?

Fritz. Los mas propios para vuestro intento; son aquellos mismos bohemios que ya habeis empleado poco tiempo ha contra Zimeraf, vuestro antiguo criado.

Herm. Poca confianza tengo en ellos: no han podido librarme de ese miserable, y mientras viva estaré con recelo. Su muerte es necesaria á mi seguridad: él me sirvió de instrumento para perder al conde Geraldo; y como astuto y atrevido, es capáz de emprender cualquiera cosa para vengarse de mí: he encargado á esos bohemios le diesen muerte; pero tres han perecido á sus manos, y uno solo ha escapado, y se le ha hallado moribundo á la entrada de la Selva: por él se ha sabido que Zimeraf habia sido socorrido por el hombre de la Selva Negra.

Fritz. Esta vez irán en mayor número, y el éxito es seguro. He aconsejado al gefe de la cuadrilla hiciese entrar en la confidencia á los mas valientes y determinados de toda su gente.

Herm. Qué has hecho, Fritzen? no conoces que la menor indiscrecion nos puede perder?

Fritz. No os dé cuidado; el secreto no se descubrirá: solo los encargados de la ejecucion tienen alguna noticia de él, y es gente de confianza. Los he inducido á que asistan á la fiesta, á fin de que su estancia en este parage no infunda sospechas, y toda la cuadrilla se hallará en ella: todo está dispuesto, solo falta que me señaleis la víctica.

Herm. Es... Es el Elector. (*observando si escuchan á su alrededor*)

Fritz. Ya me lo habia yo imaginado.

Herm. (*á media voz*) Durante la caza, en medio de las ruinas, cerca del torrente... Si logro mi intento me sobran secuaces que coloquen la corona Electoral sobre mi cabeza: si la empresa sale mal, me será fácil imputar el crímen al hombre de la Selva Negra. Vuelve á unirte con tus gentes; que mientras me esperan pongan todo su conato en apoderarse de Zimeraf: que esta vez no escape á mi venganza. Este dia ha de ser el último de mis contrarios, y el primero de mi gloria. Yo voy á salir al encuentro del Elector.

Herman se vá por el pie del collado, y Fritzen por el camino que conduce al bosque: Frantz se vuelve á la escena y observa la marcha de dichos.

ESCENA IX.

FRANTZ SOLO.

Fran. Al fin ya se ha marchado... que cruel tormento me ha hecho pasar... Acaso tendrá sospechas del nacimiento de Julio?.. las preguntas que me ha hecho... lo que me ha dicho del regreso de mi amo... Dios mio! Si fuese cierto que el conde Geraldo está de vuelta en su patria... permitidme le pague los beneficios que me ha hecho: disponed de mi vida, mas conservad la suya. Ah! ya estás aqui, Pedro?

Sale Pedro. Sí señor.

ESCENA X.

FRANTZ, PEDRO Y BOHEMIOS *de los dos sexos.*

Fran. Pues es menester que acompañes á

tu abuela que quiere absolutamente volverse á su casa.

Ped. Cómo es eso? acompañar á mi abuela? y con quién mas?

Fran. Pues que no eres bastante?

Ped. Yo solo, está usted en su juicio, padre? no hace usted reflexion que la casa de mi abuela está en medio de la Selva Negra?

Fran. Y qué tenemos con eso? pasarás por ella.

Ped Qué dice usted, padre? Pedro pasar por la Selva Negra! no tal; Pedro se halla muy bien aqui, y Pedro se quedará, porque á Pedro no le dá la gana...

Fran. Quieres desobedecerme?

Ped. Oh, no, no. Pero ya vé usted, si me encuentro con el hombre de la Selva Negra....

Fran. Qué te ha de hacer?

Ped. Nada, por vida mia, nada; me basta verle para morirme de miedo.

Fran. Vamos, acompaña á tu abuela. *(sacándola.)*

Ped. Cómo, papá? Conque vá de veras?

Fran. Seguramente; vamos.

Ped. Ay! Dios mio, qué desgraciado soy!

Beat. Ven, ven, queridito mio; en casa te daré yo buenas manzanas y peras.

Ped. Sí, para manzanas y peras estoy yo: mas quiero morirme de hambre que de miedo. *(se oye á lo lejos una marcha militar.)*

Fran. La princesa sale del castillo. Anda, Pedro, y no te diviertas en el camino; vuelve pronto.

Ped. Sí, buenas diversiones son!

Empieza á verse en lo alto de la montaña por el camino que conduce al castillo, el acompañamiento de Celanira. Pedro y Beatriz se van por el camino que conduce á la Selva. Acompañan á Celanira damas en trage de cazadoras, y los oficiales de la guarnicion. Julio conduce por la mano á Celanira. Al entrar la princesa en el teatro, se inclinan respetuosamente los Aldeanos y Bohemios.

ESCENA XI.

FRANTZ, CELANIRA, JULIO, RAGOTZI, DAMAS *que acompañan á la princesa, Aldeanos y Bohemios de los dos sexos: Ragotzi al frente de la marcha.*

Rag. Alto, frente.

Cel. Amigos mios, cuánto me agrada el celo que mostrais en prevenir mis deseos!

Jul. Nada teneis que agradecerlos, señora. Quién de todos los que aqui estamos no dará hasta la última gota de su sangre por vuestro augusto padre y por vos?

Rag. No ves cómo la mira? *(ap. á Fran.)*

Fran. Ya... ya veo.

Cel. Vuestro lenguage, Julio, no me sorprende, y creed que nunca olvidaré lo que debo al libertador de mi padre.

Rag. El libertador de su padre, eso, eso es.

Fran. (*á Cel.*) Permitid, señora, que esta buena gente se disponga á obsequiar á S. A. Amigos, id á mi jardin, arrasadlo todo, cojed las mas hermosas flores, haced con ellas ramos, guirnaldas y coronas, traedlas todas aqui y aguardad las órdenes de la princesa.

Todos. Sí, Frantz, allá vamos.

Fran. Id corriendo... Ah! esperad que os abra la puerta.

Rag. (*á los soldados.*) Muchachos, colocaos sobre esas peñas; tened cuidado de avisarnos cuando S. A. llegue; y sobre todo atencion á lo que os tengo mandado; aun no son mas que (*á Fran.*) reclutas; mas con el tiempo y mis lecciones se harán unos buenos soldados. Desfilad por la izquierda: Marchen. La babeza alta, el pecho adelante, (*asi como van pasando*) Son ustedes sordos?... voto á tal!...

Cel. Con dulzura, Ragotzi.

Rag. Dulzura? con las damas siempre, con los reclutas nunca.

Jul. La princesa os lo suplica.

Rag. Eso es diferente; mi general, obedezco: escucha Frantz. *(lo lleva al fondo del teatro.)*

Cel. Qué teneis, Julio, que os veo pensativo? pues cómo en el instante en que el cielo nos reune?...

Jul. Reunirnos; oh! si fuera cierto!

Cel. Cómo, qué decís? pensais dejar estos paises?

Jul. Tengo precision de hablaros sin testigos. Mi corazon se parte de dolor! *(ap.)*

Cel. No os entiendo! qué es lo que ha podido alterar la tranquilidad de vuestra alma?

Jul. Los remordimientos.

Cel. Los remordimientos! Los criminales solo deben tenerlos; siempre serán agenos en nuestros corazones; de qué tenemos

que acusarnos? arrastrados por una pasion irresistible hemos dejado un momento de ser virtuosos? Abandonad esos temores, Julio; ya lo sabeis; dotada de una fuerza de caracter no comun en mi sexo, mis resoluciones son invariables: yo os amo y vos me amais, si no puedo ser vuestra, yo no seré de otro.

Jul. Esperanza lisongera!

Cel. Pero el sitio no nos es favorable para continuar nuestra conversacion; durante la caza estad en las ruinas del castillo de Sekentem, cerca de la casa de Beatriz. Yo iré á buscaros solo acompañada de Ragotzi.

Jul. Ah! Señora, tantas bondades llenan mi alma de consuelo: creed que toda mi vida será consagrada á manifestaros mi gratitud.

Cel. Gratitud, ah! Julio, otro afecto mas vivo: el amor es lo que debo esperar de vos.

Los Soldados puestos sobre las peñas gritan. S. A. llega.

Rag. y Fran. Ya está aqui el príncipe.

Cel. Dónde están los aldeanos?

Fran. Voy á hacerlos venir.

Jul. Permitid, señora, que salga al encuentro de S. A.

Cel. Id con Dios, Julio.

Jul. En las ruinas durante la caza? *(inclinándose.)*

Cel. No faltaré. *(Julio se vá, Frantz se queda en el teatro.)*

ESCENA XII.

Fran. Ya está todo dispuesto.

Rag. Soldados, atencion, presenten las armas.

Sube sobre la primera cima del monte.

Los diversos pelotones se reunen y forman dos filas que ocupan la falda del monte.

Los tambores tocan, los soldados ponen las armas al hombro: el Elector entra en el teatro por el pie del collado, acompañado de Julio, de Herman y de varios oficiales y señores de su córte. Vá precedido de su guardia: en el momento en que pasa la puerta todos los aldeanos y bohemios entran en la escena, y se colocan en grupos á cada lado del teatro, con guirnaldas y otras flores. Su hija se echa en sus brazos: las voces de viva el Elector se hacen oir de todas partes.

ESCENA XIII.

EL ELECTOR, HERMAN, JULIO, CELANIRA, FRANTZ, RAGOTZI, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO DEL PRÍNCIPE Y DE LA PRINCESA, ALDEANOS Y BOHEMIOS.

Todos. Viva el Elector.

Cel. Padre mio!

Elec. Hija mia. Amigos mios, estoy muy agradecido á las pruebas de amor que me dais, y formando vuestra felicidad es como quiero merecerlas. Frantz, yo os doy las gracias por el buen acogimiento que recibo en vuestra casa, y no puedo daros una prueba mayor de mi reconocimiento que hablándoos de vuestro hijo; es el mas valiente de mis soldados, y el mas fiel de mis vasallos. Yo le debo todas las victorias que he obtenido sobre los enemigos; le debo la vida; y cada dia se hace mas acreedor á mi reconociento. Amad á vuestro hijo, Franz, él será la honra de su padre.

Fran. Oh! príncipe mio! estoy confundido de las bondades de V. A. para con mi querido Julio: en verdad que ya no me atrevo á nombrarle mi hijo. *(aparte.)*

Elec. Mi querida Celanira, la guerra está terminada; mi córte vá á recobrar su antiguo esplendor, y quiero que tú seas el mejor ornamento en ella. Muchos príncipes poderosos hay que pretenden tu mano, y desde luego exijo que hagas eleccion de uno de ellos.

Jul. Gran Dios!

Cel. Ya os lo he dicho, padre mio; la felicidad de vivir á vuestro lado es la única á que aspiro. Y solo daré mi mano al que posea mi corazon. *(mirando á Julio.)*

Herm. V. A. ha podido notar la turbacion de Julio? *(aparte al Elector.)*

Elec. Bien la he visto. Celanira, pronto sabrás mi voluntad, y cuento con tu obediencia.

Jul Ah! qué tormento!

Rag. Señor, estas buenas gentes aguardan el permiso de V. A. para empezar la funcion.

Elec. Pues que empiecen.

Dá la mano á su hija, y se sientan los dos en dos sillas que les habrán preparado: la fiesta empieza, y todo acaba por un cuadro general. Aqui se puede poner un baile que realce el todo de la fiesta conforme á las circunstancias, tanto de los actores como de la pieza.

ESCENA XIV.

LOS PRECEDENTES, Y PEDRO *saliendo de la selva, y bajando de la montaña con precipitacion y miedo.*

Ped. Ay! ay!
Elec. Qué ruido es ese?
Todos. Es Pedro.
Fran. Pedro!
Ped. Oh Dios mio, Dios mio! Ah padre mio! Ah señor!
Rag. Veamos qué tiene ese gran majadero.
Fran. Qué te ha sucedido!
Ped. Ah! el hombre de la Selva Negra... Eran lo menos mas de cincuenta...
Rag. Cincuenta!
Ped. Por lo menos; sin embargo, yo no he visto mas de dos: ellos querian embestirme de improviso, y venian deslizándose paso á pasito por entre las breñas del monte... Asi de este modo. Ah Dios mio! qué miedo... la sangre se me hiela.

Aqui aparecen Geraldo y Zimeraf sobre el último plano de la selva, que debe ser en este sitio muy espesa. Desaparecen por detras del castillo.

Herm. Te han acometido?
Ped. Sin duda; ellos querian nada menos que dejarme en cueros; pero yo que corro como un gamo cuando tengo miedo, asi lo he hecho, y estoy aqui.
Herm. Ya os lo he dicho, señor, es una reunion de bandidos que es preciso esterminar antes que en mayor número puedan destruir ó sobresaltar esta provincia.
Elec. Vasallos mios, quinientos florines de recompensa ofrezco al que me haga dueño de uno de esos bandidos.
Bohem. Quinientos florines!
Elec. Marchemos. *(se ponen en marcha.)*
Cel. Dentro de una hora me hallaré á la cita.
Jul. Cómo? *(hablan aparte.)*
Cel. Silencio.

El príncipe y su acompañamiento suben por la senda adornada de árboles que conduce al bosque; Celanira, sus damas y Ragotzi con un peloton de guardias toman el camino que guia al castillo. Los aldeanos y bohemios siguen á la princesa: Frantz y Pedro quedan solos en la escena.

ESCENA XV.

PEDRO Y FRANTZ.

Fran. No sé qué causa interior me mueve á compadecer la suerte de ese infeliz.
Ped. Usted le tiene lástima? pues yo no se la tengo; me ha dado demasiado miedo para compadecerle.
Fran. He! procura callar, y déjame en paz. *(se sienta en el banco y se pone á reflexionar.)*
Ped. Habráse visto jamás mozo mas desgraciado que yo, y á quien se trate con tanto menosprecio? Todos están hoy contra mí. El hombre de la Selva Negra por aquí, mi padre por allá, y hasta el viejo Ragotzi que tambien quiere meter su cucharada. Dios mio! no quieren perdonarme el tener miedo como si no tuviese de qué. Haber visto al hombre de la Selva Negra! á ese demonio de hombre! se me figura verle aun con aquella barba negra, aquellos ojos tan espantados, aquellas narices de gavilan... Alli le veo, alli... me está enseñando los dientes, y...

Durante esta escena, Geraldo y Zimeraf habrán dejado los árboles, tras de los cuales se habian escondido para dejar pasar la tropa del Elector, bajan con mucha precaucion, y se hallan en el teatro al fin del diálogo de Pedro; Zimeraf se le pone delante, y Geraldo se halla cerca de Frantz.

ESCENA XVI.

GERALDO, ZIMERAF, FRANTZ Y PEDRO.

Ped. Hay Vírgen Santísima, amparadme; él es, él es.
Zim. Chito... estate aquí. *(deténiéndole.)*
Fran. Qué es eso? cielos, qué veo? *(viendo á Geraldo retrocede lleno de espanto.)*
Ger. Frantz. *(acercándose.)*
Fran. Quién sois? qué quereis de mí?
Ger. No me conoces, Frantz?
Fran. Cielos! qué voz escucho!
Ger. Veinte años de infortunios habrán mudado tanto mis facciones? *(acercándose mas.)*
Fran. No será ilusion! Sois vos?...
Ger. Geraldo. *(con voz baja.)*
Fran. Oh amo mio! *(echándose á sus pies.)*

Ger. Silencio. (*tapándole la boca.*)
Ped. Por Dios no me hagais daño.
Zim. Quieto te digo.
Ger. Ten cuidado de no nombrarme; ese hombre ignora aun quien yo soy. (*bajo.*)
Fran. Ese hombre?
Ger. Sí: la gratitud le ha unido á mí; yo le he salvado la vida; mas no he tenido por conveniente darme á conocer.
Fran. Querido amo, ved que os pueden reconocer aqui y prenderos... Vuestro enemigo vive aun, y goza de mas poder que nunca: entrad en mi casa.
Ger. No, Frantz; quiero quedarme aqui, que me será mas fácil escapar en caso de sorpresa; fuera de eso, Burker tendrá cuidado de examinar si viene gente: mas qué jóven es ese?
Fran. Es mi hijo.
Ger. Haz que se retire un momento.
Fran. Pedro?
Ped. Qué quiere usted, padre?
Fran. Entrate en casa.
Ped. Y quiere usted que le deje con estos dos picarones?
Fran. Qué dices? (*Geraldo hace un gesto de indignacion.*)
Ped. Perdone usted, padre, no tengo el honor de conocer á estos dos señores... Pero tienen una cara, una traza... Y temo por usted.
Fran. No te dé cuidado... nada tengo que temer.
Ped. Papá mio...
Fran. Vamos, haz lo que te digo; entra sin mas tardar. (*encierra á Pedro en la casa.*)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, MENOS PEDRO.

Ger. Ten cuidado. (*á Zimeraf.*)
Zim. Fiaos de mí que tengo buenos ojos. (*se retira al fondo del teatro.*)
Ger. ¡Ah querido Frantz! amigo sácame de mi cruel incertidumbre.... mi hijo...
Fran. Vuestro hijo vive.
Ger. Mi hijo vive?
Fran. Sí, vive: es Julio: ha salvado la vida de su príncipe, ha libertado al estado, y es ahora general de las tropas del Elector.
Ger. Julio! ah! cien veces la fama de su gloria ha llegado á mis oidos. Le admiraba sin conocerle; mas hoy me vanaglorío de llamarle mi hijo: bien lo sabes, justo Dios! despues de veinte años de persecuciones y de infortunios, solo he conservado mi triste vida con la esperanza de ver y abrazar algun dia á ese querido hijo; por él solo me he atrevido á volver á un pais donde mi cabeza está proscripta, donde cada momento puede ser el último de mi vida. La fatiga, la miseria, los peligros, que á cada paso renacian, la muerte misma, todo, todo lo he arrostrado para llegar al sitio en que él está... Llego y hallo á mi hijo lleno de virtudes y de gloria; alabado y querido de todos. Ah! olvido que he sido veinte años el hombre mas infeliz de todos, pensando en que soy el mas afortunado de los padres. Pero dime, Frantz, dónde está?
Fran. Aquí.
Ger. Aquí?
Fran. Asiste á la caza que el duque hace hoy en el bosque.
Ger. Tan cerca de mí? Ah! ven, Frantz, quiero verle, abrazarle.
Fran. Esperad: vuestra pérdida será infalible; esta batida no es mas que un pretesto para reconocer la Selva. El conde Herman ha persuadido al Elector que habia en ella una reunion de sediciosos. En el dia de hoy no omitirán medio alguno para asegurarse de vuestra persona; y vuestro hijo mismo ha jurado entregaros al Elector.
Ger. Cruel destino! mi hijo armado contra mí?
Fran. Amo mio; ya que he tenido la felicidad de encontraros, permitidme que todo lo arriesgue por conservar vuestra vida. Si os volveis á la Selva, no podeis evitar de caer en manos de los soldados que os buscan por todas parte. Quedaos en esta granja; yo juro sacrificar mi vida por libraros de vuestros perseguidores.
Ger. No, no debo aceptar tus ofertas: no quiero comprometer tu seguridad. He encontrado en las ruinas del castillo de Sekentem un asilo impenetrable.... pero.... idea espantosa... si me veo forzado á defender mi vida, si mi mano por desdicha se armase contra mi propio hijo...
Fran. Yo tengo un medio de evitar esa desgracia. Tomad este retrato... es un regalo de Julio.
Ger. Su retrato! ah, dámele.... dámele...,

amigo mio, tú que estás unido á mis infortunios, ven, y participa de mi felicidad: mi hijo existe.

Zim. Te doy la enhorabuena.

Ger. Hé aqui su libertador.

Zim. Eres un escelente hombre, y seremos amigos; y en prueba de ello dame la mano. (*á Frantz.*)

Ped. Me han encerrado los picarones! oh, si yo pudiera salir callandito sin ser visto de nadie! (*aparte desde la ventana, y empieza á bajar.*)

Zim. El me ha salvado la vida, y yo he jurado consagrar la mia en su obsequio.

Ped. Vamos á buscar los mozos de la granja. (*váse.*)

Zim. Amigo, creedme, no estamos aqui muy seguros: volvamos á nuestro asilo...

Ger. Tienes razon, volvamos. Adios, Frantz; si esta noche mi hijo estuviese en tu casa...

Fran. Sí, él vendrá.

Ger. Ah! mi querido Frantz!

Zim. Adios, hombre honrado. Eres su amigo? tambien lo serás mio; vámonos.

Los dos abrazan á Frantz: durante este tiempo Pedro entra muy despacio en la escena con mozos de la granja, todos armados de garrotes y horquillas de coger paja.

ESCENA XVIII.

DICHOS, PEDRO Y ALDEANOS.

Ped. Alli están los picarones, agarradlos.

Zim. Muerte y furor; nos han vendido.

Ger. Gran Dios!

Fran. Pedro ha sido! ah desdichado!

Ped. Agarradlos: esos son los bandidos de la Selva Negra.

Ger. Miserable!

Zim. Al primero que se mueva le abraso las entrañas. (*les presenta dos pistolas.*)

Fran. Deteneos, desgraciados. Amigos mios, no lo creais, yo conozco á estos dos hombres, es gente honrada, dejadlos que se vayan.

Aldean. No, no, son los bandidos, bien los conocemos.

Ped. Apartaos padre, que voy á disponer el tiro.

Zim. Huyamos.

Cubiertos del cuerpo de Frantz, Geraldo y Zimeraf aciertan á escaparse siempre con las pistolas apuntadas contra los Aldeanos, y pasan rápidamente la montaña. Pedro dispara su fusil al aire, y vá á caer de miedo á la puerta de la granja, tocan á arrebato, y al ruido de la campana los Aldeanos y Bohemios acuden y cubren la montaña.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un soto espeso en el centro de la Selva Negra. Los árboles y malezas esparcidos por el fondo del teatro forman de él un asilo impenetrable. Al otro lado del soto se vé una cordillera de peñas, un torrente cuyas orillas están cubiertas de cañas; un puente arruinado y de un solo arco atraviesa el torrente. Delante de la escena, á la derecha de los espectadores, hay una casa con una puerta y un respiradero colocado un poco oblícuamente. A la izquierda se verán las ruinas de un castillo antiguo. Enfrente del público una ventana grande de arquitectura gótica, por la que se verá el interior del castillo. El lienzo de muralla donde estará la ventana, conduce á una larga galería de ventanas en ogité, que van á encontrarse oblícuamente á la caida del puente; todos los vídrios de las ventanas estarán rotos. Por debajo de la galería, varios arcos dejan apercibirse las ruinas y el fondo del teatro. Al fin de la galería habrá una escalera antigua que sale á la Selva, y una puerta baja estará abierta entre los arcos y el lienzo de la ventana grande.—Al levantar el telon se oirá un ruido de caza. Geraldo y Zimeraf entran en la escena con precipitacion, y como que los vienen siguiendo.

ESCENA I.

ZIMERAF Y GERALDO.

Ger. Nos persiguen.

Zim. Ocultémonos entre estas peñas.

Luego que se habrán escondido suena parte de la gente de la caza, que atravesará por el fondo del teatro, y desaparecerá al momento; Geraldo y Zimeraf vuelven á salir.

Zim. Ya se han alejado! Felizmente hemos conseguido hacer que nos pierdan de vista. Hemos cometido una grande imprudencia en ir á la granja de Frantz; jamás hubiera yo consentido en dar este paso sin el deseo que tú manifestabas de saber si tu hijo aun existe.

Ger. Te arrepientes de haberme acompañado?

Zim. (*con entereza.*) Quién, yo? mal me conoces.

Ger. Ah! no, perdona: yo creo que en esta parte de la Selva, nuestro refugio ordinario, es donde estaremos con mas seguridad. El sonido de la trompa, y el ruido de la caza que se oye á lo lejos me confirman en esta idea. Pero ya las fuerzas me faltan; estoy rendido del cansancio.

Zim. Y yo muerto de hambre. Esa buena muger que nos trae todos los dias entre las ruinas las provisiones, no ha parecido aun. La hemos encontrado en la Selva con ese gran majadero que echó á correr cuando te vió acercarte á él para preguntarle si Frantz estaba en su casa, y ella espantada con los gritos de ese cobarde, se fué por otro lado. Es menester ser mas prudentes otra vez para que no nos sorprendan.

Ger. Sin duda. Frantz me ha dicho que esta caza no es mas que un pretesto que el duque ha tomado para descubrirnos.

Zim. Hola! yo temo menos al duque que al conde Herman su primer ministro.

Ger. El conde Herman? el autor de todos mis males? aclaremos este misterio. (*ap.*) Hace un mes que estamos juntos, y nos socorremos mútuamente; tal vez hubiéramos podido aliviar nuestras penas confiándolas uno á otro. Yo ignoro los motivos que como á mí, te han obligado á esconderte en esta Selva.

Zim. No es por no creerte digno de mi confianza. Tú me has salvado la vida; estoy persuadido que eres hombre de bien, y por esa misma razon no te cuento mis aventuras.

Ger. Pues por qué?

Zim. Porque verías en mí el mayor pícaro del mundo.

Ger. Qué lenguage! Hasta hoy, á pesar de que aun no te conozco, te he permitido en mi compañía; pero ahora exijo una pronta esplicacion de tu suerte. Piensa que entre la muerte y la infamia, el hombre que tienes presente jamás ha titubeado.

Zim. Tu cólera no me admira; consiento en darte la esplicacion que pides. Sin embargo, antes de todo te ratifico de nuevo que estoy dispuesto á sacrificarme en tu servicio; y que espondré mil veces mi vida por conservar la tuya.

Ger. No lo dudo: y creo que eres digno de mi estimacion: mas el honor te manda que hables.

Zim. Desde luego: olvida la idea que mi trage ha podido inspirarte. Yo no soy un ladron salteador de caminos; y sí uno de los muchos pícaros refinados é intrigantes que se agregan á los poderosos, y que están siempre dispuestos á seguir el partido mas dominante: falsos amigos, aduladores infames, lisongeros serviles que todo lo sacrifican á su ambicion, y no se abochornan de ninguna bajeza cuando ven en ello su interés; que desconocen en la adversidad á los hombres que infamemente han adulado en la opulencia. En una palabra, he sido el confidente y el agente de un señor muy rico: yo no me llamo Burker, mi verdadero nombre es Zimeraf.

Ger. Zimeraf! este nombre no me es desconocido: has estado al servicio del conde Herman?

Zim. Sí; he sido mucho tiempo su caballerizo mayor; despues me retiré á una pequeña alquería, hasta que volví á la córte llamado por él, para ser instrumento de las persecuciones contra el conde Geraldo; sugeto que yo no conocía, ni conozco, mas que por la fama de sus virtudes.

Ger. Miserable!

Zim. Le has conocido tú?

Ger. Oh! mucho.

Zim. Escucha. Herman ambicionaba la dignidad que el conde Geraldo ocupaba; conociendo mi talento para una refinada intriga, me hizo venir, lo repito, de la alquería donde me hallaba, proponiéndome fraguar una falsa correspondencia para que Geraldo perdiese el concepto del príncipe. Yo no me determinaba á emprender el plan de su destruccion, porque como la persona de Geraldo me era desconocida, por consiguiente ignoraba cuál era su carácter; me encontraba indeciso; pero Herman pagaba bien, yo era amigo del oro, y por

fin me resolví y manejé el infernal proyecto. Estos ardides vergonzosos tuvieron para Herman el resultado que deseaba, pues conseguí (sin que jamás me avistase con Geraldo) envolverle, y proscribirle.

Ger. Lo sé: Geraldo fue acusado de inteligencias secretas con el duque de Babiera; citado ante un tribunal presidido por el mismo Herman á quien todos los jueces se habian vendido. La voz de la verdad fue sofocada, y el desgraciado Geraldo condenado á muerte iba á perecer sobre un infame cadalso, si una pronta fuga no le hubiese libertado del furor de sus enemigos.

Zim. Ufano de mis sucesos, yo creía recibir el premio de mis servicios, mas me engañé. Los políticos tienen por costumbre agasajar y recompensar á los hombres mientras los necesitan; pero sacrificarlos á su seguridad luego que les son inútiles ó peligrosos. Asi hizo Herman conmigo.

Ger. El quiso perderte?

Zim. Sí; pero las habia con un hombre mas diestro que él. Descubrí su intento, y me fugué llevando conmigo una parte de los papeles que certificaban su crímen contra Geraldo.

Ger. Gran Dios! los tienes aun?

Zim. Siempre: y para arrancarlos de mis manos es para lo que Herman trabaja y me persigue tanto. Sin embargo, he tenido la dicha de escapar de la muerte que veinte veces han intentado darme sus satélites. Yo, animado del deseo de la venganza, me decidí á partir para la córte del Elector. Pasando por esta Selva fuí acometido por cuatro asesinos pagados por Herman. Ya habia dado la muerte á uno de ellos; pero fatigado iba al fin á ser víctima de los otros cuando llegando tú en mi socorro, y dejando muertos dos de los que quedaban, me salvaste la vida, que desde entonces está eternamente consagrada en tu servicio.

Ger. Asi pues, Zimeraf, has vuelto enteramente al camino de la virtud, y tu intento es descubrir los crímenes de ese mónstruo tu perseguidor.

Zim. Yo te lo juro; y no viviré contento hasta rehabilitar la memoria del conde Geraldo.

Ger. Dios clemente! Yo te doy las gracias.

Zim. Qué quieres decir?

Ger. Que puedes reparar todas tus maldades.

Zim. Cómo? de qué manera? Sabes dónde pára el conde Geraldo?

Ger. Delante de tí está.

Zim. Vos!... Desgraciado de mí! Yo que apreciaba tanto vuestra amistad, ahora me veo privado de ella para siempre. Qué puedo ser á vuestros ojos sino un mónstruo, que debeis despreciar y aborrecer?

Ger. Tu arrepentimiento me hace olvidarlo todo. Pero las pruebas del crímen de Herman dónde las tienes?

Zim. Entre esas ruinas; al pie de la estátua que está á la entrada del castillo, debajo de una piedra. Alli las encontrareis.

Ger. Voy á buscarlas.

Zim. En ellas vereis cuán culpable soy; pero cualquiera que sean los sentimientos que su lectura os inspire, yo os lo juro, pereceré, ó repararé los males que os he causado... Tendreis cuidado de dejar los papeles conforme los halleis.

Ger. Pronto estaré de vuelta.

(*métese en las ruinas.*)

ESCENA II.

ZIMERAF SOLO.

Zim. Hombre respetable! Sí; Zimeraf te vengará de tu cruel perseguidor. Doy gracias á la suerte porque me ha unido contigo. A la verdad siento en mí una alegría, una emocion.... Vamos, nunca hubiera creido que se esperimentase tanto placer en ser hombre de bien. Gente se acerca. Son los bohemios: Herman los acompaña; ocultémos á ver á lo que vienen.

Durante esta escena Herman y los bohemios aparecen mas allá del puente al fondo del teatro. Zimeraf se oculta detras de la pequeña puerta de las ruinas.

ESCENA III.

ZIMERAF *oculto;* HERMAN, GEFE DE BOHEMIOS, *y* BOHEMIOS *armados, bajan misteriosamente al teatro, mirando por todas partes si alguno los vé.*

Herm. Esta galeria gótica... estas ruinas...

el sitio... todo es favorable; aqui es donde yo conduciré al Elector.

Gef. Y es aqui donde debemos asesinarle?

Zim. Asesinarle? (*aparte.*)

Herm. Sí; asi que yo haya dejado á Rodulfo en este sitio, saldreis, y este torrente sepultará hasta el menor indicio de su muerte.

Zim. Malvado! (*ap.*)

Herm. Evitad solamente el serviros de armas de fuego; yo tendré cuidado de alejar las guardias del príncipe, mas no puedo prometeros el colocarlas á una distancia suficiente para que el ruido no llegue hasta ellas. Tomad bien vuestras medidas, y juzgad por lo importante de esta empresa el precio que os aguarda si salis bien con ella.

Gef. Dentro de una hora ya no existirá.

Zim. Eso lo veremos. (*ap.*)

Herm. En esta casa habita una muger anciana que no puede oponeros ninguna resistencia; sin embargo, para evitar una sorpresa convendria que alguno de vosotros penetre en ella por la puerta que sale al camino de Menhim.

Gef. Eso no será muy difícil. Ya conocemos á esa muger.

Herm. Cuento con vuestro celo, amigos mios; retiraos detras de esas peñas, y aguardad en silencio el momento en que debeis inmolar á mi enemigo (*deteniéndose.*) Ah, me olvidaba: no habeis vuelto á ver á ese Zimeraf que se os ha escapado?

Zim. Hola! eso va conmigo; veamos lo que dicen. (*ap.*)

Gef. No señor.

Herm. Yo sé que de algun tiempo á esta parte anda por esta Selva: aun sospecho que se esconde en esas ruinas.

Zim. Y no te engañas. (*ap.*)

Herm. Si le encontrais, que su muerte sea el garante de mi seguridad.

Zim. Muchas gracias. (*ap.*)

Gef. Estad seguro que si le encontramos no se nos escapará.

Zim. Aun podrá ser que sí. (*ap.*)

Herm. Gente se acerca, separémonos. Dentro de una hora me hallaré aqui sin falta.

Zim. Y yo tambien. (*ap.*)

Los bohemios se retiran misteriosamente por los matorrales.

ESCENA IV.

PEDRO Y ZIMERAF *que sigue oculto.*

Ped. Perdóneme usted, señor.

Zim. Este es Pedro. (*ap.*)

Ped. Qué traerá el señor conde con los bohemios tan temprano por aqui? En verdad que yo estoy mas muerto que vivo. Mi padre me ha dejado á la entrada de la Selva, y se ha ido yo no sé dónde, á fin de hablar con Julio. Paréceme que quiere su merced pasar aqui todo el dia, pues me ha cargado de esta cesta toda llena de cosas de comer.

Zim. Provisiones? tanto mejor, porque tengo una hambre que me devora. (*ap.*)

Ped. Válgame Dios, qué miedo he tenido durante mi viage! Estoy tan aturdido con las historias de esta mañana, que creia que los árboles y las peñas eran el hombre de la Selva Negra.

Zim. Haya tonto! (*sale poco á poco.*)

Ped. Ha llegado á punto que por no estarme solo mas tiempo, he querido mejor venir por aqui, que ir á entrar por la puerta que dá al camino real. Y quién tiene la culpa de todo? ese demonio de hombre de la Selva Negra... Oh, qué ganas le tengo. Esta mañana mi padre fue la causa de que no le cogiesen; pero si otra vez le encuentro no se me escapará.

Al decir estas últimas palabras se acerca para llamar á la puerta. Zimeraf pasa por debajo de su brazo, y se encuentra cara á cara con él.

Zim. Escucha.

Ped. Ay, ay! Dios mio, amparadme.

Zim. No grites.

Ped. Bien quisiera, pero mi miedo es tanto que no puedo contenerme.

Zim. Qué traes ahi?

Ped. Nada, señor, nada, friolerillas.

Zim. Veamos... hay vino? (*come con ánsia.*)

Ped. Si señor, y de lo bueno.

Zim. Pues échame de beber.

Ped. Yo, señor!

Zim. Sí, tú; vamos, pronto.

Ped. Tome usted.

Zim. Mas; el vaso lleno; basta ahora; asi lo quiero yo.

Ped. Dios mio, qué hombre! cómo bebe, y cómo come!
Zim. A tu salud.
Ped. Gracias, gracias: no te se volviera veneno.
Zim. Tú eres hijo de Frantz?
(*siempre comiendo.*)
Ped. Si señor, soy hijo de mi padre y de mi madre.
Zim. Tienen en tí un gran bruto.
Ped. Asi lo dicen todos.
Zim. Pero tu padre es un hombre honrado; él es el que nos ha salvado esta mañana cuando tú quisiste hacernos prender. Miserable!
Ped. Oh! no os enfadeis por eso: yo soy tan bestia....
Zim. Toma, ahora tapa la botella.
Ped. No hay para qué, si está vacía.
Zim. Qué dices?
Ped. Nada, señor, nada.

ESCENA V.

DICHOS Y GERALDO *saliendo de entre las ruinas.*

Ped. Estoy perdido, aquí está el otro.
Zim. Y bien!
Ger. Sí, amigo mio; tú eres mi libertador.
Zim. Tengo muchas cosas que deciros. El infame Herman medita nuevo atentado: la vida del duque está en gran peligro.
(*alejándose de Pedro.*)
Ger. Gran Dios!
Zim. Y aquí es donde el crímen se debe cometer.
Ger. Es preciso impedir la ejecucion de un crímen tan horrendo: Zimeraf, en nombre de la amistad que me profesas te ruego encarecidamente me ayudes á salvar al Elector.
Zim. Olvidais que os proscribió para siempre injustamente?
Ger. No importa, la venganza no cabe en mi corazon.
Zim. Admiro tu magnanimidad; puedes disponer de mí. (*Pedro se quiere ir.*)
Ped. Si yo pudiera escaparme!
Zim. Eh! quieto ahí.
Ger. Dime, está tu padre en la granja?
(*á Pedro.*)
Ped. No señor: él va á venir aquí.
Ger. A pesar de los peligros que nos rodean, quiero ver á mi hijo. Puedo contar con tu amistad? (*ap. á Zim.*) Retirémonos. (*á Ped.*) Cuidado con decir á persona alguna nuestra conversacion. La existencia de tu padre, la tuya propia penden de tu silencio.
Zim. Si dices una sola palabra de lo que has oido, yo tomo á mi cargo el cuidado de corregirte de tu indiscrecion. Vamos. Aguarda para llamar que yo te lo permita.

A Pedro que tiene ya la cuerda de la campanilla agarrada. Geraldo y Zimeraf se elejan. Pedro quedará sobre el umbral de la puerta lleno de miedo. Zimeraf y Geraldo suben la escalera y entran en la galería: dice aquel á Pedro, desde la ventana que está enfrente del público

Zim. Ahora te lo permito: llama.
(*se esconden.*)

ESCENA VI.

PEDRO, FRANTZ Y BEATRIZ.

Ped. Favor, socorro, ausilio.... Ah Dios mio! mi querida abuela! (*llama gritando.*)
Beat. Y bien: qué tienes, hijo mio, que estás tan espantado?
Ped. No hay que estrañar que lo esté: imagínese usted que acabo de ser acometido.
Fran. Acometido! y por quién?
Ped. Calla! Papá, está usted ya aquí! ha tomado usted el otro camino. Es lástima que no haya usted venido por éste, hubiera usted encontrado á ese bribon de la Selva Negra.
Fran. Yo te prohibo de hablar jamás á nadie de ese infeliz, ni de usar de palabras...
Ped. Cómo quiere usted que yo no diga mal de un hombre que me roba, que me maltrata, y que hace mil iniquidades conmigo? Si son esos los amigos de usted, yo os doy mil enhorabuenas: son muy buenos sugetos.
Beat. Qué dices, hombre?
Ped. Que me ha estropeado.
Beat. El te ha maltratado? mentira, es un hombre de bien; yo le conozco.
Ped. Bien creo que usted le conoce, pues le ha robado á usted de mis brazos esta mañana. Y lo que mas me asombra es que usted no ha hecho ninguna resistencia. Jamás hubiera yo creido eso de mi abuela.

Beat. Veamos qué es lo que traes ahí.
Ped. Ya se lo habrá dicho á usted mi padre. Yo le traía á usted una empanada.
Beat. Una empanada?
Ped. Y otras cosas de masa muy ricas, como pasteles....
Beat. Que me place.
Ped. E igualmente buen vino.
Beat. Y dónde está todo esto? á ver?
ped. Todo está comido y bebido.
Fran. Cómo es eso? goloso! te has comido...
Ped. Aguarde usted, padre, que no he sido yo, es vuestro protegido; vuestro hombre de bien.
Fran. El desgraciado, sin duda estenuado de hambre...
Ped. Pues él se ha confortado muy bien á espensas mias.
Beat. Hijo, allí veo un caballero que baja entre las ruinas y las peñas: me parece que es mi querido julio. (*Durante esta escena ha ido al fondo del teatro.*)
Fran. Su venida me alegra el corazon.
Ped. A fé mia: sí, él es; cosa estraña para una sorda: mi abuela tiene buena vista.

ESCENA VII.

DICHOS Y JULIO.

Beat. Al fin tengo el gusto de verte, querido Julio: cómo estás?
Jul. Muy bien, querida madre: y vos?
Ped. Oh! su merced tambien; sino es este. Ya no hay tímpano. (*señalando al oido.*)
Fran. Me alegro que hayas venido: he sabido cosas muy importantes sobre las cuales tengo necesidad de hablarte. Madre, hágame usted el favor de dejarnos un momento solos.
Beat. Está muy bien, hijo; adios: hasta luego, querido Julio. Pedro, acompaña á tu abuela.

ESCENA VIII.

FRANTZ Y JULIO.

Fran. Escucha, Julio; tu padre necesita de tu asistencia, y pienso que no se la negarás.
Jul. Oh! no, jamás: disponed de mí; yo juro hacer todo lo que me mandeis.
Fran. Acepto tu palabra. Desde que habitas la córte habrás sin duda oido hablar de las desgracias de un ministro que fué proscripto veinte años ha.
Jul. Del conde Geraldo?
Fran. Sí.
Jul. He oido hablar frecuentemente de él al duque.
Fran. Pues por ese desgraciado imploro tu favor.
Jul. Cómo, padre? vos quereis que yo me valga del favor que mis servicios me han adquirido con el duque, para defender á un traidor, un criminal?
Fran. Julio, si dijesen que tu padre habia sustraido un depósito confiado á su fé, que habia violado los deberes mas sagrados, lo creerias tú? No sentirias en tu corazon una voz secreta que te escitaria á defender el autor de tus dias de una afrentosa acusacion?
Jul. Podeis dudar de ello, padre mio?
Fran. Acabas de pronunciar la justificacion del conde Geraldo; es inocente; yo se lo aseguro á mi hijo Julio. Yo suplico al hijo de mi amo que le favorezca.
Jul. Esplicaos, señor.
Fran. Ese desdichado tan injustamente condenado, es vuestro padre.
Jul. Mi padre?
Fran. Jamás he tenido otro cuidado que el de dirigir vuestra juventud, y salvaros del furor de los enemigos de vuestra familia.
Jul. Gran Dios! Geraldo es mi padre? y quién es su enemigo?
Fran. Herman.
Jul. Ah! lo creo, al horror insuperable que siempre ese traidor me ha inspirado. Pero mi padre es desgraciado: tiene nececidad de mí, y debo acudir á su socorro. Adónde está.
Fran. No lejos de aqui. En...

Celanira aparece en el puente, y Ragotzi la acompaña.

Jul. Aqui viene la princesa.
Fran. A qué ocasion!
Jul. Me prometió venir á hablarme secretamente en este parage.
Fran. Otra vez seguiremos nuestra conversacion. Sobre todo no confiad á nadie el

secreto de vuestro nacimiento, sin que lo consienta vuestro padre. Me lo prometeis, señor!

Jul. No me deis ese título, Frantz; llamadme siempre Julio; vuestro querido Julio. *(con viveza.)*

ESCENA IX.

JULIO, CELANIRA, FRANTZ Y RAGOTZI.

Jul. Ah! señora, á cuántos peligros os esponeis con vuestra venida.

Cel. Yo no falto jamás á mi palabra: pero qué teneis Julio? Si la tristeza impresa en vuestro rostro me habia inquietado cuando os ví en casa de Frantz, juzgad de mi dolor viéndoos ahora tan alterado.

Jul. Ah! señora, no podeis creer el cruel tormento que despedaza mi corazon.

Fran. Ya se lo he dicho todo. *(á Ragotzi.)*

Rag. Has hecho bien, voto á brios.

Cel. Ha parecido mi padre por aqui?

Fran. No, señora, la caza parece dirigirse hácia el otro lado de la Selva.

Cel. Podemos estar aqui sin recelo?

Rag. Frantz, tengo calor.

Fran. Entra en casa á refrescarte.

Rag. Si V. A. tiene alguna cosa que mandarme, ahi estoy en el recibimiento. A la primera seña me tendrá pronto.

Fran. Vamos.

Rag. Me ocurre un pensamiento: para evitar toda sorpresa harás bien de poner á tu hijo de centinela.

Fran. Tienes razon; los enamorados tienen poca precaucion, y es preciso tenerla con ellos. Pedro Pedro.

Ped. Qué manda usted, padre?

Fran. Ponte sobre esas peñas, y avísanos si alguno llega por ese lado.

Ped. Está muy bien, padre.

Pedro sube por entre las rocas y desaparece. Frantz y Ragotzi entran en la casa.

ESCENA X.

JULIO Y CELANIRA.

Cel. Ya estamos solos, Julio: hacedme confianza de los males que os oprimen. Habladme sin temor. Acaso mi padre ha descubierto nuestro amor?

Jul. No, señora, el único consuelo que me queda en mi infortunio es saber que vuestra tranquilidad está segura.

Cel. Julio, qué misterio...

Jul. Señora, es preciso separarnos para siempre.

Cel. Separarnos!

Jul. Mi nacimiento es un obstáculo insuperable....

Cel. Y qué importa la oscuridad de vuestro orígen? Solas vuestras virtudes han sido causa de mi amor, y el que nace del trato es el mas seguro y constante de todos.

Jul. Pero vuestro padre!

Cel. Podrá mi padre vituperarme? Aquel á quien yo amo es quien le ha salvado su vida, y libertado el palatinado: y tengo la vanidad de creer que mi mano es el único precio digno de vuestras victorias.

Jul. Ah! Señora, la oscuridad que envilecia mi nacimiento es la que ahora me veis llorar. La suerte que incesantemente me persigue, me ha hecho saber que debo el sér á parientes ilustres, enemigos de vuestra casa. Si señora: Frantz el que yo creía mi padre, ha sido solamente el depositario de mi juventud. Yo debo la vida á un hombre que fue en otro tiempo amigo de vuestro padre, y el ídolo de este pais; pero acusado por sus enemigos al Elector, este príncipe, engañado, proscribió su cabeza, y le juró un odio eterno.

Cel. Gran Dios, Y cuál es el nombre de vuestro padre?

Jul. Permitidme que lo oculte; pronto os lo podré decir. Perdonad....

Cel. Julio, si deseaba saber vuestro secreto solo era con el objeto de poderos ser útil. Creed, amigo mio, que si las lágrimas y las súplicas de Celanira pueden algo con su padre....

Jul. La seguridad de vuestro amor hace renacer la esperanza en mi pecho. No, jamás seré infeliz mientras posea el corazon de Celanira.

Ped. Gente viene, gente viene. El Elector, el conde Herman, toda la caza se dirige hácia aquí. *(Gritando desde el puente.)*

Jul. y Cel. Cielos!

ESCENA XI.

DICHOS, RAGOTZI Y FRANTZ.

Rag. Huyamos, señora, huyamos.
Jul. Ya es imposible, cómo evitaremos ser vistos por el Elector y los de su comitiva?
Rag. El solo medio es que entreis en esa casa, y salgais por la otra puerta.
Jul. Ya se acercan.
Cel. Salvadme, Frantz.
Fran. Tranquilizaos.
Jul. Adios, mi querida Celanira.
Fran. Entrad pronto.

Celanira entra en la casa: Frantz, Ragotzi y Pedro la siguen: Julio se queda en la escena. El Elector, Herman, y todos los cazadores pasan el puente y bajan al teatro.

Jul. Oh Dios! velad sobre Celanira.

ESCENA XII.

EL ELECTOR, HERMAN, FRITZEN, Y ACOMPAÑAMIENTO.

Elec. Descansemos un momento; este sitio es hermoso, y yo agradezco á Herman de haberme conducido á él. Vos aqui, Julio? mucho os habeis alejado de nosotros.
Jul. Es verdad, señor: no habia visto á la buena Beatriz desde mi llegada á Rheinstald, y he aprovechado esta feliz ocasion.
Elec. Muy bien. Herman, yo descansaré aqui algunos momentos; advertidlo á los de mi comitiva.
Herm. Voy, señor; permitidme colocar vuestras guardias en todas las sendas que conducen á este monte.
Elec. Por qué?
Herm. Si los bandidos que persiguimos hallasen medio de llegar hasta vos!.... Ah! señor, esta idea me hace estremecer.... por Dios, no espongais vuestros preciosos dias.
Elec. Consiento en ello: espero que vuestro celo tomará todas las precauciones necesarias.
Herm. Mi triunfo es cierto. *(ap.)*
Elec. Quedaos, Julio, tengo necesidad de hablaros un momento.
Jul. Obedezco, señor.
Herm. Avisa á nuestra gente. *(á Fritz.)*
Fritz. El general se queda.
Herm. Perezcan los dos. Voy á alejar las guardias. Soldados, seguidme.

Herman sube con los soldados por el costado del monte: Fritzen por entre las rocas que están mas acá del puente.

ESCENA XIII.

EL ELECTOR Y JULIO.

Elec. Tengo que encargaros una comision importante; á vos solo puedo confiarla. Vuestros servicios, vuestro amor á mi persona os hacen digno de la preferencia que os concedo.
Jul. Hablad, señor, y contad con mi obediencia.
Elec. El duque de Baviera me pide la mano de Celanira.
Jul. Gran Dios! *(ap.)*
Elec. Esta alianza me es ventajosa, y puede poner un término á los debates que ha tanto dividen este príncipe y mi casa, y he resuelto concluirla.
Jul. Perdonad, señor: y creeis que vuestra hija consienta en ello?
Elec. Aunque su corazon hubiere sido capáz de un amor indiscreto, Celanira no vacilará en renunciar á él asi que yo se lo mande. Este himeneo debe hacerse. Vos conducireis á la princesa á la córte de Baviera.
Jul. Yo, señor! Ah! por favor, dispensadme....
Elec. Julio, habeis olvidado lo que debeis á vuestro príncipe? quereis destruir la felicidad de mi hija y la mia? Ah, qué caros me vendeis vuestros servicios!
Jul. Señor, soy incapáz de una traicion. Despues de haberos salvado la vida, no procuraré sumergiros en la tristeza y la desolacion. Os lo confieso, el amor que me inspiró vuestra augusta hija, fue superior á mis fuerzas. En vano procuré resistir; él ha triunfado de cuantos obstáculos le he opuesto. El honor, el respeto que yo debia á vuestra familia me precisaban á abandonar estos parages: no titubeé un momento en tomar tan cruel resolucion. Entonces fué cuando echándo-

me á los pies de V. A. le supliqué me diera su consentimiento para aceptar el mando que S. M. I. me ofrecia en sus ejércitos. Vos me negasteis esa gracia á pesar de mis reiteradas solicitudes. Ese era el único medio... aun es tiempo todavía! Permitidme, señor, que me aleje para siempre de vuestros dominios; que mi partida disipe todas vuestras inquietudes; olvídeme Celanira, conserve yo vuestra estimacion, y moriré contento.

Elec. Está bien: adios, Julio, me siento cansado; voy á entrar en esta casa para descansar algunos momentos.

Jul. En esa casa! Cielos! Si Celanira no ha tenido tiempo de volver al castillo! *(ap.)*

Julio bajo sanos pretestos procura detener al príncipe; este le asegura de nuevo su amistad; los bohemios aparecen en el fondo del teatro, se aproximan con mucho silencio en número de cuatro.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS Y LOS BOHEMIOS.

Gefe. El es.

Jul. Qué veo! estamos rodeados de asesinos.

Gefe. Nos han visto, acometámoslos.

Elec. Hola guardias! Hola!

Gefe. No te oyen: y nadie puede librarte de la muerte.

Jul. Miserables!

Los bohemios se precipitan sobre el Elector. Julio desarma á uno que se fuga, cubre al príncipe con su cuerpo, y los dos se defienden contra los tres bandidos. De repente la puerta de la cabaña se abre. Sale Celanira, vé el peligro de su padre, dá un grito, toma el sable del bohemio desarmado, y se echa sobre uno de los que atacaban al Elector.

Cel. Asesinos! temblad.

Despues de un combate muy reñido llegan otros cuatro bohemios. El duque está á punto de perecer cuando Zimeraf y Geraldo aparecen por la ventana que está frente al público. Disparan sus pistolas y matan dos bohemios.

Ger. y Zim. Deteneos, asesinos.

Gefe. Gente viene en su socorro, huyamos.

Se escapan por las ruinas: Herman entra en la escena armado de dos pistolas y seguido de las guardias del Elector. El príncipe cae en los brazos de su hija. Frantz y Ragotzi entran en la escena.

Herm. Se esconden en las ruinas; seguidles, y haced fuego sobre todos los que encontreis.

Zim. y Ger. Es Herman, huyamos.

Los soldados entran en las ruinas bayoneta calada. Zimeraf y Geraldo huyen entre las ruinas.

ESCENA XV.

HERMAN, ELECTOR, CELANIRA, JULIO, RAGOTZI, FRANTZ, *y parte de las guardias.*

Herm. (ap.) No he logrado mi intento.—Cuántas gracias tengo que dar al cielo por haberme conducido á estos sitios en tan buena ocasion para salvaros la vida!

Elec. Qué decís! conde Herman, es á vos á quien debo la vida? Los tiros que han hecho huir á esos asesinos...

Herm. Yo soy, señor, quien ha tenido la dicha de llegar á tiempo que ibais á ser víctima de esos miserables.

Elec. Creed que jamás olvidaré...

Cel. Ah! padre mio, retiraos al castillo: yo temo que esos malvados logren al fin la ejecucion de sus abominables designios.

Jul. Señor, permitid que os escolte con una parte de vuestras guardias hasta pasar las montañas que dominan esos parages; luego volveré á recorrer esas ruinas y limpiar la Selva de los bandidos que la infestan.

Elec. Consiento en ello. Herman, Julio, no perdoneis ningun medio para aprehenderlos, y que su suplicio sea escarmiento á sus semejantes. Celanira, sígueme: yo no creia encontrarte aqui. Veremos qué disculpa tienes para un paso tan imprudente.

Cel. Padre mio....

Elec. Volvamos á Rheinstald.

Vase por el fondo del teatro con Julio, Celanira, Ragotzi, y parte de las guardias.

ESCENA XVI.

HERMAN, FRANTZ, Y LUEGO PEDRO.

Herm. (ap.) En fin se ha libertado de mi furor.

Ped. Se ha acabado la matanza? *(saliendo.)*
Herm. Pedro, conoces esas ruinas?
Ped. Oh! sin duda que las conozco: no hay rincon, por pequeño que sea, que no haya recorrido veinte veces.
Herm. Pues bien, ven conmigo, me servirás de guia.
Ped. De guia yo? no señor; no puedo: os enseñaré el camino desde lejos.
Herm. Obedece.
Ped. Vos lo quereis, pues bien, yo iré de guia: pero si me matan vos tendreis la culpa.
Herm. Sígueme.

Entra en las ruinas: Pedro se mete entre las guardias que le hacen entrar por fuerza.

ESCENA XVII.

FRANTZ Y BEATRIZ.

Fran. Ese infeliz Pedro será la causa de la desgracia de Geraldo.
Beat. Ah! Dios mio, Dios mio! que acontecimiento tan imprevisto! Los bohemios, unos asesinos! Frantz, tú te has batido con ellos?
Fran. Si señora, querian impedirnos ir al socorro del príncipe que trataban de asesinar.
Beat. Qué maldad! Vírgen Santa!
Fran. *(ap.)* Si Geraldo cae en poder de Herman su pérdida es cierta. Cuánto siento no haber tenido tiempo de hacer saber á Julio que ese infeliz que persiguen, y cuya muerte ha jurado él mismo, es su padre! Gran Dios, pobre Geraldo!

Oyese una descarga de fusiles dentro de las ruinas, Geraldo y Zimeraf salen huyendo de entre las ruinas en el mayor desórden.

Beat. Ahí están, ahí están. *(tapándose los oidos.)*
Fran. Querido amo!
Ger. Somos perdidos: nuestro asilo ha sido descubierto, nos es imposible escapar.
Zim. Algunos enviaré al otro mundo antes de caer en sus manos.
Fran. Entrad conmigo. Yo procuraré libraros de su furor.
Zim. Amigo mio, salva al conde. Yo me quedaré aqui entre estas peñas. Herman está al frente de sus satélites, y si Geraldo es descubierto, al menos nuestro odioso perseguidor no se escapará á mi venganza.
Ger. Qué, tú quieres....
Zim. Que se acercan, escondeos.
Fran. Venid, señor, venid.
Ger. Me fio en tu amistad. *(Frantz y Geraldo entran en la casa.)*
Zim. Dios mio! tú á quien por tanto tiempo he ofendido, escucha mis ruegos: perezca yo, pero salva la vida á ese ilustre desventurado. Frantz, Frantz, y el conde?
Fran. La fuga es imposible: la casa está cercada por todos lados. Pero el conde está seguro allí en esa cueva. *(Zimeraf se esconde entre las peñas.)*

ESCENA XVIII.

ZIMERAF *oculto:* HERMAN, PEDRO *y guardias salen por las ruinas.*

Ped. Padre, usted debe haber visto salir al hombre de la Selva.
Fran. He oido los tiros dentro de las ruinas; pero no he visto pasar á nadie.
Herm. Frantz, quereis engañarme; mas todos vuestros esfuerzos son inútiles. Soldados, registrad esa casa. Entremos todos, que estoy seguro que le encontraremos. *(Pedro y los soldados en la casa.)*
Zim. Oh! Dios!
Ped. Estamos ciertos que está en la cueva; pero mi abuela no tiene la llave.
Herm. Echad la puerta al suelo.
Ped. Oh! el bribon ahora me pagará todas las que me ha hecho. *(entrando.)*
Herm. Al fin está en mi poder. *(regocijado.)*

Así que Pedro haya entrado en la casa y los soldados, se oirán en ella los culatazos, Zimeraf saldrá de entre las peñas, se precipitará sobre Herman poniéndole dos pistolas al pecho.

Zim. Herman, si hablas una palabra te hago pedazos.
Herm. Zimeraf!
Zim. No me aguardabas, eh? Frantz, haz que se aleje Geraldo.

Frantz se quita su faja, y echa la punta por el respiradero de la cueva para que salga Geraldo.

Fran. Señor, salvaos.
Herm. Cómo osais en mi presencia?...
Zim. Sí; vas á ver al hombre á quien persigues y de quien eres el verdugo, escaparse de tus persecuciones sin que puedas impedir su libertad.
Herm. Miserable!
Zim. Si das un paso te envio al otro mundo.

En este momento Geraldo saldrá por el respiradero, y viendo á Herman hace un movimiento de horror.

Ger. Cielos. Herman!
Herm. Oh furor!
Zim. Huye, Geraldo. Adios, Herman; hubiera podido quitarte la vida en venganza de los males que me has hecho; pero aun no es tiempo. *(Zim. y Ger. suben al teatro por el puente y son detenidos.)*
Herm. La rabia me ahoga.
Ped. El pájaro ya voló, y nosotros estamos encerrados, padre! *(sacando la cabeza por el respiradero)*
Herm. Frantz, abrid esa puerta.
Fran. No puedo, señor.
Herm. Abrid la puerta os digo, ó al momento la hago pedazos.
Fran. Ya se han alejado. Obedezco ahora.

Abre la puerta Frantz, los guardias salen con precipitacion de la casa; y al mismo tiempo Julio viene por detrás con un destacamento de soldados, y corta la retirada á Geraldo y Zimeraf.

Jul. Deteneos, miserables! *(Viendo que Geraldo se ha parado en el puente.)*
Zim. Volvamos atrás.
Fran. Desgraciado! él mismo vá á entregar á su padre.

Geraldo y Zimeraf perseguidos por Julio procuran meterse entre las ruinas. Los soldados de Herman les cierran el camino. Julio baja rápidamente al puente.

Jul. Rendios, malvados, ó la muerte...
Zim. Tú eres quien la vas á recibir.

Julio quiere arrojarse sobre Geraldo, Zimeraf le presenta una pistola, y vá á descargarla. Geraldo reconoce á su hijo, y detiene á Zimeraf gritando

Ger. Qué haces, Zimeraf? ese es mi hijo.
Zim. Tu hijo?
Ger. Sí, Julio, yo soy el desgraciado conde Geraldo tu padre.
Jul. Cielos! mi padre. *(arroj. á sus pies.)*
Herm. Mis sospechas eran fundadas.
Ger. Hijo mio, mi querido Julio! Cuánto he deseado este feliz momento. En fin, mónstruo, eres dueño de mi persona; tu triunfo aun no es cierto: mi hijo será mi defensor con el príncipe; el cielo ayudará sus generosos esfuerzos: mi inocencia será reconocida, y tu Soberano se avergonzará de haberte dado por tanto tiempo su confianza. Ya no será delante de jueces corrompidos, sino delante del Elector, donde me será permitido justificarme, y la verdad confundirá á la mentira y la perfidia.
Herm. General, ya sabeis las órdenes del Elector.
Jul. Bien las sé, conde Herman, y no penseis quiera sustraer á mi padre de su severidad. Cierto de su inocencia, yo mismo le voy á conducir delante de S. A. No olvideis vos tampoco que es mi prisionero, y que yo solo soy quien debe responder de su persona. Pensad, en fin, que él es mi padre, y que el menor ultrage, será lavado en la sangre de su perseguidor.
Zim. Herman, yo soy tu prisionero, ya nos veremos.
Herm. El Elector pronunciará: guardias, aprisionad á Frantz y su hijo Pedro.

Los guardias se llevan á Zimeraf, Frantz y Pedro. Julio al frente de las guardias conduce á su padre. Beatriz quiere salir de la cabaña, dos soldados se lo impiden.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el interior del castillo de Rheinstald. El fondo está cerrado con tres bóvedas hechas en forma de arcos, y cerradas con rejas, de entre las cuales se descubre la

plaza de armas y el castillo. Encima de los arcos habrá un terraplen con una torrecilla, cuya puerta saldrá al terrado. En la parte anterior de la escena, á la derecha de los actores, la habitacion de Ragotzi; á la izquierda una torre con una puerta; y al mismo lado otra puerta pequeña que dá al campo; delante de la habitacion de Ragotzi habrá una garita. La escena será de noche.— Al levantar el telon Pedro y Frantz estarán en la puerta anterior de la escena; Ragotzi saldrá de la torre de la derecha seguido de un destacamento de soldados, y se alejará por debajo de los arcos. Al mismo instante otro destacamento pasará por encima de la arcada, y otros muchos se descubrirán en la plaza de armas por entre las rejas, y Ragotzi que entra por la grande y cierra la reja.

ESCENA I.

RAGOTZI, PEDRO Y FRANTZ.

Rag. Y bien, pobre Frantz.
Fran. Y bien, amigo Ragotzi.
Rag. Esto va malo.
Fran. No hay esperanza ninguna?
Rag. Bien poca.
Ped. Somos perdidos.
Fran. Qué? el Elector....
Rag. Nada quiere oir.
Fran. Julio....
Rag. No ha podido verle.
Fran. Pero la princesa?...
Rag. Nada ha obtenido de su padre.
Fran. Infeliz Geraldo!
Ped. Infeliz Pedro!
Rag. Mañana al rayar el dia, Geraldo y su compañero serán trasladados á la prision de estado.
Ped. Y nosotros, señor Ragotzi, estaremos aun mucho tiempo en la cárcel?
Rag. Mucho.
Ped. Y mi abuela?
Rag. Está en casa guardada por un piquete de granaderos.
Ped. Ah, Dios mio! mi abuela sola con los granaderos, pero ella se tiene la culpa. Por qué daba de comer á esos dos tunantes, y los oculta en la cueva de su casa? A su edad ya podia dejarse de enredos.
Rag. Basta; no nos muelas con tus lamentos.
Fran. El perverso de Herman habrá hecho que no se dé oidos á la justificacion de mi pobre amo.
Rag. El malvado es capáz de todo por perder á su enemigo.
Fran. Ragotzi, yo te lo suplico, cuida bien al conde.
Rag. La princesa Celanira me ha enviado á decir que tiene que hablarme en particular; y que va á venir aqui. (*bajo á Frantz.*)
Fran. La princesa? qué es lo que querrá?
Rag. Lo ignoro; mas será preciso, amigo Frantz, estar solo con S. A.
Fran. Sí, nos entraremos en tu casa.
Rag. Bien.
Fran. Te recomiendo siempre á mi querido amo.
Rag. No tengas cuidado.

Frantz y Pedro se entran en la casa: Celanira aparece á la pequeña puerta de la reja.

Cel. Ragotzi, Ragotzi. (*á media voz.*)
Rag. Ya era tiempo; aqui está la princesa. Abramos.

ESCENA II.

RAGOTZI Y CELANIRA.

Rag. Señora, estoy á vuestra obediencia.
Cel. Estamos solos, Ragotzi?
Rag. Si señora, nadie nos oye.
Cel. Este paso, sin duda, no es prudente; pero vuestra admiracion cesará luego que sepais el motivo que me conduce. Vos estais encargado de la custodia de los prisioneros?
Rag. Si señora.
Cel. Pues bien, Ragotzi: podeis hacerme un bien que os adquirirá derechos eternos á mi agradecimiento.
Rag. Hablad: yo me creeré muy dichoso en poderos servir.
Cel. Luego que supe que Julio debia el sér al conde Geraldo, el interés que tomo por el libertador de mi padre me hizo desear que el suyo fuese acusado injustamente.

Julio asegura la inocencia de Geraldo. Mi padre puede haber sido engañado, y si esta suposicion es verdadera, yo me determino á hacer todo lo posible para conseguir la libertad de Geraldo, y todos sus bienes; y para esto quiero hablarle.

Rag. Ay señora! esa resolucion es digna de la generosidad de vuestro corazon, pero temo....

Cel. Nada temais, traedlo á mi presencia.

Rag. Será preciso; ah Dios mio, que debilidad! en un mismo dia me habeis hecho faltar dos veces á mi obligacion. Ah y qué reprension que necesito! voy á buscarle. *(entra en la torre.)*

ESCENA III.

CELANIRA, RAGOTZI Y GERALDO.

Cel. Oh Dios mio, favoréceme: haz que el padre de Julio sea digno de su hijo. *(ap.)*

Ger. Qué me quieres? *(á Ragotzi.)*

Rag. No temais nada, señor, la princesa Celanira quiere hablaros.

Ger. La princesa?

Rag. Sí, señor; S. A. viene á consolaros.

Ger. Ah! señora, cómo he podido merecer vuestra bondad?

Cel. Ragotzi tened cuidado de que no nos sorprendan.

Rag. Bien, bien, señora. *(Se entra en el fondo detrás de la reja.)*

Ger. Señora, vos os interesais en la suerte de un desgraciado?

Cel. Sí yo haré todos los esfuerzos imaginables por trocarla en dichosa.

Ger. Qué motivo puede animaros á consolarme?

Cel. Qué motivo? el mas poderoso de todos; la seguridad de que no mereceis vuestra suerte.

Ger. Jamás el crímen ha manchado mi alma. El que me imputan es espantoso; pero mi corazon no me reprende nada, y puede hacer frente sin miedo á la calumnia.

Cel. No, no sois culpable, ni jamás lo fuisteis. Todo me lo prueba; siendo padre de Julio debeis poseer sus virtudes. Yo uniré mis súplicas á las suyas, y obtendremos vuestro perdon.

Ger. Mi perdon? no puedo ni debo aceptarlo: qué me importa la vida si he perdido el honor? Veinte años de persecuciones y de infortunios han sido el premio de los servicios hechos al estado. Vuestro padre me conocia, y sin embargo, ha sospechado de mí; me ha condenado.

Cel. Geraldo!

Ger. Ah! perdonadme, señora; os he ofendido; mas sin intencion. Compadeced á un desgraciado, á quien veinte años de trabajos é infortunios tienen ulcerado el corazon. Si supierais lo que he padecido!

Cel. Oh! cuán agradable me será reparar tantas injusticias!

Ger. Es imposible: mientras Herman exista, mientras ese mónstruo posea la confianza del Elector, no puedo ser feliz. Pero habladme de mi hijo: por todos partes alaban sus virtudes, sus talentos: os lo confieso, las primeras lágrimas de alegría que he derramado desde el dia de mi desgracia, han sido oyendo sus elogios.

Cel. Por grandes que hayan sido, están muy lejos de la verdad. El Elector le debe la integridad de su territorio: y yo le debo aun mas que todos, la vida de mi padre.

Ger. Gran Dios! yo te doy las gracias.

Rag. Gente viene. *(abriendo la reja.)*

Cel. Oh cielos!

Rag. Es mi general.

Cel. Julio?

Ger. Mi hijo? Ah! señora, permitidme un solo instante....

Cel. Llegad, Julio, á los brazos de vuestro padre. *(Ragotzi abre la reja, Julio se precipita en los brazos de su padre.)*

ESCENA IV.

DICHOS Y JULIO.

Jul. Padre mio!

Ger. Hijo mio! mi querido hijo!

Cel. Ah! Julio, la esperanza renace en mi corazon.

Jul. Padre mio! no os desanimeis. El príncipe es justo, ha podido ser engañado por un ministro criminal: mas pronto reconociendo su error os volverá á su estimacion.

Ger. Cualquiera que sea mi suerte, sé siempre fiel á tu soberano: sirve tu pais con el mismo interés; y piensa que estás obligado á tu patria antes que á tu padre.

Jul. Mi patria será el pais que vos habiteis:

si no podemos probar vuestra inocencia, el duque no rehusará revocar la sentencia injusta que os condena. Este será el único premio que exigiré de mis servicios: si no lo conseguimos, abandonaremos para siempre estos paises, iremos á vivir bajo un cielo mas benéfico, y vuestro hijo consagrará todos los momentos de su vida á haceros olvidar vuestros infortunios.

Ger. Oh hijo mio!

Cel. Separarnos, Julio? yo espero que ninguna circunstancia os obligará á ello. Mañana, los prisioneros deben ser trasladados á Menhim. Os prometo, Geraldo, conseguir que antes del dia mi padre oiga vuestra justificacion. Pero no hay ninguna prueba que aclare vuestra inocencia?

Ger. Sola una correspondencia entre mi perseguidor y uno de sus agentes.

Jul. y Cel. Oh, felicidad increible!

Ger. Mas hay una dificultad invencible para entregarla al príncipe; y es que compromete á un desgraciado á quien debo las mas grandes obligaciones.

Cel. Siendo vuestra inocencia reconocida, despues obtendremos con facilidad su gracia. *(suena la campana de la prision. Herman aparece á la reja.)*

ESCENA V.

DICHOS Y HERMAN A LA REJA.

Rag. Gente viene.

Cel. Quién será?

Jul. Silencio.

Herm. Abrid, Ragotzi. *(dentro)*

Todos. Dios! Herman!

Cel. Retirémonos.

Jul. La correspondencia, dónde está?

Ger. En las ruinas, bajo una piedra al pie de la estátua que está á la entrada del castillo.

Jul. Voy á buscarla; pronto estaré de vuelta.

Herm. Ragotzi, Ragotzi. *(siempre á la reja.)*

Rag. Pronto, alejaos.

Jul. Pero mi padre?

Cel. Ya no puede entrar.

Jul. Qué haremos?

Rag. Entrad en esa garita; la oscuridad impedirá que os vean.

Ger. Adios.

Jul. Adios, querido padre.

Geraldo se esconde dentro de la garita, Julio se vá por la puerta pequeña, y Celanira por la reja pequeña.

ESCENA VI.

HERMAN, RAGOTZI, GERALDO, OCULTO.

Herm. Qué teneis, pues, Ragotzi? por qué habeis tardado tanto en abrirme?

Rag. La verdad, señor, estaba en mi cuarto, y no creia que á esta hora....

Herm. Vengo á interrogar á los prisioneros.

Ger. y *Rag.* (*ap.*) Somos perdidos.

Herm. Y bien, no habeis entendido?

Rag. A media noche interrogar á los prisioneros?

Herm. Sí: condúceme á Geraldo.

Rag. (ap.) Oh Dios! qué haré? que escelente idea... El señor conde traerá sin duda una órden de S. A.

Herm. Qué, no tengo yo derecho para?..

Rag. (ap.) Oh fortuna! — Yo os respeto, señor, sé cuál es vuestro poder en la córte: sin embargo, yo no puedo faltar á las órdenes recibidas.

Herm. Cómo?

Rag. El Elector me ha mandado no dejar entrar á nadie á ver á Geraldo, sin una órden firmada de S. A.

Herm. Tal providencia me sorprende. Y á Zimeraf?

Rag. Oh, eso es diferente! Es un pícaro de menor importancia: yo os lo abandono.

Herm. Conducidle luego aqui.

Rag. Allá voy, señor. De buena hemos escapado. (*ap. abriendo: entra en la prision de Zimeraf.*)

ESCENA VII.

HERMAN, SOLO.

Herm. Si tendrá el duque alguna sospecha? por qué habrá dado esta órden? mas no tengo por que inquietarme. Esto no puede ser sino por temor de que Julio pueda hablar á su padre; sepamos descubrir mañosamente de Zimeraf todas las noticias que me son necesarias.

ESCENA VIII.

HERMAN, ZIMERAF, RAGOTZI *sobre el terrado.*

Rag. Vamos, aprisa, voto á brios. El conde Herman quiere hablarte. Allí está.

Zim. (*en el ter.*) Por qué no viene á mi encierro? á qué incomodarme en salir aquí.

Rag. Pobrecito, tiene mucha razon! interrumpir sus reflexiones! es lástima, que serán importantes.

Herm. Sí, Zimeraf, yo soy quien quiere hablarte: Ragotzi, dejadnos solos.

Rag. Bien, obedezco. = Vé aquí dos hombres de bien juntos; no nos apartemos, y cuidemos del conde Geraldo. (*ap.*)

ESCENA IX.

HERMAN, ZIMERAF, GERALDO, OCULTO.

Esta escena debe ser representada con mucha pausa, y á media voz; mucha ironía.

Herm. Zimeraf, sin duda estás asombrado de verme cerca de tí?

Zim Nada de eso; es necesario hacer algun sacrificio en favor de un antiguo compañero.

Herm. Yo vengo á ofrecerte tu libertad.

Zim. No teneis, pues, otro medio de desembarazaros de mí?

Herm. Por qué suponerme tal designio?

Zim. En efecto: no tengo motivo despues de todos los buenos servicios que me habeis hecho, despues de la prision en los calabozos de Dresde, y de la muerte que habeis querido darme por cuatro asesinos pagados por vos.

Herm. Olvidemos todo lo pasado.

Zim. Sí, es lo mejor que podemos hacer.

Herm. Cuando dejaste el palatinado, tenias en tu poder unas cartas mias.

Zim. Hola! aun os acordais?

Herm. Dónde están? las has perdido ú roto sin duda.

Zim. No, nada de eso; vuestra memoria me es tan grata, que no he querido privarme del placer de verlas y leerlas para acordarme de vos.

Herm. Ah! Sin duda las guardas aun?

Zim. Sí, sí, las cartas, bien lo sabeis, me consuelan en vuestra ausencia.

Herm. Y qué piensas hacer de ellas?

Zim. Si yo fuese Herman, y vos Zimeraf, teniendo en mi poder tan preciosos testimonios, qué uso hariais de ellos?

Herm. Yo! (*embarazado.*)

Zim. Me hariais colgar, eh? pues eso mismo haré yo con vos.

Herm. Tú me amenazas, cuando con una sola palabra puedo hacerte conducir al calso, y quitarte las cartas que te hacen hablar con tanta osadía?

Zim. Quitármelas? imposible! no están conmigo.

Herm. Las has confiado á alguno?

Zim. No, están ocultas en la Selva Negra.

Herm. Geraldo las ha leido?

Zim. Todas.

Herm Yo te lo repito; quiero darte la libertad: escucha los medios que tengo para conseguirla. Dentro de una hora, cuatro hombres que están á mi disposicion, entrarán conmigo en este sitio. Ragotzi cederá al oro, y si no á la fuerza. Tú te libertarás por esa puertaque sale al campo; dirás á los que te acompañarán, el sitio donde tienes ocultas las cartas; en ese momento te entregarán quinientos florines. Partirás para Holanda, y al primer puerto puedes embarcarte para las colonias. Pero dame antes palabra de no volver á parecer en el palatinado. Y bien, reflexiona; lo aceptas?

Zim. No: lo rehuso.

Herm. Piensa que el suplicio te aguarda.

Zim. No iré yo solo á él.

Herm. Vamos, decídete: esta noche cubierto de una capa...

Zim. Esta noche..... cubierto de una capa..... (*reflexionando.*)

Herm. Saldrás por esa puerta.

Zim. Por esa puerta .....

Herm. Y quinientos florines.....

Zim. Yo los acepto. (*despues de una pausa.*)

Ger. oculto. Los acepta el traidor!

Herm. Yo voy á preparar la ejecucion de mi proyecto. Tú me juras....

Zim. Nada: tú desconfias de mí, y yo de tí, conque los juramentos entre nosotros son inútiles.

Herm. Ragotzi, haced entrar el preso: cuida de él mas que nunca. (*bajo á Rag.*)

Rag. Id tranquilo. (*vase Herm.*)

ESCENA X.

RAGOTZI, ZIMERAF, GERALDO, OCULTO.

Ger. Ah, pérfido Zimeraf!
Zim. Cómo ejecutar mi empresa? yo sé que Ragotzi es afecto á Geraldo; avisémosle.
Rag. (*aparte.*) Apresurémonos á libertar al conde.=Vamos adentro.
Zim. Un momento.
Rag. Cómo, un momento? entra luego.
Zim. Aun no.
Rag. Te burlas de mí, por ventura?
Zim. Escucha, Ragotzi, tengo que hablarte en particular.
Rag. Qué quiere decir ese tono? cuidado con mi baston.
Zim. No te temo.
Rag. Todavía? cómo es eso de tutearme?
Zim. Hace mucho tiempo que te conozco.
Rag. No me hace ningun honor.
Zim. Es que tú no me reconoces?
Rag. No por cierto; sin embargo, yo creo...
Zim. Te acuerdas de un tal Zimeraf, en otro tiempo confidente del conde Herman?
Rag. Sí; sí, un gran bribon.
Zim. Justamente, ese soy yo.
Rag. Tú? yo te doy la enhorabuena.
Zim. Puedes dármela, porque ya me he vuelto hombre de bien.
Rag. Es imposible, porque tenias mucho que hacer.
Zim. Voy á darte una prueba de ello.
Rag. Muy difícil será; veamos.
Zim. El conde Herman quiere facilitar mi fuga.
Rag. Yo le apuesto á que no.
Zim. El sabrá obligarte.
Rag. Lo veremos.
Zim. Y tú consentirás...
Rag. Lo crees?
Zim. Sin duda.
Rag. Pues te engañas.
Zim. Pronto vendrá á buscarme.
Rag. Que venga, que venga.
Zim. Pero no soy yo á quien libertará.
Rag. A quién, pues?
Zim. Al conde Geraldo.
Ger. Qué escucho! (*ap.*)
Rag. No te entiendo.
Zim. Me esplicaré; tú me encerrarás en la prision de Geraldo, y á Geraldo en la mia; cuando Herman venga á sacarme, podrá muy bien con la oscuridad de la noche tomar á uno por el otro, y dar él mismo la libertad al conde Geraldo.
Ger. Y sospechaba de él! (*ap.*)
Zim. Vamos, y qué dices de mi proyecto?
Rag. Tengo dificultad en creer que no haya algun designio oculto bajo de tan buenas apariencias.
Zim. Tus sospechas me injurian; pregunta á Geraldo si cree poderse fiar de Zimeraf.
Rag. Tu serenidad me quita toda duda.= Yo tomaré todas mis precauciones por si acaso.... (*ap.*)
Zim. Y bien, consientes?
Rag. A todo.
Zim. Vamos, avisa luego á Geraldo.
Rag. No tardaré
Zim. Adónde está?
Ger. Delante de tí. (*saliendo.*)
Zim. Geraldo.
Ger. Todo lo he oido, Zimeraf, y no consentiré....
Zim. Habeis creido que os abandonaria? no: vos ocupareis mi lugar. No es digno de vos, sin duda, mas yo espero que no estareis mucho tiempo en él.
Ger. Tú espones tu vida.
Zim. Yo salvo la vuestra: ella es mil veces mas preciosa que la mia.
Ger. Herman, furioso, hallándose burlado en su esperanza, te dará la muerte.
Zim. No se atreverá: mas en todo caso, si me mata, bribon menos, bastantes quedan, aunque yo falte. Van á traerme una capa, os embozais en ella, y evitareis hablar delante de Herman. Lo restante lo hará el cielo.
Ger. No, Zimeraf; mi fuga dará mas fuerza á las acusaciones que me hacen, y no debo dar nuevas armas á mis enemigos en el momento que voy á ser justificado.
Zim. Cómo?
Ger. Mi hijo en este instante está en el camino de Sekentem: él sabe el sitio dónde están ocultas las cartas de Herman, él va á entregarlas al príncipe, y mi inocencia será reconocida.
Zim. No enteramente: vos probareis sin dificultad que Herman os ha acusado injustamente; pero cómo persuadireis al Elector que no sois vos quien ha conspirado

contra su vida hoy mismo en la Selva?

Ger. Cruel recuerdo!

Zim. Partid, señor, es preciso sustraeros á la venganza de Herman, hasta el momento en que yo haya hecho patente su perfidia, y aguardareis en la granja de Frantz el éxito de estos acontecimientos. Ragotzi, yo necesito dos pistolas.

Rag. Las tendrás.

Ger. Qué quieres hacer con ellas?

Zim. Herman os hará acompañar por dos de sus satélites, y como estos pudieran impedir vuestra huida, podeis despacharlos á cien pasos del castillo.

Ger. Zimeraf, esa accion....

Zim. Es necesaria. Pensad que son dos malvados de que vais á purgar la tierra.

ESCENA XI.

DICHOS, PEDRO *saliendo de la casa.*

Ped. Yo quisiera obtener del señor Ragotzi....

Rag. Qué es lo que vienes á hacer aqui? Estás escuchando lo que hablamos?

Ped. No, señor Ragotzi, nada de eso.

Rag. Sea en buen hora; porque si tal hicieras, yo te aseguro que...

Ped. Yo le juro á usted que nada escuchaba. Vengo para hablar á usted á solas, y sin testigos, de asuntos que me conciernen á mí solo.

Rag. Basta, basta: veremos. Adentro vosotros, vamos. (*á los prisioneros.*)

Ger. Generoso Zimeraf, adios.

Zim. Antes de separarnos permitidme el... (*haciendo ademan de abrazarle.*)

Ger. Ah! sí; ven, amigo mio, ven á mis brazos.

Los dos se abrazan con mucha ternura, Zimeraf mostrará mucho dolor en la separacion, y dice

Zim. Adios: Ragotzi, si Herman reconoce á Geraldo antes de salir del castillo, permíteme salir en su socorro: conozco su carácter altivo, y será capáz de hacer un atentado contra su vida.

Rag. La puerta de tu encierro estará abierta.

El entra en su prision á la derecha, Ragotzi no cerrará la puerta con llave. En seguida conduce á Geraldo á la torre de encima la arcada, diciéndole

Rag. Venid, señor, venid.

Ped. Qué es lo que hace? los cambia de prision: alguna trama oculta hay aqui: en todo hay un misterio: y lo que me dá mas que pensar, es que mi padre tenga amistad con uno de esos hombres, porque no hay duda que es un bribon. A la primera ojeada lo he notado, y vea usted por qué le hice prender en la cueva de mi abuela.

ESCENA XII.

RAGOTZI, PEDRO.

Ped. Señor Ragotzi, usted ha hecho un disparate.

Rag. Eh! (*enfadado.*)

Ped. No, no, quiero decir...

Rag. El lo ha notado. (*ap.*)

Ped. Que habeis equivocado los encierros.

Rag. Tú no sabes lo que te dices.

Ped. Perdone usted; el que estaba arriba lo ha encerrado usted abajo, y el de abajo....

Rag. Eso es falso.

Ped. No es sino verdad: pues qué yo soy ciego?

Rag. Te repito que es falso; lo has entendido.

Ped. Callaré, pues usted se enfada; pero verá usted como se halla en un compromiso.

Rag. Al caso; tú decias que querias hablarme sin testigos; ya te escucho.

Ped. Señor Ragotzi, yo vengo á pediros mi libertad.

Rag. Tu libertad?

Ped. Sí, señor Ragotzi, quedándome aqui me tendrán por cómplice de esos malvados... y temo...

Rag. No tienes nada que temer.

Ped. Nada?

Rag. Nada mas que la horca.

Ped. Vea usted precisamente lo que yo quiero evitar; yo soy inocente; usted me conoce, señor Ragotzi.

Rag. Sí; yo te conozco por un gran majadero.

Ped. Majadero como usted quiera; pero por eso no ahorcan.
Rag. En fin, quieres irte libre á la calle?
Ped. Cómo si lo quiero? lo quiero estraordinariamente.
Rag. Y bien, posible es.
Ped. De veras, señor Ragotzi?
Rag. Sí. Por tí voy á interesarme.
Ped. Oh! cuántas gracias le daré á usted.
Rag. Dónde está tu padre?
Ped. En el cuarto que dá al campo, donde está la ventana por la que se vá á la Selva Negra. No es muy alta esta ventana, saltándola se sale al instante fuera del castillo, y si usted me permite, yo me atreveré á brincarla.
Rag. Es tu padre quien te envia á hacer esa pregunta?
Ped. Mi padre? Sí, ahora se cuida de eso! allí está muy tranquilo, haciendo reflexiones.
Rag. Ah! reflexiona?
Ped. Pues, reflexiona: habla solo: esclama asi: desgraciado Geraldo! pobre conde! (*con afectacion.*)
Rag. Escucha: yo quiero dejarte salir del castillo.
Ped. Ah! señor Ragotzi, qué bueno es usted.
Rag. Pero me harás un favor?
Ped. Hablad; disponed de mi vida.
Rag. Oh! no tanto: se trata de salvar á uno de mis amigos, cuya vida está en peligro, defendiéndole contra los que atenten á ella.
Ped. Ah! no seria mejor darnos la libertad sin condiciones?
Rag. Pero no me has ofrecido ahora mismo tu vida?
Ped. Sí; eso se dice, pero no se hace.
Rag. Cómo? rehusarías?
Ped. No, ciertamente: pero si es preciso que me maten por vuestro amigo, mas estimaría quedarme en la prision.
Rag. Cobarde!
Ped. No me importa: pónganos usted á fuera; mi padre es valiente, y él reñirá por mí. Yo gritaré, acudirá gente, y vuestro amigo se salvará.
Rag. Voy á hablar á Frantz; aguárdame.

Se entra en la casa.

ESCENA XIII.

PEDRO SOLO.

Ped. Está gracioso el señor Ragotzi con su amigo: como si eso me importara á mí. Yo defenderle! que no sé si me defenderé á mí mismo! Salgamos á puerto de claridad, y me rio de todos. Mientras yo pueda correr, no temo nada. Pero cuánto acontecimiento ha sucedido hoy! Mi hermano Julio, que ya no es mi hermano; el hombre de la Selva Negra es su padre. La princesa Celanira está loca; al príncipe quieren asesinar. Yo me acordaré por mucho tiempo de todas estas aventuras. Mas alguno se acerca á esta reja: y vienen muchos. Ragotzi, Ragotzi, Ragotzi.

ESCENA XIV.

PEDRO, Y RAGOTZI *trayendo dos pistolas.*

Rag. Aquí están las pistolas. Qué hay?
Ped. Allí hay gente.
Rag. Entra, tu padre está avisado.
Ped. Ah! señor Ragotzi, vamos á ser libres? qué alegría! qué gusto!
Rag. Calla: si te oyen....
Ped. Qué! trae usted armas de fuego?
Rag. Qué te importa á tí? Calla, y márchate.
Ped. No se enfade usted, no hablaré mas: ya me voy. (*vase Pedro: Herman aparece á la reja: cuatro criados le acompañan.*)

ESCENA XV.

HERMAN, RAGOTZI *cuatro criados del conde,*

entre los cuales está FRITZEN.

Rag. (*adelantándose.*) Es Herman con cuatro de los suyos. Aparentemos no condescender á sus designios.
Herm. Ragotzi, abrid. (*dentro de la reja.*)
Rag. No puedo. (*acercándose á la reja.*)
Herm. Abrid, os digo; es Herman quien lo manda.
Rag. Perdonad, señor, que no os habia conocido. Pero cuál es el motivo que os trae á este sitio? (*abriendo.*)
Herm. Vas á saberlo. Cierra esa reja. (*á un criado.*)

Rag. Pero, señor, yo mismo debo....
Herm. Escucha, Ragotzi; Zimeraf, ese prisionero á quien he hablado; le he debido en otro tiempo algunas obligaciones, y resuelvo darle libertad.
Rag. Pero, señor, es imposible.
Herm. Sé que vas á esponerme tu responsabilidad, la obediencia que debes á tu soberano, y que aun harás resistencia; mas todos tus esfuerzos serán inútiles. Tal es mi voluntad; ya sabes mi poder con el Elector; sabes que con una sola palabra puedo perderte....
Rag. Un soldado veterano conoce su obligacion, y no teme la muerte; jamás lo sufriré.=Yo quisiera verle bien lejos. (*ap.*)
Herm. Doscientos florines si lo consientes: si lo rehusas, tu muerte es cierta. Y bien, á qué te decides?
Rag. A obedecer, pues no puedo hacer otra cosa.
Herm. Dame las llaves.
Rag. Yo mismo abriré.
Herm. No, yo no quiero que hables al prisionero. Cuál es la del enciero de Zimeraf? Es esta? (*examinando las llaves.*)
Rag. No señor, esa es la de Geraldo.
Herm. La del conde Geraldo? Bien.
Rag. Esta otra es la del encierro de Zimeraf. Ah! cuán duro me es ceder al temor de esos bribones! (*ap.*)

Herman toma con mucho disimulo la llave de la prision de Geraldo.

Herm. Ya la tengo en mi poder. Tú, entra en la torre, y dá esa capa al prisionero. (*á Fritzen que lo ejecuta.*)
Rag. Ojalá no reconozca á Geraldo. (*ap.*)
Herm. Todo sale como deseo.
Rag. Cómo haré para darle las armas?

ESCENA XVI.

DICHOS, GERALDO, *dos criados de Herman bajan de la torre.*

Herm. Aquí está el prisionero. Fritzen, y vos, acercaos. (*los criados le rodean.*)
Herm. Está todo dispuesto? (*bajo á Fritz.*)
Fritz. Si señor.
Herm. Que mis órdenes sean ejecutadas.
Fritz. Está bien.

Ragotzi se aprovecha del momento en que Herman está ocupado en dar sus órdenes, para hablar á Geraldo y darle las pistolas.

Rag. Ahí teneis armas.

Geraldo embozado en la capa las toma, y las oculta con presteza.

Herm. Ragotzi, yo os habia dicho que no hablaseis al prisionero.
Rag. Le daba el parabien de su libertad.
Herm. Zimeraf, ya ves que he cumplido mi promesa, yo espero que cumplirás tu palabra.

Geraldo hace un movimiento, Herman le detiene diciéndole.

Herm. Silencio, y parte.

Herman le toma de la mano y le conduce hasta la puerta que le ha mostrado. Zimeraf aparece á la puerta de su encierro para ver si su amigo se ha escapado. Ragotzi manifiesta mucha alegría de ver á Geraldo libertado por su propio enemigo. Geraldo se vá acompañado de dos criados.

ESCENA XVII.

RAGOTZI, HERMAN *y dos criados de éste.*

Herm. Ya he triunfado.
Rag. Ya está libre.

Aparece Zimeraf en el encierro, y dará muestras de alegría de ver á su amigo fuera, y vuelve á entrar en él.

Herm. Luego que entre en la Selva recibirá la muerte. El sonido de la trompa me anunciará su fin. (*ap.*)
Rag. Estais contento, señor?
Herm. Sí, Ragotzi.
Rag. Y yo tambien.
Herm. Toma las llaves, y déjame solo.
Rag. Gran Dios! aqui falta la llave de la prision de Geraldo! Señor conde, falta una llave entre las que me habeis dado.
Herm. Y qué, tendreis la osadía de sospechar que yo... (*muestra mucho embarazo.*)
Rag. Y es la llave del encierro de Geraldo.
Herm. Cómo! os la habré yo quitado?

Rag. Sí, voto á brios; vos la habeis tomado de aquí. El desgraciado Geraldo es vuestro enemigo, y yo estoy cierto que meditais contra él algun nuevo atentado, mas primero que consumeis vuestro crímen, perderé yo la vida.

Herm. Viejo osado! vas á esperimentar la venganza de Herman. La última hora de Geraldo ha llegado, y desgraciado de tí si te opones á mis designios.

Rag. Un soldado sabe morir, y no puede ser cómplice de un cobarde asesino.

Herm. Prended á ese temerario.

Rag. Mónstruos, veremos quién lo consigue.

Saca la espada, se coloca delante de la puerta, y grita. Herman y sus criados tiran de las espadas, Ragotzi se pone á defender la entrada de la torre.

ESCENA XVIII.

DICHOS, EL ELECTOR, CELANIRA, ZIMERAF, GUARDIAS.

Elec. Qué haceis, Herman?

Herm. Dios, el príncipe!

Rag. Señor, salvad á un desgraciado que el conde quiere asesinar.

Cel. Cielos!

Herm. Miserable! Osas acusarme, cuando tú eres el solo culpable? señor, si yo he tratado con violencia á Ragotzi es por haber sabido que ha dejado escapar á Zimeraf, el asesino que fué preso con el conde Geraldo.

Zim. Señor, miente, yo no he salido jamás de mi prision. (*saliendo del encierro.*)

Cel. Qué veo!

Herm. Zimeraf.

Elec. Sepamos el misterio.

Zim. Señor, delante de vos teneis al amigo, al compañero del infeliz Geraldo, y al cómplice del infame Herman.

Herm. Perdido soy!

Elec. Esplicaos.

Zim. Herman es el mas criminal de los hombres: él ha abusado de vuestra confianza para cometer la mas horrenda injusticia. Geraldo es inocente.

Elec. Es inocente? Pero las pruebas de su traicion....

Zim. Herman las ha fraguado.

Elec. Los jueces....

Zim. Fueron engañados.

Herm. Qué, señor, podreis creer.....

Elec. Aguardad, Herman; yo quiero oir su declaracion.

Zim. Descubriendo sus crímenes me delato á mí mismo, lo sé, pero Geraldo me ha salvado la vida, y con ella le pago. Si yo me arrojo á vuestros pies, no es, señor, para implorar vuestra clemencia; yo merezco la muerte, y la sufriré sin sentimiento despues de haber descubierto á un traidor, y libertado á un inocente.

Elec. Dónde está Geraldo?

Zim. Se ha ido. Herman temiendo mi declaracion habia resuelto mi fuga, mas yo le he engañado, y es á Geraldo á quien él mismo ha facilitado la evasion.

Herm. Qué, señor, podeis dar crédito á las acusaciones de ese mónstruo, cubierto de crímenes, y sobre el cual la cuchilla de las leyes no puede tardar en caer? Los servicios que desde veinte años os he hecho; la muerte que hoy mismo os estaba preparada por ese infame.... Y podriais creerme capáz de tal traicion?

Zim. Príncipe aun os está engañando; él es quien habia formado el infame proyecto de haceros asesinar en la Selva, y Geraldo es quien os ha salvado.

Elec. Zimeraf, para tantas acusaciones es preciso pruebas.

Zim. Si trajera conmigo las cartas de Herman!

Herm. Príncipe, por su confusion, os será fácil de juzgar el atrevimiento y la falsedad de sus acusaciones.

Elec. Disculpaos; yo no veo en vos mas que un falso acusador; y si no, sereis conducido al cadalso que ha tanto tiempo mereceis. (*á Zimeraf.*)

ESCENA XIX.

DICHOS, Y JULIO *que sale precipitadamente, y presenta al Elector varios papeles.*

Jul. Príncipe, mi padre no es culpable, aquí están las pruebas de su inocencia.

Elec. Veamos.

Herm. Desdichado de mí!

Cel. Cielos! os doy las gracias.

Mientras el Elector leerá las cartas habrá un silencio profundo: Celanira y Julio manifestarán su alegría, igualmente que Zimeraf y Ragotzi. Herman su furor. Todo este cuadro debe ser animado por el semblante de los actores.

Elec. Miserable! tú me has hecho el mas injusto de los soberanos. Guardias, llevadle, y que sea tratado con todo el rigor de las leyes.

Herm. Voy al suplicio; pero al subir al cadalso, mi corazon se regocija en acordarse de haber muerto á mi enemigo.

Jul. Qué quieres decir?

Se oyen á lo lejos dos llamadas de trompetas, y todos se sorprenden.

Herm. Ah! ya estoy vengado.

Elec. Qué significa esta llamada?

Herm. Es la señal de la muerte de Geraldo.

Jul. Infame, teme mi venganza.

Echando mano á la espada. Al mismo tiempo se oyen dos pistoletazos, y dicen dentro.

Dent. Socorro, socorro.

Elec. Qué es eso?

Rag. Ruido se oye por este lado.

Zim. Mandad que abran esa puerta.

Elec. Ragotzi, abrid, yo os lo mando.

El ruido se aumenta. Dan golpes muy fuertes á la puerta pequeña. Ragotzi la abre, Geraldo entra en la escena todo fuera de sí con una pistola en la mano: se echará á los pies del Elector.

ESCENA XX.

TODOS.

Ger. Por piedad, socorredme.

Todos. Geraldo!

Frantz aparece tambien al frente de todos los aldeanos, y de todos los habitantes del castillo, sobre el terrado.

Elec. Tranquilizaos, conde Geraldo; estais entre vuestros amigos.

Ger. (*conmovido y sin poder respirar.*) Ah, Príncipe mio! apenas llegué á la entrada de la Selva, cuando fuí acometido por una tropa de esos mismos bohemios que intentaron esta mañana daros muerte. Yo iba tambien á perecer á sus manos, cuando Frantz y algunos aldeanos acudieron en mi socorro. Pero mientras que ese fiel criado y sus amigos combatian contra una parte de esos mónstruos, cinco de ellos me embistieron furiosos. Yo habia hecho fuego con mis dos pistolas, é iba en fin á ser vencido, cuando esta puerta abierta á mis gritos, me ha libertado de su furor.

Herm. Sí; yo he querido sacrificaros á todos á mi ambicion, y si me queda un sentimiento, es el de morir sin haber podido conseguirlo.

Elec. Llevadlo. (*los soldados se la llevan.*)

ESCENA XXI Y ULTIMA.

DICHOS MENOS HERMAN, RAGOTZI Y GUARDIAS.

Elec. Geraldo, ah! cuán injusto he sido contra vos; pero desde este momento volveis á mi gracia como es justo, con todos los empleos, rentas y honores, y á mas con las que obtenia el traidor Herman: y tú, hija mia, querido Julio, si la razon de Estado no me permite haceros felices uniéndoos, quédeos la satisfaccion de amaros, y de amarme como yo á vosotros.

Zim. Si yo consigo volver á vuestra gracia, olvido todos mi males.

Elec. Zimeraf, yo os perdono, vuestro arrepentimiento me será fiador de vuestra enmienda en adelante.

Zim. Yo os lo juro, señor: vuestra bondad me liberta del rigor de la justicia, y yo prometo no tener jamás que hacer con ella; porque no siempre me podré libertar de sus manos.

FIN.

Valencia: Imprenta de D. José Mateu Garin. — 1851.

En la imprenta y librería de D. José Mateu Garin, plaza del Embajador Vich, núm. 12, se hallan de venta las comedias siguientes:

Ricardo III: 4 actos, 8 rs.
Azares del coquetismo: 4 actos, 8 rs.
La mano de Dios: 4 actos, 8 rs.
¡Es inocente! 4 actos, 8 rs.
La virtud y la traicion: 4 actos, 8 rs.
Mentiras de la venganza: 3 actos, 8 rs.
Iñigo Arista: 3 actos, 8 rs.
Juan de Lanuza: 3 actos, 8 rs.
Pelayo el niño: 3 actos, 8 rs.
Mas pesa que puede: 3 actos, 8 rs.
Un doble sacrificio: 2 actos, 6 rs.
Otras capas: 2 actos, 6 rs.
Número 99, zarzuela: 1 acto, 4 rs.
Anton Perulero: 1 acto, 4 rs.
Por el baile: 1 acto, 4 rs.
Una noche menos y un desengaño mas: 1 acto, 4 rs.
Un duelo á tiempo: 1 acto, 4 rs.
Una actriz por amor: 1 acto, 4 rs.
Con poeta y sin contrata: 1 acto, 4 rs.
Contra amor no hay resistencia: 1 acto, 4 reales.
El padrino, zarzuela: 1 acto, 4 rs.
La creacion y el diluvio universal: 4 actos, 8 rs.
¡Es un angel! 3 actos, 8 rs.
Trabajar por cuenta agena: 3 actos, 8 rs.
La gloria del arte: 3 actos, 8 rs.
Juan sin Tierra: 4 actos, 8 rs.
D. Sancho el Bravo: 3 actos, 8 rs.
Para heridas las de honor: 5 actos, 8 rs.
Mi mamá: 1 acto, 4 rs.
El 5 de agosto: 4 actos, 8 rs.
Los amantes de Chinchon (parodia de los de Teruel) 1 acto, 4 rs.
Juan sin Pena: 4 actos, 8 rs.
El ensayo de una ópera, zarzuela: 1 acto, 4 rs.
Un dómine como hay pocos: 1 acto, 4 rs.
Las guerras civiles: 3 actos, 8 rs.
Traidor, inconfeso y mártir: 3 actos, 8 rs.
La banda de la condesa: 3 actos, 8 rs.
Nobleza contra nobleza: 4 actos, 8 rs.
Un amor á la moda: 1 acto, 4 rs.
Hacer cuenta sin la huéspeda: 3 actos, 8 rs.
La madre de San Fernando: 4 actos, 8 rs.
Los amantes de Teruel (refundida para el teatro español): 4 actos, 8 rs.
Un page y un caballero: 3 actos, 8 rs.
D. Bernardo de Cabrera: 4 actos, 8 rs.
Una falta: 3 actos, 8 rs.
Las flores de D. Juan: 5 actos, 8 rs.
Las apariencias: 3 actos, 8 rs.
Con razon y sin razon: 3 actos, 8 rs.
De audaces es la fortuna: 2 actos, 6 rs.
Lecciones de amor: 3 actos, 6 rs.
Llueven hijos: 1 acto, 4 rs.
El mejor cazador: 3 actos, 8 rs.
Afectos de ódio y amor: 3 actos, 8 rs.
Instintos de Alarcon: 1 acto, 4 rs.
Arcanos del alma (primera parte): 3 actos, 8 rs.
Amor y venganza: 3 actos, 6 rs.
Angelo tirano de Pádua: 3 actos, 8 rs.
Casilda: 3 actos, 4 rs.
Clara Harlawe: 3 actos, 10 rs.
D. Sabas: 1 acto, 2 rs.
La doncella de Misiolongi: 5 actos, 5 rs.
La duquesa de la Vauvalier: 5 actos, 6 rs.
La heredera: 1 acto, 2 rs.
Lucrecia Borgia: 3 actos, 6 rs.
Teresa: 5 actos, 6 rs.
Un barbero: 1 acto, 2 rs.
Una hora en un café: 1 acto, 2 rs.
Una muger como muchas: 3 actos, 4 rs.

y toda la coleccion del Circulo Literario, que consta de mas de cien títulos.

En la misma imprenta se admiten suscriciones á toda clase de obras, tanto nacionales como estrangeras.

N. 192.

DRAMA EN TRES ACTOS,

INTITULADO:

EL SORDO EN LA POSADA.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR D. F. E. C.

PERSONAS.

Don Pedro, *padre de*	Lucía, *posadera.*
Doña Juana.	Blasa, *criada.*
Don Fernando, *amante de ésta.*	Fermin, *mozo de posada.*
Doña Ines, *su hermana.*	Un mozo del Lugar.
Don Antonio. Don Gil.	Varias gentes.

La Escena es en un Pueblo junto á Granada.

ACTO PRIMERO.

El teatro figura una sala, una cocina y una alcoba con cama, á donde se va por una escalera, de modo que la alcoba forma el piso principal, y las demas piezas el bajo. La alcoba debe tener una ventana que permita al expectador ver cuanto pasa en ella.

ESCENA PRIMERA.

Don Pedro y Don Gil en la sala jugando á los naypes: Lucía y Blasa en la cocina haciendo sus labores.

Ped. HOmbre, qué impaciente estás!

Gil. Pues no vé usted cuánto tardan?

Ped. Qué importa hora mas ó ménos? Ten paciencia, que sin falta vendrán ántes que anochezca. Vamos: trece, veinte... carta.

Gil. Poco á poco: todavía no me he plantado.

Ped. Mañana puede plantarte la novia.

Gil. Conque las mugeres plantan

á sus novios? Oiga usted?
Pues yo sé una buena maña
para que no lo hagan.
Ped. Y es?
Gil. No jugar con ellas.
Ped. Brava
salida: bien se conoce
que tienes talento.
Gil. Gracias
al viage que hice á Madrid.
Ped. O, en la Corte se adelanta
mucho.
Gil. No quereis creerlo;
pero ántes de que dejára
mi tierra, era yo un jumento.
Ped. Bien se conoce que hablas
con verdad.
Gil. Mucho gané
en Madrid, pero bien cara
me ha salido la instruccion:
no hice yo la tal jornada
con mil duros; pero viendo
que al paso que adelantaba
en mi ingenio, disminuia
mi caudal, dije: caramba,
la ciencia siempre nos sobra,
y el oro puede hacer falta,
con que basta de saber.
Hagamos que el señor Vargas
me dé la mano de su hija,
y vámonos á la patria
á casarnos. Dicho y hecho,
al punto me puse en marcha,
y he llegado á este lugar.
No es cierto que es una alhaja
este país?
Ped. Por lo mismo
he comprado aquí una casa
de campo, y he convidado
á que venga á verla á Juana
y á su amiga Doña Ines.
Gil. Y no la dijisteis nada
de la boda?
Ped. No: con eso
se alegrará mas.
Gil. Qué ufana
se pondrá, luego que sepa
que ha de ser mi esposa... Es guapa?
Ped. Sí que lo es muy bonita:
ya me canso de esperarlas;
dejemos el juego, y vamos
á ver si vienen.
Gil. Me agrada
el pensamiento.
Ped. Lucía,
si vienen aquellas damas
que dije, dalas dos cuartos,
los mejores.
Luc. No hay en casa
mas cuartos desocupados.
Decidme cómo se llaman
para que no me equivoque.
Gil. Sí, bueno es.
Ped. Doña Juana
y Doña Ines.
Luc. Bien está.
Pierda usted cuidado. Blasa,
los números cuatro y cinco
han de ser para las damas
que aguardamos. Van ustedes
á paseo?
Ped. Sí: á esperarlas
vamos camino del puente.
Luc. Si está roto.
Gil. Patarata,
yo sé nadar como un pez.
Escucha Blasa, que haya
una comida excelente.
Blas. Bien está.
Gil. A duro por barba,
que yo pago, y ya tú sabes
que yo no tengo la falta
de roñoso.
Blasa. Está muy bien:
usted cumpla su palabra,
que yo sé mi obligacion.
Gil. Jesus, hasta las criadas
de esta tierra son discretas.
Ped. Vamos, es tarde. Qué maza
es mi yerno: solo siento
que ya empeñé mi palabra;
pero en fin, cómo ha de ser!
Gil. Vamos, papá. *Vanse.*
Blas. No casára

con un hombre tan aquel,
aunque me lo presentáran
en bandeja.
Luc. Y tú qué sabes?
El es tonto, pero se halla
muy rico, y para marido
vale muchísima plata
un tonto. Mira, ya sabes
que no hay en toda la casa
un cuarto desocupado,
con que así, no deis posada
sino á esas dos señoritas.

ESCENA II.

Dichas, y Don Antonio.

Ant. Es usted acaso el ama
de casa?
Luc. Para serviros:
qué se os ofrece?
Ant. Dos camas,
para mí, y para un amigo.
Luc. Señor, yo siento en el alma
que no las haya.
Ant. Habrá una.
Luc. Ni media. Tengo la casa
llena de gente, y quizás
tendré que dejar la sala
que habito, y poner en ella
algun huésped.
Ant. Si yo entrára
á ocuparla, no era justo
que usted saliera.
Luc. Qué chanzas
tan propias de un militar;
pero las decís con gracia,
y así ninguna muger
puede ofenderse.
Ant. A las damas
jamás ofende un soldado.
Defenderlas, obsequiarlas,
y adorarlas, eso sí,
tal es mi sistema, y nada
me gusta tanto como ellas.
Con que en fin, tendrémos camas
mi amigo y yo?
Luc. Y ese amigo,
es tan amigo de chanzas
como usted?
Ant. Y mucho mas.
Luc. Pues siento que desayradas
queden vuestras gracias.
Ant. Cómo?
Luc. Porque por hoy no hay posada
para usted ni para él.
Ant. Así como suena? Vaya,
que no sereis tan cruel.
Luc. O, yo soy muy inhumana
por esta noche: allí vienen
las señoras que esperaba. *Vase.*

ESCENA III.

Don Antonio solo.

Malo va esto: ya han llegado
Doña Inés y Doña Juana,
y Fernando rabiará
viendo que en esta posada
no podemos alojarnos.
Esta fatal circunstancia
frustra el lance mas gracioso
del mundo. Don Pedro Vargas
se retira de Madrid,
y aquí cerca de Granada
compra una casa de campo,
saca á su hija Doña Juana
del Colegio, y determina
que al punto se ponga en marcha
para venir á este pueblo,
solamente acompañada
de su tia. Esta señora
precisamente se halla
enferma, y en su lugar
viene con Juana, la hermana
de Don Fernando, su amante,
y que tambien es la dama
que yo adoro: fué imprudencia
de aquella señora anciana
dejar caminar dos niñas
siendo tanta la distancia
de aquí á Madrid. El amor,
que no se le escapa nada,
nos sugiere en el instante
la idea de acompañarlas
sin darnos á conocer,
y en esta última jornada
nos hemos adelantado.
Aquí era en esta posada

donde estaba prevenido
el desenlace. Mal haya
el maldito inconveniente
de hallarse toda ocupada:
ello es que por esta noche
nos quedaremos en casa
de mi tio, y ya veremos
mañana por la mañana
en qué para este negocio.
Ya parece que descargan
los cofres. O, qué equipage!
Cuando las mugeres viajan
necesitan tantos trastos!
Mas ya vienen á esta sala:
voy sin que me vean. *Vase.*

ESCENA IV.

Doña Juana, Doña Ines, Lucía y Blasa que parte luego.

Luc. Chica,
sube corriendo y acaba
de disponer esos cuartos;
y ustedes cómo se llaman?
Juan. Yo, Juana.
Ines. Yo, Ines.
Luc. Muy bien.
Las mismas que yo esperaba
son ustedes. Desde ahora
queda cerrada mi casa
para todos.
Juan. Cómo así?
Luc. Porque está toda ocupada;
y aunque con disgusto mio,
tengo que negar la entrada
á todos los que á ella lleguen.
Y ahora mismito se acaba
de ir un jóven oficial
que con la mayor instancia
me pedia al ja niento.
Ines. Si será él? *ap. á Juana.*
Juan. Fuera desgracia.

Sale Blasa.

Blasa. Señora, suba usté al cuarto.
Luc. Pues qué se ofrece?
Blasa. Que faltan
unas sillas, las cortinas.
Luc. Voy al instante á sacarlas.

Vause.

ESCENA V.

Doña Juana y Doña Ines.

Juan. Conque piensas que Fernando
será el oficial que acaba
de irse de aquí?
Ines. O Don Antonio,
ó mi hermano.
Juan. Será extraña
su venida. Desde el punto
que nos pusimos en marcha,
nada hemos sabido de ellos.
Ines. Calla, y ten buena esperanza,
ya que, á Dios gracias, salimos
del colegio, donde ambas
nos quisimos tanto, y tanto
nos fastidiamos: no falta
sino que los dos amigos
nos busquen.
Juan. Aquesta carta
de mi padre me da tanto
que pensar.... Voy á mirarla
otra vez. » Querida hija, *Lee.*
» por fin ya compré la casa,
» y la hacienda que queria.
» Al instante ponte en marcha
» con tu amiga Doña Ines,
» puesto que mi pobre hermana
» no te puede acompañar
» por sus achaques."
Ines. No es larga.
Juan. Pero muy confusa. Luego
añade en una postdata:
» Ven sin pérdida de tiempo, *Lee.*
» porque me haces suma falta."
Ines. Y eso te da que pensar?
Juan. No sé cuál sea la causa
de tanta prisa.
Ines. Es muy fácil
adivinarlo: se halla
dueño de una buena hacienda,
y de una casa, y te llama
para dártelas, con tal
que al punto te vea casada
con mi hermano.
Juan. Con tu hermano?...
Esa es esperanza vana.
Ines. Por qué?

Juan. Si nunca le ha visto:
eran sumamente raras
las visitas que me hacia.
Ines. Siempre fue de mala gana
al colegio. Aborrecia
las ceremonias extrañas
de la casa.

Sale Blasa.

Blasa. Señoritas,
vuestros cuartos ya se hallan
adornados. Están juntos,
el cuatro y el cinco.
Ines. Basta,
que ya subiremos. Toma
tu propina.
Blasa. Muchas gracias,
yo siempre tomo con gusto
lo que dan de buena gana.
Juan. Qué muchacha tan graciosa!
Toma, amiguita.
Blasa. Y del alma.
Para tan buenas señoras
en ninguna parte faltan
amigas que las estimen,
ni ménos buenas criadas
que las sirvan con esmero. *Vase.*

ESCENA VI.

Doña Juana, Doña Ines y un Mozo.

Mozo. Quién es Doña Juana Vargas?
Juan. Yo soy.
Mozo. Pues de esa manera
para usted es esta carta.
Juan. De quién?
Mozo. Eso no se dice,
que se lee.
Juan. Pero....
Ines. Basta,
no seas niña. Trae acá,
que yo la leeré.
Juan. Y se halla
satisfecho el porte?
Mozo. A medias,
porque no me ha dado nada
quien la recibió.
Juan. Ya entiendo. *Dale dinero.*
Vais contento con la paga?
Mozo. Ojala que quede usted
tan contenta con la carta.

ESCENA VII.

Doña Juana y Doña Ines.

Ines. Muger, qué enigma será este?
» Os encargo, hermosa Juana, *Lee.*
» que oigais, veais y calleis,
» teniendo firme esperanza
» de que todo saldrá bien."
Juan. Yo no entiendo una palabra.
A ver la letra... Tampoco
la conozco.
Ines. Alguna trama
urdieron los dos amigos,
y sin duda se preparan
escenas muy agradables.
Juan. Gente viene.
Ines. En esta sala
no estamos bien. Vámonos
al cuarto miéntras que tratan
de cenar.
Juan. Sí: vámonos.
Ines. No nos dijo la muchacha
el cuatro y el cinco?
Juan. Sí.
Ines. Pues fácilmente se hallan
esos números.

ESCENA VIII.

Lucía y Blasa en la cocina: luego sale Don Fernando.

Blasa. Qué amables
señoras! voy á llevarlas
una luz. *Vase.*
Luc. Quién será este hombre,
que sin pronunciar palabra

Sale Fernando.

se nos entra de rondón?
Qué busca usted?
Fern. Muchas gracias.
No os incomodeis por mí.
Luc. Usted buscará posada?
Pero aquí....
Fern. Pronto vendrá.
Luc. Quién?
Fern. No tal,
es muy bonita la casa.
Luc. Qué dice este hombre? está loco.

ESCENA IX.

Dichos y Fermin.

Ferm. Si es sordo como una tapia.
Llega á la puerta, se apea
del caballo, y me le manda
dar un buen pienso: le digo
que no hay lugar en la cuadra
para el caballo, ni cuarto
para él, y luego salta
con que es hermoso caballo,
y que le cuide. Yo alzaba
la voz, pero ni por esas:
saca el bolsillo, y me alarga
un duro.... Qué habia de hacer?
puse el rocin en la cuadra,
y vengo á dar á usted parte
para que disponga.
Luc. Nada
puedo disponer: ya ves
que tengo toda la casa
llena de gente. El caballo,
si es que no estorba en la cuadra,
dejadle.
Ferm. El pobre animal
tiene tan buena crianza
como su amo, y se acomoda
en cualquiera parte.
Luc. Vaya, *viendo á Fern. sentado.*
que me gusta la franqueza.
Parece que está en su casa.
Qué lástima que sea sordo,
pues su presencia es gallarda;
pero en fin, ello es preciso
decirle que no hay posada.
Mire usted, yo siento mucho... *alto.*
Fern. Si señora, la mañana
estuvo mucho mas fria
que la tarde.
Luc. No está mala
la respuesta. Le hablaré
mas alto. Yo deseara
el poderos dar un cuarto.
Fern. El barranco de la entrada
del lugar? No es peligroso,
cualquier caballo le salta.
Luc. Si te saltáran siquiera
los sesos.... No hay esperanza
de que me entienda. Por fin,
no incomoda, con que vaya,
quédese ahí en la cocina,
pues que no tengo otra cama.

ESCENA X.

Dichos y Don Gil.

Gil. ¿Cómo, señora Lucía,
usted que tiene la fama
de ser tan puntual en todo,
se está con esa cachaza,
sin haber puesto la mesa,
viendo que ya están en casa
esas hermosas señoras,
y que una está destinada
para ser mi esposa?
Luc. Y cuál
es la dichosa?
Gil. No es mala
la pregunta, la mas bella.
Qué soy tonto?
Luc. Por las trazas
no se os conoce. Qué bruto!
Lo que yo extraño es que haya *ap.*
padre que quiera casarle
con su hija.
Gil. Qué es lo que hablas
entre dientes?
Luc. Una cuenta
que á mis solas ajustaba.
Vaya, ya pueden bajar
las señoras.
Gil. Vaya, darlas
el brazo. *Vase.*
Fernando entra en la sala, se sienta á la mesa, y comienza á registrar unos papeles.
Fern. Treinta mil reales.
Esta letra es de Granada,
y es dinero en mano.... Cádiz
doscientos mil.... puede que haya
algunas dificultades
en cobrarlos; pero vaya,
yo no soy egecutivo,
ni tampoco me hacen falta
por la hora presente.
Luc. Ola!
A qué habrá entrado en la sala

este hombre?
Blasa. A registrar
sus papeles. Y cómo habla *bajo.*
de dinero! se conoce
que le tiene.
Luc. Sí: caramba
qué rico es! pero no temas
que te oiga lo que hablas,
porque es sordo como un leño.
Blas. Válgame Dios, qué desgracia,
teniendo tantos doblones!
Luc. Y cómo ha de ser!
Fern. Muchacha.
Blasa. Ay cómo grita! Si es sordo
no le respondo palabra,
pero me pondré delante
á ver qué me quiere.
Fern. Agua
para lavarme las manos.
Blasa. Esto me gusta. Quien trata
con sordos, obedecer,
y no replicarles nada.
Pero ahora es fuerza decirle
que deje en la palancana
un duro.... Eh, escuche usted.
Fern. Dices que no te dí nada?
Haces bien en recordarlo,
pues suelo tener la falta
de distraerme. Ea, toma.
Blasa. Dos duros! Así llegáran
muchos huéspedes como éste.
Luc. Te ha gustado el sordo, Blasa?
Blasa. Mas vale que sea sordo
que manco. De buena gana
le serviré.
Luc. Pero dime,
cómo ha de quedarse en casa
esta noche? Esos señores
quieren cenar solos.
Blasa. Vaya;
eso queda de mi cuenta.
Fern. Mañana por la mañana
es preciso madrugar,
con que á cenar, y á la cama;
chica.... O, qué estás aquí!
no se cena en esta casa?
Blasa. Luego, luego.
Fern. No pregunto
si tienes novio. No faltan
á las que son tan bonitas
como tú. Yo tengo ganas
de cenar.
Luc. Cuál te echa flores
el sordo!
Blasa. Pues á Dios gracias,
sin que sea vanidad,
cualquier viagero que pasa
me dice la misma cosa.
Pero las señoras bajan,
qué dirán cuando le vean?

ESCENA XI.

Dichos, Doña Juana, Doña Ines, Don Pedro y Don Gil.

Juan. Ay Dios mio!
Gil. Qué, qué pasa?
Ines. Nada.
Ped. Quién será este hombre
qne está con tanta cachaza
registrando sus papeles,
y en nosotros no repara?
Luc. Es un hombre incomprensible,
pero no sé mas. Tragarla *ap.*
como podais. *Vase á la cocina.*
Gil. Pues muy pronto
le haré yo dejar la plaza.
Ola, caballero mio!
mire usted si se levanta,
que esta no es mesa comun.
Fern. Caballerito, mil gracias,
yo no admito distinciones,
bien estoy aquí.
Gil. Quién trata
de distinciones? le digo,
que esta mesa, y esta sala
no es para usted.
Fern. Lo agradezco,
pero no lo admito. Vaya,
tomen ustedes asiento, *á las dam.*
como gusten.
Gil. Qué es lo que habla
este diablo? No le entiendo.
Blasa. Si es sordo como una tapia.
Gil. Y por qué no me lo has dicho?
fuerza es hablarle en voz alta.

Usted no puede cenar
con nosotros.
Fern. Pues á tantas
instancias ya no replico.
Me sentaré entre estas damas,
si lo permiten.
Juan. Papá,
usted á mi lado.
Gil. Es gracia:
y yo dónde me coloco?
Ines. Pero, Don Gil, si usted anda
con aquesas etiquetas
no cenaremos. Que traigan
un cubierto, y colocaos
á ese lado.
Gil. Es que ya pasa
de grosería.
Ped. Bien dice
Doña Ines, si no oye nada,
es inútil que te canses;
piensa que en esta posada
se cena en mesa redonda,
y no habrá nadie que le haga
desengañar. Pues que cene
en buen hora.
Gil. Pero.... Blasa,
un cubierto.... y justamente
ese puesto me tocaba
á mí.... Muchacha, un cubierto.
Fern. Siempre quedará grabada
en mi pecho esta fineza
que me haceis.
Gil. Si rebentáras
tú con todas tus finezas,
alma de cántaro!... Blasa.
Blasa. Qué manda usted?
Gil. Un cubierto,
No lo ves?.... Vamos, despacha.
O! él pagará su escote.
Blasa saca un cubierto y rie, Gil la remeda.
Gil. Já, já, já.... qué carcajadas
son esas?
Blasa. No he de reirme,
si un sordo como una tapia
parece que oye mejor
que usted con tener tan largas
las orejas?
Fern. Esta es
una preciosa posada;
y sobre todo, he logrado
la compañía mas grata
que pudiera desear.
Este jovencito encanta
con sus preciosos modales.
Hermosa perdiz. Madama,
recibid esta fineza.
Ines. Vava, que el sordo es alhaja.
No es verdad, Don Gil?
Gil. Señora,
él tiene buena crianza:
mas si estuviéramos solos,
ahora mismo se trataba
de mi boda.
Ped. Y quién lo impide?
Es sordo, y no piensa en nada
sino en comer.
Gil. Y cuál come?
que mal provecho le haga:
bien puede pagar por dos.
Juan. Pero, Papá, usted habla
y no cena.
Ped. Me divierto
mirando las buenas ganas
que tiene el sordo: y con qué ojos
os mira! No: las muchachas
no le disgustan.
Ines. Y quién
las aborrece?
Gil. Caramba,
que hace muy buen convidado!
porque come, bebe y calla,
y no oye.
Ines. Mejor, con eso
no dirá necias palabras,
como suele suceder
á los sugetos que hablan,
creyendo que sordos son
los que hay delante.
Fern. Usted habla
con mucha razon, señora.
En esta tierra no acaba
la primavera jamás.
Gil. Buena salida: se trata

de pepinos, y responde
berengenas.
Ines. Veces varias
suele suceder lo mismo,
sin que sean sordos los que hablan.
Vaya, voy á entretenerme
hablándole.
Juan. Es cosa extraña
divertirnos á su costa,
ya que tiene la desgracia
de ser sordo.
Ped. Dices bien,
dejarle en paz.
Ines. Vaya, vaya,
es gravísimo pecado
gastar con él una chanza?
Gil. Cáspita con el sordito!
miren con qué linda gracia
me atrapó el mejor bocado.
Parece que tiene clara
la vista para quitarme
de la mano las tajadas.
Ped. Toma otra, pues hay de sobra.
Ines. Miren qué ruido se arma
por un alon. Ahora voy,
y veremos si se entabla
la conversacion. Decidme,
vuestra sordera es causada
por alguna enfermedad?
Fern. No he venido á una cobranza,
sino á un asunto mas serio.
Ines. Le podreis decir?
Fern. Oir? Nada.
No me voy sin que consiga
mi deseo; aquí se halla
un tio que Dios me dió.
Tiene una hija, y la trata
de casar con un idiota.
La pobre muchacha clama,
y con razon, pues el novio
es detestable. Mañana
arreglaré yo el asunto,
y sin duda hallaré traza
para salvar á mi prima,
porque es la mayor desgracia
el casarla con un hombre
que aborrece.
Gil. Ahora sí que habla
en razon. No es verdá usted?
Que vivan los que se casan,
siendo iguales en un todo,
cual nosotros verbi gracia.
Todos se rien.
Ped. Dices bien.
Fern. No hay que reirse:
mi prima es muy agraciada,
y el pretendiente es un necio;
pero si él no se separa
de la pretension, le corto
las orejas: no faltaba
mas sino que consintiese
el que así la violentáran
su inclinacion. Ella quiere
á otro, cuyas circunstancias
le hacen digno de su mano;
y la lograra.
Gil miéntras él ha hablado le ha estado oyendo con un vaso en la mano.
Gil. Caramba,
y qué furioso es el sordo!
Cuerno!
Fern. Buen provecho: y vaya
por la vuestra. *brinda con él.*
Ped. Bien será
nos retiremos, pues Juana
querrá descansar del viage.
Fern. Gracias á Dios no pensaba
haber cenado tan bien
como he cenado.
Gil. Las gracias
deben ser á tu descaro,
y á tu sordera. Ven, Blasa.
Blasa. Mande usted.
Gil. Trae un papel.
Blasa. Voy volando.
Gil. A ver si pagas
lo que has engullido, sordo
de los diablos?
Fern. Ahora falta
satisfacer el escote:
conque á diez reales por barba?
ahí está mi medio duro.
Le tira sobre la mesa.
Luego daré á la muchacha

su propina.
Gil. Medio duro!
Hombre, mire usted lo que habla.
Le enseña un duro.
Si es á duro por cabeza.
Lo oye usted?
Ped. Por qué te cansas?
si es sordo.
Fern. O, caballerito!
con que en seguida de tantas
finezas, quereis tambien
el que yo no pague nada
por la cena? Sea en buen hora;
mas si no estuviese clara
la buena intencion, quizás
á desayre lo juzgára.
Gil. Quién diablos quiere pagar
por él? Eso no, caramba,
pagará lo que ha cenado,
ó habrá una y buena.

ESCENA XII.

Dichos, Blasa, y despues Lucía.

Blasa. Mi ama
viene ya á ajustar la cuenta.
Gil. Muy bien. Lucía, se trata
de hacer pagar á este sordo
su parte. La cosa es clara:
no es á duro por cada uno?
Blasa va á quitar la mesa.
No, chica, no quites nada,
que servirá para luego.
Blasa. Qué ruin!
Luc. Esa es la contrata;
á duro son cinco duros.
Gil. Justos. Pero este canalla
de sordo no quiere dar
sino diez reales; y anda,
que ha engullido como cuatro.
Ped. En qué parará esta danza!
Fern. Patrona, este caballero
despues de honrarme con varias
finezas, quiere tambien
pagar mi parte. Es extraña
tanta atencion, y en verdad
que me mortifica.
Gil. Vaya,
este hombre me vuelve loco;
señor, si aquí nadie habla
de pagar.
Juan. A qué es cansarse,
si no entiende una palabra?
Vaya, que estais muy pesado.
Ines. Escribídselo.
Ped. No es mala
la idea.
Gil. Y sabrá leer?
Ines. No ha de saber.
Juan. Ahora falta
que vos sepais escribir.
Gil. Yo! No que no: las muchachas
del pueblo pueden decirlo.
Para poner una carta
de amores me pinto solo.
Ah! sí, que se me olvidaba;
lleva á mi cuarto un tintero,
porque ántes de irme á la cama
escribiré á mis amigos,
diciéndoles la llegada
de mi muger.
Ines. Qué animal!
Ped. Es tonto, no es verdad, Juana?
Fern. Pues supuesto que no hay forma
de dejarme pagar nada,
guárdate ese medio duro, *á Blas.*
que yo en tales circunstancias
sé tambien ser generoso.
Gil. Lea usted.
Fern. Teneis la gracia
de ser poeta tambien?
Vaya, yo leeré á estas damas
vuestros versos... Señor Sordo, *lee.*
dice... Ay qué cosa tan extraña!
Señor Sordo, es esto á mí?
Gil. Esto es gracioso! se pasma
de que yo le llame sordo,
y no oirá una descarga
de artillería.
Fern. Así es,
en la postrera campaña
me dejó la artillería
algo sordo.... mas no es nada,
me parece he respondido
como conviene á las varias
preguntas que se me han hecho.

Ines. Sí señor, la cosa es clara.
Fern. Y fuera de eso, este modo
de comenzar una carta
es muy raro. Por egemplo,
si yo de escribir tratára
á un hombre que fuese tonto,
y mi papel comenzára
diciéndole: Señor Tonto,
ninguno hay que lo aprobára;
y usted que me ha dado muestras
de tener buena crianza....
Lo extraño.... pero veamos.
Lee. » Señor Sordo... Vaya en gracia.
„Sepa usted que no ha cenado
„en mesa comun, y cada
„cubierto son veinte reales."
Pues bien: y por qué no hablaba
usted?
Gil. Si el hablar contigo
es hablar con una estátua.
Fern. Quién os enseñó á escribir?
Gil. Eso no os importa nada.
Pague usted, y se acabó.
Fern. Vean ustedes, madamas,
qué estilo tan agraciado
tiene este hombre, qué palabras
tan escogidas; y en fin,
son veinte reales? Pues anda,
guarda los diez que te dí.
Blasa. Lo haré de muy buena gana.
Fern. Sí, te los doy.
Blasa. Ciertas veces
parece que oye.
Luc. Palabras
sueltas, pero nada mas.
Fern. Patrona, aunque en las posadas
es costumbre general
el pagar por la mañana,
yo quiero hacerlo esta noche;
y espero que tambien lo haga
el señor. Ahí está un duro.
Pague quien le diere gana,
que yo por mí nada debo.
Gil. Ola, ola, cómo paga!
ahora ya somos amigos.
Conque tú pillaste, Blasa,
el medio durillo, hé?
Blasa. Sí señor, porque á Dios gracias,
no son todos como usted.
Afloje sobre la marcha
la mosca, y vamos de aquí,
que todos tenemos gana
de recogernos.
Ped. Bien dices.
Yo pagaré si no pagas.
Gil. Y qué nos vamos del mundo?
Mañana por la mañana
se pagará todo junto.
Ahora vamos á la cama.
Y fuera de eso ha cobrado
bastante, y verémos.
Ines. Vaya,
usted hizo que pagase
este jóven, y ahora trata
de no pagar? O imitadle,
ó pagamos.
Gil. O, qué instancias
tan vivas! Toma, Lucía,
uno, dos, tres, cuatro, bastan. *dán-*
Luc. Sí señor, cabal está. *(dola dinero.*
Gil. Lo celebro mucho. Blasa,
ves á disponer mi cuarto.
Blasa. Allá voy.
Luc. Y ustedes vayan
á recogerse si gustan;
al lado de cada cama
teneis una campanilla,
llamad, y sobre la marcha
irá Blasa á lo que ocurra.
Señores, hasta mañana. *Vase.*
Ped. Agur. Vámonos tambien.
No das el brazo á estas damas
para subir la escalera?
Gil. No señor, porque aun me falta
Sentado á la mesa.
cenar, echaré dos tragos,
y luego voy á la cama;
ea, pasad buena noche.
Juan. Jesus, qué mala crianza
tiene Don Gil!
Ped. Ya te entiendo;
pero ya tengo empeñada
mi palabra.
Juan. Conque en fin....

Ped. Ven, y hablarémos. *Vanse.*
Gil. Que vaya
á la salud de mi novia,
y de mi suegro.
Fernando ve pasar á Blasa, que con un calentador sube al cuarto donde está la cama, y se va tras ella. Siguiendo toda la escena él allá arriba.
Fern. Te cansas
en vano. Si hace calor.
Blasa. No señor, no es esta cama
para usted.
Fern. Yo te lo estimo;
pero hija, ese calor daña
al calor vital.
Blasa. Qué dice
de calor vital? *Fern.* Qué guapa
muchacha, y cómo me sirve!
No saldré de la posada
sin mostrarme agradecido.
Blasa. Lo creo.... Ahora falta
saber qué tengo de hacer;
si él se envoca en esta cama
de rondon como en la mesa,
es una chanza pesada.
Lo mejor es avisar
á Don Gil, y pues se alaba
de agudo, vamos á ver
cómo del cuarto le saca. *baja del*
Fern. Te vas? pues con Dios: (*cuarto.*
seguramente que habla
con mucho agrado á las gentes.
Ea, ya estoy en mi casa:
cierro la puerta con llave, *lo hace.*
pues sino está mal guardada.
Blasa. Señor Don Gil, sepa usted
que miéntras tanto que trata
de apurar lo que ha sobrado,
el Señor Sordo se encaja
en su cuarto, y á esta hora
quizás tambien en su cama.
Gil. En mi cama? Qué demonio!
hay sordo de peor casta?
Deja, deja, ya verás
cómo al punto desampara
el cuarto. Ola, Señor Sordo,
ese cuarto y esa cama
es para mí.
Dirá esto junto á la puerta del cuarto.
Fern. Qué tranquila
está toda la posada!
No se oye ni un cascabel.
De este modo se descansa
perfectamente. *Gil.* Qué dice?
Blasa. Se estará echando en la cama
con gran descanso, y pondera
el silencio de la casa.
Gil. Se habrá visto cosa igual?
Cuenta que de una patada
he de derribar la puerta. *da golpes.*
Blasa. Por Dios, no ve usted que arma
un ruido de los demontres
y ya están todos en casa
recogidos? *Gil.* Que dispierten,
ó que rabien. Esta sala
es mia, pues la he pagado.
Sordo, arriba.
Fern. Segun trazas,
el viento mueve esta puerta.
Yo procuraré atrancarla
arrimando este almatoste.
Arrima la mesa.
Blasa. Mire usted que llamo al ama,
si no deja usted la puerta
al instante. *Gil.* Ves, y llama
aunque sea al mismo diablo.
Yo quiero mi cuarto.

ESCENA XIII.

Dichos, Don Pedro, Doña Juana, Doña Ines, y otras gentes.

Ped. Vaya,
qué ruido es este? qué hay?
Gil. Qué ha de haber, que este canalla
de Sordo se ha apoderado
de mi cuarto, y de mi cama,
y no hay forma de dejarle.
Pero yo le haré que salga,
ó le tomo por asalto:
bien puedo no dormir nada,
pero he de sitiarle el cuarto.
Ped. Sitiarle es cosa excusada.
Pues no ves que es militar,
y que podrá con ventaja

sufrir el sitio? *Ines.* Y quizás
obligaros con las armas,
y levantarle. *Gil.* No importa.
Luc. A mí sí: tengo la casa
llena de gente, y querrán
descansar para mañana
madrugar. Jesus, qué hombre
es usted! si no repara
en lo que le digo, haré
que venga el Alcalde. *Gil.* Anda,
y llama. Cualquiera juez
dirá que es mia esta sala.
La he pagado, ó no?
Luc. Si es eso,
os volveré vuestra paga,
y estamos en paz. *Gil.* No quiero.
Yo solo pido mi cama,
porque deseo dormir
como es razon. *Luc.* Mira, Blasa,
ves y llámate á los mozos,
y verás qué pronto calla
este hombre inconsiderado.
Fern. Válgame Dios qué desgracia
es la mia! *Ines.* Ay, escuchemos.
Fern. Aquella fatal descarga
de setenta y tres cañones
me dejó algo sordo. Y vaya,
que de dia no es tan malo.
Si pierdo algunas palabras,
solo por el movimiento
de los labios, sé lo que hablan,
y como respondo acorde
apénas notan mi falta.
Gil. Tiene razon. *Luc.* Calle usted.
Fern. Pues en efecto, es desgracia
estar sordo, y mucho mas
estando en una posada
donde no conozco á nadie.
Por fortuna en esta casa
parecen muy buenas gentes
todos, hasta la criada,
y luego aquellos señores.
Sin embargo, aquí se hallan
otros muchos pasageros,
y nadie sabe sus mañas.
Las puertas son tan endebles,
que se abren de una patada,
y como llevo conmigo,
en letras, en oro y plata,
mas de quinientos mil reales,
fuera una chanza pesada
que me asaltasen durmiendo;
si yo me meto en la cama
no haya miedo me dispierte
aunque todo el cielo caiga
sobre mí. Pues velaré,
de cualquier modo se pasa
una noche. Aquí hay tintero,
y yo tengo varias cartas
que escribir; pues voy á hacerlo
miéntras los otros descansan.
Siéntome junto á la puerta,
y así resguardo la entrada.
Saco mi par de pistolas,
cada una tiene una bala,
y tres postas.
Gil. Para el diablo *se baja.*
que á la puerta se llegára!
Fern. Dudo que me falte un tiro,
no ha de ser tal la desgracia
que falten las dos: y entónces
tengo mi sable. *Ped.* No asaltas
el cuarto? *Gil.* No pienso en eso.
El Sordo no gasta chanzas,
y lo hará como lo dice.
Blasa. Jesus! me tiene asustada
solo el oirlo. *Gil.* Conque vamos,
dónde duermo yo?
Luc. En la sala
sobre un sitial: en el poyo
de la cocina... *Gil.* Qué camas
tan blanditas y mullidas!
Mira, no podias, Blasa,
prestarme la tuya? *Blasa.* Yo?
para que despues soñára
con usted?
Gil. Pues mira, chica,
no eres la primer muchacha
que sueña conmigo. En fin,
pues no hay remedio, en la sala
me quedaré, y con las sillas
nos compondremos. Mal haya
una y mil veces el sordo! (*tes.*
Blasa va á quitar la mesa como án-

No, chica, no quites nada,
porque puede que dispierte,
y quizás me dará gana
de tomar algun bocado.
Esto está pagado y....
Ines. Vaya,
que no he visto hombre mas ruin.
Ped. Pues que te convienes, marcha,
y componte como puedas.
Vamos, hija. Hasta mañana.
Luc. Vayan ustedes con Dios;
cierra bien la puerta, Blasa,
y vámonos á acostar.
Qué, Don Gil! Nunca pensára
que fuese tan bruto! *Vase.*
Fern. Ya
parece que está la casa
en silencio, conque así
escribamos cuatro cartas.
Acabado el acto, Don Gil entretiene un rato la escena disponiendo su cama con los trastos que halla en la sala.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Lucía y Blasa.

Luc. Blasa, dónde está Don Gil?
Blasa. Yo no sé.
Luc. Se ha levantado
nuestro sordo? *Blasa.* Sí señora,
por cierto que me ha mandado
una cosa muy extraña.
Luc. Y cuál es?
Blasa. Que de contado
le prepare un buen almuerzo
para él, y los que cenaron
con él anoche. *Luc.* Ya sabes
que es garboso: no lo extraño.
Blasa. Es que dijo que el almuerzo
habia de ser contando
à cien reales por cabeza.
Luc. Tú te habrás equivocado.
Blasa. Ya le advertí que era mucho,
pero como siempre en vano
se le habla, sufrió mis gritos,
y me respondió sacando
el bolsillo. *Luc.* En efecto,
te ha pagado adelantado.
Eso ya es muy diferente,
y es preciso que acudamos
á servirle. Yo me voy
á la plaza, y entretanto
puedes disponer las cosas,
barrer, y limpiar los cuartos.
Blasa. No me faltará que hacer.
Válgame Dios, y qué guapo
es el sordo! *Luc.* Si viniesen
muchos huéspedes tan francos
como él lo es, algo mas
valiera mi casa. *Blasa.* Es claro,
y pronto juntára yo
mi dote. *Luc.* Ves despachando
miéntras vuelvo. *Vase.*
Blasa. Bien está.
Voy à ver si han dispertado
las señoras... O, ellas vienen!

ESCENA II.

Blasa, Doña Juana, y Doña Ines.

Blasa. Buenos dias: se ha pasado
bien la noche?
Juan. Grandemente.
Blasa. Puedo ir à barrer los cuartos?
Ines. El mio cuando tú quieras.
Juana. Mi padre está descansando,
con que no llegues al mio.
Blasa. Bien está. *Vase.*

ESCENA III.

Dichas, ménos Blasa.

Ines. Solas quedamos.
Dime, Juana, qué tristeza
es la que en tu rostro hallo?
qué tienes? Sigue tu padre
el capricho extraordinario
de casarte con un hombre
tan indigno de tu mano,
como lo es el tal Don Gil?

Juan. Sabe que lo es. Sin embargo,
dió la palabra. *Ines.* Hizo mal.
Juan. No le culpes, fué engañado
por los informes que tuvo
de Don Gil. Si le pintáron
como un jóven apreciable,
dueño de un buen mayorazgo,
y capaz de hacer feliz
á su esposa. Este retrato
lisongeó tanto á mi padre,
que proyectó de contado
nuestra boda. Por desgracia,
afianzó aquel contrato
con un cláusula.... en fin,
únicamente esperamos
él que Don Gil, conociendo
que yo le daré mi mano,
mas nunca mi corazon,
quiera ceder. *Ines.* Es en vano
que tengas esa esperanza.
Los necios son porfiados
y caprichosos... mas calla
que él viene aquí.
Juan. Pues huyamos
de su presencia. *Ines.* Bien dices,
subámonos á mi cuarto. *Vanse.*

ESCENA IV.

Don Gil, y luego Fermin.

Gil. Vaya, cómo huye de verme
mi novia! Estaban hablando
ella y su amiga, y al punto
que me viéron, se han marchado.
Conozco que no me quiere,
pero en estando casados,
ella me querrá por fuerza.

Sale Fermin.

Ferm. Señor D. Gil me han mandado
dar á usted un recadito,
y á la verdad me he excusado
cuanto pude. *Gil.* Por qué causa?
Ferm. Porque estos son unos casos
tan aquel... y en fin, cada uno
hace de su capa un sayo,
como dijo el otro. *Gil.* Bruto,
déjate por Dios de adagios,
y dí qué recado es ese.
Ferm. Si os vais á enfadar.
Gil. Me enfado
mucho mas si no lo dices.
Ferm. Pues usted se empeña, vamos,
lo diré: ello no es gustoso,
pero tanto me han rogado....
Gil. Hombre, lo dices, ó no?
Ferm. Ahora voy á eso. Ahí ha estado...

ESCENA V.

Dichos, y Don Fernando.

Fern. Caballero, feliz dia;
supongo habreis descansado
esta noche. *Gil.* Sí, en la cama
que me dejaste. *Fern.* No marcho
de este pueblo hasta que logre
lo que os dije. *Gil.* Qué pelmazo!
Fern. Vaya, con vuestra licencia
voy á calentarme un rato.
Ferm. Y yo suspendo mi cuento
hasta luego; y es lo malo,
que el asunto corre prisa.
Gil. Pues quién te quita, naranjo,
que sigas? *Ferm.* Como ha venido
ese señor. *Gil.* No hay cuidado,
habla sin reserva alguna,
como si solo los bancos
nos oyesen. *Ferm.* De ese modo,
allá va. Digo que ha estado
apénas amaneció,
la criada del hidalgo. *Gil.* De quién?
Ferm. De aquel Don Patricio.
Gil. Y qué dijo?
Ferm. Ha preguntado:
dime, Fermin, es verdad
que ántes de ayer ha llegado
á esta posada Don Gil?
Yo al instante, maliciando
alguna cosa, la dije:
Señora, si os engañaron?
Desde que estuvo en el pueblo
á las vendimias, no hay rastro
de su persona. Ella entónces
me dijo: tú eres tan malo
como Don Gil; pero mira,
á mi señorita ha dado
palabra y mano de esposo,
y por mas que se ha ocultado
de nosotras, ha sabido

mi señorita el contrato
que tiene con un señor,
que es el mismo que ha comprado
la hacienda de Don Ventura,
(que esté en gloria.) Yo, mirando
que daba señas tan claras...
Gil. Qué hicistes?
Ferm. Canté de plano,
y la dije que es verdad,
y que ibais á casaros
con esa Doña Juanita.
Gil. Pues, amigo, lo has echado
á perder. *Ferm.* Por qué motivo?
Señor, si somos cristianos,
lo primero es lo primero.
Dejad que se lleve el diablo
lo que sea suyo; y en fin,
como dijo el otro... *Gil.* Vamos,
qué quieres decir con eso?
Ferm. Que si teneis ya tratado
matrimonio con la otra,
estais sin duda obligado
á cumplirlo. *Gil.* No hay tal cosa.
No niego que hemos hablado
varias noches por la reja;
pero ella ya se ha olvidado
de mí. *Ferm.* Con perdon de usted,
no lo creo. Me ha contado
la criada todo el cuento.
Y sé que sobre ese trato
os escribió varias veces,
y que siempre se ha firmado
poniendo: tu amante esposa,
Doña Clara de Avendaño.
A ver si digo verdad?
Gil. Hombre, ya te han informado
tan por menor, que es preciso
confesártelo. Yo guardo
en mi cartera esas cartas
que dices, mas no hago caso
de ellas. *Ferm.* Pues haceis muy mal.
Yo soy un pobre criado,
y si diera una palabra
como esa.... pues pocos daños
se pueden originar,
si conseguís el casaros
con una, teniendo otra.
Gil. Estos son puntos muy árduos
para tí. Mira, Fermin,
lo que has de hacer es callarlo,
que yo te regalaré.
Ferm. Guárdese usted su regalo,
que yo no le necesito.
Gil. Con que quieres publicarlo,
y perderme? *Ferm.* No señor,
en eso, ni entro ni salgo.
Cada uno su alma en su palma,
como dijo el otro. Al cabo,
quien mal anda mal acaba.
Gil. Malditos sean tus adagios.
Márchate, que viene Blasa,
y mira... *Ferm.* Perder cuidado.
Vaya, que seguramente
se portan bien los hidalgos. *Vase.*

ESCENA VI.

Don Gil, Don Fernando y Blasa.

Blasa. Ola, qué ya estais de vuelta?
Gil. Aunque tú no has preparado
el almuerzo... *Blasa.* Que si quieres;
jamás habreis almorzado
tan bien como almorzareis.
Gil. Pues hay algo extraordinario?
Blasa. Como que es á cinco duros
por barba. *Gil.* Te estás chanceando?
Oyes, lo paga mi suegro?
Blasa. El sordo es quien ha mandado
disponerlo. *Gil.* Lindamente.
Bien dicen, entre lo malo
lo ménos malo. Así es éste.
Mas vale se haya quedado
sordo que mudo.

ESCENA VII.

Dichos, y Don Pedro: miéntras esta escena Blasa entra y sale varias veces.

Ped. Me alegro
que estés en casa. *Gil.* Aguardando
á que almorzemos para ir
á vuestra casa de campo
con mi novia. *Ped.* Con tu novia!
Hombre, la franqueza alabo.
En eso hay mucho que hablar.
Gil. Con que anulais el contrato
que hay entre vos y mi primo?

Vaya, que obrais como sabio.
Ped. Escúchame. Blasa, mira,
puedes ir barriendo el cuarto
miéntras hablamos nosotros.
Blasa. Bien está. *Vase.*

ESCENA VIII.

Dichos, ménos Blasa.

Ped. Gil, he pensado
con madurez. No te niego
que ya mi palabra he dado
á tu tio; y que ademas
aquel préstamo malvado
me insta á cumplirla. Con todo,
si reflexionas un rato
mi propuesta, advertirás
que yo solo voy buscando
tu bien. *Gil.* Pero acabe usted,
caso con Juana, ó no caso?
Ped. Ese es el punto. Mi hija
te dará hoy mismo la mano,
si en ello me empeño yo.
Pero qué has de hacer casado
con muger que no te ama?
Es un yugo muy pesado
el yugo del matrimonio,
aun para los que han logrado
casarse despues de amarse.
Mira cuál será el estado
de aquellos que no se aman.
Solamente un insensato
puede arrostrar los peligros
que hay en semejantes lazos,
cuando son violentos. *Gil.* Ola,
parece habeis dispertado
muy filósofo? *Ped.* Te admiras?
Gil. Muchísimo. *Ped.* Sin embargo,
toda mi filosofía
es la misma que has mostrado
anoche en la mesa. Allí
dijo el Oficial, que lazos
que no dictaba el amor,
siempre han sido desgraciados;
y tú contestaste: vivan
los matrimonios formados
entre iguales. *Gil.* Sí señor;
y yo soy pintiparado
para Juana. Ella es bonita,
yo no soy muy mal muchacho,
ella es viva, yo soy vivo,
ella.... *Ped.* Dejemos á un lado
la hermosura. Aunque tú fueras
el mismísimo retrato
del amor, nada importaba
si ella te aborrece. *Gil.* Estamos:
eso queria saber,
pues no hablemos mas del caso.
Pagareis los cien mil reales
que debeis, y yo me aparto
de la pretension. *Ped.* Ya ves
que es imposible. No me hallo
con aquesa cantidad.
Gil. Pues, señor, nuestro contrato
ha sido que casaría
con vuestra hija, y que dado
que hubiese obstáculo alguno
por vos, luego de contado
pagariais esa deuda;
pero que si por mi lado
resultaba inconveniente,
la perdía el tio. *Ped.* Es claro.
Como tratamos la boda
sin conoceros, pensamos
afianzar de este modo
el pacto. *Gil.* Muy bien pensado,
pues vengan los cien mil reales.
Vase Fernando.
Gracias á Dios que has marchado,
sordo de dos mil demonios!
Ped. Qué te estorbaba, si al cabo
es como un leño?
Gil. Con todo,
nos echaba unos ojazos!....
Vaya, yo le tengo miedo.
Pues volviendo á lo que hablamos,
ó vengan los cien mil reales,
ó me da hoy mismo la mano
vuestra hija. *Ped.* Conque en fin,
te expones....
Gil. No me hagais cargos.
Esta es mi resolucion.
Todavía el Escribano
no habrá salido de casa.
Voy á buscarle, y firmamos
el contrato de la boda,

ó en el instante reclamo
la deuda, sin admitir
mas dilaciones ni plazos.
Esta es la órden de mi tio.
Ped. Repara que....
Gil. No reparo;
ó Juana, ó los cien mil reales.
Mié ntras viene el Escribano
pensad lo que os tiene cuenta. *Vas.*

ESCENA IX.

Don Pedro solo.

Válgame Dios, yo me hallo
en un apuro terrible!
Si Juanita da la mano
á este necio, para siempre
será infeliz! Si me aparto
de lo que firmado tengo,
me arruino! Yo habia comprado
una hacienda en este pueblo,
únicamente fiado
en que Don Gil era el mismo
que me habian retratado.
Gasté así lo que tenia,
y algo mas que me prestaron
mis amigos; vengo aquí,
conozco cuán mentecato
es el que el gí por yerno;
y ya me encuentro obligado,
ó á sacrificar á mi hija,
ó á cumplir lo que he pactado
con el tio de este necio:
qué resolveré en tal caso?

ESCENA X

Don Pedro, Doña Juana, y Doña Ines.

Juan. Padre....
Ped. Vienes á buen tiempo:
no ignoras cuánto te amo,
y que deseara verte
muy feliz. Pero me hallo
en un conflicto. Hija mia,
Don Gil insta á que cumplamos
lo prometido, y ahora
fué á buscar al Escribano,
con que mira qué has de hacer?
Contempla que está en tu mano
mi felicidad.... á Dios. *Vase.*

ESCENA XI.

Doña Juana y Doña Ines.

Juan. Amiga mia, ya estamos
en el lance tan temido:
qué me aconsejas? *Ines.* El plazo
es tan corto.... pero en fin,
el ingenio de mi hermano,
y su presencia... *Juan.* No, amiga,
me lisonjeas en vano.
Supongo por un momento
el que consiga Fernando,
ó por astucia ó por fuerza,
el que yo le dé la mano:
que se consigue con eso?
Mi padre queda arruinado,
pues como yo soy la causa
de no cumplir el contrato,
le obligarán á pagar.
Si no es mi esposo tu hermano,
voy á ser toda mi vida
harto desdichada, al lado
de un hombre como Don Gil.
Ines. El apuro es bien extraño.
A cualquier parte que inclines
el pes , te está aguardando
un precipicio. *Juan.* No encuentro
un medio mas acertado,
que ofrecerme yo gustosa
al sacrificio, olvidando
mi riesgo, por evitar
que viva mi padre amado
en la desgracia. *Ines.* Muy pocas
hay que hicieran otro tanto.
Juan. No estimarán á sus padres
como yo. *Ines.* Escúchame: alabo
tu resolucion heroyca;
pero observo, sin embargo,
que es un poco temeraria.
Juan. Pero bien, en este caso
qué puedo hacer? dímelo.
Ines. Mi ingenio no alcanza á tanto;
pero lo que te aconsejo,
es que aguardes á mi hermano,
y él quizas podrá....

ESCENA XII.

Dichas, y Don Pedro.

Ped. Juanita,

qué has resuelto?
Juan. Padre amado,
bien conoceis que Don Gil....
Ped. Es un necio, un mentecato;
pero no tratamos de eso.
Unicamente te hago
presente mi situacion,
si quieres verme arruinado
para siempre, dímelo.
Juan. Señor....

ESCENA XIII.

Dichos, y Don Gil.

Gil. No está el Escribano
en casa, pero vendrá
al instantito. En qué estamos,
se casa conmigo Juana,
ó no se casa? *Ines.* Veamos
si yo puedo convencerle.
Don Gil, si estais informado
de que no os tiene cariño,
no es capricho temerario
pretender una muger?....
Gil. Bastante me ha predicado
mi suegro. Mi tema no es
el que ella me dé la mano,
sino que cumpla su padre
el contrato que ha firmado.
Ines. Y que le arruina.
Gil. No importa.
Juan. Hombre brutal, hombre falto
de toda razon. Sabed
que os aborrezco, que no hallo
voces para ponderar
cuánto detesto los lazos
que me van á unir con vos:
pero sin embargo, amo
á mi padre mas que á mí;
y por no verle obligado
á pagar aquesa deuda,
desde luego os doy la mano.
Ped. Hija mia! *La abraza.*
Ines. Qué imprudencia! *ap.*
Gil. Sea por fuerza ó por grado,
haga yo que sea mi esposa,
que ya despues... *Ped.* Ha triunfado
en tí el amor paternal;
pero....

ESCENA XIV.

Dichos, y Don Fernando.

Fern. Señores, aguardo
que me deis buenas albricias.
Gil. Vaya, sigamos tratando
nuestro asunto. *Fern.* Sí señor.
Vos sois tan interesado
como yo en esta noticia.
Ines. Juana mia, no perdamos
las esperanzas. *Fern.* Ya os dije
que venia á un punto árduo.
Gil. Vaya, que esto nada importa.
En fin, si Juana ha pensado
ser mi esposa... *Fern.* De mi prima?
de ella propia es de quien hablo.
Gil. Vaya, que á esto no hay aguante.
Ines. Oid, no seais porfiado,
qué sirve le interrumpais,
sino os oye? *Gil.* Es porque estamos
perdiendo el tiempo de hablar.
Fern. Suda? Vengo muy cansado:
he corrido todo el pueblo;
pero por fin he logrado
lo que queria. Mi prima
dije se habia enamorado
de un jovencito gracioso,
y que su tio empeñado....
Escuche usted lo que digo. *á Gil.*
Gil. Este hombre se ha dedicado
á estorbarme. *Fern.* Pues su tio
cedió por fin á los cargos
que yo le hice... Calla usted?
Ped. Voy á dar algun descanso
al dolor que me atormenta.
Fer. Dónde vá usted? me persuado
de que os interesareis
en mi dicha? *Ped.* A no ser tantos
mis tormentos, me riera,
al ver cómo sigue hablando
sin que le escuche ninguno.
Gil. Señor Sordo, en este rato
no os podemos escuchar.
Fern. No, señor, todo al contrario:
mi prima está muy contenta,
oigan ustedes el caso.
Gil. Paciencia!
Fern. Cuando logré

que á fuerza de muchos cargos
se convenciese mi tio,
quise pasar de contado
á ver al jóven gracioso
que pretendía su mano;
pero cuál fué mi placer
al punto que me informáron
de que es el mismo que anoche
me honró con tantos y tantos
favores!

Ped. Qué dice, qué?

Fern. Jamás hubiera pensado
tal ventura; permitidme
que os estreche entre mis brazos,
señor Don Gil Pimpinela.

Gil. Hombre, si yo no me llamo
Pimpinela.

Fern. Por qué huís?
Por cierto que es muy extraño
que rehuseis esta muestra
de mi cariño.

Gil. Qué diablos?
Señor, si yo no conozco
á esa prima, ni he pensado
hablar con ella.

Fern. Qué dice?
No sé por qué habla tan bajo.

Ines. Juana, qué enredo será este?

Juan. Con cuánta impaciencia aguardo
sus resultas!

Fern. Cómo es esto?
Nadie responde?

Gil. Es en vano
hablar con él. Vámonos.

Ped. No amigo, no es acertado
menospreciar su noticia.

Gil. Pero, señor, si está falto
de juicio. *Ped.* Este caballero
dice que nunca ha tratado
con vuestra prima.

Fern. No entiendo.

Gil. No lo digo yo? Es en vano.

Ines. Poné-selo por escrito
como anoche.

Ped. Bien pensado.

Gil. Maldito sea el sordo, amen.
Sin duda que ha sido el diablo
el que le trajo à esta casa. *Escribe.*
Vaya, lea.

Lee Fern. „No he tratado
„ni conozco à vuestra prima,
„ni ménos palabra he dado
„à ninguna....“ Cómo así?
Conque sois tan temerario
que faltais à la palabra?
Yo estoy muy bien informado,
y estraño mucho os negueis
á cumplir como hombre honrado
lo que una vez prometisteis.

Gil. Este hombre está espiritado:
vayan luego por el Cura
y conjúrenle.

Fern. No trato
de que os caseis. Os desprecio,
puesto que así habeis violado
las leyes de la razon.
Pero dadme de contado
las cartas que teneis de ella.

Gil. Tírenme un pistoletazo
por caridad. *Fern.* Sois indigno
de tener en vuestra mano
las firmas de una inocente
á quien habeis engañado.
Dádmelas.... pues los villetes
de Doña Clara Avendaño....

Gil. Doña Cla.... Cla.... cómo dice?

Fern. Deben ser muy estimados,
y no han de quedar con vos.
No me los dais? *Gil.* Si le hablo
no me entiende. Vayan señas
y voces. Que no me ha dado
carta ninguna. *Fern.* Qué dice,
qué no?.... Pues que sois hidalgo,
y ya me habeis desmentido,
tomad.... Con pistola en mano
Le da una.
espero satisfaccion. *El dice que no.*
Rehusais venir al campo?
pues dadme vuestra cartera,
cobarde.... *Gil.* Vaya, yo me hallo
en un aprieto. *Ped.* Pues pide
tu cartera, yo no alcanzo
mas remedio que entregarla.

Gil. Pero.... *Ines.* No tengais reparo

en enseñarla. Quizás
se desengañe. *Fern.* No vamos?
Todos hablan, y no entiendo.
Maldito sea el cañonazo
que me privó del oido.
Señoritas, retiraos,
que pues no quiere seguirme,
esta sala será el campo
de batalla. *Ines.* Vámonos.
Gil. Por Dios esperad un rato.
Por dónde supo este hombre *ap.*
de Doña Clara Avendaño?
En fin, esa es mi cartera; *La saca.*
tomadla, á ver si acabamos.
Dios quiera que no la abra. *ap.*
Fer. Mirad aquí comprobado *Las sa-*
mi dicho. *Gil.* Tú pagarás *(ca.*
este lance. *Fern.* Pronto me hallo
á pagar lo que se os deba.
Gil. Ay, que me oye: qué milagro!
Fern. Milagro es, que haya tenido
paciencia para aguantaros.
Ped. Qué enigma es este?
Fern. Muy fácil.
Don Pedro, yo soy Fernando,
amante de vuestra hija,
de quien quizás os ha hablado
vuestra hermana.
Ped. Ciertamente.
Quién tal hubiera pensado?
Pero por qué habeis fingido
la sordera? Por burlarnos?
Fern. Por una casualidad
feliz para mí: pensando
pedir la mano de Juana,
la he venido acompañando
hasta aquí con un amigo;
pero con tan gran cuidado,
que vuestra hija y mi hermana
nuestra venida ignoraron
mientras que duró el viage.
Ayer nosotros llegamos
poco ántes que ellas llegasen,
teniendo ya proyectado
estar en esta posada
con ustedes. No habia cuarto
ni cama para ninguno.
Me llevan este recado;
y á pesar de eso sostengo
que he de encontrar cama y cuarto,
sin que me den uno ni otro.
Duda mi amigo, le llamo
cobarde, él me llama loco;
y por último apostamos
treinta doblones. Entónces
os escribo de contado
el papel que recibisteis;
y como dice el adagio
que hay sordos de conveniencias,
yo lo fuí en este caso,
pues logré la conveniencia
de sentarme á vuestro lado
en la mesa, y quitar luego
al señor Don Gil el cuarto.
Gil. Bien á mi costa lo sé.

ESCENA XV.

Dichos, y Don Antonio.

Ant. Y á la mia, pues que pago
el dinero de la apuesta.
Fern. Que no quiero perdonarlo,
pues ya ves que me hace falta
para los precisos gastos
de tu boda con mi hermana.
Ant. De ese modo yo los gano,
pues gano tanta ventura.
Ped. Conque teniais callado
que conociais al sordo?
Juan Era inútil informaros
de esta ficcion, pues estabais
comprometido. *Ped.* Yo alabo
dos cosas, tu disimulo,
y el amor que me has mostrado
en esta ocasion, cediendo
á mis instancias. Ya es claro
que nada debo pagar
al tio de este bizarro
caballero, pues Juanita
le hubiera dado la mano,
á no ser porque no puede
ser suyo habiendo tratado
su casamiento con otra.
Gil. Señores, por cuantos santos
hay en el cielo, os suplico
que no se hable mas del caso.

Tan solo por mi tontuna
me veo así abochornado;
pero... *Fern.* Si quereis que os dé
satisfaccion... *Gil.* No la aguardo,
ni ya vuelvo á hablar palabra;
porque si me habeis quitado
la cama, el cuarto y la novia,
podeis de un pistoletazo
quitarme tambien la vida.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Lucía y Blasa.

Luc. Señores, yo ahora me hallo
en la precision de hablar
con el señor. *Fern.* No hay reparo.
Blasa. Ay que no es sordo, señora.
Fer. No, á Dios gracias. Ya he cobrado
mi oido, oyendo lo que quise.
Luc. Pues ya está entendido el caso.
Conque á cuál de estas señoras
amais?
Fern. Son cuentos muy largos:
hablemos de nuestro almuerzo.
Luc. Pues para ese no he encontrado
todo lo que deseaba;
pero sin embargo traigo
lo mejor que hay en el pueblo.
Fern. Amigo mio, he mandado
disponer aqueste almuerzo
á tu costa.
Ant. Yo te alabo
ese gusto, y mucho mas
si con eso celebramos
nuestras bodas. *Fern.* Por la tuya
no creo que haya reparo,
pero la mia... *Ped.* Tambien,
hoy mismo se hará el contrato,
y estoy muy agradecido
de que así hayais libertado
á mi hija de vivir
con un necio. *Gil.* No, yo salgo
favorecido en un todo.
Fern. Mas sin embargo, quedamos
amigos. *Gil.* Sí, por el miedo
que os tengo; pero me marcho
ahora mismo á mi lugar.
Fern. Eso será en almorzando:
y aprended, señor Don Gil,
que si ahora os veis despreciado
por necio, quizás mañana
os vereis peor tratado
si no cumplís de otro modo
las palabras que hayais dado.
No hay cosa mas fea... *Ant.* Basta
de sermon; y pues miramos
cumplidos nuestros deseos,
razon será que aplaudamos
tu sordera, que fué causa
del placer que disfrutamos.

FIN.

VALENCIA,
EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
AÑO 1816.

Se hallará en la librería de los Señores DOMINGO *y* MOMPIÉ, *calle de Caballeros número 48; asimismo otras de diferentes títulos antiguas y modernas, Piezas en un acto, Saynetes y Unipersonales, por mayor y menor.*

SAYNETES, PIEZAS EN UN ACTO Y UNIPERSONALES, QUE SE HALLAN de venta en la dicha librería, por mayor y á la menuda.

1 *Amo y Criado, en la casa de vinos generosos.*
2 *Cada uno en su casa, y Dios en la de todos, ó no hay que fiar en vecinos aunque parezcan amigos.*
3 *Chirivitas el Yesero.*
4 *Donde las dan las toman, ó los zapateros y el renegado.*
5 *El Agente de sus negocios.*
6 *El Ciego por su provecho.*
7 *El Amigo de todos.*
8 *El Tramposo.*
9 *El Escarmiento de estafadoras y desengaño de amantes.*
10 *El Tio Nayde, ó el escarmiento del indiano.*
11 *El Tonto Alcalde discreto.*
12 *El Examen de cortejos, y aprobacion para serlo.*
13 *El Tio Vigornia, ó el Herrador.*
14 *El Tio Chivarro.*
15 *El dia de loteria, primera parte.*
16 *El Chasco del Sillero, segunda.*
17 *El Señorito enamorado.*
18 *El Pleyto del Pastor.*
19 *El Sastre y su hijo.*
20 *El Secreto de dos, malo es de guardar.*
21 *El Zeloso.*
22 *El Fandango de Candil.*
23 *El Caballero de Sigüenza. Don Patricio Lúcas.*
24 *El Callejon de la Plaza mayor.*
25 *El Casado por fuerza.*
26 *El Casamiento desigual, y los Gutibambas y Mucibarrenas.*
27 *El Casero burlado.*
28 *El Castigo de la miseria.*
29 *El Novelero.*
30 *El Hidalgo de Barajas.*
31 *El Sopista cubilete, mágico.*
32 *El Chico y la Chica.*
33 *El page pedigüeño.*
34 *El Hidalgo consejero.*
35 *Los Ilustres Payos, ó Payos Ilustres.*
36 *El enfermo fugitivo, ó la geringa.*
37 *El Extremeño en Madrid, el pleyto del Extremeño, ó el Abogado fingido.*
38 *El Maniático.*
39 *El Marido sofocado.*
40 *El Abate y Albañil.*
41 *El Alcalde de la Aldea.*
42 *El Alcalde justiciero.*
43 *El Almacen de Criadas.*
44 *El Almacen de Novias.*
45 *El Caballero de Medina.*
46 *El Cochero y Monsiur Corneta.*
47 *El Perlático fingido.*
48 *El Gracioso Engaño creido del Duende fingido.*
49 *Herir por lo mismos filos.*
50 *Industria contra miseria, el Chispero.*
51 *Juan Juye, ó la Propietaria.*
52 *Juanito y Juanita.*
53 *Los Sies del Mayordomo Don Ciriteca.*
54 *Los Cortejos burlados.*
55 *Los Criados astutos y embrollos descubiertos.*
56 *La quinta esencia de la miseria.*
57 *Los Criados y el Enfermo.*
58 *La Cuenta de propios y arbitrios.*
59 *Los tres Novios imperfectos, sordo, tartamudo y tuerto.*
60 *La Casa de los Abates locos.*
61 *Los Novios espantados.*
62 *Los Gansos.*
63 *La Fantasma del Lugar.*
64 *Los Payos astutos.*
65 *La Maare é Hija embusteras.*
66 *La burla del Posadero, y castigo de la estafa.*
67 *Los Locos de mayor marca.*
68 *Los Locos de Sevilla.*
69 *Lo que puede el hambre.*
70 *La Lugareña astuta.*
71 *Los efectos de un cortejo, y criada vergonzosa.*
72 *Los Aspides.*
73 *La Astucia de la Alcarreña.*
74 *La Avaricia castigada, ó los Segundones.*
75 *Los Payos hechizados, Juanito y Juanita.*
7 77 *Manolo, primera y segunda parte.*
78 *No hay rato mejor que el de la Plaza mayor.*
79 *No hay que fiar en amigos.*
80 *Paca la salada, y merienda de Horterillas.*
81 *Perico el empedrador, ó los Ciegos hipócritas.*
82 *El Caudal del Estudiante.*
83 *Las Pelucas de las damas.*
84 *La Embarazada ridicula.*
85 *La Madre y la Niña.*
86 *La Fiesta del Lugar en Navidad.*
87 *La Eleccion de Novios.*
88 *La Varita de virtudes.*
89 *Ama loca y Page lerdo.*
90 *Travesuras de un Barbero.*
91 *El Médico en el lugar, y la Sordera.*
92 *El Gato y la Montera.*
93 *Los Bandos del Avapies, y la venganza del Zurdillo.*
94 *El Botero.*
95 *Los Criados embrollistas.*
96 *Las Astucias desgraciadas.*
97 *El Pleyto de la Viuda.*
98 *El dichoso desengaño y el tesoro en el infierno.*
99 *Las Astucias conseguidas.*
100 *La burla del Pintor ciego.*
101 *El que la hace que la pague, y robo de la burra.*
102 *El Buñuelo.*
103 *Casarse con su enemigo.*
104 *Los Genios encontrados.*
105 *El Escarmiento sin daño, y la Paya madama.*
106 *El Chasco de las arrecadas.*
107 *El Enredador chasqueado, ó el Biombo.*
108 *Las Chismosas.*
109 *Inesilla la de Pinto.*
110 *El Engaño descubierto.*
111 *El Avaro arrepentido.*
112 *Disimular para mejor su amor lograr, los criados simples, ó el Tordo.*
113 *El Hombre solo, y criado escarmentado.*
114 *Los dos Labritos.*
115 *Fuera.*
116 *El Payo de centinela.*
117 *El Payo de la carta.*
118 *Los Estudiantes petardistas.*
119 *La Hija embustera y la Madre mas que ella.*
120 *La astucia de una Criada.*

121 *La Boda de Don Patricio.*
122 *Los bellos Caprichos.*
123 *La Viuda singular.*
124 *La Vieja hipócrita.*
125 *Los Tunos perseguidos.*
126 *La Discreta y la Boba.*
127 *Los Accidentes de una fiesta.*
128 *El Alcalde proyectista.*
129 *El Triunfo de las Mugeres.*
130 *Las Besugueras.*
131 *El Hijito de vecino.*
132 *El Calderero y la vecindad.*
133 *La Estera.*
134 *El Remendon y la Prendera.*
135 *El Novio rifado.*
136 *La Liebre y la Rabia, ó la Venta.*
137 *Las dos Viuditas.*
138 139 140 141 *El Soldado Fanfarron.* Cuatro partes.
142 *Los Pobres con muger rica, ó el Picapedrero.*
143 *La inocente Dorotea.*
144 *La Maja majada.*
145 *El Burlador burlado.*
146 *El Gato.*
147 *La falsa Devota.*
148 *El Triunfo del interes.*
149 *Los Zapatos.*
150 *El No.*
151 *Los Maridos engañados y desengañados.*
152 *Zara.*
153 *La Oposicion á Cortejo.*
154 *La Presumida burlada.*
155 *El Careo de los Majos.*
156 157 *La variedad en la locura.* Dos partes.
158 *Los Palos deseados.*
159 *El Dormilon, ó Don Tadeo.*
160 *El Recibo del Page.*
161 *El Alcalde Toreador, ó el aprendiz de Torero.*
162 *El Amor abandonado, ó el Page despreciado.*
163 *Los Soldados de Recluta y cómicos en la sierra.*
164 *Las Calceteras.*
165 *Por apretar la clavija se suele romper la cuerda.*
166 *El Esquiléo.*
167 *El Tio Peregil, ó el Traga-balas.*
168 *El Cortejo fastidioso.*
169 *Los Hombres solos.*
170 *El Page de la obligacion.*
171 *El Dia de Correo.*
172 *La Cena de Carnaval.*
173 *El Si.*
174 *El Queso de Casilda.*
175 *Por engañar engañarse, y el Hostolero burlado.*
176 *El Fin del Pabo.*
177 *El Bayle desgraciado, ó el Maestro Pezuña.*
179 *El Disfráz venturoso.*
180 *Los dos Viejos, el uno llorando y el otro riendo.*
181 *El Cortejo escarmentado.*
182 *Los Viejos burlados.*
183 *El Hambriento de noche buena.*
184 *Las Castañeras picadas.*
185 *Los Novios aburridos.*
186 *Don Chicho.*
187 *El Recluta por fuerza.*
188 *Las Botellas del olvido.*
189 *El Dentista fingido.*
190 *El Gitano Canuto Mojarra.*
191 *La Curiosa burlada.*
192 *El Chasco de los Cesteros.*
193 *El Majo escrupuloso.*
194 *La Estatua fingida.*
195 *El Café.*

PIEZAS EN UN ACTO.

23 A pícaro, pícaro y medio.
7 Areo Rey de Armenia.
2 y 3 Armida y Reinaldo. Dos partes.
4 Doña Inés de Cástro.
23 El Abate enredador.
8 El Amor constante.
24 El Atolondrado.
25 El Músico Manía.
19 El Dia de Campo.
15 El Esplin.
13 El Negro sensible.
26 El Traidor Tiñitas.
27 El Usurero burlado, ó la batalla fingida.
28 El Vellon de oro.
9 Hércules y Deyanira.
29 Hércules y Nes) Centauro.
6 La Andrómaca.
30 La Buena esposa.
31 La Escocesa Lambrum.
10 La Familia indigente.
11 La Florentina.
32 La Librería.
21 La Pérdida de España.
20 La Raquél.
22 La Restauracion de España.
5 La Señorita displicente.
33 La Vieja enamorada.
1 Las Hermanas generosas.
16 Las Tramas de Garulla.
18 Los Amantes de Teruel.
12 Marco Antonio y Cleopatra.
14 Polixêna.
34 Safo.
17 Séneca y Paulina.
35 Telémaco en la Isla de Calipso.

UNIPERSONALES.

Abelardo, ó el amante de Heloisa.
Dido abandonada.
Don Anton el holgazan.
Don Líquido, ó el Currutaco vistiéndose.
Doña Isabel de Segura, ó la casta amante de Teruel.
El Arnesto.
El Cómico de la legua.
El Curioso impertinente.
El Domingo, ó el Cochero.
El Entretenido, ó la brevedad sin substancia.
El Famoso Rompe-galas, ó el Tiñoso sentenciado á azotes.
El Jóven Pedro Guzman.
El Loco.
El Mercader aburrido.
El Poeta escribiendo un Monólogo.
Florinda.
Guzman el bueno.
Hannibal.
Idomenéo.
Perico el de los Palotes.
Pigmalion.
Saul.

COMEDIA FAMOSA.

EL TRIUNFO

DEL AVE MARIA.

DE UN INGENIO DE ESTA CORTE.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El Rey D. Fernando.	Soldados Cristianos.	La Reina Doña Isabel.
Garcilaso.	El Alcaide de Torresbermejas, *Moro.*	Doña Ana, *Dama.*
El Conde de Cabra.	Tarfe, *Moro.*	Celia, *Criada.*
Fernando el Pulgar.	Angulema, *Morillo.*	Celima, *Dama.*
Martin de Bohorques,	Soldados Moros.	Fatima.
Calabaza.		

JORNADA PRIMERA.

Tocan cajas y clarines, y dicen dentro voces.

Unos. ARma, arma.
Otros Guerra, guerra.
Unos. Santiago, cierra España.
Moros. Mahoma, á ellos, que huyen.
Todos. Toca al arma, toca al arma.
Salen moros peleando con el Conde.
Moros. Rindete, Cristiano.
Cond. Perros,
Teniendo vida, y espada,
no se rinde mi valor.
Moros. Muera,
Cond. Oh infame canalla!
qué es morir? cuando mi nombre
solo á daros muerte basta.
Moros. Ahora verás.
Sale Celima.
Celim. Teneos, Moros:
Dad á las iras templanza,
que no es accion del valor
vencer con tanta ventaja;
pues quien perdiendo el caballo
hace resistencia tanta,
por el valor que acredita
merece vivir.
Moro 1. Aparta,
que en esta vida á su rey
le quitamos muchas armas.
Celim. No la pierda quien valiente
le procura á su rey fama;
y asi, prisionero mio
ha de quedar, que es mas gala
del valor dar una vida,
que una muerte por venganza.
Cond. Por Dios, que la mora es
Hermosa, como gallarda.
Moros. Muera.
Celim. Por vida del rey,
si no obedeceis, que os haga
á todos el escarmiento.
Moros. Ninguno enojarte trata.
Celim. Retirabs todos.
Moros. Forzoso

es hacer lo que nos mandas *vanse.*
Cond. Hermosa, y gallarda mora,
Mal dije, divina Palas,
qué intentas? Pues cuando todos
á rendirme no bastaran,
tú solamente me vences
con atencion tan hidalga;
y en fé desto, por despojos
te rindo vida, y espada.
Celim. Eso no, fuerte cristiano,
vuelva segura á la baina,
cobra tu caballo, y vuelve
libre á tu Real, que la causa
de haberte amparado, fue
la atencion con que miraba
tu gallarda resistencia
en tanto tropel de adargas;
miento, que no sé qué impulso *ap.*
sobrenatural me arrastra,
ó inclinacion, que no entiendo.
Cond. Con ese favor me agravias,
pues mas que la libertad,
ser tu cautivo estimára.
Celim. Vuélvete, que aunque aborrece
á los cristianos mi saña,
sentí ver, que tu valor
entre tantos peligrára,
sin defensa de los tuyos;
y no me agradezcas nada,
que aunque á tí te he defendido,
me quedan las esperanzas
de que del cerco que tienen
tus reyes puesto á Granada,
he de ser yo quien la libre,
á pesar de su constancia.
Cond. Como tú no la defiendas,
los moros no han de librarla,
que ha de ser muy presto nuestra,
aunque contra el sol de España
toda la esfera de Marte
llueva lunas africanas.
Celim. La satisfaccion alabo;
mas ya tu gente cercana
se mira, vete, qué esperas?
Cond. No permitas que me parta
sin saber á quien le debo,
mora hermosa, piedad tanta,
que podrá ser que algun dia
mi valor la satisfaga.
Celim. Ni quiero saber quien eres,
ni quien soy decirte trata
mi brio, por no dejarte
deudor, que una accion hidalga
no cumple con lo bizarro,
si ha de obligar á la paga.
Dentro. Arma, arma, guerra, guerra.
Celim. Ya se cubre la campaña
de los tuyos. *Hace que se va.*
Cond. Tente, espera,
no asi te ausentes.
Celim. Aparta,
que por escusar que puedas
satisfacer mi accion vana,
me retiro hácia los mios,
que no quiero darte causa
á que lo que hice por ti,
por mi entre los tuyos hagas *vase.*
Cond. Espera, bello prodigio.
Salen Pulgar, y Bohorques con las espadas desnudas.
Pulg. Romped á fuerza de lanza:
invicto Conde, qué es esto?
Mart. Qué es esto, Conde de Cabra?
Cond. Pulgar, Bohorques, amigos,
ya con los dos todo es nada,
si bien le debo á una mora
vida, y libertad.
Mart. Estraña fortuna!
Cond. Jamás he visto
bizarria tan gallarda,
ni hermosura tan discreta,
que á no hacerla el trage humana,
segun su belleza es mucha,
por deidad la imaginára.
Pulg. Ya me pesa, voto á Dios,
que cautivo no os lleváran.
Cond. Por qué? *Pulg.* Por tener motivo
de entrar por vos en Granada,
y traerme juntamente
esa mora á ser cristiana.
Cond. Raro humor! aun peleando
no os olvidais de las chanzas?
Pulg. Nunca estoy yo mas contento,
que cuando ando á cuchilladas.
Dentro. Arma, arma *tocan.*
Pulg. Esto es mejor:

la escaramuza endiablada
se vá encendiendo de modo,
que pasa ya á ser batalla.
Mart. A ellos, conde. *La reina dentro.*
Conde. Mueran todos.
Sale la Reina, doña Ana, y Celia.
Reina. Soldados, qué furia os llama,
que no obedeceis mi órden?
Cond. La Reina á esta parte baja.
Reina. Cómo, si he mandado toquen
á recoger nuestras cajas,
no me obedeceis? qué es esto?
Conde. Señora, aunque así lo mandas,
y es forzoso obedecerte,
el enemigo nos carga,
y hasta retirarle, no
será blason de tus armas.
Reina. Pues lo que mando no haceis,
yo me arrojaré.
Tocan. Arma, arma.
Cond. Qué intenta tu magestad?
Rein. Llegar hasta las murallas,
para que me obedezcais,
por no mirarme arriesgada.
Cond. Con vos no hay riesgo señora,
que sois quien á todos guarda.
Rein. Conde, reparad, que aunque
la guerra estos lances traiga,
escusar escaramuzas
en los sitios de las plazas,
es el mas prudente acuerdo;
pues lo que de ellas se saca,
es perder gente, y hacer
diestro al contrario en campaña.
Cond. Vuestra magestad á todos
nos enseña; pero hay causas
en que el valor... *Rein.* Esta no
lo fue, porque yo trataba
ver á Granada desde esa
cuesta de Sierra Nevada,
por curiosidad, mas no
la sangre que se derrama.
Dentro. Viva Isabel, viva, viva.
Pulg. Ya, señora, lo que mandas
se obedece, pues tu gente
se retira.
Rein. Gente hidalga
se retira?
Cond. No es huyendo,
sino triunfante, y bizarra,
y en señal de la victoria
tu nombre glorioso aclama.
Rein. Eso sí, viva el valor,
que ya cuidado me daba,
imaginar que podian
huir los leones de España.
Sale Garcilaso herido en una mano.
Garc. Ya retirados los moros,
solo del muro se amparan.
Rein. García, qué es esto? *Gar.* Ponerme
gran señora, á vuestras plantas.
Rein. Vos omiso en la obediencia?
Gar. Pues si vos no lo mandarais,
fuera fácil retirarme
sin entrar en el Alhambra?
Rein. Tanto sentis retiraros?
Gar. Si señora, que la fama
siente. por ser la primera
ocasion en que empleaba
mi valor, no conocer
el fin hasta donde alcanza.
Rein. Gallardo joven! García,
ocasion habrá en que haga
vuestro valor mayor prueba
de qnien sois.
Gar. Asi lo aguarda
mi brio, si vuestra alteza
retirarme no mandára.
Rein. Parece que estais herido?
porque esa mano derrama
mucha sangre. *Garc.* A fe, señora,
que si antes lo reparára,
que en obedeceros fuera
mas omiso, y le costára
cada gota de ella al moro,
mas moros que hay en Granada.
Rein. Ataos un lienzo, que es mucha
la sangre, y os hará falta.
Garc. Sangre por la fé vertida,
mas alienta, que desmaya.
Rein. Raro valor! recogeos.
Garc. Esto, señora, no es nada.
Ana. Cielos, Garcilaso herido?
este susto mas al alma! *ap.*
Garc. Solo siento el susto ahora,
que habrá tenido doña Ana.

Celia. Con la herida de Gárcia,
qué tal estará mi ama?
Cond. Vuestra alteza, gran señora,
ya que triunfante se halla,
entre en la nueva ciudad,
que el amor tiene labrada
para alojamiento suyo.
Rein. Que, en fin, del todo acabada
está ya? *Cond.* Solo, señora,
ponerle nombre le falta
á su grandeza; y pues que
se ha labrado á vuestra instancia,
dadlo el nombre de Isabela,
que es quien puede eternizarla.
Rein. Eso no, que pues la Fè
motivo fue de labrarla,
Santa Fé es bien que se nombre,
que es blason que me ensalza.
Cond. Es atencion como vuestra,
y divina accion cristiana;
á Santa Fé, caballeros.
Rein. El rey en Córdoba se halla,
y hasta que al Real vuelva, y vea
la iglesia ya consagrada,
no entraré en ella, esperando
en mi tienda de campaña;
mas decidme noble Conde,
algo de su forma, y traza.
Cond. Despues, gran señora, que
se formó la empalizada
con los lienzos, que fingian
almenas, torres, murallas,
cuya vista hizo á los moros,
que pasmados se quedáran,
imaginando ciudad
las que eran telas pintadas,
en su círculo espacioso,
que tanta vega ocupaban,
en forma de cruz delinean
el sitio que la señalan,
dando á cada estremo una
puerta, que á larga distancia,
por lo igual del edificio,
de dos en dos se miráran.
Repartida por cuarteles,
en la nobleza mas alta
la fábrica empezó, y todos
tanto el cuidado adelantan,
que en solos ochenta dias
se vió del todo acabada,
con fosos, muros y torres,
reductos, y barbacanas,
calles, plazas, fuentes, templos,
Babel hermoso de casas,
para asombro de los siglos;
pues donde el tiempo no alcanza
fabricar una ciudad
con tan altas circunstancias,
aunqne se mira, no es
cosa para imaginada.
Solo acreditar pudieron
maravilla tan estraña
tanto grande de Castilla,
que en servir á sus monarcas,
á infatigables alientos
los imposibles allanan,
Pero qué ha de resistir
el tiempo, donde se hallan
Mendozas, y Pimenteles,
Córdobas, Jirones, Laras,
Manriques, Lasos, Cabreras,
Velascos, Bazanes, Tapias,
Sandovales, Alarcones,
Portocarreros y Arandas,
Enriquez, Ramirez, Vegas,
Figueroas, Machucas, Vargas,
Toledo, Véras, Moscosos,
Pachecos, Chaves, y Estradas,
Guzmanes, y Benavides,
Cerdas, Manueles, y Ayalas,
Castros, Bracamontes, Ñiños,
Avilas, Osorios, Bacas,
Megias, Cárdenas Obandos.
Haros, Tellez, y Peraltas,
Taveras, Hurtados, Silvas,
Garcías, Mendez, Guevaras,
Aguileras, y Padiflas,
Gomez, Leibas, y Zapatas,
Chacones, Fajardos, Ponces,
Castillos, Lujanes, Arias,
Castillas, Torres, Saavedras,
Cunas, Zúñigas, Mirandas,
Aragones y Cardonas,
Palafoxes, y Moncadas.
Y para decirlo todo,
cuantas ilustres prosapias

hoy son respeto á los siglos,
y gloria feliz de España,
que siendo todos primeros,
nadie es segundo en la fama,
Y para eterna memoria
de maravilla tan rara,
grabadas sobre las puertas
dejan en mármol sus armas,
desvaneciéndole á Roma
cuanto blasona en estátuas.

Rein. A todos, famoso Conde,
les doy las debidas gracias,
estimando como es justo
tantas heróicas hazañas,
y el Rey mi señor, y yo
procurarémos premiarlas.

Cond. Todo el orbe, gran señora,
alfombra de vuestras plantas
se mira.

Rein. En tanto que el Conde
de Tendilla la Alpujarra
registra con los maestres
de Santiago, y Calatrava,
cuidad del campo.

Cond. Bien puede
retirarse descuidada
vuestra alteza.

Rein. Vamos, Conde.

Cond. Hagan las trompetas salva.

Vanse todos, menos doña Ana, Garcilaso, y Cecilia.

Ana. Garcia.

Garc. Doña Ana hermosa.

Ana. Buen susto me habeis costado.

Garc. Susto? pues qué lo ha causado?

Ana. Vuestra herida. *Garc.* Por dichosa
puedo tener la ocasion
de verme herido. *Ana.* Por qué?

Garc. Porque el susto que os costé,
dice que os debo atencion.

Ana. Aquella vanda tomad *dale una*
para que descanse el brazo. *vanda.*

Garc. Con él haré de su lazo
prision á mi libertad.

Ana. No del moro en la demanda
arriesgueis tanto el valor,

Garc. Qué riesgo habrá, si el favor
vuestro está ya de mi vanda?
con ella el moro arrogante
tema el valor que me alienta,
que vá la victoria á cuenta
de vos contra su turbante.

Ana. Los hipérboles dejad.

Garc. Verdades, señora, son,
que las dicta el corazon,
y escribe la voluntad.

Ana. La mia siempre segura
estará para con vos:
tratad de sanar, y á Dios.

Garc. Quién mereció tal ventura!
no tan presto os ausenteis.

Ana. Es fuerza haber de asistir
á la Reina.

Garc. Que el vivir
tan aprisa me quiteis!

Ana. No puedo mas detenerme:
Celia, vén.

Gar. Tendré esperanza
de veros? *Cel.* Y confianza.

Ana. Esta noche podreis verme
en la tienda. *Garc.* Argos seré.

Ana. Si lo permite la herida.

Garc. Con veros cobraré vida.

Cel. Yo la seña antigua haré.

Garc. Darásme vida con ella.

Cel. A Dios. *vanse los dos.*

Garc. Pues me anima el Cielo,
noche, apresura tu vuelo,
haciendo feliz mi estrella. *vase.*

Dentro Tarf. Por Alá, bárbaro loco
que has de pagar con la vida.

Salen Celima, y Angulema.

Una voz. Muerto soy.

Sale Tarfe. Ya la cabeza
del Alfaquí fementida:

Celim. Qué has hecho, Tarfe cruel?
por qué tu soberbia impía
ha muerto al hombre mas sábio,
que ha tenido la morisma?
qué dirá el Rey?

Tarf. Dirá, que
era tu ciencia mentira,
pues no adivinó su muerte,
y adivinaba la mia.

Celim. Nunca juzgué que pudieras
obrar accion tan indigna.

Tarf. No me culpes riguroso,
bella adorada Celima,
que hay causas en que el rigor
de piadoso se acredita.
Este bárbaro Alfaquí,
que infeliz probó mis iras,
me predijo (claro está,
que fué todo fantasía)
que un jóven cristiano (aquí
mi enojo se multiplica)
la muerte me habia de dar
por una muger divina;
y siendo así, que á mi aliento
no hay valor que le resista,
sentí que hubiese quien pudo
juzgar, que en el mundo habia
brazo que me dé la muerte,
cuando las lunas moriscas,
y el brazo de Alá en mi tienen
quien su poder acredita.

Angul. Y el sonior Majoma é todo,
que sin él estar galinia.

Celim. Y esto fué bastante causa?

Tarf. Sí, porque no haya quien diga,
que hay quien matar puede á Tarfe, sabiendo que así castiga.

Celim. Yo matara al que con muerte
me amenaza, no al que avisa,
que aquel me ofende, y aqueste
con el hábito me libra.

Tarf. Esto está bien si cupiera
peligro en mí.

Celim. En qué confias?

Tarf. En tus ojos, que ellos solos,
como dueños de mi vida,
muerte, ó vida pueden darme.

Celim. Qué necia está tu porfia,
pues nada te desengaña!

Tarf. Ya sé, que aunque mas te rinda
sacrificios, y holocaustos,
nunca á piedades te obligan
las hazañas que por tí
emprendo, siempre te irritan,
y en vez de lograr favores,
mas adelantan tus iras;
solo este lazo á la suerte
le he debido, en quien se cifran
la prision de mi albedrío,
pues cuando le desperdicia
tu cabello, en mi turbante
garzota luciente brilla.

Celim. No hace favor un acaso,
y es siempre fineza indigna
presumir, que sea favor
lo que á una dama no obliga.
Este lazo de quien haces
ostentacion, lo sería
si yo te le hubiera dado.

Tarf. Pues porque mis glorias siga,
permite que sea favor.

Celim. Cómo, necio, que permita,
que sea favor cuanto ageno
de tí le quieren mis iras?

Tarf. Que, en fin, te cansa el mirarle
en mi poder? *Celim.* No lo miras?

Tarf. Pues yo me enagenaré,
tirana fiera enemiga,
dél á costa de mis ansias,
fijándole á donde diga
el campo contrario, el mundo,
que de Tarfe la osadía,
de favor tan soberano
como el tuyo, solo es digna. *vasè.*

Celim. Tente, que no con mis prendas
quiero que tus fantasías
acredites temerario,
cuando no:: *Angul.* En vano porfias,
sóniora, que él estar loco,
y andar á poner tu cinta
en el celo por lucero
entre las fete cabrilias.

Celim. Seguiréle.

Angul. Ya al cabalio
copor legero la filia,
y espola, picando vola
házia la porta de Elvira.

Celim. Por mas hazañas que emprenda,
no ha de obligar mi caricia.

Angul. Ven poder ser tu conserva,
cuando Tarfe estar almebar.

Celim. Villano, cómo atrevido::

Angul. No á Angulema dar mojina,
bastar que por ti andar Moro,
como berro con vegiga.

Celim. No del en tu vida me hables.

Angul. No hablar mas del en to vida.

Cel. Vé, y traeme aqui aquel cristiano,
que yo cautivé.
Angul. Por prima
del rey tu mandar, Gulema,
traerle aqui al punto misma. *vase.*
Celim. Confieso que me ha cansado
de Tarfe la demasía,
y que todas las hazañas
que emprende, me desobligan,
porque todas son fineza,
y mas cuando ya me inclina
de aquel gallardo cristiano
la dulce apacible vista:
Estraño efecto ha hecho en mi,
pues si feroz le examinan
los estruendos de las armas,
blando el amor le registra:
Que haya quien una bizarro
el rigor con la caricia,
lo rendido, y lo soberbio,
siendo dos cosas distintas!
Tan impresa en la memoria
me dejó su bizarría,
que pasa ya á ser cuidado,
lo que fue piedad precisa.
Con qué valor, con qué esfuerzo
se arrojaba á las heridas,
y con qué valor tambien
cedió á la cortesanía!
Quién será? pero cristiano
que prendi, porque me diga
á donde está de Isabel
la tienda, en quien solicita
lograr la mayor hazaña,
mi valor, y mi osadia
me informará de quien es,
dándole sus señas mismas.
Saca el Morillo á Calabaza.
Angul. Andar, perro.
Calab. Moro cruel,
el perro tú lo serás.
Angul. Andar: que querer atras?
Calab. Ser la cola del lebrel.
Angul. Soniora, ya está aqui
el cristianilio, que ajerro
tú cautivar. *Calab.* Este perro
quiere dar cuenta de mi.
Cel. Llega, cristiano. *Calab.* A besar
el juanete de tu pie.
con mi hocico llegaré,
porque tengas que limpiar.
Angul. Comer porco?
Calab. Soy como él,
que no come sino cabra?
Angul. Soniora, esto está palabra
de ajorcarle. *Calab.* Eso es cordel:
moro, acusaciones deja,
y trata de hablar cristiano,
que no ha menester alano
la piedad de aquesta oreja.
Celim. Levanta cristiano, y di.
Calab. Pregunta desdichas mias.
Celim. De qué á tus reyes servias?
Calab. Ellos me servian á mí.
Celim. A tí servirte? *Calab.* Qué dudas?
esto es verdad sin mentir.
Celim. De qué te habian de servir?
Calab. De mandarme echar ayudas.
Angul. Logo está bofon?
Calab. Con tiento,
que en mi hay grande pundonor,
porque del rey mi señor
gozaba entretenimiento.
Celim. Cómo te llamas? *Calab.* Mi traza
no lo ha dicho á tu belleza?
mi nombre es de mi cabeza.
Celim. Cómo? *Calab.* Porque es calabaza.
Celim. Calabaza? *Calab.* Por un tio
este nombre pusieron.
Angul. Mentir, que no lo hicieron
sino por ser bofon frio.
Celim. Si de ese modo has estado
á los reyes asistiendo,
es preciso que conozcas
á todos los caballeros,
que en esta campaña asisten.
Calab. De todos cuantos hay puedo
darte noticia.
Celim. Quien es
uno, que entre todos ellos
junta de Adonis, y Marte
los dos distantes estremos?
Jóven, que á no ser cristiano
como mora te prometo,
le tuviera por Alá.
Qué bizarro, qué resuelto,

entre diluvios de alfanges
fulminó rayos de acero!
vanda carmesí cruzada
por el espaldar, y el peto,
de tanta llama al valor
le multiplicaba incendios.
Penachos de ricas plumas,
de nácar le daba al viento,
que en su cimera eran alas,
y en su corage ardimientos.
Hasta los muros llegó
de Granada; y aunque á un tiempo
le cercaron de turbantes
innumerables esfuerzos,
solo se supo rendir
á quien por ver tanto aliento
en su defensa se puso;
que si no, tengo por cierto,
que él solo acabará á cuantos
osados le combatieron.

Calab. Son tantos los que en el campo
del rey Fernando hacen esto,
que no sé determinar
cuál será de todos ellos;
mas por las señas que has dado,
y lo que ví en el encuentro,
desde la parte en que estaba,
es un aprendiz guerrero,
que ahora empieza en el oficio,
y quiere ya ser maestro.

Celim. Cómo así? *Calab.* Porque doncel
del Rey era ayer; y siendo
de menos de diez y ocho
años, es tanto su esfuerzo,
que el gran Córdoba el Alcaide
de los donceles, queriendo
ejercitarle en la espada,
que le armase caballero
pidió al Rey porque el valor
no conoce de años tiernos.

Celim. Hércules desde la cuna
despedazaba sangriento
las serpientes.

Calab. Pues estotro
las chupa como los dedos.

Celim. Quién es, me dí?

Calab. Es Garcilaso,
un generoso mancebo,
Señor de Batres, y Cuerva,
rayo que forjó Toledo:
á este ví que se arrojó,
solo talando y rompiendo,
con esas señas que dices.

Celim. Solo á mi valor atento
se rindió.

Calab. Tiene el muchacho
muy prontos los rendimientos
con las damas: al instante
de un roble se haria un camueso.

Celim. Sin duda es él.

Angul. Tú, cristiano,
para alcagote estar bueno.

Calab. En qué lo conoce el galgo?

Angul. En pintar, sonior podenco.

Celim. Vete, Angulema, de aquí.

Angul. Cuánto oir hablarlo perro,
esta mora estar cristiana. *vase.*

Celim. Por lo que has dicho, deseo
ver á Garcilaso. *Calab.* Lindo.

Celim. Porque aunque presente tengo
al que ví, contra la duda
verle en su campo deseo.

Calab. Sal quiere este huevo: andallo.

Celim. Tendrás valor: *Calab.* Unos lejos.

Celim. De introducirme esta noche,
donde en tu campo, sin riesgo,
pueda verle disfrazada?

Calab. Como sea á hora, y á tiempo,
que en las trincheras no hayan
dado el nombre, te lo ofrezco.

Celim. Y á la tienda de la Reina
me guiarás? *Calab.* Mas que un ciego;
mas la tienda, qué te importa?

Celim. Lo curioso á que me muevo.

Calab. Tambien en ella he de entrarte.

Celim. Serás leal? *Calab.* Soy gallego.

Celim. El hablar á Garcilaso,
aun mas que amor, es pretesto,
para que aquesté me enseñe
la tienda, donde pretendo
borrar de Isabel el nombre,
porque sea el mio eterno:
Galantea Garcilaso?

Calab. A una dama como un cielo.

Celim. Malas nuevas te dé Alá.

Calab. Mas no lo dejes por eso,

qué es mas amigo de moras,
que de vino los cocheros.
Celim. Este sentimiento ya
parece, que toca en celos.
Es de la Reina esa dama?
Calab. Estrella es de su sol bello.
Celim. Y sírvela fino amante?
Calab. Mal roe la perra el hueso: *ap.*
como un coral; pero á tí
te querrá con mas estremos.
Celim. A mí, por qué?
Calab. Por ser mora,
que es muy moral caballero.
Celim. Ven, que á disfrazarme voy,
para que guies mi intento,
que si cumples tu palabra,
será mi riqueza el premio,
y esta cadena, señal
ahora sea. *Calab.* Con aquesto
me tendrás en la cadena
tu esclavo, hecho y derecho.
Celim. Pues ven.
Calab. Con aquesta mora
tener mi fortuna espero.
Celim. Amor, y valor me llaman
con encontrados afectos;
Allá permita, que pueda
cumplir con los dos á un tiempo *vase.*
Dentro Mart. Seguidle todos, matadle.
Cond. Ya es imposible alcanzallo.
Montad todos á caballo.
Sale el Conde, y trae una tarjeta con un puñal y un liston, Martin y Garcilaso.
Cond. Toca al arma.
Garc. Ya es en valde,
porque arrimando la espuela
el bárbaro, loco y ciego
corre exalacion de fuego,
y animada llama vuela.
Mart. Pulgar va tras él.
Garc. Hallóse
á caballo, mas la Reina...
Salen la Reina y doña Ana.
Reina. Qué es esto, Conde? qué causa
deste modo el campo altera?
Cond. Es la mas loca osadía
que cupo en humana idea.
Un moro atrevido y loco
(que aquesto es cosa mas cierta)
llegó á vuestra tienda real,
y dejó clavado en ella
este puñal, y pendiente
del, este lazo y targeta,
con un rótulo.
Rein. Qué un moro
llegar pudiese á mi tienda
sin ser visto!
Cond. Tal vez suele
lograrse una accion violenta
en fé de la confianza
de que nadie ha de emprenderla.
Rein. Y es el moro conocido?
Cond. Tan arrebatada, y presta
fue su entrada, que ninguno
le conoció. *Rein.* Accion resuelta!
Garc. En su alcance va Pulgar.
Mart. El dará del moro cuenta.
Rein. Leed lo que el rótulo dice,
que el podrá ser que dé señas.
Cond. Aquí puso este liston,
quien por lograr tal hazaña
del se hizo merecedor.
Rein. Y de la muerte tambien;
aunque en el concepto muestra,
que mas que loco es resuelto,
y hombre de valor, y prendas,
y que alguna dama á tanto
atrevimiento le empeña.
Sale Pulgar.
Pulg. Vive Dios, que la ventaja
que llevaba en la carrera,
libró al moro de mis manos;
mal haya quien me dió espuelas.
Rein. Pulgar, qué es eso? libróse
el moro? *Pulg.* Pues no era fuerza,
que se me escapára un galgo,
que iba corriendo de apuesta?
vive Dios, que me ha corrido
mas que el caballo que lleva.
Rein. No estéis corrido, Fernando,
que el que huye, es cosa cierta,
que corre mas que el que sigue,
pues junta el miedo que lleva.
Pulg. Aunque le tiré la lanza,
fue vana mi diligencia,

que su ligero caballo
la burló, volando flecha.
Cond. Conocisteisle?
Pulg. Fue Tarfe.
Cond. El moro es de mas soberbia,
que tiene Granada. *Pulg.* A fé
que si esperára con ella,
que yo lo quitára al perro
la gana de que mordiera.
Rein. Notable el arrojo ha sido.
Pulg. Pues yo juro á vuestra alteza,
sobre la cruz de esta espada,
que si él llegó á vuestra tienda
con bárbaro atrevimiento
á fijar su infame prenda,
yo con osadia cristiana,
en venganza de esta ofensa,
llegaré á donde jamás
el pensamiento pudiera,
poniendo el nombre mas alto,
porque á la morisma sea
espanto, terror y miedo,
asombro, pasmo y afrenta.
Tocan, y sale un soldado.
Rein. Todo de vuestro valor
lo creeré; pero qué seña
hace este clarin ahora?
Sold. En aqueste instante llega
el rey, gran señora, al campo.
Rein. Qué decis? felice nueva.
Y viene su alteza bueno?
Sold. Tanto, que con su presencia,
como el sol, al campo todo
en puros rayos alegra.
Rein. Vamos, Conde, á recibirle,
y á que descanse.
Cond. Qué atenta! *ap.*
venga vuestra Magestad *vanse.*
Garc. Ya que la noche se acerca,
será, señora, mi dicha
de poder hablaros cierta?
Ana. A veros saldré, y porque
mas bien conoceros pueda,
llevad mi banda en el brazo,
que aunque de noche pudiera
ocultarse, son tan claras
las noches, que podré verla *vase.*
Garc. Con vos no hará falta el dia,
aunque sus luces ausenta *vase.*
Voces. Viva Isabel, y Fernando,
vivan edades eternas.
Salen Celima de hombre, y Calabaza.
Celim. No vivirán, si mi intento
favorece el gran profeta.
Calab. Ya estás dentro de mi campo,
pues entre las tropas mesmas
del rey, sin ser reparados,
fue fácil se consiguiera.
Celim. Dicha ha sido; y como tú
tengas constante firmeza
en serme leal, no dudo
que logre mi intento tenga.
Calab. No, porque soy Calabaza,
que vano te salga temas,
que tambien hay calabazas,
que hacen bien al que las lleva.
Celim. El batallon de caballos,
que al paso emboscado queda,
me asegurará la huida
si se logra mi cautela.
Si hallarás á Garcilaso?
Calab. En la tienda de la Reina
le buscaré, pues estamos
ya de su vista tan cerca.
Celim. Pues cuál es?
Calab. Esa que miras.
Aquí un instante te espera,
que pues la noche ha cerrado,
iré como quien acecha
á buscarle, para que
á verte á este sitio venga.
Celim. Aquí esperaré, pues ya
sé el pabellon de la Reina.
Deseo que este se vaya, *tap.*
para lograr tanta empresa,
á que mi valor me anima.
Calab. Muy presto daré la vuelta. *vase*
Celim Valor, cómo dispondré
la temeridad mas nueva,
que emprender pudo el despecho
en una muger resuelta?
Muera Isabel; pero cómo
he de lograr el que muera,
si cuanto el odio me anima
me acobarda su grandeza?
Qué mal se vé un imposible,

que no se mira de cerca!
mas aquí vienen dos hombres,
el disimular es fuerza,
á esta parte me retiro.

Retirase, y salen Garcilaso, y el Conde.

Garc. En solo la amistad nuestra
cabe, Conde, el confiaros
mi mayor cuidado.

Cond. Cierta es la mia, y por segura
podeis descubriros. *Celim.* Esta
es la voz de Garcilaso,
si la memoria no yerra
de cuando le hablé; mas no,
que en mi oido quedó impresa.

Garc. De la señora doña Ana,
á quien mi culto venera,
citado estoy esta noche
en la tienda de la Reina;
y porque, como sabeis,
me toca la centinela
del cuartel, que hace á los reyes
mas precisa la defensa,
y es la hora en que doña Ana
forzosamente me espera,
quisiera, Conde, que vos
me disculpáseis con ella,
porque no juzgue que es otra
la causa. *Cond.* Si yo pudiera
hacer la guarda por vos,
de mejor gana lo hiciera.

Garc. No es posible: aquesta banda
llevad en el brazo puesta,
que es la seña que me ha dado;
para que no se detenga
en salir, juzgando que otro
ocupa el terrero. *Cond.* Venga,
que en fé de eso, la disculpa
la imaginará mas cierta,
si es que con la noche puede,
aunque esté en el brazo, verla.

Garc. La luna lo facilita;
demás, de que aunque no sea
mas, que para asegurar,
que es mia esta diligencia,
es preciso la lleveis.

Cond. Haré todo lo que ordena
vuestro gusto. *Garc.* Pues con eso
quedad con Dios. *vase.*

Cond. Id sin pena.

Celim. El uno se fué, y parece
Garcilaso el que se queda:
no percibí lo que hablaron,
iré llegando mas cerca,
por si aqueste es Garcilaso. *Llégase.*

Cond. Quiero ir llegando á la tienda,

Salen doña Ana, y Celia.

Ana. Ya es hora que Garcilaso
esté en el sitio, la seña
haz, Celia, que en el un hombre
se vé. *Celia.* Ce, ce.

Conde. La seña es esta. *Celia.* Ce, ce.

Cond. Quién llama? *Cel.* Es Garcilaso.

Celim. Qué escucho! él es.

Conde. Soy quien llega
de parte de su cuidado.

Celim. Ya son celos los que engendra
mi corazon, que esta es dama
á quien sin duda festeja.

Cond. Esta banda lo que digo
acredita. *Celim.* Fiera pena!

Ana. Cuando las causas son tales,
disculpa se hallan en ellas,
no era menester la banda.

Cond. Cuidado es de la fineza.

Celim. Qué espera mi ardiente llama,
cuando la envidia me ciega,
y cuando con una accion
del me vengo, y de Isabela,
eternizando mi nombre?
arda en bolcanes deshecha
la tienda y todos conmigo
al fuego que me atormenta
allí un fuego se divisa
entre difuntas pabesas,
que debió de ser de alguna
retirada centinela;
pues está solo, él dará
á la ejecucion materia,
y la forma á mi venganza. *vase.*

Ana. Señor Conde, que agradezca
vuestra atencion es forzoso,
y basta, para defensa
de Garcilaso, ser vos
el que disculpa su ausencia.

Cond. Soy tan suyo, que sintiendo
estoy Señora, la pena

que le está costando el verse
ciego sin las luces vuestras;
si bien una voluntad
tan vivas las representa
en la memoria que suple
la distancia de no verlas. *dentro*
Voc. Fuego, fuego. *Cond.* Qué es esto?
Voces. Acudid, que arde la tienda
de la Reina; fuego, fuego.
Ana. Qué desdicha! *Cel.* Ay triste Celia!
Voces. Traicion, traicion.
Ana. A Dios Conde. *vase.*
Voces. Toca al arma.
Celia. Que nos queman. *vase.*
Cond. Esperad, mas todo el campo
se conmueve. *Voces.* Mueran mueran.
Sale el Rey con espada desnuda, y una rodela.
Rey. Soldados, ya á vuestro Rey
teneis en vuestra presencia.
Cond. Señor, vuestra magestad
de aqueste modo se arriesga?
Rey. A nadie mas que al Rey, toca
ser de su campo defensa.
Voces. Traicion, traicion, muera el vil.
Rey. Conde, á toda diligencia
los traidores seguid. *Voces.* Fuego.
Cond. Seré á su intento cometa. *vase.*
Voces. La Reina peligra. *Rey.* El rayo
aun el laurel no respeta,
arrojaréme á las llamas
librando sus hojas bellas. *vase.*
Sale Cel. Ya que el intento he logrado,
romper por todos intenta
mi valor. *Sale el Cond.* Ya queda
libre de tanto incendio la Reina;
mas aqui quién es quien vá?
Celim. Este es Garcilaso; sea,
pues él me debe la vida,
quien hoy mi vida defienda;
si habrá mi caballeria
arrimádose mas cerca?
Cond. El nombre dé, ó morirá.
Celim. De este modo se remedia. *ap.*
Cond. No dá el nombre? qué aguarda?
Cel. No hay nombre que daros pueda,
mas de que yo soy la Mora
que la vida os dió, y que llega
la ocasion de saber quien
mejor lo bizarro ostenta:
Mi vida peligra aqui,
allí me debeis la vuestra,
vos sois hombre, yo muger,
mirad en tal diferencia,
pues sin causa os dí la vida
lo que os toca á vos con ella.
Cond. La Mora, vive Dios, es
que me libró. Qué te empeña
en este trage al peligro?
Celim. De amor la injusta violencia:
yo pagada de tí, quise
de aqueste modo encubierta,
(que tambien tiene el amor
sus ardides, y cautelas)
ver si lograba hablarte,
porque esto tambien me debas;
hablando con una dama
estabas en esta tienda,
al tiempo que llegué, y tanto
se irritaron las centellas
de mis celos, que pegaron
el fuego con que se quema.
Cond. Qué tu el incendio pusiste?
Celim. No sino tú.
Cond. En qué lo pruebas?
Celim. En que con celos me diste
para este fuego materia.
Cond. Sabes qué tienda has quemado?
Celim. Sé, que te ví hablar en ella
con una dama. *Cond.* Y no mas?
Celim. Pues qué mas quieres que sepa,
si donde hay celos, hay rabia,
envidia, infierno, y ofensa
Cond. Vive Dios, que hay lances donde
no sabe lo que resuelva
la mayor prudencia; aqui
es preciso, si la encuentran,
que peligre: si la libro,
parece que el honor yerra;
y si de ampararla dejo,
á mí me falto, y á ella;
pues si la trujo mi amor,
soy causa de que padezca;
mas debiéndola la vida,
qué es lo que el discurso piensa,
ni mi lealtad duda? Pues

de mi valor, qué dijeran,
si á una muger entregára,
cuando debo defenderla?
y mas cuando en el incendio
no ha peligrado la Reina,
ni mi lealtad adelanta,
mas que esponerla á la pena
del castigo: Vaya libre,
y lo que viniere venga.

Celim. Qué es lo que estás consultando?
tu discurso se resuelva
presto, ó yo, con mi valor,
paso me haré, sin que tenga
que agradecerte. *Quiere irse.*

Cond. Qué haces?

Celim. Buscar mi peligro. *Cond.* Espera.

Voces. Seguid por aquesta parte.

Cond. Mi gente á esta parte llega,
yo á detenerla me quedo:
parte tú, Mora, por esa,
que á Granada se encamina;
y porque segura puedas
pasar por ella, esta banda
para tu resguardo lleva,
porque el cabo que la asiste,
si á reconocerte llega,
dándosela de mi parte,
no te lo estorbe, que en esta
fineza me debes mas,
que le debí á tu fineza.

Celim. Mas que á mi fineza? *Cond.* Sí;
pues si no es por tí, pudiera
allá peligrar mi vida,
y aqui mi lealtad se arriesga,

Voces. Arma, arma. *Celim.* Ya es preciso
ausentarme; en paz te queda.

Cond. Mucho hago por tí.

Celim. Mal sabes
lo que tu vida me cuesta. *vase.*

Cond. Por dónde está Garcilaso
seguro en la banda lleva;
quién dirá que en la campaña
aquestos lances sucedan?
y que le debí á una Mora
tanto amor, que aunque me empeña,
es solo en lo agradecido,
y no en la correspondencia?
que aquello es dado á mi sangre,
y esto es negado á su secta.

JORNADA SEGUNDA.

Salen la Reina, Celia, doña Ana y Fernando Pulgar.

Voc. Gran valor. *Otros.* Estraña fuerza.

Otros. Los tres las lanzas pasaron
por encima de los muros.

Otros. Victor Bohorques, Garcilaso,
y el conde de Cabra. *Todos.* Victor.

Rein. Qué alegre rumor, Fernando
del Pulgar, es este? *Pulg.* Ahora
al real, señora, he llegado,
pues con órden del Rey vengo
de quitarle un cruel padrastro
en la torre de Gandía
á vuestro invencible campo.

Rein. Habeis tomado la Torre?

Pulg. Dudais eso? á tres asaltos
que dí al fuerte, no dejé
moro que fuese á contarlo
á Granada; mas volviendo
á ese popular aplauso,
lo que del campo he sabido,
es, que Tarfe, temerario
llegó hasta nuestros ataques,
soberbiamente llamando
al grande conde de Cabra,
á Martin Bohorques, y á Fernando
del Pulgar; no me halló allí,
y encontrando á Garcilaso,
halló el moro en los tres, mas
de lo que vino buscando;
pues enristrando las lanzas,
con mas de otros cien alanos,
que de ayuda traia el perro,
valientes los tres cerraron,
de suerte, que los metieron
en Granada tan de paso,
que á no echarlos el rastrillo,
nos hubieran escusado,
para tomar la ciudad,
de ataques, minas, ni asaltos;
y airados de que las puertas
no les hubiesen franqueado,
por encima de los muros
las lanzas los arrojaron,

siendo flechas despedidas
de los arcos de sus brazos:
esto es lo que sé; mas ya ellos
desmontan de sus caballos,
y os lo contarán mejor,
pues yo de no haberme hallado
en hazaña tan famosa,
estoy que me lleva el diablo.

Reina. No fué menor triunfo el vuestro;
de aqueste desembarazo *ap.*
de Pulgar gusto infinito.

Ana. Es muy propio de soldados;
mas Cabra, Bohorques, Señora,
valerosos se han mostrado.

Rein. Pues no creo yo, doña Ana,
olvidas á Garcilaso,
pero olvido no sería.

Ana. Pues qué, Señora?

Rein. Cuidado,
pues á veces son, doña Ana,
muy parleros los recatos.

Celia. La Reina se entiende el juego. *ap.*

Ana. Ocasionólo el acaso
del incendio de la tienda,
pues por hallarse cercano.

Salen el Conde, Garcilaso, Bohorques, y Calabaza.

Garcilaso á mi peligro,
me libró del arrestado,
é hizo público su amor,
habiéndose disputado,
si por librar á su dama
pudo el puesto haber dejado,
que guardaba, siendo cierto,
que no falta al puesto, es llano,
quien no le pierde de vista,
aunque acuda á otro fracaso.

Cond. Si no nos cierran las puertas,
en Granada nos entramos.

Mart. Gran dia habemos perdido.

Calab. En algo ya se ha logrado,
pues por mí, con calabazas
fueron huyendo los galgos;
mas la Reina. *Rein.* Caballeros,
aunque de hecho tan bizarro
debo darme por servida,
y el Rey, mi señor, no estando
asistido el real de otros
capitanes esforzados,
que los que os hallais presentes,
por haber el Rey marchado
al valle de Lecani
á estrechar á los cercados,
cortándolos los socorros,
que les dan los comarcanos
moros de las Alpujarras,
no es parecer acertado,
que osadamente arriesgueis
vuestros esfuerzos gallardos
á hazañas tan nunca vistas:
bastan las que habeis obrado,
en satisfaccion, que pudo
poner Tarfe temerario
aquel liston en mi tienda,
y de que traidora mano
la puso incendio, de cuyo
cruel peligro amenazado,
despues de Dios, me libró
el Católico Fernando.

Pul. Eso mandais? sepa el mundo,
que el esfuerzo soberano
de una Católica Palas,
cria martes castellanos.

Calab. No tiene Granada moros
para que vayan matando?
asi yo á Angulema hallára,
ó á aquella Mora del diablo,
que me la pegó, pues nunca
la volví á ver en el campo.

Rein. Si no obedeceis, haré
que hable con todos el bando,
en que mando, que del real
no salga ningun soldado
sin órden mia. *Pul.* No hagais
tal, señora, pues á Hernando
del Pulgar dejais mal puesto.
porque palábra le ha dado
á una Católica Palas,
en despique de que osado
puso un liston en su tienda
un perro, poner bizarro
Pulgar dentro de Granada
favor aun mas soberano;
y si hasta aqui no ha cumplido,
fue por haberle mandado
su Rey tomase la torre

de Gandia, en cuyo asalto
Pulgar mató á Reduan,
el moro mas afamado,
que en las Alpujarras hubo,
el cual se halló por acaso
esperando en aquel fuerte,
que se acercase el plazo
de ir á Granada á las flestas,
que los moros siempre usaron
hacer al que precursor
fue del Sol mas soberano;
y contar que á Reduan
mató Pulgar, es del caso,
por si en Granada le vieren
hecho Reduan cristiano.

Rein. Si á esa católica Palas
con mi autoridad yo hago,
que la palabra le suelte
á Pulgar del desagravio,
que por ella tomar quiere,
puede quedar desairado
Pulgar? *Pulg.* Si, gran señora,
pues ofreció el desacato
que él vengaria con otro
hecho mayor, afrentando,
no solo al aleve moro,
sino á Mahoma, y estando
por su propio ofrecimiento,
no por singular mandato
de la deidad á quien sirve,
Pulgar á hacerlo obligado,
aunque la palabra ella
le soltase, es caso llano
que bien puesto quedaria
con ella, mas no con cuantos
saben lo ofreció Pulgar,
y no llegó á ejecutarlo,
y asi con vuestra licencia,
mi palabra á cumplir parto, *vase.*

Rein. Aguardad. *Cal.* Ya va que vuela
Rein. Si con órden le embarazo,
no salga, ya lo ha hecho punto,
y no han de bastar mandatos.
Vamos, caballeros. *Cond.* Dónde,
señora, ir quereis? *Rein.* Del campo
correr quiero los cuarteles,

Garc. Calabaza, ve á avisarlo.
Calab. Voy á dar tan feliz nueva.

Sale la Reina, el Conde, Calabaza y Martin.

Rein. Vamos, Conde. *Ana.* Garcilaso,
muy dignos de mis favores
se hacen vuestros hechos claros,
mas los estimais muy poco.
Garc. Hermosa doña Ana, cuando
os adoro, cómo puedo
dejar sino de estimarlos?
Ana. Por mí misma debo creeros,
y mas cuando hago reparo,
que habiendo convalecido
de la herida, era embarazo
del brazo la banda roja.
Garc. Vive Dios, que me he olvidado
de pedírsela hoy al Conde:
con razon me haceis el cargo,
yo os satisfaré esta noche,
si gustais. *Ana.* No podré hablaros.
Garc. Por qué? *Ana.* Porque la Reina
de mis acciones argos;
despues que vos del incendio
me librásteis, contentaos
con verme, y mirad, que vuelve
corriendo el cuartel.

Sale la Reina y el Conde.

Cond. Honrando
va, señora, vuestra alteza
á sus soldados. *Rein.* Qué hago
yo en honrarlos, si valientes
se hacen dignos de mas lauro?
Cond. Vuestro liberal favor
los hace ser esforzados.
Rein. Pues como ha de haber soldados
si no se premia el valor?
Dent. Sold. Moro es, y aleve espía,
que con trage de Cristiano
se disfraza.
Calab. Aude el alano.
Ang. Ser Angulema, no pia *ahora salen*
Calab. Cogite por una tema,
perro. *Angul.* Pues ser tú me maza
Rein. Qué es lo que traes, Calabaza?
Calab. Traigo un fardo de Angulema
en este moro que ves,
que fué el que á mí me le dió
cuando Tarfe me prendió,
su criado el perro es.

Rein. A Tarfe moro servias?
Angul. A Celema yo asistir,
que á Tarfe no le servir.
Calab. De ambos era alcamonias.
Angul. Callar, perro. *Rein.* Moro, di
qué pretendés disfrazado,
con el trage que has tomado?
Angul. Ver si sentan ben á mi.
Rein. Habla verdad, ó si no
de un árbol te haré colgar.
Angul. Aun media no llegar
verdad; soniora, hablar yo.
Cond. Pues moro, di, á qué venias?
Angul. Callar, que á ser estafeta
de Celema y Garcilaso,
esto me importar. *Cond.* Qué esperas?
Angul. Tarfe, á una mora ofrecer
hoy le llevar tres cabezas
de tres valientes crestianos,
é qué cumplir la promesa.
Cond. Tres cabezas la ofreció
de tres cristianos? *Angul.* E treinta
si ellos las dejar cortar;
mas volver rabo entre pernas
á Granada, me creyendo,
que el presente ser de veras,
se las venir á llevar
por ganarme las albrecias,
Rein. Y qué dama, moro, es,
por quién Tarfe esa fineza
ofreció hacer? *Angul.* Ser Celema
belona africana nuestra,
que estar prema del rey checo,
á quien Tarfe galantea;
mas le pagar con regores,
pues ser tan cruel, que por ella,
por Tarfe, é por el alcaide,
que ser de Torres Bermejas,
no estar ya Granada tuya,
que el rey checo la rendiera,
que estar tu amigo, é querer
vendernos. *Rein.* Qué mora es esta
que se opone á mi poder?
verla mi esclava quisiera.
Calab. Una mora es tan astuta,
que me la pegó la perra
á mi. *Garc.* Pues qué te pegó?
Calab. Detente, maldita lengua. *ap.*
Una sarna que rascar.
Qué yo por hablar me pierda! *ap.*
Cond. Dinos, moro, sabes tú
de quién eran las cabezas,
que á Tarfe pedia esa mora?
Angul. De Hernando espolgar era
el una. *Ana.* Mucho le pedia.
Cond. La segunda di, no mientas.
Angul. Estar la del conde Cabras.
Cond. Hay tan grande desvergüenza?
mi cabeza le ofreció?
Por vida de vuestra alteza
y la del rey mi señor,
que si por presente á ella
mi cabeza le promete,
que por esclava á su misma
dama os tengo de traer,
pues en su poder desea
verla vuestra alteza.
Mart. Y cuál era, moro la tercera?
Angul. Ser la de Marten Bojorques.
Mart. Pues á costa galantea
de mi cabeza el perrazo?
Pues si el Conde á vuestra alteza
le ofrece traer la dama
de Tarfe, yo la cabeza
del perro pondré á sus pies.
Calab. Pues bien es que yo algo ofrezca
la cabeza de este perro
prometo aquí tan ajiriesa,
que de un revés, con su alfange,
la han de ver dar mil corbetas,
porque de Sabado el perro
se viene. *Angul.* Tener clemencia
de me, soniora, é decir
á qué venir Angulema.
Rein. Como lo digas, haré
que la ejecucion suspenda.
Angul. Pues ser á lo que venir
á traer. *Rein.* Habla, no temas.
Angul. Esta carta á Garcelaso,
de Celema. *Calab.* Otra es aquesta;
la canilla se soltó
del secreto. *Rein.* Carta muestra.
Pues qué es esto, Garcilaso?
Garc. Será alguna estratagema
de aquesa canalla mora,
pues jamás correspondencia
con mora, ni moro tuve
en Granada. *Rein.* Conde, leedla.

Ana. Qué es esto? si en Garcilaso
puede caber tal afrenta!
Cond. Moro, quién te dió esta carta?
Angul. El misma.
Cond. Es quien las cabezas nuestras
á Tarfe pidió? *Ang.* El mesma.
Cond. Estraña novela!
mas ya mi palabra he dado,
y me es preciso prenderla.
Rein. No leais. *Cond.* Dice asi:
Calab. Estará
en arábigo la letra.
"Lee el Conde. Las fiestas que á vues-
»tro profeta el bautista celebra nues-
»tra nacion, se ejecutan esta noche, y
»mañana en alardes máscaras y ca-
»ñas; si os quisiéreis hallar en ellas,
»tendreis como vengais disfrazado, el
»salvo conducto que os puede asegu-
»rar quien defendió vuestra vida para
»confesarse deudora de la suya. El
»mensajero os facilitará la entrada en
»Granada y yo podré veros. El cielo
»os guarde. La dama de la Banda."
Rein. Qué decis desto, García?
Garc. Lo que he dicho á vuestra alteza
es cuanto puedo decir,
que en mí no caben cautelas.
Cond. Cierto es cuanto Garcilaso
dice, pues ageno de esta
carta está, que á quien escribe
Celima es á mí, pues trueca
los nombres, siendo el acaso
alguna noticia incierta.
Calab. Nadie eso sabe mejor
que yo: ah maldita lengua,
que va á despeñarme ibas!
Ana. Si lo sabes, á qué esperas?
Calab. Es que no gusta de cabra,
aunque de mora se precia
Celima, y con Garcilaso
la galga se saborea.
Celia. Disparate como tuyo.
Angul. La carta es á quien traerla
á Garcilaso. *Calab.* Borracho,
quién te pregunta por Meca?
Cond. Ya á Celima por esclava
he ofrecido á vuestra alteza,
sin saber lo que ofrecia,
ella deshará las nieblas
del enigma, que hasta entonces
tenerle callado es fuerza;
y en tanto que lo consigo,
lo que os suplico es, que tenga
preso á este moro la guarda,
porque nadie decir pueda,
que se valió mi valor
para lograr tal empresa,
del seguro que una dama
le daba para prenderla,
que á todo trance en Granada
hoy tengo de entrar por ella,
y solo falta, señora,
para ello me deis licencia.
Mart. Y á mí para que de Tarfe
vaya á traer la cabeza.
Rein. La licencia que pedis,
negarla, ni concederla
debo; negarla, porque
privilegio es de la guerra,
que cualquier soldado aspire
á obrar heróicas proezas;
concedérosla tampoco,
porque solo el campo queda,
faltando vuestras personas
y en ocasion que se estrecha
la plaza con los ataques,
y darse el asalto es fuerza.
Cond. Nunca el campo queda solo,
quedando en él vuestra alteza,
con el conde de Padilla,
el fuerte conde de Ureña,
el de Aguilar, y su hermano,
y tantos hombres de cuenta,
que asaltar pueden mil mundos.
Mart. Dejad, señora, que tenga
dos opositores menos
Granada para ser vuestra.
Rein. Ya os he dicho, que no niego
ni concedo la licencia.
Mart. Quien no niega ni concede,
ni bien concede ni niega:
vamos Conde.
Cond. Martin Bohorques.
á conseguir dos proezas
vamos, y asi á cada cual

le valga su industria. *Mart.* Esa
advertencia os quise hacer,
cada cual siga su idea. *vanse*
Garc. Pediré al Conde la banda,
porque quede satisfecha
doña Ana.
Rein. Dónde vais vos?
Garc. Acompañando á tu alteza.
Rein A Santa Fé. *Garc.* Calabaza,
di al Conde me deje aquella
banda.
Rein. A ese moro, tú,
al punto á la guarda entrega. *vase.*
Garc. Hay tan raros embarazos!
ve, en dejándole por ella.
Cel. Vas ya satisfecha? *Ana.* Si,
aunque con la duda mesma.
Cal. Venga el perro *Ang.* Tú estar perro
pues ser tu maza Angulema. *vanse.*

Salen Celima y Tarfe.

Tarf. Permíteme, divina
Celima, que te vaya acompañando
hasta el balcon. *Celim.* Camina:
Fatima, no hagas caso.
Tarf. Ve triunfando
de un esclavo, que logras por trofeo.
Cel. Yo de tan vil esclavo? mas qué veo!
Di, moro fementido,
de estirpe vil, de pundonor cobarde,
cómo te has atrevido
á hacer de mi color vistoso alarde?
De mi color te adornas en las cañas,
y vistes el del miedo en las hazañas?
Pues villano, no fuera
mejor que el que sabe huir medroso,
aleve se vistiera
del purpùreo color, del afrentoso
de la vergüenza? Mas quién no tiene
del celo de su infamia se previene.
Dónde están las cabezas,
que traer de tres héroes me ofreciste?
Son estas tus proezas?
Bien tu heróica palabra cumpliste;
pues de los tres volvísteis á Granada
tú y cien moros huyendo de su espada.
Si de esto no te afrentas,
afrentarte debieras de que entraron
sus lanzas tan violentas
en Viva-Rambla que antes miraron
á su circo bajar rayos ardientes,
le hollasen tus brutos impacientes.
No te corres, villano,
obrando tan vilmente, de mirarme?
Por Alá soberano,
que si te atréves mas á enamorarme
ó á elegir el color de mis favores,
que al rostro he de hacer salir colores
Ignoras que yo monto
mas que mil Martes, con brio osado
si el bruto andaluz monto,
el fresno empuño y el arnés trenzado
trueco adornos, y galas femeniles,
que me tienen las lides por su Aquiles?
Dudas que puse fuego
de Isabel á la tienda de campaña,
con denuedo tan ciego,
que admiraron tus huestes tal hazaña?
Pues si mi brio, y valor no ignoras,
cómo siendo cobarde me enamoras?
Tarf. Has dicho ya? *Celim.* Mas dijera,
á no ver, que es deslustrar
la razon de mi desprecio
con quien della aun no es capaz;
y asi..... *Tarf.* Espera.
Cel. Qué pretendes? *Tarf.* Que escuches
Celim. Qué he de escuchar?
Tarf. Cuán injustamente ofendes
mi valor cuando no hay
quien por mi fiera arrogancia
mi ciega temeridad,
no me llame el fiero Tarfe,
el brazo diestro de Alá,
el caudillo de Mahoma,
defensor de su Alcoran;
pues si no fuera por este
alfange, que refrenar
supo el orgullo cristiano,
no hubiera ya esta ciudad
sido trofeo glorioso
del poder y magestad
del católico Fernando,
é Isabel? No hubiera ya
nuestra nacion africana
sujetado, á su pesar,
la noble cerviz al yugo
de eterna cautividad?

En su defensa, valiente,
qué hazañas este inmortal
brazo no ha obrado? qué hechos?
que bastan á eternizar
mi fama; dí cuantas veces
de ese líquido raudal
de Genil, y de su Vega,
supo mi acero trocar
en púrpura la esmeralda,
y en rojo rubí el cristal?
No es aqueste brazo el mismo,
que solo por lisongear
tus desprecios, en la tienda
de Isabel, con un puñal
un lazo tuyo fijó
con tanta celeridad,
que viviente exalacion
me juzgó todo su Real?
Pues si esto he obrado, por què
llegas á desconfiar,
que te traiga las cabezas,
que te ofrecí? Mas dirás,
que por ellas fuí, y sin ellas
volví á Granada, es verdad,
pues no siempre la fortuna
es con el valor igual.
Pero yo haré que lo sea,
rindiéndole á tu deidad,
no tan solo las cabezas,
que tengo ofrecidas ya,
sino veinte mas de aquellos,
que en Santa Fé son de mas
nombre, que el conde de Cabra,
Martin Bohorques, y Pulgar.

Celim. De tus arrogancias locas
no fio, que quien faltar
una vez á su palabra
supo, á muchas faltará.

Tarf. Ya es mas que rigor el tuyo.

Celim. Pues qué, será crueldad?

Tarf. No sino aborrecimiento,
que me tienes. *Celim.* Si te está
bien juzgar, que te aborrezco,
en no creerlo harás muy mal.
Hace que se vá.

Tarf. Aguarda.

Celim. Al balcon, Fatima, vamos.

Fatim. Con tal sequedad,
que trates á Tarfe siento,
cuando á su valor está
debiendo toda Granada
conservase en libertad.

Celim. Mas me debo yo á mi misma.

Fatim. No te entiendo; con leal
afecto no te ama Tarfe?

Celim. Sí, pero con tu ejemplar
mismo, podrás entenderme:
cuidadosa á Reduan
no aguardas, que hoy á las fiestas
venga por tí? *Fatim.* Es la verdad.

Tarf. Qué es lo que hablarán?
que asi me desprecie su crueldad!,

Cel. No te ama Gazul? *Fat.* No hay duda
mas desde mi tierna edad
á Reduan amo. *Celim.* Pues
si otro aventurero mas,
por mi viniese á las fiestas,
á quien aguardando está
mi fé, entenderásme? *Fatim.* Sí,
y no tengo que apurar
mas en tus desprecios.

Celim. Cielos,
si Garcilaso vendrá?
Mas si Angulema le ha dado
mi papel, no hay que dudar
de su osadía; la entrada
le dejo dispuesta ya.

Fatim. Mira que es ya hora.

Celim. Vamos. *vanse.*

Tarf. Que siquiera aun á mirar
no me haya vuelto! ah tirana!
para cuándo reservais,
injustos cielos, las iras,
si dejais de castigar
la ingratitud? Qué esto á mi
me suceda! en qué estará
de mi pasion, y aquel odio
la estraña contrariedad?
No son las inclinaciones
confrontacion celestial,
ó simpatía de estrellas?
Pues cómo hay disparidad
entre astro que influye á aquel
odio, y entre este que está
influyendo en mí este amor?
Pero en vano investigar

los influjos de los astros
puede la infelicidad,
de aquel contra quien el cielo
se ha llegado á conjurar:
fuera de mí estoy!

Sale Pulgar vestido de moro.

Pulg. El nombre,
y galas de Reduan,
en Granada me han podido
la entrada facilitar:
Ya en Viva-Rambla me veo,
ella es gran temeridad;
mas con las grandes noticias,
que me ha dado Fatiman,
que á Reduan asistia,
y pues sé tambien hablar
el arábigo lenguage,
ya nada que temer hay:
á los audaces ayuda
la fortuna. *Tarf.* Qué infamar
me pudiesen con Celima,
solo tres hombres no mas!
qué volviese yo la espalda
á Fernando del Pulgar!

Pulg. Quién á Pulgar nombra?

Tarf. Moro,
quién eres, ó qué te vá
en que á Pulgar nombre aqui?

Pulg. Este es Tarfe: que llevar
me dejase de mi altivo
valor! enmendarlo es ya
fuerza, Reduan valiente:
moro soy. *Tarf.* Tú, Reduan,
de no haberte conocido,
bastante disculpa dá
quien no te ha visto otra vez;
pues el propio tiempo habrá,
que de Fez pasé á Granada,
que tú ausente de ella estás
por la sin razon del Rey:
Los brazos á Tarfe dá,
que deseo conocerte
por tu valor singular.

Pulg. Por tus hazañas ha mucho
lo he deseado yo: ha
Moro, si bien supieras
á quien abrazando estás!

Tarf. Mucho aprietas por Mahoma,

Pulg. Deseo mucho estrechar
contigo. *Tarf.* Tu amigo soy:
y en muestras de voluntad,
por si tus caballos vienen
cansados de caminar,
recibirás de mi afecto
un bello bruto alazan,
que hijo adoptivo del viento,
el viento se deja atrás
en la carrera. *Pulg.* Te estimo
el favor: en el pasear,
la primer carrera ofrezco.

Tarf. A dónde te le traerán?

Pulg. Aqui, por hallarme á pié:
si puedo le he de llevar
el tal caballo á este moro.

Tarf. Ya conozco, que estarás
aguardando, que aqui Fatima
tome el balcon. *Pulg.* Su beldad
me trae á las fiestas. *Tarf.* Ese,
que confina con el Real
del rey oriente, ha de ser
de dos soles, pues está
Celima con ella. *Pulg.* Mucho
deseo ver su deidad,
pues dicen que en hermosura
no tiene el mundo otro igual.

Tarf. Ni en crueldad la tiene: dime,
con quién corres? *Pulg.* Con Ceilan;
mucho pregunta este moro:
á no hallarme tan capaz
de estas noticias, qué fuera?

Tarf. Porqué al nombrar yo á Pulgar,
respondiste tú por él? *Pulg* Esto *ap.*
es demasiado apretar:
porque en él alarde hago,
que es con qué se ha de empezar
de cristianos, y de moros,
á Pulgar, segun dirá
el trage, que esta marlota
oculta. *Tarf.* Pues por Alá,
que si de amigo los brazos
no te hubiera dado ya,
porque á Pulgar representas,
que habia de pelear
contigo. *Pulg.* Mucho que hacer
tenias, para escapar
bien de Pulgar.

Tarf. Estás loco?
por el sagrado alcorán,
que si aqui á Pulgar tuviera::-
Pulg. Pues bien cerca del estás. *ap.*
Tarf. Que le hiciera mas pedazos,
que astros en el cielo hay.
Pulg. Qué esto sufra! vive Dios,
que reventando estoy ya
por matarle; mas cumplir
la palabra importa mas: *clarin.*
Aqui viene, mucho siento
te hayas llegado á enojar.
Tarf. Solo con Pulgar me enojo;
pero los clarines dan
aviso de que ya el Rey,
y las damas, toman ya
asiento para las fiestas:
luego el caballo traerán,
que yo á prevenirme voy.
Pulg. Tu vida dilate Alá.
Tarf. Yo, Reduan, te buscaré.
Pulg. A buscarte irá Pulgar.
Tarf. Quién, dí? *vase.*
Pulg. Pulgar en las burlas,
y en las veras Reduan:
Soberana Vírgen Pura,
en vuestro nombre á lograr
viene Hernando del Pulgar
la mas gloriosa aventura.
Tarfe de humana hermosura
un lazo, y mote fijó
en mi Real, como se vió,
pues en su mezquita indigna
de la beldad mas divina
fijaré otro mote yo:
Aquel blason mas que humano,
Vírgen con que os saludó
Gabriel, cuando os anunció
Madre de Dios Soberano,
ha de fijar esta mano;
porque en su mezquita impia
vea la ciega ironía,
siendo otro apropiado infierno,
que se exalta el siempre eterno
nombre del Ave Maria.
Este blanco pergamino
vuestro blason puro encierra,
Reina del cielo, y la tierra,
él os aclama divino.
Mas cómo no me encamino
á fijarle en ocasion,
que es la postrera estacion
del dia, y fué la hora pia,
en que del Ave Maria
se oyó la salutacion?
Mas primero que me atreva
á hazaña tan singular,
muy justo será alavar,
la que solo triunfó de Eva.
Hermosa Reina del dia,
con tal miedo os llego á hablar,
que no acierto á pronunciar
un *Dios te salve Maria.*
No puedo temer desgracia
con tu nombre, claro está,
que en tí, Vírgen, no cabrá,
pues *eres llena de gracia.*
Del mas soberbio enemigo
tú me llegaste á librar;
pero qué no has de alcanzar,
cuando *el Señor es contigo?*
Mil bendiciones adquieres
de los que mas te queremos,
y en aquesto nada hacemos,
por que *tú bendita eres.*
Si á tu hijo airado vieres,
defiéndenos, clara estrella,
sol hermoso, y la mas bella
entre todas las mugeres.
Para remedio absoluto
del árbol envenenado,
eres, planta que ha criado
Dios, *y bendito es el fruto.*
Al mundo le diste luz,
si despues que Gabriel vino,
y huésped Santo, y divino
fué *de tu vientre Jesus.*
Mucho hay que decir de vos,
y lo que mas os levanta,
es llamaros Vírgen Santa
Maria madre de Dios.
De alcanzar vuestros favores
tengo ya feliz indicio,
que es en vos piadoso oficio
rogar por los pecadores.
Mas para lograr mi suerte,

lo que os pido, bella aurora,
es, que me asistais *ahora*,
y en la hora de mi muerte.
Yo voy á fijarle.
Sale un Moro. Quién
Reduan aquí se llama?
Pulg. Yo soy Reduan, qué buscas?
Moro. El caballo, y esta hacha
dorada, Tarfe te envía.
Salen Celima, y Fatima á un balcon.
Celim. Qué hermosa está Viva-Rambla
con tantas luces! *Fatim.* Celimá,
si el deseo no me engaña,
Reduan es el que allí
veo. *Celim.* Fineza estraña!
á pié, y en la plaza? *Fatim.* El es;
pues cuándo se equivocará
con mis colores alguno?
La Marlota recamada,
que trae de varios matices,
con los perfiles de plata,
le bordé yo á Reduan.
Pulg. Moro, en esa calle aguarda,
que tu cuidado sabré
recompensar bien. *Moro.* La paga
mayor para mí, es servirte. *vase.*
Pulg. Ya, pura Ave de Gracia,
vuestro renombre glorioso
tendrá luz en esta hacha. *vase.*
Celim. Ya deja la plaza. *Fatim.* Irá
á tomar caballo.
Celim. Ufana
estarás de haberle visto. *Fat.* Si estoy.
Celim. Yo desconfiada,
que venga mi aventurero.
Fatim. Por qué lo estás?
Celim. Porque tarda:
quién pudiera darme aviso
si llegó! soy desgraciada;
sin duda que á Garcilaso
no dió á Angulema la carta.
Dentro voz. Hachas para la cuadrilla
de Celin. *Otros.* Afuera aparta.
Fatim. A despejar ván ya el circo,
y los clarines declaran,
que dan principio á las fiestas.
Sale Pulg. Ya el renombre os aclama,
Ave de Gracia, Señora,
ya en la mezquita se ensalza,
á cuya estrañeza toda
esa morisca canalla
admirada parte á verle,
ya he cumplido mi palabra;
ahora falta que el valor
tome valiente venganza
de otra injuria, de otra ofensa;
pues pasando por la plaza,
ví en el alarde por burla,
que estos viles perros sacan
por estafermo (qué ira!)
al mayor héroe que España
ha coronado de triunfos
entre sus grandes monarcas,
al católico Fernando;
y siéndolo, fuera infamia
de mi lealtad, no dejar
esta injuria castigada,
poniendo á Granada fuego.
A apoderar de las hachas
me voy, que para la fiesta
previnieron y aplicada
su llama á casas, y andamios
nueva Troya haré que arda,
pues ardo yo en noble ira;
y en su confusion, mi espada
hará, que el festivo alarde
infausta á los moros salga. *vase.*
Fatim. Celima, qué será esto,
que la gente apresurada
deja la plaza? *Celim.* No sé;
novedad es bien estraña.
Dentro voces. Moros acudid, que aleve
traidora intencion cristiana
profanó vuestra Mezquita.
Voces. Todos tomemos venganza.
Celim. Las confusas voces dicen...
Voces. Traicion, traicion,
arma, arma.
Celim. Cielos, si entró Garcilaso,
y conocido es la causa
de este tumulto. *Fatim.* Ya todos
puestos en arma, batallan
unos con otros. *Celim.* Qué haré?
que mi amor así arriesgara
á Garcilaso! *Voces* Traicion.
Pulg. Morid, infame canalla.

Moro. Quién eres, bárbaro moro?
Pulg. Una furia desatada *Riñen.*
del abismo: Pulgar soy.
Voces. Matadle, muera.
Pulg. Muy cara
os ha de costar mi muerte. *vase.*
Fatim. Ay Celima, gran desgracia¡
que es Reduan á quien todos
acosan. *Celim.* Albricias, alma
que no es Garcilaso.
Voces. Moros,
que está Pulgar en Granada,
tomad las calles, y muera.
Otros. Fuego, fuego que se abrasa
Viva-Rambla. *Celim.* Otra desdicha!
Fatima, antes que la llama
de esta casa se apodere,
escapemos arrestadas
las vidas. *Fatim.* El miedo, el humo
y el tropel de plebe tanta,
nos lo ha de estorbar.
Sale Pulgar con la espada desnuda.
Pulg. Rompiendo
por tempestades de armas
moriscas, libre he salido:
ya la injuria castigada
dejo de mi Rey, y puesta
la Ave María en Granada;
salvar la vida ahora importa,
que no es la menor hazaña.
Al entrar en la ciudad
observé con vigilancia,
que por la parte por donde
el Darro á la vega esguaza,
salir se podia muy bien,
por llevar tan poca agua,
por lo ardiente del estío.
Si encontráre alguna guardia,
paso le hará mi valor,
pero el caballo me falta:
llevo el que Tarfe me dió;
pero fuera temeraria
determinacion volver
por él, cuando ya se halla
mi diligencia tan cerca
del puente, y cuando las vagas
voces del incendio dicen... *vase,*
Voces. Fuego, fuego,

Salen el Conde y Calabaza.
Cond. Ya la entrada
por el hueco de la puente
vencimos, pues ya en Granada
se oyen voces que repiten...
Voces. Fuego, fuego
Calab. Pese á mi alma:
fuego dicen, cuando vengo
yo hecho un páto, pues el agua
nos llegó hasta la rodilla;
qué empeñarme á ir por la banda
de Garcilaso me cueste,
que á esta aventura me traiga,
ir de moro contrahecho
para robar una galga.
Cond. Valerme de tí fue fuerza,
para que tú me enseñáras
la habitacion de Celima.
Calab. Barberos hay en Granada,
que son los exploradores
de vecinos, y de casas,
de ellos saberlo podias.
Cond. No temas conmigo nada,
Calab. Recabalo con mi miedo
pero ya hay moro en campaña.
Sale Pulgar.
Pulg. Dicha ha sido hallar la puente
sin centinela, ni guarda;
mas dos bultos veo allí,
pero así será acertarla:
Quién vá? *Cond.* Amigos.
Pulg. Si lo son, dé el nombre.
Cond. Con la espada
le dá, quien nombre no tiene.
Pulg. Demasiada es la arrogancia,
no viniendo mas de dos.
Cond. Nunca riño con ventaja:
apártate, ó vive el cielo, *á Calab.*
que te mate. *Calab.* Qué es aparta?
mas la espada vaina se hizo,
pues con la humedad del agua
á ella se pegó, por cierto,
que es imposible arrancarla.
Riñen los dos.
Cond. Valiente sois, vive el cielo,
y solo tan gran pujanza
es de un Pulgar. *Pulg.* Vuestro brio
solo es de un conde de Cabra.

Cond. Esesoy; *Pul.* Conde. *Cond.* Pulgar
Calab. Qué oigo? aquí si que encajaba:
vive Cristo, que te mato,
si en hablar un poco tardas.
Cond. Qué es esto Pulgar? *Pul.* Haber
cumplido ya mi palabra:
del Ave María dejo
puesto el blason en Granada;
vos dónde vais? *Cond.* A traerle
á la Reina voy la dama
de Tarfe. *Pul.* A Celima? *Cond.* Si.
Pulg. Pues si tardais en robarla
abrasada la hallareis,
pues incendio á Viva-Rambla
he puesto. *Cond.* Qué me decis?
Calab. Llevarémosla en estátua.
Cond. Yo he de entregarla á la Reina.
Pul. Grande el empeño es que en arma
está toda la ciudad;
mas vamos. *Cond.* Una palabra
me babeis de dar antes. *Pulg.* Digo
que os la doy en la mas árdua
materia que fuere. *Cond.* Pues
ya con esa confianza
irme puedo; en Santa Fé,
Pulgar, me esperad mañana.
Pulg. Yo he de ir con vos.
Cond. Qué decis?
vuestra palabra empeñada
teneis. *Pul.* Nécio es quien la empeña
sin saber en qué ha de darla;
mas mirad, que os arriesgais
á mucho, que está alterada
Granada. *Cond.* Su confusion
mejor mi intento afianza.
Pulg. Pues á Celima hallareis,
Conde, ahora en Viva-Rambla,
la casa inmediata ocupa
á la del Rey. *Cond.* Ya me bastan
esas noticias. *Pulg.* Mal puesto
me dejais. *Cond.* Como quedará
quien ofreció solo ir.
Pulg. Pues cumplid vuestra palabra,
ya que la que os di me obliga
á irme yo de mala gana. *vase.*
Voces. Fuego, fuego. *Cal.* De mas cerca
se escucha ya la algazara
de los lamentos.
Cond Camina. *vanse.*
Voces. Fuego, fuego.
Dentro Tarf. Aunque por llamas
respire el incendio etnas,
bella Celima, mis ánsias
te han de librar, ya vencí; *Sale.*
mas un parasismo embarga
de su divina hermosura
toda la porcion del alma.
Dent. Fat. No hay quien mi vida socorra?
Tarf. Mas de Fatima me llaman
allí las ánsias, qué haré?
porque dejar á una dama
pudiéndola socorrer,
por otra que ya se halla
segura de mortal riesgo,
no es pundonor, ampararla
intento. *Salen el Conde y Calabaza.*
Cond. La plaza toda
arde al furor de la llama.
Calab. Qué plaza en cualquiera fiesta,
de calor, di, no se abrasa?
Tarf. Moro, cualquiera que seas,
que tu presencia gallarda
asegura que eres noble,
de esta beldad desmayada
cuida en tanto que yo vuelvo,
que á sacar voy otra dama
de ese incendio, y mira que
es Tarfe quien te la encarga,
y Celima está hermosura. *vase.*
Cond. Fia de mi, que guardarla
sabré. *Calab.* De que no la veas
mas. *Cond.* A quién dicha tan rara
sucediera! *Calab.* Solo á un calvo;
pero en llevarla, á qué aguardas?
Celim. Ay de mi! pero qué es esto?
cómo en los brazos me halla
de Garcilaso este susto,
cuando en los de Tarfe estaba?
Garcilaso, á quien la vidá
deben mis confusas ánsias.
Cond. A Tarfe, que te libró
para que yo te llevára
á mi Real, presa. *Celim.* Qué dices?
prisionera á mi? *Cond.* Empeñada
la palabra con mi Reina
tengo, Celima gallarda,

de entregarle tu hermosura,
sin que al darla mi palabra,
ni supiese que eras tú,
ni que eras de Tarfe dama.
Celim. Yo dama de Tarfe, cuando
le aborrezco! mas qué causa
te pudo obligar á tí,
porque ese moro me amára,
á que ofrezcas mi persona?
Cond. Haberte á ti su arrogancia
ofrecido mi cabeza.
Celim. Las que me ofreció su espada,
son las de Martin de Bohorques,
Pulgar, y el conde de Cabra.
Cond. La del Conde? *Celim.* Sí.
Cond. Pues ese
soy yo, pues equivocada
estás, Celima, en mi nombre.
Celim. Solo estarlo me pesára
en tus méritos; mas sabes,
Conde, si yo tengo gana
de ir á tu Real? *Cond.* Solo sé,
que si la vida arriesgara,
te he de llevar. *Calab* Vamos presto.
Celim. Qué pasion es la que arrastra
mi alvedrío desta suerte!
pues porque él no peligrára,
la vida amante perdiera;
pues cómo á la deuda faltas
de mi afecto? *Cond.* Ya te he dicho,
que cuando dí mi palabra,
no supe eras tù, Celima,
por quien mi valor la daba.
Celim. Luego sin saber que era
yo, la diste? *Cond.* Es cosa clara.
Celim. Solo por dama de Tarfe
la diste? *Cond.* Si.
Celim. Y empeñada
está tu palabra? *Cond.* Es cierto.
Cel. Pues vive Alá, que aunque esclava
á ser vaya de tu Reina,
que he de hacer la mas hidalga
accion, que cupo en muger;
(que ya una vez inclinada
se confesó á un hombre; pues
porque él cumpla su palabra,
al cautiverio se ofrece
con fineza voluntaria)
y asi, á tu real vamos, Conde.
Cond. Deja, que ántes á tus plantas
te agradezca tal favor.
Celim. No hay que agradecerte nada.
Calab. Vamos, que Tarfe vendrá.
Celim. Logra el tiempo; pero aguarda:
por dónde en Granada entraste?
Cond. Por donde el Darro esguaza
su cristal. *Celim.* Pues Angulema
disposicion no llevaba
para que por un postigo,
que dejé abierto en mi casa,
entrases? *Cond.* Aun no conoces
mi punto; pues si yo entrára
con salvo conducto, no
prisionera te llevára.
Celim. Vamos; pues para ir contigo
saber eso me faltaba.
Cond. Y para llevarte, á mí,
que vuelva Tarfe, me falta,
porque no haya quien murmure,
que falté á la confianza,
que hizo de mi en entregarte
á mi brazos. *Celim.* La palabra
le diste tú de volverme
á los suyos? *Con.* No mas. *Cel.* Nada
á la objecion dejas; pues
cuando la dieras, no estabas
á cumplírsela obligado
contra otra palabra dada.
Cond. Pues vamos, Celima.
Celim. Vamos;
ay, amor, y lo que arrastras! *ap.*
Cond. Mucho debo á tu fineza.
Celim. Mucho arriesga quien bien ama.
Calab. Lo que hará Tarfe en volviendo,
por visto se dé; pues se halla,
que si rabia con los celos,
qué obrará un perro que rabia?

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey, la Reina, doña Ana, Pulgar, Garcilaso, y soldados.

Rey. De hecho tan famoso,
no tan solo me doy por bien servido,
pero os quedo envidioso,
Fernando del Pulgar, no haber sido
quien el blason heróico de Maria
pusiese en la mezquita con fé pia

pues una vez fijado,
donde nunca se vió de esta ave pura
el renombre aclamado,
fiel anuncio parece que asegura,
que presto en la Mezquita consagrada
se ha de ver á María colocada.
Yo lo fio del cielo,
pues sabe, que ambicion de la victoria
no es el triunfo á que anhelo,
mas aspiro de Dios solo á la gloria,
á que su fé se exalte soberana,
á pesar de la secta Mahometana.

Pulg. Granada será vuestra,
y el mundo; pues si el mundo deseára
conquistar vuestra diestra,
á vuestro invicto esfuerzo se postrára.

Rey. Con soldados Pulgar como vos, creo
que el mundo conquistára por trofeo.

Rein. La morisma admirada,
de veros en Granada quedaria,
ver su plaza abrasada,
y exaltada la luz, que luz dá al dia.

Pul. De ver muertos no admiraron menos
á mi denuedo tantos sarracenos,
pero todo fué poco,
á vista de ver yo, que ellos hacian
de mi Rey, si lo toco,
desprecio, y su grandeza deslucian
de mi Rey; y señor: de haber dejado
moro vivo, aun estoy avergonzado.

Rey. Yo quedo satisfecho
del desprecio que hicieron de mí, cuando
le vengó vuestro hecho.
mercedes me pedid: pedid, Fernando.

Pul. Vuestra grandeza con esfuerzo mido,
los molinos de Fez por merced pido.

Rey. Honrada bizarría!
los molinos de Fez? cómo he de darlos,
si Fez, Pulgar no es mia?

Pul. Pues habrá, señor, que conquistarlos?
pues teniendo vos vida, y yo esta espada,
el moro se ha de ver señor de nada.

Rey. Merced de ellos os hago,
por juro de heredad en vuestra casa.

Pulg. Seré de Fez estrago;
y entre tanto á ganarlos mi ardor pasa,
por si en arrendamiento me los pone,
he de hacer que en mi casa se pregonen,

Rein. Su buen humor compite,
señor, con su valor, y bizarría.

Rey. Ninguno habrá que imite
su gallardo despejo, y valentia;
y lo que mas á mi me satisface,
que lo que dice iguala á lo que hace.

Rein. Qué habrá ahora en Granada,
Pulgar? *Pulg.* Señora, muchas confu-
toda estará alterada, siones,
viendo sus muros hechos chicharrones,
algunos muertos, otros chamuscados,
y muchísimos dellos emperrados.

Rein. Con cuidado el de Cabra,
y Bohorques me tienen.

Pulg. Creed, señora,
que el Conde su palabra
sabrá cumplir, escepto si á la Mora
al rigor del incendio no la ha hallado,
buscándola jazmin, tizon ahumado;
mas de la duda saldremos,
pues al Real ya llegó el Conde.

Salen el Conde, Celima, y Calabaza.

Rey. Qué decís, el Conde? *Pulg.* Sí.

Garc. No hay que dudarlo. *Cond.* Mi noble
esfuerzo os cumplió, señora,
ya la palabra, pues pone
la hermosura de Celima
á vuestros piés. *Celim.* Decid, Conde,
que á los piés del mejor dia
postrais esclava la noche.

Rein. Hermosa Mora!

Celim. Y en muestras
de mi cautiverio, logré
besar vuestras reales plantas,
la que esclava os reconoce
por su soberano dueño.

Rein. Vuestra hermosura mejore
de lugar: sean mis brazos,
y mi clemencia quien borre
vuestro sentimiento, pues
en mi poder, solo el nombre
hallareis de prisionera,
no de esclava. *Celim.* Ya el desórden
variable de la fortuna
le estiman mis atenciones.
Que desde la libertad
á la esclavitud, el móvil
de su rueda me pasase!
pues es la dicha mas noble
hallarse esclava de quien,

con el blándo alhago dócil
la magestad y hermosura,
cautiva los corazones.
Y para que vuestra alteza
mejor, señora, se informe,
que algun superior impulso,
que á mi discurso se esconde,
es quien me trae á su Real
voluntariamente, el Conde
diga (aunque su esfuerzo es
capaz de empresas mayores)
si halló resistencia en mí,
pues á encontrarla, en mi indócil
esfuerzo, fuera querer
mover de su centro un monte,
parar al Genil su curso,
y desquiciar esos orbes.
Pues tan altiva nací
tan vana, que solo porque
su mejor Belona, España
con justas aclamaciones
os llama, y de serlo, á mi
me usurpó la fama el nombre;
vuestra fama eclipsar quise,
intenté borrar... mas dónde
á parar van mis discursos?
si en delito tan enorme,
aun mas culpa es, que intentarle,
que del delito blasone,
la que arrepentida ya,
solicita la perdone
vuestra alteza. *Rein.* Perdonada
estais de cualquiera doble
trato, ó alevosa culpa,
que hayas cometido en órden
á querer borrar mis glorias,
que heróicas emulaciones
la disculpa se anticipan;
y que yo el delito ignore
es mejor, porque se ilustren
mas mis piadosos blasones:
al católico Fernando
la mano besad. *Celim.* Al nombre
suyo, si el orbe se rinde,
corto triunfo es que se postre
la que es su esclava: los piés
permitid que os bese. *Rey.* Logre
vuestro humilde rendimiento
mis brazos, Celima. *Celim.* El orbe,
y Granada fuera vuestra,
á haber tan altos favores
antes merecido, pues
todas las oposiciones
de los cercanos, pendieron
aun mas de mis persuasiones,
que de su valor; pues viendo
que á la corona anteponen,
Boardiles, el rey mi tio,
mi persona, y que depone
al rey Mahomat, mi primo,
del cetro, por los rencores
de la guerra, animé el pueblo
á cuantas operaciones
ha obrado hasta aqui, de que
ya mi vanidad se corre;
pues habiendo yo podido
escusar las invasiones
de vuestro campo, rindiendo
á Granada, he sido el móvil
de dilataros el triunfo,
y que su plaza se postre
á monarca tan glorioso,
á quien viene estrecho el orbe.
Rey. Vuestros deseos admito,
y el tratamiento conforme
á vuestra sangre real
tendreis, Celima, en mi corte.
Celim. Vuelvo á besar vuestros piés.
Ana. Ciertos fueron mis temores;
mi banda es la que la mora
trae al brazo.
Celia. La misma es, porque
Garcilaso en ella hace
reparo. *Ana.* Qué mis favores
desestime asi! *Garc.* Ello es cierto,
mi banda le ha dado el Conde
á Celima: vive Dios,
que el Conde ha de ver por donde
satisfaga yo á doña Ana
de los recelos menores,
ó con él he de reñir,
porque asi se desapropie
de mis prendas. *Pulg.* Es la mora,
señora, que os trae el Conde,
del moral del Paraiso.
Rein. Gallarda es.
Cond. Pues corresponde
á su perfeccion sus bríos.

Rein. Mucho alabais sus primores.
Cond. Los pondero sin el riesgo
de que nunca me enamoré,
Voces dentro. Viva Bohorques.
Rey. Qué rumor
todo el campo altera asi?
Salen Martin y el Alcaide de Torres-bermejas.
Pulg. Dos moros llegan aqui.
Cond. El uno es Bohorques, señor.
Rein. Martin, qué es esto?
Mart. A su alteza
de Tarfe ofreció mi fé
la cabeza, no le hallé,
y traigo por su cabeza
á Alí, alcaide, señor,
de Torres-Bermejas; pues
menos que Tarfe no es
en el puesto, y el valor;
que aunque á la palabra estoy
obligado, que ofrecí,
bien está el alcaide aqui
mientras que por Tarfe voy.
Rey. Empresa es en todo estraña,
y tan admirable es,
que se compiten los tres
la una hazaña á la otra hazaña.
Alc. Vive Alá, que está Celima
aqui, ó el juicio he perdido!
Mart. Al rey llega Alí á besar
la mano. *Alc.* Los piés invictos
dad al Alcaide, señor,
de Torres-Bermejas. *Rey.* Digno
de mis brazos se hace quien
mi prisionero se hizo.
Alc. Ni aun esclavo ser merezco
de Rey tan esclarecido,
á quien ausiliando está
sus armas Alá propicio,
que á no ser asi, no fuera
posible haber conseguido
del mahometano poder
triunfos tan nunca creidos,
ni mantener en su campo
soldados, cuyos invictos
hechos oscurecen cuantos
Hércules Tebano hizo;
pues traerme á vuestro Real
del modo que me ha traido
Martin de Bohorques, no cabe
en lo posible, ni el mismo
que lo consiguió, es capaz
de creer lo que ha conseguido.
Rein. Cómo fue, Bohorques?
Mart. Señora,
el Alcaide referirlo
puede, pues hechos heróicos
se deslustran repetidos
en aquel que los obró.
Alc. Si lo que me ha sucedido
no sé, mal podré contarlo.
Rey. Martin de Bohorques, decirlo.
Mart. El conde de Cabra; y yo
como ya sabeis, partimos,
él á traer á Celima,
y yo de Tarfe atrevido
la cabeza; y gobernados
cada uno por su capricho,
disfrazado yo de moro,
tomé arrestado el camino
hácia la puerta de Elvira,
por donde á veces he visto
entrar moros, y salir
á forrage, con designio
de introducirme en Granada
con ellos, mas el rastrillo
hallé ya echado á la puerta,
y á tornos rondando, y giros,
mariposa racional,
toda la noche el distrito
de la plaza, por si hallaba
ábierta senda, ó portillo.
Al primero albor del dia
desprenderse un moro miro
del muro, por una cuerda,
que con esforzado brio
á coger sagaz bajaba
el maduro fruto opimo
de unas copadas higueras;
á que le hubiese cogido
aguardé, y dándole muerte,
de la cesta prevenido,
por la cuerda al muro llego,
y apenas los piés afirmo
en él, cuando ansioso un moro
la fruta tomarme quiso,
porque era para el Alcaide
de Torres-Bermejas; tibio

en darla estuve, mas no
en arrojarle remiso
desde el muro, donde halló
la muerte en su precipicio.
Llegó á este tiempo el Alcaide,
de la fruta antojadizo...
Alc. Desde aqui lo que obró Bohorques
podré mejor referirlo.
La fruta apenas me entrega,
cuando abrazado conmigo
me conduce á la muralla,
y aplicando un brazo, risco
á mi resistencia, y otro
á la cuerda, que previno
la suerte para su dicha,
resueltamente me dijo:
Moro, si cuerdo pretendes
bajar á la Vega vivo,
no apartes de mi los brazos;
y valiéndose advertido
de los suyos, por la cuerda
desprendióse conmigo,
fue de suerte, que ni el peso
de los dos, ni el gran distrito
del muro, bastante fué
á embarazarle á sus brios
la dificultad del triunfo,
pues en menos que lo he dicho,
desde la altura del fuerte
en la Vega ambos nos vimos.
Rey. Vizarra resolucion!
Rein. Tal hecho jamás se ha oido.
Calab. Para ser grumete vale
lo que pesa; mas los higos
no están para él maduros.
Alc. Y cumpliendo con su altivo
pundonor, despues que libres
los dos la Vega medimos,
me dijo: Esforzado Alcaide,
preso, á mi Real es preciso,
ó muerto llevarte, escoge,
pues lo he librado á tu arbitrio,
pudiendo ya haberte muerto,
lo que tomas por partido.
Yo viendo que hecho tan grande,
como increible, era digno
que le acreditase, aun mas
que el vencedor, el vencido,
prisionero á vuestro Real
quise venir, ó cautivo,
sin disputar la victoria,
sintiendo haber mantenido
el teson de los cercados,
cuando la defensa miro
imposible con soldados,
que obran hechos tan invictos.
Y por el divino Alá
juro, por Mahoma mismo,
que si me hallára en Granada,
pues el pueblo está á mi arbitrio,
que te la entregará, antes
que apagase en parasismos
de luces el sol sus rayos,
para nacer de sí mismo.
Rey. Que á Granada me entregàras,
á hallarte libre? *Alc.* Lo afirmo;
pues estando ya Celima
en vuestro campo, es delirio,
que su derecho mantenga.
Rey. Ya estais libre, Alcaide, idos.
Alc. Pues pleito homenage os hago,
poniendo á Alá por testigo,
de entregaros hoy sus llaves,
ó volverme á vuestro invicto
campo prisionero. *Rey.* Yo
el pleito omenage admito.
Alc. Pues no hay que perder el tiempo.
Rey. Partid, pues. *Alc.* Alá propicio
vuestra real persona guarde.
Rein. De su palabra confio. *vase.*
Mart. En dejarle libre ir,
nada, señor, se ha perdido,
pues yo volveré por él,
si no cumple lo que ha dicho.
Rey. De vuestro valor lo creo:
ver los ataques elijo,
que si no es mia Granada
hoy, mañana determino
darla asalto.
Rein. Hareis muy bien.
Pulg. Eso si, cuerpo de Cristo,
ganémosla á cuchilladas.
Cond. Lo demas solo es delirio.
Garc. Conde, yo tengo que hablaros.
Cond. Decid.
Garc. No dudais que sirvo *Doña Ana*
á la señora doña Ana, *al paño.*
Cond. He de dudarlo, si he sido

quien os disculpó la noche
del incendio, en no haber ido
á hablarla, por señas que,
para crédito mas fijo,
que iba por vos, vuestra banda
llevè por ser conocido?

Ana. A García vuelvo á hablar;
mas con el Conde le miro,
escucharé lo que tratan.

Al paño Celima.

Celim. Prevenirle al Conde elijo,
que á nadie rebele... pero
hablando está en este sitio
con un soldado; esperar
que dél se aparte es preciso.

Garc. Siendo, pues, Conde, la banda
favor, que le he conseguido
de la señora doña Ana,
sin consentimiento mio,
que en Celima le empleeis
es de lo que estoy sentido.

Cond. Me dijisteis, Garcilaso,
era favor suyo? *Garc.* Es fijo,
que no lo previne. *Cond.* Pues
culpa es vuestra, no delito
mio, diese vuestra banda,
y mas siendo con designio
de no enagenaros della,
sino que en cierto peligro
favoreciéseis á quien
os la entregase á vos mismo.

Ana. Ya mis recelos cesaron
con lo que oculto aqui he visto.

Garc. No lo entiendo como puede
ser, darla á quien advertido
me la entregase, y estarle
viendo en Celima? *Cond.* A eso digo,
que hablar mas claro no puedo.

Garc. Pues yo saberlo es preciso;
pues satisfecha doña Ana
ha de quedar del indicio
menor. *Cond.* Muy dificil es,
pues quedaba mal conmigo,
si por dejar satisfecha
á una dama, de otra al digno
decoro faltára, á quien
le importa el silencio mio,
el. Lo que vine á prevenirle
al Conde, oculta he advertido.

Garc. Pues empeño en mí es saberlo.
Cond. Y en mí tambien no decirlo.
Cond. y Garc. Pues mi espada...

Salen las dos.

Celim. Tened, Conde.
Ana. Garcia templaos. *Los 2.* Qué miro!
Ana. Pues yo satisfecha estoy,
por lo que á los dos he oido,
oculta de esa trinchera,
que él mismo acaso previno.
Cel. Del secreto he de dejar
resguardado asi el peligro.
Mora. Para que mas lo quedeis,
aquesta banda, que vino
por acaso á mi poder,
que no importa referiros,
se la vuelvo á Garcilaso;
pues habiendo ya sabido
es suya, en mí está demás,
no siendo del Conde mismo.
Ana. No os la quiteis que será
dar causa á quien os la ha visto,
de algun recelo, por mia
la tomad, siendo principio
de nuestra amistad. *Celia.* Por eso
gustosa la banda admito.
Sale Celima. La Reina manda llamarte.
Angul. Ya me preguntar por tego.
Ana. Vamos, Celima.
Celim. Doña Ana, vamos.
Ana. Que cese, os suplico,
el duelo en los dos. *Cond.* Partid
sin cuidado, que de fino
Garcilaso con vos, pudo
dejar de serlo conmigo.
Garc. Siempre vuestro amigo soy.
Cond. Yo tambien soy vuestro amigo,
que aunque conmigo fue el duelo,
me aficionan vuestros brios. *Tocan.*
Mas qué llamada es esta?
Garc. Al Real parece,
que la voz de la trompa se avecina.
Cond. Cuando se acerca, la duda crece.
Garc. Un moro á caballo á el se ave-
Cond. Lanza, y adarga embraza. cina.
Garc. Paz no ofrece?
Con. Con lento paso y gravedad camina.
Garc. Otra llamada ha hecho.
Cond. Mas se abarca. *Salen todos.*

Garc. De los cuarteles ya pasó la cerca.
Rey. Qué clarin con voces rompe el viento?
Cond. Un arrogante moro al campo llega
en un bruto, que al sol bebe el aliento,
negro lunar, ó sombra de la Vega.
Rey. Qué puede ser del bàrbaro el intento
que sin seguro à tal accion se entrega?
Pulg. de parte de su Rey algun partido
vendrà à pedir. *Rey.* Alabo lo atrevido.
Sale Tarfe á caballo por el patio con lanza y adarga, y en la lanza puesto el pergamino, donde estará escrito el Ave María.
Tarf. Cristianos, cuya loca fantasía,
mas que el valor, os da la confianza
de rendir á Granada con porfia,
cuando logra el seguro de mi lanza;
qué frenesí os propone la osadia,
que alienta mentirosa la esperanza,
si en mí solo teneis que vencer fieros,
demas de su poder, orbes enteros?
Si confiais en este nombre vano
de la Madre del Dios à quien adora
vuestro bàrbaro error ciego, y tirano,
que fijó mano infiel, torpe, y traidora
en la mezquita con ardor cristiano,
mi dura lanza, siempre vencedora,
en oprobio del nombre de María,
à todos en el campo os desafia.
Salga el conde de Cabra, si à su frente
laureles busca. Salga ese de Ureña,
ó don Alonso de Aguilar valiente
si honor le inflama, el valor le empeña.
Salga D. Juan Chacon; salga el valiente
D. Manuel Ponce, que al leon desgreña,
ó el mismo Fernando, que mi espada
hasta en los reyes corta fulminada.
Uno à uno os espera mi osadía,
ó à todos juntos, si temeis la muerte,
aliente vuestra infame cobardía,
para que oseis morir con pecho fuerte.
Ved arrastrar por mí la Ave Maria,
estorbad el tratarla de esta suerte,
que para lo que digo acreditallo,
la pondré en el codon de mi caballo.
Cond. Bàrbaro, presto verás
de tu soberbia el castigo.
Tarf. Salid, que en Genil espero
hasta que el sol encendido;
la riza melena de oro
recoja con rayos tibios.
Pulg. Voto á Dios, que aqueste perro
á mis manos ha venido.
Tarf. Salid; si no, lo cobarde
dejaré en la arena escrito,
siendo en vosotros afrenta, *tocan.*
lo que en mí valor altivo. *vase.*
Pul. Perro. *Rey.* Teneos. *Pul.* Y podré,
cuando enojado me miro?
Rey. Que ultraje el sagrado nombre
tanto en el alma he sentido,
que yo, para el desagravio,
trenzaré el arnés bruñido.
Garc. Señor, vuestra magestad,
contra oprobio tan indigno,
me dé licencia á que salga
rayo por vos vengativo.
Rey, Garcilaso, sois muy mozo,
y aunque muy hombre en los brios,
os faltan las esperiencias
contra un moro tan altivo:
hombres mas hechos requiere;
pero os quedo agradecido,
y por vida de la Reina,
que por esto no os elijo.
Calab. La ventura de García,
ved aqui porque se dijo
Garc. De que me me niegue el que salga
queda mi valor corrido,
y he de salir aunque muera,
y aunque se enoje conmigo.
Ya, señor, que vuestra alteza
me niega lo que le pido,
iré à romper cuatro lanzas.
Rey. Muy vuestro es el ejercicio:
gran brio tiene el rapaz,
contento me dió el oirlo.
Garc. Yo quitaré la contienda,
saliendo primero al sitio.
Cándida, y pura paloma,
alva del sol mas propicio,
reina de àngeles y hombres,
glorioso honor del Imperio,
por vuestro nombre sagrado,
y por la fé en que me animo,
voy al moro, en confianza
de uno y otro patrocinio;
à vencer voy, gran señora,

que vuestro brazo es preciso
ampare á un amigo vuestro,
y castigue à un enemigo. *vase.*
Rey. No sé la resolucion,
que tome en tal desvario,
Pulg. Mia, señor, es la empresa,
pues di al oprobio motivo,
entrando en Granada el nombre,
que honra los sacros olimpos;
y mirando aqui su ultraje,
será nota al valor mio,
no hacer que se lleve el diablo
á aqueste moro atrevido.
Mart. Su cabeza ofrecí yo;
cuando con ciego delirio
la mia ofreció á su dama;
y habiendo todos cumplido
los ofrecimientos hechos,
yo desairado me miro,
y asi á nadie la licencia
le toca mas que á mi brio;
porque trayéndola yo,
cumpla con él, y conmigo.
Cond. A mí me retó el primero;
y habiendo yo respondido,
siendo el primero llamado,
he de ser el elegido.
Calab. Mas qué seria, que fuera
Calabaza el escogido? *Pulg.* A mí...
Mart. No hay á mi. *Rey.* Teneos,
que entre los tres no hay peligro
en la eleccion, pues cualquiera
es ejemplo de sí mismo;
mas porque nadie quejoso
quede, en caso tan preciso,
pues tambien me retó á mí,
yo à salir me determino.
Cond. Qué dejará para un rey
vuestra alteza? *Rey.* Ya lo he visto;
mas el asunto es tan grande,
que mas que de un rey es digno,
la Emperatriz de los cielos
es la que agraviada miro;
pues qué mucho es, por su honor,
que un rey salga á un desafio?
Cond. Brazos de los reyes son
sus vasallos, y el delito
por los reyes castigado
queda, aunque ageno el cuchillo:
Guardaos, señor, para aliento
de todos, que en vos vivimos;
que de la cabeza el brazo
siempre la defensa ha sido.
Ana. Ya que Garcilaso en todo
con ofrecerse ha cumplido,
estoy contenta, porque
no ha de salir al peligro.
Pulg. Todo lo que vuestra alteza
tarda en nombrarme, ofendido
deja mi valor, y da
mas de vida al enemigo.
Cond. Todo lo que tardo, el perro
tendrá mi ardor por omiso.
Mart. Todo lo que no es traer
su cabeza, nada estimo.
Rein. Resolved, señor, que es culpa
de un católico haber visto
el ultrage de la gracia,
y no salir á impedirlo.
Rey. Qué ahora el ser rey embarace
esta gloria al valor mio!
Vamos, señora, que vos
elegireis el mas digno.
Rein. Todos lo son, y no hallo
el modo de definirlo.
Rey. Echaremos suertes: vamos.
Rein. Permita el cielo divino
el acierto. *Celim.* Ya deseo,
por lo que á su ley me inclino
castigando á este soberbio,
que venza el cristiano. *Rein.* Fio
que cualquiera de los tres
irá muy seguro al sitio. *vanse.*
Sale Tarf. Oh cómo espera impaciente
el valor en la campaña,
dilatándose la hazaña,
que juzga lograr valiente!
Bien el cristiano vengó
el arrojo que logré,
pues si á las tierras llegué,
dentro de Granada entró.
Si un rótulo puse osado
en el régio pabellon,
él con mas admiracion
puso otro en lo mas sagrado.
Yo el nombre por quien lo hacia
callé, librándome huyendo,
y él, su intencion descubriendo,

dice, que fue por MARIA.
El solo el nombre perdió
con claras letras escrito,
y con esceso infinito,
dama, y prendas perdí yo.
En llegando á imaginar
tan grande afrenta el valor,
quisiera con mi furor
cielos, y tierra abrasar.
Por vengarme en desafio,
hice ultrajar este nombre,
que es fuerza salga, si es hombre,
á volver por él su brio.
Celima, que es sol, robada
por un infame español!
robaréle al cielo el sol,
pues falta el sol de Granada.
cristianos, Tarfe hoy es quien
el nombre al ave atropella,
habrá quien vuelva por ella?

Sale Garc. Y quien te mate tambien.

Tarf. Quién eres, rapaz, que aquí
has respondido arrogante?

Garc. Soy, moro, quien de MARIA
viene á vengar los ultrages,
y soy quien tambien por ella
al campo viene á matarte.

Tarf. Tú á matarme? dí, eres dama,
que de lo hermoso te vales
para dar muerte á los hombres
con lo hermoso del semblante?

Garc. Soy un rayo fulminado
que allá en la esfera de Marte,
contra tu loca soberbia,
Bulcano forjó en bolcanes.

Tarf. Si tan tiernos rayos forja,
bien puede Venus premiarle,
pues solo será el incendio
blando ardor á los mortales.

Garc. Moro, tu caballo toma,
y apercíbete al combate,
que presto mi dura lanza
hará que te desengañes.

Tarf. Risa me das, vuélvete,
porque batallas campales,
nunca ha usado mi valor
mantenerlas con rapaces.

Garc. Mi valor para contigo,
imagino que es tan grande,
que para vencer el tuyo
le lleva muchas edades.

Tarf. Sabes que soy Tarfe? *Garc.* Pues
qué tenemos que seas Tarfe?

Tarf. Donoso estás; y has venido
enviado de tus reales
á hacer batalla conmigo?
hablemos, rapaz, verdades.

Garc. Sí, que tambien hay en ellos
davides para jigantes.

Tarf. Por qué no salen los hombres?
mas dirás que son cobardes,
y que te envian á tí
para mover mis piedades.

Garc. Bárbaro, de qué lo infieres?

Tarf. De que solo con mirarte
filigrana de los hombres,
dará lástima el quebrarte.

Garc. Moro, acorta de razones,
porque se vá haciendo tarde,
y vengo con mucha prisa
al infierno á despacharte.

Tarf. Para trasto tan pequeño
muy grande cólera traes,
vuélvete al conde de Cabra,
y á Pulgar, y de mi parte
les dí, que espero, y que á tí
te envio sin maltratarte.

Garc. Tiene razon; mas conmigo
tu cabeza he de llevarme.

Tarf. Mi cabeza? pues aun todos
los del Real no son bastantes,
que pesa mucho, y no hay fuerzas
para que con ella carguen.

Garc. Moro, qué puede pesar
una cabeza, que es aire?

Tarf. Tienes razon, dí que salgan,
para que mas presto acaben,
que si es aire, hácia la muerte,
mas ligeros irán antes:
vé, y diles lo que te digo.

Garc. Moro, no el tiempo me gastes,
que estoy corrido, por Dios,
de lo que tardo en matarte,
y hago gran falta en mi Real.

Tarf. Pues vuélvete, que es mas fácil,
qué si haces grande falta ahora,
muriendo la harás mas grande. *Sacala*

Garc. Deste modo las razones, *espada.*

bárbaro, habré de acortarte:
defiéndete, ó vive Dios,
que has de morir de cobarde.
Tarf. Solo siento, que eres poco
triunfo para aqueste alfange.
Garc. No te pese, pues muriendo
de tanto cuidado sales.
Tarf. Por Alá, que eres valiente.
Garc. Rayos tu acero reparte.
Tarf. No juzgué que tal edad,
tan gran resistencia hallase.
Garc. No imaginé que pudieras
tanto á mi valor durarle;
pero desta vez.. *Tarf.* Detente.
Garc. Alienta, moro, el corage,
qué te suspende? *Tarf.* Decirte
la lástima que me hace
darte muerte, vuélvete,
que es gran desdicha que acaben
tan presto unos años tiernos,
que dán tan altas señales.
Garc. Lo piadoso te agradezco,
pero no puedo pagarte.
Tar. Por qué? *Garc.* Porque en este pleito
solo es MARIA la parte,
y si no te libra ella,
yo es preciso que te mate.
Tarf. Contigo, hasta ahora, no
habia llegado á enojarme;
pero viendo que defiendes
á esa que Vírgen, y madre
los cristianos adorais
con ciegas credulidades,
y que escándalo su nombre
fué en la mezquita, y ultrage,
en venganza de esa ofensa
quisiera al sol apagarle.
Garc. Muy presto verás, blasfemo,
lo que esta señora vale.
Tarf. Pues toma el caballo, y lanza,
veremos si asi combates,
como con la espada. *Garc.* Monta,
que todo no á de bastarte.
Tarf. Matarêle, y su cabeza
pondré en los cristianos reales. *vase.*
Garc. Llevaré el AVE MARIA,
para que en el Real se ensalce. *Salen*
Rey. El moro espera, y las suertes *todos.*
no resuelvo si han de echarse.
Rein. Señor, vuestra magestad
mas el tiempo no dilate.
Celim. En qué pararán, Granada,
estas locuras de Tarfe?
Rey. Porque en los tres no halla queja,
irá Gonzalo Fernandez
de Córdoba. *Sale un soldado.*
Sold. Diré al Rey
lo que ví, por si importáre:
Señor, desde las almenas,
que adornan del homenage
la torre, claro se ha visto
un caballero, que hace
con Tarfe campo en la Vega.
Rey. Qué dices? Pues cómo cabe,
si la eleccion aun no se ha hecho
del que ha de salir? *Pulg.* Acabe
vuestra alteza de elegirme,
que estoy de puro corage
que rebiento, y temo que
á mi propio he de abrasarme.
Rey. Quién será, quien sin licencia
se adelantó? *Pulg.* Quién lo sabe:
algun demonio será
para que el moro se escape,
que tiene dicha este perro.
Rey. La accion ha sido notable!
Rein. Enviad, señor, á cualquiera,
porque este cuidado acabe.
Cond. Yo iré, porque... *Rey.* Deteneos.
Mart. Yo iré sabré quien. *Rey.* Dejadle.
Pulg. Pues yo, voto á Dios, no puedo
con preceptos reportarme,
y asi perdonad, porque
he de salir como un ave,
por el ave que del sol,
es alba en puros celages.
Rey. No habeis de ir.
Pulg. Pues quién ha de ir,
cuando no elejis á nadie?
quereis salir vos? *Rey.* Tampoco.
Pulg. Pues aquesto ha de quedarse
deste modo? *Rey.* No, Pulgar,
dejad que acabe el combate
quien lo emprendió, sea quien fuere,
porque allá el moro no sabe
del modo que salió, y fuera
dar causa á que imaginase,
que eran dos los que salian,

cuándo uno solo es bastante.
Con. Raro valor! *Mart.* Gran prudencia!
Celim. Heròico Rey! no de valde
vocean su fama invicta
del orbe las cuatro partes.
Calab. Temiendo estoy que me envie
á mí, porque el moro nade
con Calabazas. *Pulg.* Señor,
si el moro queda triunfante,
qué hemos de hacer? *Rey.* Salir vos.
Pulg. Pues pese á mí, no es mas fácil
salir á matarle luego,
que arriesgar en este lance
un caballero, y que el moro
de haberle muerto se alabe?
Rey. A quien tuvo la osadia,
y valor de adelantarse,
bien me parece que puedo
el vencimiento fiarle *clarín*
Calab. Mejor que á mí, si tambien
sus calabazas no trae.
Rey. Presto veré; mas qué salva
festivo este clarin hace?
Cond. Un bizarro caballero,
airosamente galante,
un monte viviente anima,
hecho con la espuma jaspe.
Sale Garcilaso á caballo por el patio, y trae la cabeza del moro en la lanza, y el cartel del Ave Maria al pecho.
Rein. Garcilaso es. *Ana.* Qué ventura!
Mart. Clavada en la lanza trae
una cabeza sangrienta.
Celim. Qué miro! que es la de Tarfe.
Pulg. Tambien del AVE MARIA
hace católico alarde
en el pecho. *Rein.* Con tal nombre
preciso es venga triunfante.
Garc. Heróicos reyes de España,
cuya fé es tan admirable,
que contra el Moro sustenta
lo puro de sus verdades,
ya el triunfo habeis conseguido
del fiero bárbaro alarde
que intentó, sin poder nunca
de MARIA el ciego ultrage;
ya por el mas débil brazo
venció Dios, porque su Madre
contra el bárbaro poder,
de aqueste modo se ensalce.
Este es su nombre divino,
esta es la cabeza infame
del que blasfemó, el imperio
quiso á su poder negarle;
yo le dí la muerte, que
Dios, como en todo es admirable,
quiso que el brazo mas tierno
su dura cerviz cortase.
Sube al tablado y se arrodillan y hacen la salutacion.
Rein. Católicos, antes que
el gozo la accion embargue,
saludemos á MARIA:
Salve de Dios Vírgen Madre.
Rey. Salve Reina del Impireo.
Cond. Escogida de Dios, Salve.
Todos. Salve Ave de Gracia, que
del fiero dragon triunfaste.
Calab. Qué contentos están todos
con tan buen plato de Ave!
Garc. Dadme, señor, vuestros piés,
y vos vuestras plantas reales.
Rey. Llegad García, á mis brazos, *levánpues muy bien puede abrazarme tanse*
quien por la Reina mejor
honrado se vé y triunfante.
Garc. Tened, señor, que ahora falta
que con mi cabeza pague
no haberos obedecido.
Rey. Quién en victoria tan grande,
quereis que se acuerde ahora?
y mas cuando en esta parte
no lo juzgo á impulso vuestro,
sino ausilios celestiales.
Rein. Garcilaso, tal valor
solo es digno de premiarse.
Garc. Con tanto favor, señora,
ya no hay premio que le alcance.
Celim. Cumplióse del Alfaquí
el vaticinio con Tarfe.
Cond. Garcilaso, el parabien
tambien os doy de mi parte.
Mart. Recibidle de la mia.
Pulg. Tambien es justo os alabe
por tan gran victoria. *Garc.* A vos
os debo dicha tan grande,
por haber sido el motivo.
Pulg. Vos solo desempeñarme

pudísteis, que yo cautivo
dejé el nombre de la Madre
de Dios dentro de Granada,
pero vos le rescatásteis.
Ana. Qué esplicar no pueda el gozo!
Celia. Tiempo habrá para esplicarle.
Rey. Garcilaso, la encomienda
mayor de Leon, vacante
está, señal sea del premio,
en tanto que á prendas tales
el que se debe consulto;
y pues hazaña tan grande
en la vega conseguísteis,
por memoria á las edades,
Garcilaso de la Vega
os llamad de aquí adelante,
poniendo el AVE MARIA
en vuestras armas. *Garc.* Honráisme
conforme á vuestra grandeza
Rein. Yo tambien quiero premiarle,
à doña Ana sé que tiene
inclinacion.
Sale un soldado. El Alcaide
de Torres-Bermejas llega
ahora, señor, á los reales.
Rey. Sin duda viene à cumplir
conmigo el pleito homenage;
decid que llegue. *Rein.* Suspenda,
Garcilaso, mi dictámen
saber á qué viene el moro.
Garc. Eso es lo mas importante.
Sale el Alcaide.
Alc. Alá, Rey siempre invencible,
tu heróica persona guarde,
Rey. Bien venido, moro, seas;
qué es lo que de nuevo traes?
Alc. El Rey, mi señor, y toda
Granada quiere entregarse
á tu piedad, y á las puertas
espera à darte las llaves,
despliega sobre sus muros
los invictos tafetanes,
que siendo gloria á tu nombre,
pasmo, y horror son de Marte;
entra, gran señor, que todos
ya desean coronarte,
jurándote desde luego
fiel, y eterno vasallage.
Rey. Aunque la fuerza lo ha hecho,
tambien lo agradezco, Alcaide:
venció Dios. *Rein.* Oh fé sagrada!
todos los orbes te aclamen.
Celim. Yo, señora, para que
de Dios las sumas piedades
se conozcan, ser cristiana
ofrezco de aquí adelante,
dándole gracias al Conde;
pues para que me ganase,
me trajo á las plantas vuestras
á conocer las verdades.
Rey. Qué dices? dame los brazos:
Oh Dios en todo inefable!
Rein. El Rey y yo los padrinos
seremos. *Alc.* Tambien honrarme,
para ser cristiano, á mí
podrán vuestras magestades;
y á otros muchos caballeros
de Granada. *Rey.* Dicha grande!
mas llego à estimar aquesto,
que si el mundo conquistase.
Calab. Por Dios, que hemos de tener
zarracinos y aliatares.
Todos. Viva Isabel y Fernando.
Cond. Caminen los capitanes.
Rey. Porque en Granada García
entre alegre, quiero darle
á doña Ana por esposa.
Garc. Premias mis finas lealtades.
Ana. Siempre seré esclava vuestra:
llegó mi dicha á lograrse
Rey. Lleve el conde de Tendilla
á la Alhambra mi estandarte:
y hagan salva las trompetas.
Todos. Y en la exaltacion del AVE
MARIA, siempre gloriosa,
aquí la comedia acabe.

FIN.

Esta Comedia con un gran surtido de otras antiguas y modernas, entremeses y sainetes, se halla de venta en la librería de Cuesta *calle Mayor.*

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v. 25
no. 24
c. 3